

Michel Gall

**EL SECRETO DE LAS
MIL Y UNA NOCHES**



EL CIRCO DE LAS
MAGIA Y UNA NOCHE EN
EL CIRCO DE LAS
MAGIA Y UNA NOCHE EN

Otros **M**undos

*«Hay otros mundos, pero
están en éste»*

ELUARD

Michel Gall

**EL SECRETO DE LAS
MIL Y UNA NOCHES**

(LOS ARABES POSEIAN LA TRADICION)



PLAZA & JANÉS, S.A.
Editores

Título original:

LE SECRET DES MILLE ET UNE NUITS

Traducción de

J. FERRER ALEU

Iconografía:

SABINE YI

Primera edición: Noviembre, 1973

Segunda edición: Setiembre, 1975

© Editions Robert Laffont, S. A., 1972

© 1975, PLAZA & JANES, S. A., Editores

Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
LE SECRET DES MILLE ET UNE NUITS

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-31049-0 — Depósito Legal: B. 35.243 - 1975

ÍNDICE

	págs.
PRÓLOGO	15
I. SIMBAD, EL GRAN INICIADO	21
1. La serpiente de cejas de lapislázuli	23
2. Un gato en venta	27
3. Una ballena con llamas en la espalda	29
4. San Brandano	30
5. Cien mil caballos se hacen a la mar	32
6. El Salomón de Insulindia	33
7. Una bajada a los infiernos	35
8. El ave Rocho	37
9. El Rocho y el dodo	39
10. El Rocho Tifón y el Rocho de Mu	40
11. Garuda	42
12. Mi Madre Oca, ¿un regalo de los cruzados? ...	45
13. El Simurg: Dios tiene alas	46
14. El misterio del valle de los diamantes	51
15. Un rinoceronte asfixiado	55
16. Pigmeos y gigantes	56
17. El varano de Comodo	59
18. Clavos que vuelan	60
19. El hachís y los caníbales	62
20. Enterrado vivo	64
21. Las tres funciones	66
22. El viejo del mar	68
23. El mito de la mujer lapa	70
24. Una copa tallada en un solo rubí	73
25. El cementerio de elefantes y los hombres voladores	74

II. EL MITO DE LA INACCESIBLE MONTAÑA DE KAF	77
1. En el país de los Djinns	79
2. ¡Intenta, pues, subir a la montaña de Kâf!	80
3. El monte Meru	87
4. Satal Höyük	90
5. La montaña de Kâf es el reflejo de una estructura mental	93
III. LOS DJINNS	97
1. Un sexo de 219.000 kilómetros	99
2. Surgidos del vacío	101
3. Mahoma y los Djinns	102
4. Candidez de los Djinns	104
5. Unas hadas a las que se puede abrazar	110
6. Nadie debe dormir solo	112
7. El símbolo de lo absurdo	114
IV. EL SEÑOR DE LOS DJINNS	117
1. Una sala vaciada en diamante	119
2. Uno de los 700.000 profetas	121
3. La Biblia dice	123
4. El maestro de las palabras	128
5. Anécdotas sobre el derecho y el revés	130
6. Mareb, capital de Saba	135
7. El sistema piloso de Balkis	139
8. Enigmas	142
9. Poder	144
V. EL SELLO DE SALOMÓN	151
1. El anillo	153
2. Descripción del anillo	154
3. La línea que tira	159
4. Los emblemas Hatti	161
5. ¡Abracadabra!	163
6. El secreto de Salomón	170
VI. LA GRUTA DE ALI-BABA Y LOS VESTIGIOS DEL URARTU	173

VII. IRAM DE LAS COLUMNAS, LA CIUDAD DE COBRE	183
1. «Caminantes: Comed, bebed, amad...»	185
2. Ad y Thamud, los pueblos malditos	188
3. Una ciudad de sueño	191
4. La piedra de la risa	195
5. Localización de Iram de las columnas	197
6. El ámbar de la Atlántida	200
7. Localización de la Atlántida	203
8. Gentes sin nombre	205
9. Megalitos	208
10. Las hijas del mar	209
11. Raíces mitológicas de las sirenas Escila y Dagón	213
VIII. EL SECRETO DE LAS MUCHACHAS-PALOMAS	223
1. Virginidad y matrimonio	225
2. El cinturón de Andrómeda	230
3. Las palomas parlantes de Dodona	234
4. C. G. Jung y las jóvenes divinas	236
IX. EL CABALLO VOLADOR	239
1. «La curiosidad tortura mi mente...»	241
2. La perfección de la miniaturización	243
3. El pájaro de Arquitas	244
4. Unas águilas hambrientas	246
5. Un radar-láser	248
X. SCHEREZADE Y LA HISTORIA	253
1. La antorcha en las tinieblas	255
2. La novela de Chirín y Cosroes	257
3. Una cristiana en el baño	258
4. Cosroes bebía ciento veinte litros de vino cada día	260
5. La hechicera	262
6. La novela de una sustitución	264
7. Una bola de oro blando	265
8. «¡Que no pueda yo transformarme en pez para acariciar el cuerpo de Sett Zobeida...!»	266
9. ¿Qué os parece el azul de ultramar?	269

10. Bagdad	270
11. Los maravillosos «Mirobálanos»	274
12. El clarinetista	276
13. Las «Galas» de Aarón el ortodoxo	278
14. El principio de la cortina	282
15. Un mes entero en la cama con «Fuerza de los corazones»	284
16. Un solo manto para dos	286
17. La tumba de Firdusi	290
XI. REHABILITACIÓN DE LAS MIL Y UNA NOCHES ...	293
1. <i>Las mil y una noches</i> en la actualidad	295
2. El marco de <i>Las mil y una noches</i>	301
3. El adulterio primordial	306
4. Una historia escrita en el rabillo del ojo ...	309

A Maurice Girodias

«¿No olvidaréis al menos servirme los huevos a la crema en un plato llano?» Eran los únicos que estaban adornados con imágenes, y mi tía se divertía en cada comida leyendo la inscripción del que le ponían aquel día. Se calaba las gafas y descifraba: «Alí Babá y los cuarenta ladrones, Aladino o la lámpara maravillosa», y decía sonriendo: «Muy bien, muy bien.»

MARCEL PROUST, *Por el camino de Swann*.

PRÓLOGO

Las mil y una noches son una vulgarización magistral de todas las ideas y de todos los «archivos» del Oriente Medio y del Extremo Oriente, desde la prehistoria hasta hace quinientos años. Constituyen, sin duda, la obra de vulgarización no enciclopédica más ambiciosa que jamás se haya realizado. Mezclan y resumen, en una extraña ósmosis, todo lo que el ingenio humano recibió y creó en el curso de varios milenios. El campo geográfico al que se refieren es una gigantesca franja de terreno de unos trece mil kilómetros de longitud y unos cuatro mil de anchura, que va desde Toledo hasta Borneo y los confines de China.

Las mil y una noches son una enorme colección de cuentos que fue redactada en árabe, en su forma definitiva, entre los siglos XIII y XV después de Jesucristo. Los cuatro centenares de cuentos que contiene tienen orígenes muy diversos. Proceden de la India, de Egipto, de Grecia, de la Arabia propiamente dicha (se habla del Corán, pero también de los dioses preislámicos). Algunos tienen un escenario histórico (Bagdad o El Cairo, en el siglo VIII). Otros son mitos cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Las mil y una noches nos dan una amplia visión de la famosa «literatura prehistórica» cuyos fragmentos se conservan —según demostró Georges Dumézil—, en diversos grados de evolución, en las literaturas india, escandinava, persa, griega, céltica, etcétera. Una «literatura prehistórica» de la que nada sabemos, salvo que es un legado de sociedades aparentemente incomunicadas.

A pesar de ello, esta norme tajada de conocimientos, presentada

en una forma muy accesible y muy agradable, ha atraído muy poco hasta nuestros días a los antropólogos, los sociólogos y los mitólogos modernos.

Este fenómeno forma parte de las rarezas de nuestro siglo en el cual el hecho de pensar equivale con frecuencia a hacer como el aveSTRUZ: esconder la cabeza en la arena para no ver el peligro... o el saber. Esto se debe a la monopolización del saber por las universidades. Pero se debe también a nuestros hábitos que son, como decía ya en el siglo XIV el gran pensador magrebí Ibn Jaldún, «una verdadera maldición», y a nuestros prejuicios. Así, el Antiguo Testamento tiene derecho de ciudadanía en Occidente. El cuento oriental, no. Ya es hora de que empecemos a considerar su lectura como algo más que un pasatiempo inútil.

Afortunadamente, la «Nueva Cultura» está en camino de remediar el desastre que constituye la ignorancia voluntaria de las tradiciones. El redescubrimiento de la filosofía japonesa (zen), india y sufi (la quintaesencia refinada de la filosofía árabe) por los intelectuales americanos, sean barbudos y melenudos o no, viven en la Costa del Oeste o en Nueva York, y por los hippies viajeros europeos, ha dado lugar a una verdadera moda de orientalismo. Esta moda se ha traducido en París, en Londres, en Munich y en Nueva York, ante todo en cierta manera de vestirse y de llevar collares. Confiamos en que no se limite a esto, sino que ayude a la rehabilitación de Las mil y una noches y haga que volvamos la mirada hacia algunos secretos que hasta ahora nos han pasado inadvertidos.

Nuestra obra no pretende ser un estudio de conjunto de Las mil y una noches. Trata solamente de algunos mitos, de algunos secretos y de algunos hechos históricos desparramados en los cuentos orientales. Estos cuentos contienen, en efecto, informaciones diversas: fragmentos de un saber desconocido aprendido de extraordinarias civilizaciones desaparecidas y referencias religiosas, históricas y arqueológicas.

Estudiamos en primer lugar el mito de Simbad que guarda relación con muchas cosas y tratamos después de algunos grandes mitos, que se refieren a la concepción del mundo y a los djinns y

su país, el Djinnistán. También dedicamos varios capítulos al señor de los djinns, Solimán ben Daud (Salomón, hijo de David) y a la «Palabra del Poder» de la que se le consideraba poseedor. A continuación tratamos de cuatro historias particularmente desconcertantes: la de Ali Babá (en realidad, un ladrón de tumbas urarteanas); la de las Gennias-Palomas (¿Amazonas?); la de Iram de las Columnas, la ciudad de Bronce (¿la Atlántida?) y la del Caballo de Ébano (¿un regalo de los extraterrestres?). La última parte es estrictamente histórica y contesta estas preguntas: ¿Quién fue la verdadera Scherezade? ¿Quién fue el verdadero Harún al-Rashid?

El lector particularmente interesado en el origen y en la forma de Las mil y una noches hará bien en empezar la lectura de este libro por el último capítulo en el que se trata de estas cuestiones.

I

SIMBAD, EL GRAN INICIADO

1. LA SERPIENTE DE CEJAS DE LAPISLÁZULL.

Dos viajeros gozan de una fama sin igual: Ulises *el Prudente* y Simbad *el Marino*. ¿A qué se debe esta extraordinaria preeminencia?

¿A la forma perfecta, o casi perfecta, que se dio a sus gestas? *La Odisea*, o las aventuras de Ulises, buscador de pasos en los mares de Poniente, es, sin duda alguna, uno de los más bellos poemas del patrimonio mundial. *Las aventuras de Simbad* son menos puras, aunque Mia I. Gerhardt acaba de demostrar que se trata de una obra muy bien construida y que se ajusta a un gran número de cánones, puesto que conocemos varias versiones de ella.

Lo cierto es que *Los siete viajes de Simbad el Marino*, que Galland tradujo al francés por primera vez en el siglo XVIII para entrenarse antes de emprender la traducción completa de *Las mil y una noches*, no son solamente el diario de a bordo de un navegante en los mares tan pronto cristalinos como turbios de Insulindia.

Sus narradores se inspiraron en una tradición magistral, una de esas tradiciones que apenas se cuentan en voz baja, pues están llenas de secretos.

Como punto de partida tenemos un papiro de tres metros y ochenta centímetros, con un texto de ciento ochenta y nueve líneas, de ellas ciento treinta y nueve verticales y cincuenta y tres horizontales (lleva el número 1115 de la Biblioteca de Leningrado). Fue des-

cubierto en Egipto, probablemente en 1830, por unos fellahs de Qaurnah que lo vendieron a unos sabios alemanes. En 1881, fue desenrollado por primera vez, unos tres mil quinientos años después de haber sido escrito. Se trata de un manuscrito de la XII dinastía.

Contiene una súplica dirigida al Faraón por un viajero que considera no haber sido suficientemente recompensado por una embajada desempeñada en el país de cierto dragón llamado Ka y rey de una isla misteriosa situada en algún paraje de allende el mar Rojo. Se le denomina generalmente *El cuento del náufrago*.

En la traducción de Golenischeff se puede leer que este náufrago es el único superviviente de una nave tripulada por ciento veinte marineros. Una tempestad la ha empujado hacia una isla verdeante donde vive una serpiente de quince metros de longitud, que tiene las escamas de oro y las cejas de lapislázuli. Ka, el rey de las serpientes, recibe amablemente a nuestro náufrago y lo despidió al cabo de cuatro meses cargado de presentes: «olíbano, perfumes, colas de jirafa, trementina, perros de caza, etcétera». En el curso de una conversación, Ka revela al náufrago que, antaño, setenta y cinco serpientes como él vivían en la isla, pero que una estrella caída del cielo las quemó a todas...

Este fantástico relato no parece un cuento, a pesar del título que le ha sido dado, sino más bien un acta oficial. Ha sido objeto de muchas interpretaciones.

El sentido del relato podría ser esencialmente religioso. El país de Ka es el país de la muerte y el dragón el rey de los Infiernos. Podríamos hallarnos en presencia de un relato comparable al descenso de Ulises al Infierno.

Otros comentaristas se fijan sobre todo en la confidencia del dragón: la estrella caída del cielo y las setenta y cuatro serpientes muertas. «He aquí —dicen— un testimonio de nuestros orígenes, una guerra con seres extraterrestres o una colisión con un meteorito gigantesco provocaron la desaparición de una civilización atrasada, que conservaba el recuerdo de saurios gigantescos.» Aluden al tema de la Atlántida, sobre el cual insiste el dragón al anunciar al náufrago que, después de su partida, la isla será borrada del mapa, engullida por las olas.

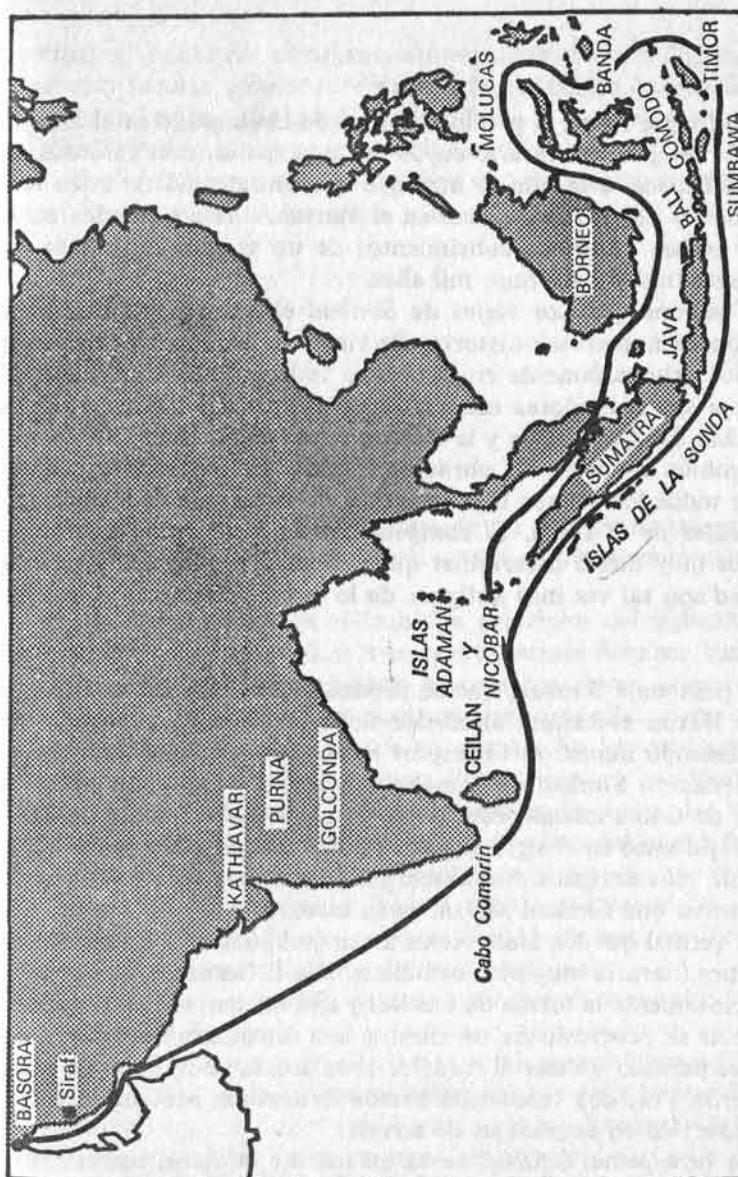


Fig. 1. Países visitados por Simbad

Sea lo que fuere, el precioso papiro de Leningrado es el antepasado de un género literario cuyos dos exponentes más famosos serán *La Odisea*, a la que se atribuye una antigüedad de unos tres mil años, y *Los viajes de Simbad el Marino*, o relato por los cuentistas árabes de los descubrimientos de un viajero musulmán en el océano Índico hace unos mil años.

Se supone que *Los viajes de Simbad el Marino* son una compilación de numerosas historias de viajes de diferentes orígenes y situados arbitrariamente en el océano Índico. Nada impide imaginar que sus narradores conocían el *Cuento del náufrago* egipcio. Conocían bien *La Odisea* y la citaron reiteradamente.

También conocían las obras de Plinio y de Heródoto y seguramente todos los relatos más recientes de la alta Edad Media: *Las maravillas de la India*, *El compendio de las maravillas*, etcétera. Pero es muy difícil determinar quién copió a quién. *Los viajes de Simbad* son tal vez más antiguos de lo que pensamos...

El personaje Simbad, que se supone que vivió durante el reinado de Harún al-Rashid, alrededor del año 800, es posible que no haya existido nunca. A. Champfor se equivoca cuando afirma que «el verdadero Simbad se llamaba Ibn Majid y fue compañero de Vasco de Gama cuando éste dobló el cabo de Buena Esperanza». Ibn Majid vivió en el siglo xv y los relatos que conocemos son seguramente más antiguos. Sin embargo, «nada» nos dice de un modo imperativo que Simbad sea un puro invento.

Es verdad que los *Siete viajes* están compuestos a la manera de una obra literaria muy bien estudiada. Mia I. Gerhardt, que estudió minuciosamente la forma de *Las mil y una noches*, vio en ellas toda una serie de progresiones, un ritmo y una estructura muy particulares que parecen indicar el carácter propiamente novelesco de nuestro héroe. Pero con frecuencia hemos visto cómo personajes reales se convertían en personajes de novela.

Por otra parte, Simbad no es un marino, sino un comerciante. Y lo que refiere tiene siempre varias dimensiones: la lección de geografía va acompañada de un curso sobre la dinámica de los ne-

gocios; el relato de aventuras, de consideraciones religiosas, etc. Por esto resulta apasionante descubrir el sentido exacto de cada uno de sus viajes. ¿Se pueden localizar las islas donde atraca Simbad? ¿Se puede interpretar científicamente cada una de sus aventuras? ¿No encierran algunas de ellas una enseñanza secreta, esotérica? Pronto veremos que sí.

2. UN GATO EN VENTA.

Simbad el Comerciante, juguete de un destino fluctuante pero en definitiva afortunado, es un personaje absolutamente clásico de la Edad Media árabe.

En la época de Harún al-Rashid, a principios del siglo ix, el comercio era muy intenso. Los mercaderes iraníes llegaban hasta cerca de Cantón donde encontraban negociantes chinos y les compraban especias, seda, marfil y maderas preciosas. Estos mercaderes se agrupaban y fletaban navíos en común. Se les confiaba plata con la misión de hacerla fructificar. Por lo demás, y con frecuencia, gozaban de consideración suficiente para poder evitar las transferencias de fondos, letras de cambio, cartas de crédito y toda clase de liquidaciones por documentos escritos que eran de uso corriente en Basora, el puerto donde Simbad solía embarcarse. De aquella época, hemos heredado una palabra: *SAKH* (cheque) con la que se expresaba un reconocimiento de deuda negociable.

Entonces era muy fácil enriquecerse con el comercio. Rápidas y prodigiosas fortunas venían del mar. Otros héroes, aparte de Simbad, dan testimonio de ello. Así, Abu Mohamed Huesos-Blandos, un hombre tan perezoso que no tiene ánimos para buscar la sombra cuando quiere echar una siesta, se hace inmensamente rico porque su madre confió su herencia, un mísero dinar, a un capitán de altura. Lo propio le ocurre a Saíd, el pobre de Adén, que da a un capitán un poco de sal gruesa en una vasija, para que le com-

pre «barakat». El capitán, en un puerto lejano, oye gritar: «¡Barakat! ¿Quién compra un barakat?» Se acuerda de Saíd y decide comprar aquella bendición. Pero el «barakat» no es más que un pescado que el capitán conserva en lo que le ha quedado de sal una vez hecha la adquisición. Al volver a Adén, lo entrega a Saíd, el cual lo abre y encuentra en él una perla gigantesca...

Abundan las historias de esta clase. Wasaf, historiador persa, nos cuenta que una pobre viuda da un gato a un capitán para que lo venda. Es lo único que tiene. El capitán llega a un país devastado por los ratones y donde no conocen los gatos. Vende el de la viuda por una pequeña fortuna... No cabe una mejor definición del comercio: comprar donde hay para vender donde no hay. Esto era lo que hacían con gran diligencia los mercaderes árabes surcando las temibles aguas del océano Índico.

Sus barcos eran construidos de diferentes maneras: sus tablas eran clavadas o cosidas entre sí con hilo de fibra de coco. Los mástiles eran tallados a base de troncos de palmera y las velas se hacían con hojas de palma trenzadas. Eran probablemente latinas (triangulares). «La vela latina es, a pesar de su nombre, de origen oriental», afirman los expertos. A pesar de esto, aquellos barcos no se parecían a los de hoy, pues el timón central, o timón de codaste, no existía aún (se le ve aparecer por vez primera en una miniatura de la Escuela de Bagdad, fechada en 1237). Tenían dos timones, uno a cada lado del casco, «dos especies de piernas gracias a las cuales se dirigía la embarcación».

Se viajaba sin brújula. Se supone que la primera mención de la brújula figura en una obra en verso de Guyot de Provins, que data de 1190, y se cree que los cruzados enseñaron su empleo a los árabes. En los manuscritos árabes anteriores a 1242 no se habla para nada de la brújula.

Nuestros mercaderes hacían navegación de cabotaje. Recorrian las costas y buscaban fondos rocosos para anclar por la noche. Conocedores del mecanismo de los monzones, iban hasta el Japón y hasta China. Simbad no llega tan lejos, sin duda por una razón histórica. A partir de 878, después de una gran matanza de mercaderes árabes en China, los mares de esta región fueron considera-

dos demasiado peligrosos y se evitó navegar por ellos. Cabe suponer que los viajes de Simbad fueron escritos en esta época...

Los viajes de Simbad describen peligros extraordinarios. Sin embargo, raras veces se ha visto un texto que ensalce más que éste la profesión del marino y el interés de los viajes. Es una publicidad prodigiosa para las líneas marítimas. A pesar de los naufragios, de las tempestades y de las bribonadas, las mercancías acaban siempre por encontrarse, y las embajadas, por llegar a puerto. El optimismo de los capitales resulta siempre bien justificado, y la seguridad de los depósitos que se les confían llega a ser, con justicia, legendaria. Nadie se queja de la longitud de la ruta. ¡Prohibido hacer malos negocios! Los peligros sólo sirven para aderezar la Historia. Y Simbad, pese a ser ya inmensamente rico, se hace a la mar siete veces seguidas.

Acompañémosle.

3. UNA BALLENA CON LLAMAS EN LA ESPALDA.

«Un perro vivo vale más que un león muerto, pero la tumba es preferible a la pobreza.» Meditando sobre este proverbio, Simbad, hijo de una buena familia de Basora que acaba de arruinarse, decide de realizar los restos de su fortuna y hacerse a la mar en busca de aventuras.

Basora, en la desembocadura del Tigris y del Éufrates en el golfo Pérsico, muy cerca del actual Kuwait, es entonces un gran puerto, plataforma giratoria entre Oriente y el Oriente Medio. Simbad se embarca en una de las naves que zarpan diariamente en dirección al océano Índico.

Estas embarcaciones no navegan en alta mar, sino que van de puerto en puerto. Simbad no pretende, al salir de Basora con cierta cantidad de dinero, ir directamente lo más lejos posible para comprar alguna cosa rara, sino que prefiere, mediante todo un sis-

tema de trueques, aumentar de puerto en puerto su fortuna para convertirla, al término de su viaje, en especias o en diamantes, que es lo que tiene más valor en Basora. En la época de Simbad, la Arabia Feliz ya no es, quizás desde hace mil años, el país de las plantas aromáticas. Y se va a buscar a Ceilán y a Malasia aquellas que son prodigiosamente consumidas por la civilización árabe.

La primera aventura de nuestro héroe se desarrolla después de un viaje bastante largo de isla en isla y de puerto en puerto, viaje afortunado durante el cual ha redondeado su peculio. Se encuentra muy lejos de Basora, tal vez en el mar de China, cuando se produce un acontecimiento a todas luces sorprendente. La isla en la cual están encendiéndo fuego él y sus compañeros experimenta una furiosa sacudida y desaparece en el mar: era nada menos que la espalda de un gigantesco cetáceo.

Los miniaturistas árabes ilustraron muchas veces esta escena. Y lo mismo han hecho los europeos. La singular imagen de una hoguera sobre la espalda de una ballena es internacional. La encontramos exactamente descrita en un relato céltico que podría ser incluso más antiguo que el de Simbad: el admirable texto poético y místico que sirvió de base a los navegantes que buscaban las «Islas Afortunadas», el *Diario de a bordo de san Brandano en busca del Paraíso*.

4. SAN BRANDANO.

Brandano, el obispo marinero, vivió en el siglo v. Zarpó de Irlanda a bordo de un «curragh», una de esas embarcaciones cubiertas de cuero que aún utilizan los hombres de la isla de Arán, y su viaje le condujo a Thule, a las Feroe, a Juan-Mayen, a las Azores y hasta las Antillas. En el curso de este viaje, también él encendió una fo-

gata en la espalda de una ballena.

El primer manuscrito que conocemos de la *Navigatio Sancti Brendani* se remonta al siglo ix. Dos siglos más tarde, los informes contenidos en este periplo eran ya conocidos de los árabes, ya que Idrisi, que escribió en Sicilia aproximadamente en 1154, habla de la isla de los Corderos y de la isla de los Pájaros (las Feroe y las islas Fuglebjørg, respectivamente) que se citan en el poema, como si existiesen en realidad. De esto a pesar que la historia de la ballena de Simbad está tomada de la de san Brandano no hay más que un paso.

Es notoria la facilidad con que los autores de *Simbad* plagiaban a diestra y siniestra. ¿Por qué no tenían que inspirarse en el relato de san Brandano?

Si esto es así, la aventura de la ballena es menos sencilla de lo que parece a primera vista.

Los comentaristas de *Simbad* que no conocen a san Brandano se conforman con ver en aquél la descripción maravillada de una ballena, monstruo que, al ser visto por primera vez, puede excitar la imaginación y hacerle forjar un cuento extraordinario. En *Las maravillas de la Creación*, de Al Quazwini, que tienen más de un punto en común con *Simbad* (1), la ballena es sustituida por una tortuga gigante. Y a este respecto recordamos las singulares aventuras acaecidas por culpa de las tortugas, por ejemplo, la de aquel viajero que, como refiere León Africano, según Bekri, se durmió sobre una roca a la sombra de un árbol y se despertó a tres millas del árbol. Se había tumbado sobre el lomo de una tortuga gigantesca. O la de otro viajero que dejó su equipaje sobre lo que creyó que era una roca y no volvió a verlo jamás por la misma razón. También se habla de saurios dormidos que parecían vigas, etcétera.

Pero la aventura de san Brandano no admite estas explicaciones llamadas naturales. Al desaparecer la isla en el horizonte dejando detrás de ella una estela de humo negro (no se sumerge como en

(1) El libro de Al Quazwini, *Viajes de dos musulmanes en China y en la India*, y el *Tratado Rogeriano* (de Roger, rey de Sicilia), escrito por Idris, son citados con frecuencia como fuentes posibles de los *Viajes de Simbad*. Pero, como nosotros ignoramos la fecha exacta del primer relato de aquellos viajes, creemos preferible considerar tales textos únicamente como «complementos» sin poner en tela de juicio su anterioridad o su posterioridad.

el cuento árabe, sino que huye nadando y llevándose la caldera de los marineros), el santo informa a sus compañeros en estos términos:

«No temáis, hijos míos; no desembarcanteis en tierra, sino en la espalda del más grande de los peces vivientes. Es tan gordo y tan grande que desde el principio del mundo trata en vano de levantarse del fondo del mar, de enroscarse hasta tocarse la cola con la cabeza. Pero no puede hacerlo, tan gigantescos son su vientre y su espalda. Por esto es símbolo de la eternidad. Su nombre es Jasconius. ¡No debe extrañaros que ninguna hierba crezca sobre él!»

Así, si presumimos que fue tomada de la gesta de san Brandano, la primera aventura de Simbad guarda relación con el símbolo de la Eternidad, Jasconius, el pez gigante. Nada hay de frívolo en la historia de la ballena de Simbad, tan esotérica como la de Jonás, sino más bien una preocupación, una voluntad de simbolismo cósmico.

5. CIEN MIL CABALLOS SE HACEN A LA MAR.

Después de este preámbulo místico, la narración adquiere el tono de un relato de viaje cuya autenticidad podemos comprobar.

Simbad, que se ha salvado milagrosamente, va a parar a una isla donde presencia un extraño espectáculo: una magnífica y solitaria yegua, atada a un poste en la playa, es montada por un «caballo Marino».

Este hecho ha sido explicado por numerosos comentaristas (desde Richard Hole, en *Remarks on the Arabian Nights Entertainments; in which the origin of Sindbad's Voyages and other oriental fictions is particularly considered*, Londres, 1797, hasta Paul Casanova, *Notes sur les voyages de Sindbad*, El Cairo, 1922).

Hole piensa en unas islas próximas a Ceilán, llamadas «Ilhas dos Cavallos», donde abundaban los caballos salvajes y donde, todavía

en el siglo XVIII, enviaban sus yeguas los comerciantes holandeses para que las preñasen. Burton (el más célebre traductor inglés de *Las mil y una noches*) se refiere a tradiciones parecidas, sobre un asno salvaje (*Equus onager*) al que se apareaba frecuentemente con yeguas en las islas indias. Era, sin duda, el «garañón venido del mar». El resultado de su cruzamiento era el caballo Kathiawar, que tenía las patas y el lomo rayados.

Pero sabemos también que en el siglo XII cien mil caballos eran enviados todos los años desde el Oriente Medio hasta la costa de Coromandel. Eran transportados en «djonks» especialmente preparados. Los indígenas de Malabar hacían gran consumo de ellos, pues, por alguna razón misteriosa (tal vez porque los indios tenían la curiosa manía de alimentarlos con arroz con leche y con guisantes cocidos con mantequilla), estos caballos no se reproducían en la India. El «caballo venido del mar» es quizás el símbolo de este comercio.

6. EL SALOMÓN DE INSULINDIA.

Realizada la unión del caballo y la yegua, los entusiasmados palfreneros salen de su escondite. Descubren a Simbad y lo conducen a la Corte de su rey, un tal Mihrachán cuya reputación es inmensa.

El final del primer viaje de Simbad contiene la descripción de esta Corte y de las pequeñas excursiones que realiza nuestro héroe, no para comerciar, sino para divertirse durante el tiempo que pasa en la casa de aquel rey simpático como ninguno. Simbad se ve colmado de dones y Mihrachán lo nombra escribano, encargado de anotar las entradas y salidas de mercancías del puerto.

No resulta muy difícil identificar a este rey Mihrachán o Mihráján.

«Mihrachán es el rey de la isla de Zapago, situada frente a China, a un mes de navegación —leemos en el *Viaje de dos musulmanes a China y a la India en el siglo IX*—. Reina sobre numerosas islas: Zapago (900 leguas de circunferencia), Rahmi (800 leguas) y Cala (80 leguas). Su palacio se encuentra a la orilla de un río tan ancho como el Tigris en Bagdad.»

Zapago debe ser Borneo, la isla más grande de Insulindia. La que le sigue en extensión es Sumatra. Y Rahmi es, en efecto, el nombre árabe que se da a esta isla.

Mihrachán, rey de Borneo, fue en ciertas épocas tan célebre como el rey Salomón. Su magnificencia era proverbial, y Simbad no es el único que nos habla de ella. Durante siglos, el rey de Borneo siguió siendo tradicionalmente fastuoso y digno de toda alabanza. La grandeza de Mihrachán se reflejó en todos sus descendientes.

Leamos el relativamente reciente y truculento relato de Pigafetta, el marinero italo-portugués que acompañó a Magallanes en su vuelta al mundo en el siglo xv y que fue recibido por Raia Siripida, el último de los grandes soberanos de Borneo:

«Reina sobre otros muchos reinos, islas y ciudades. Su residencia tiene veinticinco mil casas. Tiene diez escribanos que escriben todo lo que le concierne sobre cortezas de árboles muy delgadas.»

(Este magnánimo monarca envía dos elefantes cubiertos de seda a buscar a Pigafetta. Su majestad es tal que sólo se le puede hablar desde lejos.)

«Entramos en un gran salón lleno de muchos barones y señores. Allí nos hicieron sentar sobre una alfombra, con presentes y vasos cerca de nosotros. A la cabeza y al extremo de esta sala había otra, más alta pero más pequeña y llena de tapices de seda. Había en ella trescientos hombres desnudos y con espadas, que eran la guardia del rey. Y al fondo de esta sala había una ventana. Descorrieron una cortina carmesí y vimos al rey sentado a la mesa con uno de sus nietos y los dos estaban comiendo betel. Y entonces uno de los personajes nos dijo que si teníamos que decir algo al rey se lo dijésemos a él y él lo diría a uno de sus superiores y éste a uno de los hermanos del gobernador que estaba en la sala más pequeña el cual lo diría con una trompetilla a través de un agujero de la pared a otro que estaba dentro con el rey. Y nos enseñó que debíamos hacer tres reverencias al rey, con las manos juntas sobre la

cabeza, levantando los pies uno después de otro y bajándolos a continuación...»

En la época de Pigafetta (aunque no se ve en este corto fragmento, fue uno de los primeros etnólogos-sociólogos-sexólogos), el reino de Borneo estaba ya en decadencia. Considerando el fausto de Raia Siripida, podemos imaginarnos cuál sería el de su remoto antepasado Mihrachán, que tan bien recibió a Simbad.

Pero las descripciones de Simbad sobre la Corte de aquel rey histórico y fascinante son muy cortas. Las abrevia para hablarnos de una visita a la isla Cabil, o Casel.

7. UNA BAJADA A LOS INFIERNOS.

En el curso de este «viaje de placer», tiene varios encuentros asombrosos: peces de cien a doscientos codos de longitud (entre cuarenta y ochenta metros) y otros más pequeños, pero que tenían cara de búho. Los peces grandes (anguilas gigantes, dice Hole) no eran fieros. Los compañeros de Simbad los espantaban haciendo ruido.

Esta costumbre se remonta a la más alta antigüedad. Estrabón refiere que la flota de Nearco, lugarteniente de Alejandro Magno, se encontró en el golfo Pérsico con una formidable concentración de ballenas, a las que dispersaron simplemente con sus gritos... y Munster, en su *Cosmografía*, dice que las grandes ballenas del Ártico son frecuentemente desviadas de su ruta por el ruido de tambores y trompetas.

Todos estos encuentros son accesorios. Lo esencial es el fin del viaje de Simbad, la isla Casel. Hace un largo y peligroso viaje para ir a verla. Vale la pena. Pero, ¿por qué?

«En la isla de Casel —dice— se oye todas las noches el redoble de atabales y tambores, lo cual hizo creer a los marineros que Dergial estableció allí su morada.»

Deggial es muy conocido en la religión musulmana. Es el jefe de los djinns rebelados contra Alá. Una especie de Anticristo que cuando termine el mundo será librado de sus cadenas y sojuzgará a todos los hombres a excepción de los verdaderos creyentes. Corresponde al Ahrimán de los persas, al Tifón de Egipto y al Lok de Escandinavia.

Podemos deducir de ello que la isla en que se dice que habita es objeto de un culto considerable. Un lugar sagrado. Por esto tiene tanto interés para Simbad.

Los atabales y los tambores de que habla intrigaron muchísimo a sus comentaristas. Algunos los explican como un fenómeno natural (el viento silbaría de un modo extraño en los mellados acantilados de la trágica isla) y otros imaginan que el culto de Deggial va acompañado de redobles provocados de una manera más o menos misteriosa por los sacerdotes. Partiendo de estos dos datos, se han dado varios nombres de islas, entre ellas la de Poelsetton, cerca de Banda, en la Molucas.

«Cerca de Banda, en las Molucas, hay una isla llamada Poelsetton, de reputación aún peor que las Rocas Acroceráunicas. Allí se oyen gritos, silbidos y rugidos a todas horas y en todo tiempo. Se ven apariciones terribles... Una larga experiencia demostró que estaba habitada por demonios...», escribió Bartolomé Leonardo de Argensola, en su *Historia del descubrimiento y de la conquista de las Molucas*.

«La isla Casel es Poelsetton? Lo importante es que sea un lugar sagrado. Pues, de pronto, el viaje de Simbad cambia de significado. Se convierte en una peregrinación.

Diario de a bordo de un mercader de Basora: «Primero encontré la ballena de la Eternidad y después visité al rey más grande del país. Por último, pasé muchos apuros para llegar a una isla misteriosa donde, según me dijeron, podía intentar una pequeña bajada a los Infiernos, tal como había hecho Ulises.»

Si se admite este compendio, Simbad no aparece ya como un aventurero, sino como un asombroso intelectual.

8. EL AVE ROCHO.

El ave Rocho es el héroe incomparable del segundo viaje de Simbad.

Abandonado por sus compañeros en una isla, Simbad percibe en el horizonte una especie de gran fantasma blanco, una cúpula prodigiosa. Es el huevo de un ave gigantesca, tan grande que, al volar, «oscurece el cielo»: el Rocho que llega batiendo las alas.

Pocos mitos alcanzaron tanta sencillez. ¿Qué imagen puede ser más elocuente que la de esa cúpula lisa, cubierta de pronto por un cosmos de plumas erizadas?

Para huir de la isla inhóspita, Simbad, con ayuda de su turbante, se agarra a la pata escamosa del ave, que de pronto despega y se eleva en el aire con Simbad pegado como una verruga a su pata, en un cielo cubierto de nubes negras y blancas.

Un viaje sin problemas. El Rocho vale tanto como diez «Concorde».

Fin del viaje. El aeropuerto terminal se llama «El valle de los diamantes». Este valle está lleno de diamantes grandes como puños y de serpientes grandes como locomotoras y que son la comida predilecta del Rocho.

Un ser fantástico este Rocho. Pocas veces nos ha presentado la literatura algo tan grandioso. La ballena de la Eternidad, que sólo sabe huir nadando para apagar el fuego que arde sobre su espalda, parece un juguete mecánico si la comparamos con esta bola de ener-

gía, volante, devoradora, fecunda, que es el Rocho.

Por esto los narradores de *Las mil y una noches* la aludirán con frecuencia.

Al final de este mismo segundo viaje, y hallándose en la isla de Roha, Simbad oye hablar accidentalmente del combate entre el rinoceronte y el elefante. Cuando estos dos animales se han matado el uno al otro, aparece el Rocho que se los lleva a los dos en sus garras, como si fuesen juguetes. En el curso del quinto viaje, los compañeros de Simbad descubren un pajarillo Rocho y resuelven asarlo a pesar de las advertencias de nuestro amigo. Inmediatamente llegan los padres y lanzan sobre su embarcación una lluvia apocalíptica de rocas.

Pocos seres fantásticos habrán hecho correr tanta tinta como el Rocho de Simbad. Es tan célebre como el unicornio y como la gran serpiente de mar.

¿Quién era, pues? No faltan las respuestas.

El Rocho, descendiente tardío de los pterodáctilos, es realmente un ave monstruosa.

El Rocho representa un fenómeno natural. Simboliza los tifones, frecuentes en el océano Índico y en los mares de China (cf. el último tifón del Pakistán).

El Rocho es una aeronave extraterrestre o perteneciente a una civilización desaparecida y sumamente desarrollada.

El Rocho es «Dios»... o, al menos, un dios.

Antes de estudiar cada una de estas hipótesis, observemos que el Rocho aparece en otras tres ocasiones en *Las mil y una noches*. En *El bello adolescente triste*, un mercader infiel cose al héroe dentro de una mula muerta. Entonces llega el Rocho, coge la mula con sus garras y la deposita en el Valle de los diamantes. En *Agib*, el procedimiento es el mismo. El protagonista es cosido dentro de un carnero muerto, y el Rocho lo lleva a un paraíso donde viven cuarenta muchachas que le brindan, sucesivamente cada noche, unos indecibles goces sexuales. Por último, en *Aladino o la lámpara maravillosa*, el mago aconseja a la mujer de Aladino que llame al genio de la lámpara y le pida que cuelgue en el gran salón, a modo de lámpara, un huevo de Rocho. Al oír esta petición, el genio parece sofocado por la ira: «¡El Rocho —dice— es mi señor supremo! ¡Imposible hurtarle un huevo!»

9. EL ROCHE Y EL DODO.

Todos los que opinan que el Rocho es un ave real citan invariablemente un célebre pasaje del *Libro de Marco Polo* escrito en el siglo XIII. He aquí, tomado de la traducción francesa de A. t'Serstevens:

«En las islas que están al mediodía (de Madagascar, donde no pueden ir las naves por miedo de no volver) se encuentran los pájaros-grifos que aparecen en ciertas estaciones del año. Algunos de los que fueron hasta allí y volvieron contaron a dicho Micer Marco Polo que estos grifos tienen la misma constitución que el águila, pero son grandes y desmesurados, pues, según dicen, sus alas cubren muy bien treinta pasos y sus plumas tienen una longitud de doce pasos, y son tan fuertes que cogen un elefante con sus garras y lo elevan a gran altura, después lo dejan caer y de este modo lo matan, y bajan hasta él y comen hasta hartarse. Las gentes de esta isla los llaman "roc", y no tienen otros nombres.»

Este texto, aunque sospechoso (se observará que Marco Polo no vio al Rocho con sus ojos, pues no se atrevió a ir a la región peligrosa donde mora), tuvo un éxito formidable.

El padre Martini, en su *Historia de China*, lo transcribe casi literalmente. Lo propio hace Bochard, en su *Hierozoicon*, e incluso Pigafetta, el marino de Magallanes, nos dice que oyó hablar de unas aves que vivían cerca del golfo de China y que eran tan grandes que podían transportar por el aire grandes animales. Marco Polo es su fuente común. Marco Polo, que, según pensamos nosotros, había sacado directamente su historia... de Simbad.

Los detalles dados por Marco Polo movieron a algunos investigadores a identificar al Rocho con el *Aepyornis maximus*, una especie de aveSTRUZ gigante que vivía antaño en Madagascar. Pero el huevo del *Aepyornis* sólo tenía una capacidad de doce litros y me-

dio. No podía compararse con una cúpula gigantesca.

La teoría según la cual el Rocho era un ave extraña que vivió en la isla Mauricio hasta el siglo pasado y que llevaba el cómico nombre de *dodo* no es mucho más convincente. En efecto, hoy sabemos que el dodo más grande no pesaba más de cuarenta kilos.

Simbad no es el barón de Crac, reflejo del gusto de una época ociosa. No vemos por qué razón habría exagerado hasta tal punto unos volátiles ciertamente impresionantes, pero que, en ningún caso, parecían tener agallas suficientes para trastornar el orden del mundo...

10. EL ROCHO-TIFÓN Y EL ROCHO DE MU.

«En los parajes de las costas de China, los viajeros temían mucho los tifones, o *ruj*, viento en lengua mandea, y fue esta palabra *Ruj* la que, a través de los relatos de los marinos, se convirtió en *Roj*, el ave fabulosa de *Las mil y una noches*, que robaba los barcos que encontraba en su camino», escribe Alí Mazaheri, en *La vida cotidiana de los musulmanes en la Edad Media*.

Estas informaciones son más convincentes, sobre todo si tenemos en cuenta que Simbad nos dijo claramente que el Rocho oscurecía el cielo. «Advertí —dice— que el sol se apagaba de pronto y que el día se convertía en negra noche... Una nube de alas formidables volaba por delante del ojo del sol, al que tapaba por entero, extendiendo la oscuridad sobre la isla...»

Tengo a la vista un grabado del siglo XVIII que representa un tifón. La cima de la tromba de agua que avanza girando sobre el mar y apunta al cielo tiene cierto parecido con una gran bola de plumas...

Pero esta teoría tiene el inconveniente de explicar sólo una parte del mito del Rocho. No tiene en cuenta ningún detalle. Ni el hecho de que la rotura del huevo trae consigo un castigo inmediato, ni los

pretextos (los despojos de animales) para hacerse elevar por los aires, ni la afición del Rocho a las serpientes, etcétera.

Y cabe pensar que el nombre de Rocho fue dado, por analogía, a no ser que parecía un tifón, pero que no lo era...

Otra seductora teoría da a entender que Simbad encontró, en el curso de sus viajes, seres extraterrestres o, al menos, descendientes de una brillante civilización desaparecida, todavía poseedores de los secretos de una era muy desarrollada. No se trataría de la civilización atlántica, sino de la del famoso continente Mu, que debía de encontrarse antaño no muy lejos de los mares surcados por Simbad. Diversos estudios atribuyen a Mu un estado primitivo pero sumamente brillante. Un cataclismo cualquiera, un maremoto o una bomba atómica, lo habrían destruido, pero se habrían conservado algunos de sus secretos.

James Churchward afirma en su libro *Mu, el continente perdido* que el pájaro gigante debió ser un símbolo sagrado de los pueblos de Mu. «En Mu —dice—, los pájaros eran utilizados para simbolizar las cuatro fuerzas primarias y creadoras. Más tarde, la simple cruz simbolizará estas fuerzas... Y también el famoso círculo alado que encontramos en Egipto, en Assur, en Guatemala, en México...»

Estos círculos provistos de alas de plumas y algunos de los cuales encierran grandes símbolos, como el sello de Salomón o la esvástica, representan una formidable concentración de energía, lo mismo que el Rocho.

Si admitimos que las gentes de Mu poseían aviones (o habían venido en cohete de otro planeta, idea predilecta de los «muólogos») y que su símbolo nacional era una especie de tifón, podemos suponer que el Rocho es un recuerdo complejo de la inteligencia y la tecnología de Mu. Desgraciadamente, si están permitidos todos los sueños con respecto a la Atlántida (sobre la cual poseemos al menos un texto turbador e irrefutable: el de Platón), es posible que nuestros «conocimientos» sobre Mu no sean más que absolutas quimeras. Se fundan, en efecto, en traducciones tal vez completamente falsas de inscripciones enigmáticas escritas en lenguas desconocidas y que los verdaderos científicos han renunciado de momento a comprender. El propio nombre de Mu puede proceder de

dos signos que figuran en ciertas tablillas aztecas, que parecen vagamente una M y una U.

Todo esto hace que sea muy problemático el origen «muesco» del Rocho.

11. GARUDA.

En *Las mil y una noches*, el Rocho es ante todo un vehículo que permite pasar de una isla azotada por los vientos, o de cualquier otro lugar desierto, a un valle de diamantes o a un paraíso de hurdes. La misión del Rocho es elevar al hombre, arrancarlo de las contingencias, subirlo al cielo. «Se elevó tan de prisa y a tal altura que creí tocar la bóveda celeste», dice Simbad. El Rocho representa las fuerzas libres del aire contra los poderes ctónicos (los de la tierra, encarnados por las negras serpientes del fondo del valle).

La *Historia de Aladino* subraya particularmente su carácter divino. En ella se dice expresamente que el Rocho es el rey de todos los djinns, y su huevo, comparado con el sol, es evocado naturalmente para ser colocado en el firmamento de una bóveda.

Ahora bien, en la religión hindú, que es precisamente la que se practica en los países que recorre Simbad, hay un «vehículo» divino sumamente célebre.

Podemos verlo esculpido en las fachadas de numerosísimos templos. Es un personaje capital del panteón brahmánico. Todos los turistas que actualmente visitan la India pueden observarlo, pues su imagen cubre muchas murallas. Y si admitimos que Simbad, al hablarnos de la India, debe hacer algunas alusiones a la religión hindú, parece absolutamente normal que nos hable de este «vehículo divino».

Este «vehículo» es el ave Garuda, montura habitual de Vishnú y de su mujer Laskshmi.

Garuda es representado con frecuencia en forma de un ave de presa gigantesca cuya cabeza, a pesar de su pico y de sus tres ojos, tiene un aspecto humano. Los tibetanos lo muestran bajo una luz particularmente atroz: los ojoslanzan rayos y está bajo el dominio del rey de los Infiernos. Pero otras estatuas lo representan como un adolescente sonriente que lleva sobre los hombros al radiante dios Vishnú. En la maravillosa escultura del siglo XI que puede admirarse en el museo de Kyajuraho su sonrisa no tiene nada que envidiar a la del Angel de la catedral de Reims.

En las miniaturas, tiene generalmente un bello color azul, lo mismo que su señor Vishnú (este azul da fe del origen celeste del dios, pues es el color de su piel, incluso cuando aparece en forma de hombre en su «avatar» de Krishna).

Numerosas representaciones muestran a Vishnú o a Laskshmi sobre la espalda de Garuda. A veces, tienen un poco el aire de un piloto de «Mystère 20» en su cabina. Otras, Garuda tiene un notable parecido con un platillo volante.

Garuda, además de su papel de vehículo divino, es, en la religión hindú, el implacable enemigo de las serpientes Nagas, que encarnan el mal y los poderes ctónicos. Lo vemos a menudo atacando las serpientes (sus enemigos jurados, pero también sus primos). Las desgarra a picotazos, las aplasta con las garras... Cuando Simbad nos cuenta que el Rocho, apenas llegado al valle de las serpientes se precipita sobre una detestable culebra negra, sigue exactamente el mito hindú.

La identificación del Rocho con Garuda puede ser muy exagerada. Gracias a ella, se puede interpretar perfectamente la historia del Rocho que lleva un elefante en sus garras.

Un bajorrelieve del famoso templo indio de Beogarh, esculpido entre los siglos IV y VI después de Jesucristo, refiere cómo un magnífico elefante se adentró demasiado en los pantanos en busca de su alimento. Allí fue apresado por un rey-serpiente Naga. Vishnú, considerándolo una acción intolerable, intervino, montado en Garuda. Y el bajorrelieve nos presenta un Garuda y un elefante sensiblemente del mismo tamaño... Tal vez Simbad vio esta escultura.

De todos modos, en la tradición brahmánica los elefantes tie-

nen la costumbre de viajar por los aires, tanto si Garuda los lleva como si no. Al principio tenían alas y se codeaban con las nubes. Airavata, el elefante gigante vehículo de Indra, Rey de los dioses, es el arquetípico en forma de animal de la nube de monzón, portadora de lluvia.

El *Matangalila*, o *Curioso tratado de los elefantes*, nos revela otros lazos que existen entre Garuda y los elefantes. Éstos nacieron el mismo día y del mismo huevo que Garuda. Al principio de los tiempos, Brahma, el creador demiurgo, rompió el huevo del que salió Garuda, el ave solar de alas de oro, «el del bello plumaje». Después, cantó siete melodías sagradas sobre las dos mitades del roto cascarón y de cada una de ellas salieron ocho elefantes que son las cariátides del Universo. Lo sostienen por los cuatro puntos cardinales y por los puntos intermedios.

En cambio, sus hijos podían circular libremente por el cielo como las nubes hasta el día que su raza fue maldita por un santo asceta. Algunos de ellos se habían posado en la rama de un árbol próximo al lugar donde el santo pronunciaba sus lecciones, y charlaban y bromearan. La rama se rompió. Los elefantes, al caer, mataron a varios discípulos. Entonces fueron malditos y perdieron sus alas. Así, pues, el relato de Marco Polo no fue inspirado por un hecho natural, sino por la tradición religiosa de los elefantes transportados por los aires.

Inversamente, si los elefantes vuelan, Garuda es tan fuerte como un elefante. Los templos de Camboya nos lo demuestran así. Algunos de ellos son sostenidos por una serie de Garudas alineados como cariátides.

Se cree que la raíz de la palabra *Garuda* es *gri*, que significa «tragar». Se le conoce también por el nombre de Nagantaka (el que mata las Nagas) o Nagasana (el que devora las serpientes). La conclusión entre Garuda y las serpientes es muy importante. Por esto Simbad insiste tanto en las serpientes del valle de los diamantes.

En todas las épocas, la pareja serpiente-pájaro fue un símbolo. En el Louvre podemos ver la copa ritual de oro del rey Gudea de

Lagash, obra sumeria que data de unos 2.600 años antes de Jesucristo. Un par de serpientes entrelazadas, antepasadas de nuestro caduceo, se enfrentan con dos monstruos alados que nos recuerdan los Rochos y los Garudas. El conjunto constituye la dualidad arquetípica de los campeones de la tierra y del cielo.

Es posible que Garuda tenga un origen sumerio, pues la representación de un dios sobre un vehículo es típicamente sumeria. La divinidad Assur es representada con frecuencia sobre un monstruo con patas delanteras de león, garras de águila en las de atrás, cola de escorpión y cabeza de dragón.

Este modelo pudo servir para representar a las divinidades indias siempre montadas en un vehículo: Brahma, en un ánade macho; Indra, en un elefante; Vishnú en Garuda; Shiva, en un toro; Ganesa, en una rata; etcétera.

Esta clase de figuración brilla por su ausencia en las obras de arte indias muy antiguas, mientras que seguimos su rastro en Mesopotamia hasta los alrededores del año 1500 antes de Jesucristo.

Por lo demás, y dejando aparte su función de vehículo, el Pájaro-Dios, que simboliza en todo el universo chamánico la fuerza uraniana y el enemigo de los poderes ctónicos, está presente en casi todas las mitologías del mundo.

12. MI MADRE OCA, ¿UN REGALO DE LOS CRUZADOS?

Partiendo del Rocho y de Garuda podemos seguir en ambas direcciones toda una larga tradición de aves dotadas de poderes mágicos y que sirven de intermediarias entre los hombres y la divinidad o el destino, tradición que termina con la Madre Oca de nuestros cuentos de hadas. Aquí el ave ha dejado de ser terroríf-

fica, para convertirse en amablemente ridícula, fenómeno clásico de envejecimiento.

Por lo demás, nuestra buena Madre Oca es de origen oriental. Fueron los cruzados quienes trajeron a Europa la idea de un ave grande y de poderes misteriosos...

Pero si la Madre Oca está al final de la serie es difícil descubrir su principio. Es seguro que empieza en el fondo prehistórico común de todos los pueblos del mundo. Pero ¿cómo saber quién fue el antepasado directo de la Serpiente con plumas mexicana (curioso cruzamiento de Garuda y las Nagas); del pájaro gigantesco de los lenguas del Paraguay y de los indios de América del Norte, que con su batir de alas y el brillo de sus ojos produce el trueno y los relámpagos; del Bennu egipcio, una de cuyas versiones fue el Fénix; del Eorosh del Zend; del Bar Yucre de los rabinos; del Hathilinga de las parábolas de Budagosha, que tiene la fuerza de cinco elefantes; del Kerkes de los turcos; del Grifo de los griegos; del Norka de los rusos; del dragón sagrado de los chinos, del Pheng y del Kirni japonés?

Nada es bastante superlativo, en ninguno de estos pueblos, para designar al Ave Suprema. En el Zend-Avesta, el «jefe de los Pájaros», el «Eorosh», se describe como «resplandeciente de luz, que ve de lejos, excelente, inteligente, puro, conocedor de la lengua del cielo, vivo, con cabeza y pies de oro, más veloz que el caballo, que el viento, que la lluvia, que la nube...» El mismo texto lo denomina también Saena, Anqa, Homa. Pero nos fijaremos sobre todo en su nombre persa: Simurgh.

13. EL SIMURGH: DIOS TIENE ALAS.

El inmenso asombro de Simbad ante el Garuda indio tiene que ser forzosamente un artificio literario, pues existía en la mitología persa un célebre pájaro mágico, verdadero hermano de Garuda, y

Simbad no podía dejar de conocerlo. Ciento que el Islam había barrido esta mitología, pero poco a poco al mismo tiempo que se formaba la lengua persa (los grandes novelistas persas, que escribieron en una lengua original que no era árabe ni pahleví, son del siglo XI), fue reapareciendo esta mitología. En realidad, no había desaparecido completamente, puesto que los hadiths (tradiciones coránicas) más antiguos hablan también del Simurgh, o Anqa, el pájaro maravilloso.

«El profeta nos dijo un día —refiere Ibn 'Abbas— que en los primeros tiempos del mundo, Alá creó un pájaro de belleza extraordinaria y le dio todas las perfecciones en herencia: un rostro parecido al del hombre, un plumaje resplandeciente y de los más vivos colores... Y Alá dijo a Moisés: "¡He dado vida a un pájaro admirable! He creado el macho y la hembra... y quiero establecer relaciones de familiaridad entre estos dos pájaros y tú, como prueba de la superioridad que te he otorgado..."»

El Anqa es tan maravilloso, tan digno de derretir todos los corazones, que Alá no tiene valor para ocultarlo a nadie, y menos a Moisés, su gran favorito...

El Simurgh representa un gran papel en todas las leyendas de la alta Edad Media sasánida. Interviene a menudo en el *Shahnama* (o *Libro de los Reyes*) del poeta Firdusi. Él fue quien crió al niño Zal, padre del famoso héroe persa Rustam. Dio cobijo en su propio nido a Zal, el repudiado (había nacido con los cabellos blancos, lo cual era un signo maléfico). Le hizo de niñera, le enseñó a hablar y le dio algunas de sus plumas, pues quemándolas Zal tenía el poder de hacerle acudir. Estas plumas sirvieron también para curar las heridas de Ruduba, mujer de Zal, y de Rustam. El Simurgh se distinguió también dirigiendo personalmente la operación cesárea gracias a la que nació Rustam.

Imaginad una gigantesca ave del paraíso del tamaño de un elefante y tendréis una pequeña idea del Simurgh tal como gustaban de representarlo los miniaturistas persas. El Simurgh es el tema de las más bellas, ricas y deslumbrantes miniaturas.

Sin embargo, el Simurgh no es siempre benéfico. En la leyenda de Isfandyar en *Busca del brasero ardiente* (la versión persa de la *Novela de Alejandro*), aparece particularmente espantoso y repelente.

Tal vez es a causa de esta ambigüedad que Simbad no reconoce el Simurgh en el Rocho. ¡El Simurgh tiene tantos nombres, tantas formas! Además, Simbad quiere producir un efecto de sorpresa en sus oyentes, pues, ¿quién podrá decir si su Rocho es benéfico o maléfico? Mata a los marinos que le ofendieron, pero ayuda a Simbad a evadirse, aunque ciertamente sin querer.

Volvemos a encontrar la aureola de espiritualidad del Pájaro Divino en las leyendas actuales de los yezidis del Kurdistán, que representan a Dios en forma de un ave que se cierne majestuosamente sobre las aguas primitivas. Pero en *Las mil y una noches* otros cuentos renuevan el efecto de Simbad complaciéndose en «vulgarizar» el Pájaro Divino. Así lo encontramos en *La Historia del príncipe Diamante* totalmente ridiculizado. Con el nombre del genio Al-Simurgh ayuda efectivamente al príncipe a desplazarse por los aires, ¡pero de qué manera! Al-Simurgh, el gigante (el príncipe monta sobre su espalda), es un pedorrero prodigioso. Se mueve en el aire, en zigzag, gracias a los gases expulsados de su panza.

El Rocho de Simbad tiene algo de la vulgaridad de este Al-Simurgh (a fin de cuentas, no es más que una enorme gallina muy poco inteligente), la concreta función transportista del Garuda indio, y también, por su fuerza, la energía divina del Simurgh.

Pero esto no es todo.

En la acción de Simbad al agarrarse a su pata hay una reflexión que es como un reconocimiento implícito. En la audacia de Simbad hay una especie de vértigo al término del cual aparece de pronto el Rocho como familiar íntimo de aquél. ¿Cómo es posible esto?

Los suffes iraníes, que nos dan una imagen excesivamente refinada del Simurgh, nos lo explican. En *El coloquio de los pájaros* (Mantiq ut Tayr) del poeta Faridudin Attar, que vivió en el siglo XIII, treinta pájaros se reúnen para ir en busca del Simurgh. El poema refiere sus tribulaciones que no terminan hasta que los pájaros se dan cuenta de que ellos mismos son el Simurgh. En efecto: *Si quiere decir treinta y Murgh, pájaro. Si-Murgh: Treinta*

pájaros. Bajo este juego de palabras, está el símbolo del yo oculto, representado por el Simurgh, y la busca de éste es la busca de sí mismo, es decir, de Dios, puesto que el Corán dice: «Alá está más cerca del hombre que la vena de su corazón.» Admirable imagen.

Así, pues, el Simurgh es nosotros mismos, y el Rocho que se lleva a Simbad por los aires no es más que el reflejo del propio Simbad.

En muchas mitologías, el ave, más que cualquier otro animal, es el doble complementario del hombre. En otro libro persa vemos cómo el legendario rey Jamshid es castigado por haber hablado mal y el «poder divino y la luz de la gracia» le abandonan, en forma de un águila blanca gigantesca. Un Simurgh sale de su cuerpo y levanta el vuelo...

«En el cuello de cada hombre hemos amarrado su pájaro», dice más sencillamente el Dios de Mahoma.

Sin embargo, el Rocho de Simbad parece a primera vista completamente ajeno a nuestro héroe. Pero sólo a primera vista, porque Simbad se aprovechará en definitiva de su ciencia sobrehumana y de sus facultades benéficas... Tal vez podríamos, en último término, aplicar al terrible Rocho los versos de esta admirable poesía sufi, la *Djanna*:

Y era un delicado y estremecido compañero aún más misterioso que él mismo...

Un pájaro de las alturas...

El gran Simurgh alado...

El secreto guardián del Imperio interior...

Oh, corazón mío,

Oh, tú, dotado de dos alas quiméricas,

*Dos alas quiméricas cuyas plumas están hechas de nuestros de-
seos...*

Oh, tú que eres yo, y yo soy tú...

Los sufies tienen la habilidad de arrastrarnos en un lúgido vértigo. Visto por ellos, el Rocho deja de ser un modesto avión, para convertirse en un ser omnipresente. El Simurgh está en todo lugar. ¿No es él quien fue simbolizado en forma de águila con las alas abiertas, símbolo del mazdeísmo, bicéfala en el país de los hititas, y quien fue adoptado por Bizancio en oposición al águila romana que sólo tenía una cabeza, reconocido por los cruzados y traído por ellos a Europa, para posarse al fin, después de una viaje fabuloso, en las banderas austriacas y moscovitas?

Sin duda puede establecerse más relación entre el águila bicéfala de las banderas occidentales y el Rocho de Simbad que entre éste y el gordo dodo de la isla Mauricio. Aquí vemos que las explicaciones aparentemente más naturales no son siempre las mejores.

Al describirnos a su Rocho, Simbad quiere hacernos pensar en Dios y en el conocimiento de nosotros mismos más que en un pterodáctilo.

Para terminar estos comentarios sobre el Rocho, dos detalles pintorescos:

Todavía empleamos actualmente la palabra *roc* (enroque) cuando jugamos al ajedrez (el enroque largo y el corto consisten en invertir las posiciones de la torre y del rey). Sabed que, en persa, las piezas llevan nombre de animales. Aparte del caballo, el elefante (*fil*) equivale a la torre. Pues bien, el *Roc* (enroque) es la jugada que consiste en desplazar espectacularmente un elefante...

En cuanto al nombre *garuda*, parece que en nuestra época de viajes será cada vez más conocido. Ha sido elegido por las líneas aéreas de Indonesia cuya publicidad, a base de un soberbio avión blanco, empieza a invadir nuestros periódicos: «Garuda Airways»... De manera parecida, la publicidad de las líneas iraníes saca a relucir el *Homa* persa.

14. EL MISTERIO DEL VALLE DE LOS DIAMANTES.

Pero volvamos a Simbad. Ahora se encuentra solo en un valle cerrado, en un «caos» habitado por peligrosas serpientes.

Descubre que el suelo está compuesto de diamantes. Hay montones altos como hombres.

Estos diamantes serán indirectamente su salvación. Como el valle es inaccesible, los mercaderes inventaron una ingeniosa estrategia para hacerse con ellos. Desde lo alto de las rocas vecinas lanzan grandes pedazos de carne cruda en la que se incrustan los diamantes. Las águilas que vuelan por allí se lanzan sobre estas presas y se las llevan, carne y diamantes juntos, para alimentar a sus pequeños. Los mercaderes sólo tienen que visitar periódicamente sus nidos... Simbad se agarra a uno de estos pedazos de carne y consigue de este modo que un águila lo saque de allí.

Cierto que esto no es más que una variación final del tema de su rescate por el Rocho, uno de esos calderones a que son tan aficionados los fabulistas árabes, pero el valle, los diamantes y la singular manera de apropiarse de éstos, dieron pie a innumerables comentarios. El principal problema era saber dónde se encontraba este valle.

Desgraciadamente, el texto de *Las mil y una noches* es muy vago.

«El Rocho emprendió el vuelo y me llevó tan arriba que ya no podía ver la tierra. Después, bajó de golpe con rapidez», dice simplemente Simbad. No sabemos si su viaje dura horas, ni si le lleva lejos de las islas del océano Índico donde se encontraba.

Pero otros relatos, que imitan o prefiguran la extraña historia del Valle de los diamantes son, por fortuna, más explícitos.

Veamos el *De Duodecim Lapidibus Rationali Sacerdotis Infixis*, de Epifanio, obispo de Constantino en Chipre. Este título erudito sólo anuncia la descripción exhaustiva de las doce piedras preciosas que adornan el pectoral del sumo sacerdote de Jerusalén. Una de estas piedras es un jacinto, el cual, según nos dice Epifanio de Salamina, procede de un profundo valle de Escitia. El fondo de este valle es un «caos», y la única manera de conseguir las piedras preciosas que abundan en él es arrojar grandes pedazos de carne e ir después a inspeccionar los nidos de las águilas...

Aquí se trata de un simple jacinto, pero su colocación en el pectoral del sumo sacerdote le confiere un valor grandísimo, que justifica su procedencia excepcional. Este pectoral era, en efecto, una reminiscencia de tradiciones judías que nos dicen lo siguiente: el sumo sacerdote predecía el porvenir gracias al *Urim* y al *Tummim*, tablillas, dados o piedras preciosas contenidos en su pectoral. En ellos interpretaba el juego de la luz, relacionándolo con los planetas que expresan la voluntad de Yahvé; tal vez incluso entraba en trance con su contemplación. Es evidente que el jacinto mencionado por Epifanio contiene todo el misterio del *Urim* y del *Tummim*.

Epifanio es, sin duda, el más insólito de los autores que hablan del Valle de las Águilas. Entre los demás, citaremos a Plinio y Filóstrato, que no hablan de diamantes sino de la famosa *Aetita* o «piedra de águila»; al historiador árabe Al-Qazwini, que habla del Samur, la piedra que lo corta todo; al geógrafo árabe Idrisi y Chang Te, enviado chino en Hulagu, que hablan de piedras preciosas, y, por fin y sobre todo, a Heródoto, que habla de la canela.

Entre los autores más modernos, Marco Polo, según era de esperar, tocó a fondo el mito de las águilas y los mercaderes. Sitúa el «caos», de un modo demasiado exacto para no resultar sospechoso, en la región de Masulipatam (cerca de la desembocadura del Ktisna), en el golfo de Bengala. He aquí lo que nos dice:

«Hay allí tantas serpientes grandes y gordas y otras alimañas a causa del calor que es para maravillarse (...). Hay también en aquellas montañas grandes y profundos valles a los que nadie puede bajar. Y los hombres que van allí a buscar diamantes cogen la carne más magra que pueden encontrar y la arrojan al fondo. Y hay muchas águilas blancas que viven en estas montañas y que se co-

men las serpientes que pueden atrapar. Y cuando ven la carne arrojada al fondo, la agarran y se la llevan con las patas hacia alguna roca para picotearla. Y los hombres, que están al acecho, corren lo más de prisa que pueden para echarlas de allí. Y cuando las han echado, se apoderan de la carne y la encuentran llena de diamantes que se le pegaron en el fondo del valle. Pues habéis de saber que hay tantos en estos valles profundos que es para maravillarse. Pero no se puede bajar al fondo. Por otra parte, hay tantas serpientes allá en el fondo, que quien bajara sería devorado inmediatamente. También encuentran diamantes de otra manera. Van al nido de esas águilas blancas y hallan entre sus excrementos muchos diamantes que se han tragado las aves al devorar la carne que los hombres arrojan al fondo de los valles. Y cuando cogen esas águilas, encuentran también diamantes en sus vientres (...) Y sabed que en ninguna parte del mundo se encuentra ningún diamante si no es en el reino de Mutfili.»

Después de Marco Polo, Niccolò del Conti refiere la misma historia. Él la sitúa en la montaña Alberigarás, en la que algunos intérpretes han querido ver Vijayanagar, en el reino de Golconda. Pero, según los intérpretes de Benjamín de Tudela (1160), judío español y gran viajero, el valle debería situarse en las minas de Purna o Panna que se encuentran en una cadena montañosa al norte de Golconda.

El nombre de Golconda es particularmente evocador. Allí, Jean-Baptiste Tavernier, mercader francés del siglo XVIII, robó de una estatua de Buda la famosa «Gran Tabla», de forma cuadrada y de 190 quilates. Allí adquirió de un moribundo el diamante maldito que había sido ojo de una estatua de Rama, el *Hope* que llevó María Antonieta... Pero seamos circunspectos. Si la riqueza de Golconda en cierta época es segura, no lo es tanto que los diamantes que abundaban en ella procediesen del mismo lugar. Y Dumont d'Urville (1834) habla «de las imaginaciones novelescas que ven minas en Golconda que desmiente la ciencia, situándolas en el Nizam y en Balaghar».

Problema insoluble. ¿Qué valle de la India, de Ceilán, de Armenia o de Escitia es el del «caos» de Simbad? Las águilas, inalcanzables,

se ciernen sobre tantos valles... Pero ¿existió en realidad este valle?

Heródoto de Halicarnaso (484-425 antes de Jesucristo), que es probablemente el padre de este mito, no sabe de él más que nosotros. He aquí lo que dice:

«La manera como los árabes se procuraban la canela (corteza de un arbollo de la familia de los alcanforeros) es de las más curiosas. ¿Dónde crece y en qué suelo? No sabrían decirlo. Sin embargo, algunos pretenden, no sin verosimilitud, que crece en las regiones donde se crió Dionisos. Unas aves de gran tamaño transportan, según dicen, estos pedazos de corteza seca a la que llamamos minamomo, de un nombre tomado de los fenicios; los llevan a sus nidos, hechos de barro y pegados a unos acantilados absolutamente inaccesibles para el hombre. Los árabes descubrieron, pues, una ingeniosa manera de conseguirlos. Cortan pedazos lo más grande posible de bueyes, asnos y otras bestias de carga muertas, los llevan a la región deseada y los dejan cerca de los nidos, y después se apartan a un lado. Las aves se lanzan en seguida sobre esta comida y la llevan a sus nidos, que se hunden, pues son demasiado débiles para sostener el peso. Entonces, los árabes van a buscar el cinamomo, lo recogen cuidadosamente y lo envían seguidamente a otros países.» Esta «curiosidad» que nos relata el «padre de la Historia» parece haber sido adaptada por Plinio, por Epifanio y después por los narradores de *Las mil y una noches*, antes de ser continuada por todos los viajeros occidentales.

¿Hemos sorprendido, por una vez, a los narradores de *Las mil y una noches* en flagrante delito de exageración? ¿Han dejado de «adornar lo conocido» para bordar una antiquísima y muy sospechosa historia?

15. UN RINOCERONTE ASFIXIADO.¹

El fin del segundo viaje de Simbad ha preocupado mucho a sus comentaristas. ¿Cuál es esa isla de Roha donde se detiene Simbad en el camino de regreso? Allí crece el alcanfor y allí el rinoceronte y el elefante se entregan a una lucha sin cuartel. El rinoceronte ensarta al elefante con su cuerno, pero sucumbe a su vez cegado, asfixiado por la grasa que brota del vientre del elefante. Esta anécdota es «clásica», pues todos los viajeros, comprendido Marco Polo, la mencionan.

En efecto, el alcanfor, los rinocerontes y los elefantes se encuentran, más o menos, en todas las orillas del océano Índico y del mar de la China. El alcanfor más famoso viene de Sumatra y de Borneo, pero, ¿cuál es, entonces, esa «isla del Alcanfor» sobre la cual nos dice cosas tan extraordinarias el *Compendio de las maravillas*? Según éste, sus habitantes poseen, entre otras cosas maravillosas, una cabeza parlante (como los sábeos de Harrán, que estarían en el origen de «la historia del médico Dubán», de *Las mil y una noches* y del *Baphomet* de los templarios). ¿Qué lazo simbólico existe entre esta cabeza parlante y el alcanfor, resina del alcanforero, tan apreciado por los árabes por sus virtudes farmacéuticas? ¿Servía para embalsamar los muertos y había incluso, como se decía, riachuelos de alcanfor en el paraíso? De momento, estas preguntas permanecen sin respuesta.

Observemos solamente que la inmensa y sorprendente fama del alcanfor en la Edad Media musulmana pudo ser precisamente la razón del misterio que Simbad deja flotar sobre la isla de Roha. Nadie quería revelar el origen exacto de la resina del alcanforero. Cierto misterio cuidadosamente fomentado por los relatos fabulo-

sos podía hacer subir los precios. Indudablemente, no es ya Simbad el Iniciado quien nos habla, sino Simbad el Mercader.

16. PIGMEOS Y GIGANTES.

Un gigante caníbal, parecido en todo al ciclope Polifemo de la *Odisea*, es el protagonista del tercer viaje de Simbad. Pero Simbad, que ha leído la *Odisea*, sabe cómo tiene que tratarle: le salta el ojo con una broqueta calentada al rojo.

Con anterioridad, en otra isla, llamada de los Monos, el barco de Simbad había sido asaltado por unos pequeños seres cubiertos de pelos rojizos y de sólo unos sesenta centímetros de altura. Estos seres se habían apoderado de la nave y habían conducido a Simbad y sus compañeros a la isla del ciclope, donde los dejaron abandonados.

Al escapar del ciclope, Simbad irá a parar a una tercera isla en la que viven unas serpientes monstruosas «de fétido aliento». Se libra de ellas metiéndose en una especie de jaula de tablas que se construye en un árbol. Después, llega a la isla más civilizada de Salahat, paraíso de las especias, «canela, clavo y otras drogas...».

Esta sucesión de islas bastante próximas entre sí parece indicar que nos encontramos en un archipiélago. ¿Cuál? Podemos elegir: las Laquedivas, las Maldivas, las Andamán, las Nicobar, las islas de la Sonda? En toda esta multitud de islas desparramadas por el océano Índico hay, o había gran abundancia de monos, serpientes, pigmeos y gigantes.

Todos los geógrafos y viajeros han aludido a la existencia de pigmeos en ciertas islas del océano Índico.

Plinio habla de unos homúnculos velludos que vivían en la In-

dia. Les denomina *Pigmae Spithamei*. Por su parte, Tolomeo habla de las «islas de los Monos».

El relato más pintoresco sobre estos homúnculos nos lo brindó aquel extraño viajero que fue William de Rubruquis, monje flamenco enviado por san Luis, en 1253, para felicitar al gran Kan de Tartaria por su presunta conversión al cristianismo.

Rubruquis nos dice que, al interrogar a un sacerdote chino sobre su magnífica túnica roja, éste le respondió: «Ha sido teñida con la sangre de ciertas criaturas que tienen forma de hombre, caminan saltando sin doblar las rodillas y habitan en el este de China. Tienen un codo de altura y su piel está cubierta de pelos.»

Francis Bacon nos da la misma información sobre estos seres extraños que habían adoptado la posición bípeda.

Marco Polo nos refiere una historia no menos asombrosa, aunque muy diferente, a propósito de Java la Menor (Sumatra).

«Y yo os digo que los que nos traen esos hombrecillos disecados y dicen que son de la India mienten, pues son pequeños monos que viven en esta isla, y os diré cómo los preparan. Hay en esta isla una especie de monos que son muy pequeños y que tienen la cara parecida a la del hombre. Los cogen y los afeitan completamente, menos el pelo de la barba y del pene. Después, los ponen a secar y los preparan con azafrán y otras cosas, y lo hacen tan bien que parecen realmente hombres. Pero esto no es verdad, pues nunca se han visto hombres parecidos en toda la India ni en otros países más salvajes.»

¿Qué pensar de esta tentativa de desmitificación de los homúnculos de Plinio y de Simbad? La existencia de un comercio de falsas momias de enanos (especialidad de Malasia: a principios de este siglo, se vendían allí falsas momias de sirenas), ¿debe hacernos abandonar la idea de que hubo pigmeos en ciertas islas?

Pigafetta así lo afirma: «Nuestro piloto nos dice que cerca de allí (en el mar de Ceram, en las Molucas) hay una isla llamada Aruchete donde los hombres y las mujeres no tienen más de un codo de estatura y sus orejas son tan grandes como ellos; una les sirve de cama y se tapan con la otra. Tienen la voz aguda y viven bajo tierra.»

Esta historia es sumamente inverosímil, pero no nació de la nada, pues Simbad también nos habla de grandes orejas, aunque él las atribuye al ciclope gigante. «Tenía orejas de elefante», dice. Parece, pues, que hubo, cerca de las islas de la Sonda, un pueblo célebre por la longitud de sus orejas... Es todo lo que sabemos, pero no es poco si recordamos que tradicionalmente las «orejas largas» suelen caracterizar, sobre todo en las civilizaciones preincaicas, a los representantes de civilizaciones misteriosas, desaparecidas, extraterrestres o de otra clase, pero todas ellas fascinantes para los amantes de lo fantástico...

Dejemos a los pigmeos y pasemos al polo opuesto, los gigantes. Su existencia en Malasia es afirmada formalmente por varios viajeros. «Tienen cuarenta codos de estatura» (veinte metros), según nos dice el *Hierozoicon*. Y se refiere que el rey de Yacatra regaló al rey de Bantam «un gigante de treinta pies de altura, en una jaula tirada por búfalos». Más recientemente se dijo que habían sido descubiertos huesos de gigante en Java.

¿Qué hay de cierto en todo esto? Tratándose de historias de gigantes, la mayor desconfianza es de rigor. Sabemos, en efecto, que la mayoría de estas historias se deben simplemente al descubrimiento de un yacimiento de huesos de mamut o de otros animales antediluvianos.

Por otra parte, los gigantes personifican montañas en muchos mitos. Así, Polifemo, el ciclope de Homero, ha sido con frecuencia identificado con el Etna. Gigante que arroja piedras = volcán. Aplicando esta teoría al viaje de Simbad, Lane identifica la isla del Gigante con la de Sumbawa, cerca de Java.

Pero aún queda una última explicación de la dualidad gigantes-pigmeos en los *Viajes de Simbad el Marino*. Tal vez Simbad alude simplemente, una vez más, a una antigua leyenda india.

En un relieve de la segunda gruta de Badami, que data del siglo VI después de Jesucristo (una de las muestras más notables del primer arte calukya), vemos juntos un pigmeo y un gigante estirando las piernas... Ilustran la leyenda de los Tres Pasos, o mito del Crecimiento del Pigmeo cósmico: Vishnú, para librarse de un titán tirano, va a su encuentro bajo la forma de un niño esmi-

riado. Le pide que le deje poseer el espacio que pueda abarcar con tres de sus minúsculos pasos. El tirano, divertido, acepta... Y el enano empieza a crecer, a crecer... Su primer paso le lleva más allá del sol y de la luna, el segundo a los límites del universo y el tercero le trae de nuevo junto al enemigo vencido, sobre cuya cabeza apoya un pie...

Simbad pudo ver como nosotros este bajorrelieve de Badami e inspirarse en él para adornar el relato de sus viajes. Bordando el tema del gigante y el enano, utiliza a la vez sus conocimientos de Homero y de los misteriosos homúnculos de la Sonda, que tal vez, como dijo Marco Polo, no eran más que monos...

17. EL VARANO DE COMODO.

Un cortometraje célebre, realizado hace unos diez años y que los telespectadores pudieron ver varias veces, popularizó al varano de Comodo, que es seguramente la gigantesca serpiente de fétido aliento contra la que tiene que protegerse Simbad después de haberse librado de los enanos y de los gigantes.

Comodo es una isla muy pequeña, situada entre Sumbawa y Flores, único lugar del mundo, con las Galápagos, donde se encuentran aún lagartos prehistóricos de tamaño imponente y de aspecto más que extraño. El *Varanus Komodensis* tiene varios metros de longitud y está enteramente cubierto de callosidades y de escamas que le dan un aspecto parecido al de los dragones de los cuadros religiosos de la Edad Media.

El cortometraje lo presentaba con todo detalle y el director había tenido el acierto de empezar mostrándonos un dragón que tenía un aspecto terrible hasta que el espectador se daba cuenta de que sólo se trataba de un recién nacido. Un plano digno de cinceladura mostraba una pata monstruosa, cubierta de pronto por la sombra de otra pata diez veces más grande: la de su madre.

Se comprende el miedo de Simbad, solo en su isla, al encontrarse con el *Varaxus*, aunque hoy sepamos que este animal, descendiente directo de una época muy remota, es en realidad bastante inofensivo.

El tercer viaje toca a su fin. Simbad nos conduce a *Salahat*, «la isla de las Especias», que es probablemente una de las Molucas de donde proceden casi exclusivamente el clavo y la canela. Simbad dice que *Salahat* es también conocida por su madera de sándalo. Se trata, pues, seguramente de la actual Timor cuyo sándalo es célebre.

18. CLAVOS QUE VUELAN.

Simbad se hace a la mar por cuarta vez. No en Basora, sino en un puerto de Persia, probablemente Siraf, situado frente a la isla de Kish y que fue desde la época de los partos hasta mediados del siglo XI el puerto más importante del golfo Pérsico. Esta Venecia oriental está hoy prácticamente borrada del mapa.

Existen varias versiones de este viaje. Según Galland y Mardrus, el primer cataclismo que sorprende a Simbad es una tempestad. En la traducción inglesa (Hole), la nave de Simbad es irresistiblemente atraída por una montaña imantada y se estrella contra ésta.

Volvemos a encontrar esta última aventura, más detallada, en un cuento que, en ciertos momentos, parece copiado de las *Aventuras de Simbad*: la *Historia de Agib, hijo del rey Casib*. Abandonemos a Simbad unos instantes y sigamos a Agib. Su entrada en materia sigue absolutamente el estilo de Simbad: «Mis viajes —dice Agib— me dieron ciertos conocimientos de navegación y tanto me aficioné

a navegar que decidí ir a hacer descubrimientos más allá de mis islas.»

La nave de Agib se encuentra de pronto en dificultades: «La montaña negra ante la cual nos encontramos —dice el piloto— es una mina de imán que atrae a partir de ahora a toda nuestra flota a causa de los clavos y de los hierros que forman parte de la estructura de las embarcaciones. Cuando lleguemos mañana a cierta distancia de ella, la fuerza del imán será tan violenta que todos los clavos se desprenderán e irán a pegarse a la montaña. Nuestros barcos se descompondrán y se hundirán. Como el imán tiene la propiedad de atraer el hierro y de fortalecerse con esta atracción, esta montaña está cubierta, por la parte del mar, de clavos procedentes de una infinidad de barcos hundidos por su culpa, lo cual conserva y aumenta al mismo tiempo su virtud.»

Encontramos punto por punto esta extraña historia en Tolomeo, geógrafo egipcio del siglo II. Y también en *Las aventuras del duque Ernesto de Suabia*, texto alemán del siglo XII, que muestra ciertas coincidencias con *Los viajes de Simbad* sin que sepamos cuál de los dos textos es anterior al otro. De todos modos, el *Duque Ernesto*, que cuenta un viaje fantástico por Oriente, se inspiró en los narradores árabes.

La montaña de imán se cita también en textos posteriores a *Las mil y una noches*. Autores que se tienen por serios se refieren a ellos. Así, Brown escribe en *Vulgar Errors*: «Serapión de Magrete, autor del siglo XV, perfectamente razonable y digno de confianza, refiere que cerca de las costas de la India se encuentra una mina de imán cuya fuerza es tal que cuando los barcos se acercan a ella no hay un pedazo de hierro a bordo que no eche a volar como un pájaro en dirección a la mina. Por esto, allá abajo, los barcos no son ensamblados con hierro, sino con madera, pues en otro caso quedarían hechos pedazos.»

Aloysius Cadamustrus, que viajó por la India en 1504 y escribió el muy serio *Novis Orbis*, describe las diferentes clases de embarcaciones que hacen el comercio de especias de isla en isla y añade este comentario: «Algunos son enteramente de madera, como los mencionados por Tolomeo, y por la misma causa.»

Sir John Mandeville dice que vio con sus propios ojos «una roca imantada que había cazado tantos barcos que el todo parecía una

isla grande, llena de árboles, de arbustos y de troncos caídos y entremezclados». Observa igualmente la existencia de rocas parecidas en las tierras del preste Juan (es así como llama al «Dalai-Lama).

En el otro extremo del mundo, Mogens Heinson, célebre marino durante el reinado de Federico II, rey de Dinamarca, afirma que su barco fue detenido un día por unas rocas magnéticas, cuando navegaba a toda vela y con buen viento. Egede lo refiere en su *Historia Natural de Groenlandia*.

Confesemos que las observaciones de estos distinguidos navegantes de estos «concienzudos» viajeros nos dejan bastante indecisos. Ninguno de ellos parece muy convincente. Sobre todo Hole, cuando nos dice que, en algún lugar de Siberia, existen montones de rocas que tienen la particularidad de atraer desde una grandísima distancia los pedazos de hierro. Incluso los sables salen de sus vainas y vuelan por los aires. Pero, ¿en qué parte de Siberia? En todo caso, desde el siglo XIX se ha perdido el rastro de estos sables voladores.

19. EL HACHÍS Y LOS CANÍBALES.

La continuación del cuarto viaje de Simbad está también tomada de la *Odisea* de Homero. Nuestro héroe y sus compañeros desembarcan en una isla donde los indígenas les sirven una comida riquísima, pero en la cual han mezclado una droga que les hace perder completamente la razón. Sólo Simbad se abstiene de probarla.

Reconocemos aquí la aventura de Ulises en el país de los lotófagos. No hace falta buscar tres pies al gato, como hace Hole: «Esta historia —escribe el inglés— creo que fue sugerida al autor árabe y a Shakespeare, que se refiere a ella en *Macbeth*, por un pasaje de la *Vida de Marco Antonio*, de Plutarco. Los soldados de

este general, acuciados por el hambre, comieron un día una raíz especial que les privó de todo juicio y de todo sentimiento.» El parecido con la *Odisea* es mucho más evidente.

Pero cuando los compañeros de Simbad se han atiborrado bien de hachís y de opio, el relato se aparta de Homero. Los lotófagos de Ulises eran inofensivos. Los de Simbad son espantosos caníbales. Simbad sólo podrá librarse de su hambre imponiéndose un ayuno forzoso y adelgazando cada día más.

Estos caníbales existían aún a finales del siglo pasado.

No se trata de indígenas de las islas Nicobar, cuyo temperamento ha sido considerado siempre como amable y hospitalario. («Por esto se mueren de hambre y de miseria», observa tristemente Dumont d'Urville.)

Los battas, del norte de Sumatra, tienen una reputación más enfadosa. «Son amables, hospitalarios y trabajadores —dice también Dumont—. Pero, por extraña anomalía, son antropófagos. Se comen a los adúlteros, a los traidores, a los ladrones... Los sazonan con pimienta, con sal, con limón... Sus orejas son el bocado preferido... En cuanto a los ancianos, los cuelgan antes de comérselos en una rama alta y bailan a su alrededor. Esperan que suelten los cansados dedos y mientras tanto cantan: ¡El fruto está maduro! ¡El fruto va a caer...!»

Los moradores de las islas Andamán, que se encuentran al norte de Nicobar, fueron también en todos los tiempos espanto de los viajeros. Su reputación es más horrible que la de todos los otros caníbales conocidos. Probablemente, Simbad desembarcó en su país.

20. ENTERRADO VIVO.

Gracias a su huelga de hambre, Simbad adelgaza tanto que los caníbales no se lo comen. Y consigue escapar.

Unos amables recolectores de pimienta lo recogen y lo llevan a su isla. Allí tiene la suerte de granjearse la amistad del rey enseñándole el uso de los estribos. En seguida se ve colmado de grandes riquezas y casado con una mujer adorable. Pimienta. Una isla. Un gran rey. Caballos montados a pelo. ¿Dónde nos hallamos? Ciertos comentaristas, con Hole a la cabeza, sostienen que se trata de Sumatra.

Existen allí costumbres singulares. La mujer de Simbad muere y él se entera, horrorizado, de que la costumbre de la isla exige que sea enterrado con su mujer, siete panecillos y una jarra de agua.

Helo ahí encerrado con los muertos en una especie de caverna. Sobrevida asesinando, para robarles sus panes y su agua, a los desgraciados que son llevados regularmente allí. Por último, una zorra hace que descubra una larga grieta que conduce al mar. Sale por ella después de haber despojado de sus joyas a todos los cadáveres.

Richard Francis Burton ve aquí la mezcla vulgar de una historia de ladrones de tumbas con una interpretación literal del relato de la evasión de Aristómenes, jefe griego del siglo VII antes de Jesucristo, que se evadió de un precipicio agarrándose a la cola de una zorra.

Sin embargo, el entierro de Simbad presenta particularidades desconcertantes. Desde tiempos muy remotos, la costumbre de hacer que las mujeres sigiesen a sus maridos en la muerte causó es-

tragos en el mundo entero. Los hindúes y los indios de América del Norte la conservaron hasta una época bastante reciente. Pero la costumbre contraria parece mucho menos extendida.

Sin embargo, el rey no se anda con chiquitas. «Esta es —dice— la costumbre que nuestros antepasados establecieron en esta isla y que observaron de un modo inviolable. El marido vivo es enterrado con la mujer muerta, y la mujer viva con el marido muerto. Nada puede salvar a este hombre. Todo el mundo está sometido a esta ley.»

La aventura de Simbad da pie a varias hipótesis:

a) Los narradores de *Las mil y una noches* aluden a un rito real, a una sociedad que observa las tradiciones de un matriarcado original (pero estas sociedades son sumamente raras) y se refieren a una problemática singularidad local.

El zoroastrismo, por ejemplo, conservó rastros de este matriarcado. Así, el *Vendidad* dice que la autoridad del jefe, léase del rey, puede ser ejercida perfectamente por una mujer: «Que las mujeres puras se presenten a la elección; las que sean muy santas de pensamiento, de palabra y de obra, inteligentes y buenos jefes», dice un llamamiento a los mazdeístas. Ahora bien, la mujer de Simbad es absolutamente inteligente y pura, observan nuestros narradores. Se puede suponer, pues, que fue objeto de una especie de culto.

Pero esto no quiere decir que la acción se desarrolle en el país del zoroastrismo. En el vedismo de los primeros tiempos, en la India, la mujer era también igual al hombre. Era admitida en el sacerdocio, preparaba el *soma* (la bebida sagrada), componía himnos, etcétera.

Pero si lo que se propone Simbad es evocar una sociedad tan remota en el tiempo y tan particular, hay que reconocer que yerra de mala manera al terminar su evocación con la espantosa historia de la caverna. Ésta parece más bien inspirada por el deseo de resucitar el miedo y el espanto que reinaron en las religiones indias en el siglo XI después de Jesucristo. Una confusión tan tosca no es propia de su estilo y por esto la hipótesis de una simple referencia al matriarcado no resulta del todo convincente.

b) También se pensó que Simbad nos había ocultado el importante detalle de que su mujer era una princesa de sangre real. En realidad, él no era su esposo legítimo, sino su esclavo. Y su entierro prematuro parece absolutamente natural. Pero entonces ¿qué pensar de la frase del rey cuando dice «Todo el mundo está sometido a esta ley»? Por otra parte, ¿por qué Simbad, que nunca se muestra benévolos consigo mismo y que nos cuenta de buen grado, a la manera de un Juan Jacobo Rousseau, los momentos más ignominiosos de su vida, crímenes, cobardías, etc., tenía que ocultarnos que no era más que el esclavo de su mujer?

c) Desesperados con todas estas contradicciones, ciertos comentaristas quisieron admitir que los narradores árabes, ignorando los detalles, habían invertido torpemente el sentido del ritual sacrificio conyugal hindú. Habrían «bordado» una vez más. Por nuestra parte, creemos haber familiarizado lo bastante al lector con el alto nivel intelectual de *Las mil y una noches*, siempre mucho más serias de lo que parecen, para que no pueda compartir esta opinión.

El análisis moderno de los mitos hindúes va más lejos. Al final de este análisis resulta que ciertos fragmentos de una literatura prehistórica se conversan en *Las mil y una noches*, una literatura que era herencia común de diversas sociedades aparentemente sin comunicación entre ellas. Parece, pues, que la aventura de Simbad, lejos de aludir a un acontecimiento vivido, es un plagio de esta misteriosa literatura prehistórica, que conserva aún la marca de nuestras estructuras mentales primitivas.

21. LAS TRES FUNCIONES.

El profesor francés Georges Dumézil se hizo célebre al desarrollar en su voluminosa obra *Mito y epopeya* una teoría según la cual la literatura indoeuropea estuvo en un principio muy influida por una ideología a la que llama «ideología de las tres funciones». Es-

tas tres funciones son la soberanía mágica y jurídica, la fuerza y la fecundidad. «Esta ideología —escribe— es característica de los indoeuropeos prehistóricos. Permaneció viva durante largo tiempo en la mayoría de los pueblos derivados de ellos y domina algunas de las grandes obras épicas producidas en esta familia y, en particular, el *Mahabharata* indio.»

Los héroes de estas obras épicas encarnan todos ellos alguna de estas funciones y el escenario de las mismas depende de las relaciones, con frecuencia complicadas, que tienen estas funciones entre sí.

Dumézil obtuvo resultados sorprendentes al analizar el *Mahabharata* desde este punto de vista. Con ello mejoró también notablemente nuestra comprensión. Consiguió explicar mitos que con anterioridad eran incomprensibles.

Uno de éstos guarda cierta relación con el entierro de Simbad. Se trata de un mito del *Mahabharata* que refiere la historia de una joven llamada Drapaudi.

Drapaudi, como consecuencia de un prodigioso *potlach* (una subasta llevada al paroxismo), se convierte en la mujer de sus cinco hermanos. Drapaudi es una figura nacional india, pero antes de Dumézil fue, incluso para los indios, un ejemplo escandaloso de poliandria.

Se trataba de excusarla afirmando que su historia aludía a un hecho sociológico, a una sociedad en la que escaseaban las mujeres y los lazos de la sangre eran capitales. Pero parece que la poliandria no estuvo extendida en la India en ninguna época. Y aunque la excepción confirme la regla, parece extraño que un caso muy particular se convirtiese en tema de una obra magistral como el *Mahabharata*. En resumen, la poliandria de Drapaudi resulta tan insólita como el entierro prematuro de Simbad.

Dumézil, considerando el mito de Drapaudi desde el punto de vista de la ideología de las tres funciones, descubrió que los cinco hermanos de Drapaudi no eran en modo alguno cinco brutos depravados y sedientos de sexo que compartían su propia hermana porque no podían tener otras mujeres. No es éste su papel en el *Mahabharata*.

Su papel es simplemente ilustrar una o dos de las tres funciones en relación con la función fecundidad representada por Dra-

paudi. Y el mito de Drapaudi, lejos de reflejar una situación socio-lógica existente, no es más que una exposición intelectual de las relaciones posibles entre las tres funciones:

Fecundidad: Drapaudi { Soberanía mágica (hermano 1)
Fuerza (hermano 2)
Soberanía mágica / Fuerza (hermano 3)
Fuerza / Fecundidad (hermano 4)
Fecundidad (hermano 5)

¿Trata también el mito de Simbad, no de describir un hecho sociológico, sino de ilustrar una ideología antigua que habría estudiado las relaciones entre la muerte, el matrimonio y la ley? Si realmente el mito de Drapaudi no se apoya en ninguna costumbre, ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo en el de Simbad? En este caso, y una vez más, el relato de Simbad no será una simple narración de viajes, sino una reflexión sutil y torturada.

22. EL VIEJO DEL MAR.

El ave Rocho reaparece al principio del quinto viaje. Los marineros de Simbad, que esta vez es lo bastante rico para haber fletado su propio barco, encuentran un huevo del ave. Lo rompen y quieren asar el embrión que contiene. Entonces llegan los Rochos y lanzan una lluvia de piedras sobre la nave.

Probablemente, el marco de la anécdota fue tomado una vez más de Homero. Los gritos de Simbad para impedir que sus marineros asen el pequeño Rocho, y sus referencias a un tabú magistral, se parecen mucho a los de Ulises cuando suplica a sus hombres que no se coman las vacas del sol, y las rocas que caen del cielo sobre

la nave a las que lanza Polifemo. Como en Homero, estas rocas indican sin duda la proximidad de un volcán. Tal vez nos hallamos en la isla volcánica de Soembava.

Sólo Simbad sobrevive. Pero entonces le ocurre una de sus aventuras más simples y más fascinadoras.

Se encuentra con el «Viejo del mar». Este viejo, que sólo habla con gruñidos, consigue montar sobre sus hombros, y amenazándole con estrangularle se hace transportar por él. No le deja nunca, ni de noche ni de día, hace sus necesidades naturales sobre su espalda, duerme sin dejar de estrecharle el cuello con las piernas, etc. Simbad se librará de él fabricando vino (pone zumo de uva a fermentar en una calabaza) y emborrachándolo. Después le rompe la cabeza a pedradas.

El milagro de los narradores árabes está en haber sabido dar a esta historia un matiz extrañamente confuso. Hicieron del odioso emparejamiento del viejo con Simbad una imagen extraordinaria surgida del trasfondo de la sexualidad, evocadora de la soledad desesperada del hombre y de los peligros de la compañía. El ser híbrido formado por el viejo y Simbad recuerda los andróginos de Platón y los animales compuestos como el unicornio de la Edad Media. La coexistencia de estos dos seres parece kafkiana.

Sin embargo, se han dado dos explicaciones «naturales» a esta pareja simbólica.

Según Burton, recordaría simplemente la costumbre afroasiática del acarreo a cuestas de un hombre, «práctica corriente y deshonrosa en los países en que la mosca tsetse impedía la cría de animales de tiro, práctica mucho más controlada y regulada en los países secos de los que procede Simbad». Los narradores árabes, deseosos de hablar de los acarreadores de las islas del océano Índico, habrían bordado su condición hasta llegar a la extraña imagen del viejo a horcajadas sobre los hombros de Simbad. Interpretarían a su manera la historia auténtica de un marino musulmán hecho prisionero por una tribu salvaje y convertido en verdadera bestia

de carga. Quek-Quek, el salvaje personaje de *Moby Dick*, nos enseña que en su isla el rey utiliza hombres a modo de silla.

Pero la opinión más compartida es que el «Viejo del mar» es un orangután.

«Observé más atentamente sus piernas —dice Simbad—. Me parecieron negras, velludas y ásperas como la piel de un búfalo y me dieron mucho miedo.»

Esta frase parece indicar el origen animal del «Viejo», el cual, por lo demás, se alimenta exclusivamente de frutos, no se expresa en lengua alguna y se emborracha inmediatamente con el vino.

La historia del vino está quizá tomada también de Homero (cf. Polifemo), pero la identificación del orangután con un viejo era todavía corriente en el siglo pasado. Los grabados que ilustran los libros de viajes de esta época pintan siempre a los orangutanes con facciones y formas humanas. Los viajeros los toman como «boys», les hacen fumar en pipa, servir la mesa, etc. Únicamente a principios del siglo actual se tomó la costumbre de encerrar en jaulas a estos animales.

Además, el orangután está claramente localizado en Sumatra y en las islas vecinas. Hole cree poder identificar de una manera exacta la isla donde el «Viejo del mar» hacía de las suyas. Según él, se trata de Banda, una isla minúscula de las Molucas. «Es —dice— la única en todo el sector donde hay, al mismo tiempo, orangutanes y vides.»

23. EL MITO DE LA MUJER LAPA.

También esta vez, las explicaciones «naturales» están muy lejos de agotar la riqueza de *Las mil y una noches*, que siempre vuelven magníficamente a nuestra herencia estructural prehistórica.

El cuento singular de Simbad y el «Viejo del mar» no es patri-monio exclusivo de los narradores de *Las mil y una noches*.

Volvemos a encontrarla, casi punto por punto, en numerosos mitos que inventaron, al otro lado de los mares y de los océanos, a decenas de millares de kilómetros del mundo árabe y de Insulin-dia, los indios de América del Norte y del Sur. Claude Lévi-Strauss reunió estos mitos en su obra *Mythologiques*, bajo el título de «La mujer lapa».

Así, en un complicado mito tukuna (tribu del Amazonas), se trata de una esposa que tiene la particularidad de partirse en dos mitades para ir a pescar. Su suegra roba la parte inferior. La parte superior se agarra a un árbol, desde el cual se deja caer sobre la espalda de su marido que ha salido en su busca. «Se fijó allí. Y, desde entonces, no le dejó comer, arrancando el alimento de su boca para devorarlo. Él enflaquecía a ojos vistas y su espalda estaba toda sucia por los excrementos de su mujer.» El desdichado marido consigue al fin librarse de su pegajosa mitad de mujer, amenazando con ahogarla. Como en el caso de Simbad, la humedad resulta aquí salvadora.

En una variación uitoto, es sólo la cabeza de la mujer, despeda-zada por los espíritus nocturnos de los bosques, la que salta sobre el hombro del varón y se fija en él.

«La cabeza no cesaba de chascar las mandíbulas como si quisie-ra morder. Se comía todo el alimento, de manera que el hombre estaba hambriento, y ensuciaba su espalda con sus deyecciones. El desgraciado trató de sumergirse en el agua, pero la cabeza le mordió cruelmente y le amenazó con devorarlo.»

Cierto que en estos dos mitos se trata de una mujer y no de un viejo. Adviértase, sin embargo, que se trata de una mujer sin sexo, puesto que la suegra roba la parte baja de su cuerpo.

Un mito de Warrau y otro de Shipaia insisten en el tema de la cabeza fijada sobre el hombro, pero en un mito americano del Nor-te volvemos a encontrar a nuestro «Viejo».

Los iroqueses senecas refieren que un día el protagonista se en-

contró con un inválido que tenía los pies metidos en el agua. El inválido se encaramó a su espalda y se negó a bajar. «Para librarse de él, el protagonista trató de frotar la espalda contra un tronco de nogal y más tarde de exponer a su verdugo al calor de un brasero con riesgo de quemarse él mismo. Por último, se arrojó a un precipicio con su carga. Desesperado de recobrar la libertad, decidió ahorcarse y ahorcar también al otro, pasando sus dos cuellos por el mismo nudo de una cuerda (...) pero fracasó. En definitiva, fue liberado por un perro mágico.»

En otros mitos norteamericanos, la Mujer lapa es una hembra vieja y repugnante, que a veces se transforma en rana, animal de carácter marcadamente aprehensor. Estos mitos guardan relación con nuestros cuentos de hadas en los que una vieja, a la que un príncipe compasivo ofrece llevarle un haz de leña, acaba por saltar sobre su espalda y se hace conducir por fuerza a su casa generalmente muy lejana.

Todos estos mitos, como la historia de Simbad, hacen hincapié en la importancia de la comida y de la defecación. La Mujer lapa, lo mismo que el Viejo del mar, roba la comida de alguien y la defeca sobre su espalda. Esto expresa la dicotomía alimento/defecación que, según Lévi-Strauss, se encuentra en forma más o menos sublimada en casi todos los mitos, pero es también un rechazo de los caracteres sexuales (cf. la parte baja del cuerpo robada, la invalidez, la función orgástica degenerada).

La Mujer lapa y el Viejo del mar son una especie de tubos digestivos parasitarios de los que los protagonistas no pueden desprendérse. Pero, en realidad, ¿no revelan simplemente la mala conciencia que tiene el protagonista de su propio tubo digestivo y de su propia dificultad o deseo de asimilar?

También revela que le cuesta vivir con otra persona (su mujer o su padre).

Desde este punto de vista, bien podemos bautizar el pasaje del Viejo del mar, en *Las mil y una noches*, como «el complejo de Simbad».

Y de pronto, el rico y feliz Simbad, al referir sus aventuras en su bella mansión de Bagdad, entre dos sorbetes helados, uno de cereza y el otro de limón, adquiere el aire del profesor Freud...

24. UNA COPA TALLADA EN UN SOLO RUBÍ.

Las últimas líneas del quinto viaje de Simbad eluden toda descripción fantástica. Nuestro héroe, antes de regresar felizmente a su casa, pasa por la isla de los Monos. Allí se cogen los cocos lanzando piedras a los micos, los cuales responden lanzando cocos, práctica corriente en todos los países donde hay monos y cocoteros. Se detiene en el cabo de Comorín y no deja de visitar sus célebres pesquerías de perlas.

Y parte de nuevo por sexta vez...

Un náufrago lo deja en un arenal desierto donde abundan el ámbar gris y los diamantes, pero que es inaccesible por todos lados. El tiene la idea de remontar un río de agua dulce que se aleja del mar y desaparece en un túnel rocoso. Así llega al país de Serendib. Esta playa y este curso de agua no han podido ser identificados hasta ahora, pero el país de Serendib, cuyos hábitos y costumbres nos describe detalladamente Simbad, no es otro que Ceilán.

Hemos ahora en terreno conocido, pues el comercio entre Ceilán y Persia es muy antiguo. Ceilán era para los contemporáneos de Simbad mucho menos misterioso que Sumatra o las Molucas. Por esto Simbad se guarda muy bien de situar allí aventuras realmente fantásticas. Nadie le hubiera creído.

Habla de piedras preciosas y de elefantes, como pueden verse aún en la actualidad. Ceilán es el país de los zafiros azules y verdes, de las amatistas, de los rubíes, de los topacios, de las cornalinas y de los ópalos. El rey de Ceilán entrega a Simbad, como presente para Harún al-Rashid, una copa tallada en un solo rubí (la famosa

copa que volveremos a encontrar en los cuentos de Madame Leprince de Beaumont y de Madame d'Aulnoy). Esto es quizás exagerado. Nunca se han visto copas parecidas. Pero sustituyamos el rubí por cristal de roca y tendremos sin duda la verdad. La estatua de Buda que se encuentra en el templo de Kandy es un monolito de cristal de roca.

Simbad habla también como buen musulmán del «Pico de Adán» que domina la isla, pues este pico se menciona en las tradiciones coránicas. Alá, al expulsar a Adán del Paraíso, lo instaló en la cima donde lo dejó apoyado en un solo pie. Adán esperó allí su perdón durante una eternidad mientras que Eva se fue a morir a Arabia, donde pudo verse su tumba largo tiempo. El primer hombre dejó en la cima del monte la huella indeleble de su pie.

Todavía existe esta huella. Los budistas dicen que fue dejada por Buda y acuden allí en peregrinación. Los brahmanistas la atribuyen a Rama.

Simbad habla al fin prolíjamente de la magnanimidad del rey de Ceilán. Y es que desde muy antiguo existieron buenos lazos de amistad entre Ceilán y los Califas. Por su parte, Harún al-Rashid, al recibir de manos de Simbad el maravilloso rubí tallado en forma de copa y otros varios presentes, enviará inmediatamente a nuestro héroe, esta vez como verdadero embajador, a corresponder con otros presentes al soberano cingalés.

Simbad, de mala gana, pues ya es viejo, se hace a la mar por última vez. Al principio, todo le sonríe. Llega sin tropiezos a Ceilán después de dos meses de viaje y cumple felizmente su misión. Es a su regreso cuando se le tueren las cosas.

25. EL CEMENTERIO DE ELEFANTES Y LOS HOMBRES VOLADORES.

Según Galland, unos corsarios apresan su nave y venden a Simbad en el primer puerto que tocan. Allí lo compra un amable an-

ciano que lo envía a la caza de elefantes salvajes. Uno de los mastodontes, particularmente inteligente, agarra a Simbad con la trompa. No lo mata, sino que se lo lleva a través de la selva hasta el cementerio de los elefantes. Actúa de esta manera con la ingeniosa esperanza de salvar a su hembra y a sus hijos de eventuales matanzas.

Simbad regresa a la ciudad, donde refiere su descubrimiento y es festejado y liberado. Fabulosamente enriquecido por el marfil del cementerio, espera que sople el monzón y regresa a Basora sin tropiezos.

Es muy difícil localizar esta bonita historia que hizo las delicias de Rudyard Kipling. Pero todavía nos preguntamos si los cementerios de elefantes existen o no existen, pues no ha sido en modo alguno demostrado que los elefantes se dirijan a un lugar determinado para morir. En cambio, en estanques desecados se pueden encontrar enormes montones de huesos acumulados en el transcurso de los años por los movimientos de las aguas y del limo.

Según Mardrus, una tempestad arroja a Simbad a los confines del mundo, cerca de la tumba de Salomón hijo de David. Allí es también recogido por un amable anciano e incluso se convierte en señor de un fabuloso país.

«En primavera —dice—, la gente de esta ciudad se transformaba de la noche a la mañana cambiando de forma y de aspecto. Les crecían alas en los hombros y se convertían en volátiles. Entonces podían volar hasta lo más alto de la bóveda del aire y aprovechaban esta condición para volar fuera de la ciudad.»

Hemos aquí en pleno sueño y, naturalmente, no hay manera de localizar esta fantástica ciudad. ¿Se trata también ahora de una interpretación de ciertos mitos brahmánicos? Lo que vio Simbad grabado en una roca, ¿no sería una multitud de hombres alados, en realidad una serie de Garudas sosteniendo a Vishnú sobre sus espaldas?

Es probable que sea así (aunque estos «volátiles» fuesen también, aparte de su semejanza con los Garudas, recuerdo de una problemática edad de oro, tecnológicamente muy avanzada).

Pero la última página de los *Viajes de Simbad* no se contenta

con esta simple repetición del mito del Rocho.

Tiene un epílogo.

Simbad ha de viajar también por los aires, y a horcajadas sobre los hombros de uno de estos singulares volátiles emprende un pequeño viaje aéreo, como hacia Vishnú sobre Garuda. Este viaje termina mal. Simbad, al acercarse a la bóveda celeste, comete un error imperdonable.

«Nos elevamos tanto —dice— que pude oír claramente a los ángeles cantando sus melodías bajo la cúpula de los cielos. Al escuchar estos cantos maravillosos mi emoción religiosa no conoció límites, y exclamé a mi vez: "¡Loado sea Alá, en lo alto de los cielos! ¡Bendito y glorificado sea por todas las criaturas!" Apenas acabé de pronunciar estas palabras cuando mi portador alado lanzó un espantoso juramento y descendió tan rápidamente que me faltó el aire. Retumbó un trueno y brilló un relámpago terrible.»

Se puede presumir que el volátil no es una criatura de Alá, sino precisamente ur Garuda siervo de Vishnú, o bien que Simbad, al terminar su relato, quiere evocar de un modo impresionante el santo nombre de Alá.

Su primera aventura sacó a relucir el pez de la Eternidad y la última la Palabra del Poder. Entretanto, durante siete noches, siete largas noches azuladas, nos ha hablado de Alá, de la religión india, de las costumbres y los mitos insulares, de mil retazos de un saber desconocido, todo ello sazonado con un pequeño curso de geografía.

Para terminar, confiesa modestamente que él no es Salomón, que no es un profeta. Pero ciertamente es algo más que un marino.

Al regreso de sus viajes, en su magnífico palacio, nos brinda una enseñanza esotérica. Es evidentemente un Gran Iniciado.

II

EL MITO DE LA INACCESIBLE MONTAÑA DE KAF

1. EN EL PAÍS DE LOS DJINNS.

Una de las razones de que los mitólogos actuales desdenen *Las mil y una noches* es que prefieren trabajar sobre los mitos de las sociedades primitivas, término que empieza a pasar de moda, pues actualmente se prefiere el de «sociedades sin lenguaje escrito». Como en estas sociedades las presiones exteriores eran menos fuertes, la mente liberaba con más facilidad sus potencialidades conscientes o inconscientes. La visión aguda y salvaje de esta mente adquiere a veces, en ellas, el brillo del diamante.

Sin embargo, aunque escritos, ciertos mitos de *Las mil y una noches* reflejan a través de un velo sutilísimo la espontaneidad magistral de la mente humana. La razón es muy sencilla. Hasta una época reciente, estos mitos procedieron de los beduinos refractarios a la escritura y que, gracias al aislamiento, a la calma y al sentimiento de perennidad producido por la contemplación de inmensos y bellos paisajes desiertos, conservaron durante largo tiempo una visión «salvaje y aguda». De la misma manera que los indios de América inventaron los espíritus de los bosques y de las montañas, ellos inventaron los espíritus del desierto, los famosos djinns, o genios, que estudiaremos en el capítulo siguiente.

Veamos ante todo cuál era su concepción del mundo, su cosmogonía. *Las mil y una noches* aluden con frecuencia a ella, en lo que

podríamos llamar «Mito de la inaccesible montaña de Kâf» o «Mito del Djinnistán».

Es difícil fijar la antigüedad de este mito, cuyo origen exacto desconocemos. Bajo diferentes formas —a veces invertidas, pero estructuralmente semejantes—, es conocido en una gran parte del globo. La versión que nos dan *Las mil y una noches* se parece a la de las leyendas indias, chinas y japonesas...

2. ¡INTENTA, PUES, SUBIR A LA MONTAÑA DE KÂF!

La montaña de Kâf, morada de los djinns, se supone situada detrás del Cáucaso, pero se da por sabido que es inaccesible a los humanos.

Los narradores de *Las mil y una noches* pronuncian siempre su nombre con respeto y por no decir con angustia. Subrayan su lejanía, su inaccesibilidad e incluso su belleza. «¿Quieres que te diga —pregunta Yamlika, la princesa subterránea, al héroe Belukia— cómo descansa sobre una maravillosa roca de esmeralda, El Sakhrat, cuyo reflejo da a los cielos un color de azur?» Y los modestos beduinos se zahieren entre ellos en estos términos: «Tu deseo es tan irrealizable como subir de un salto a la montaña de Kâf.»

También es llamada «montaña Blanca» y en este caso se la sitúa en la «isla Verde», a la cual no puede llegarse ni por tierra ni por mar.

Además de los djinns, viven en ella las aves sagradas, el Fénix, el Simurgh y el Rocho.

«Kâf está a la vez en el centro y en el extremo del mundo», escribe Pierre Ponsoye en *El Islam y el Graal*. Es el límite entre lo

visible y lo invisible, lugar intermedio y mediador entre el mundo terrestre y el mundo angélico donde «se encarnan los espíritus y se espiritualizan los cuerpos», el lugar de las similitudes divinas, de los arquetipos o realidades esenciales de los seres y de las cosas de aquí abajo (...) Esta tierra, concreta Mohyiddín, se hizo con lo que quedó de la arcilla con que fue formado Adán. Es el Paraíso terrenal...

Por esta razón se encuentran allí todos los secretos del bienestar: la fuente de la juventud, burbujeante agua de oro que cura todas las enfermedades, el árbol que canta, etcétera.

Los mitólogos del siglo pasado vieron en la montaña de Kâf un recuerdo persistente de los primeros cultos, los que precedieron a la idolatría en el sentido de adoración de figuras dotadas de caracteres humanos. La asimilaron a las innumerables montañas sagradas, el Olimpo, el monte Ida, el monte Athos, el monte San Gotardo venerado por los galos y el Kohi-Gabr o Demavend, monte sagrado de los adoradores del fuego sobre el cual hicieron circular los parsistas rumores espantosos a fin de poder vivir allí en paz. Es la «montaña Polar» de que nos hablan todas las tradiciones, la «Tula» hiperbórea, el «Luz» hebreo, la «montaña de las piedras preciosas» que se menciona en la estela nestoriana de Si Ngan Fu, etc.

Es difícil seguir todas estas pistas. Pero los sufies nos dicen simplemente: la montaña de Kâf es, como el ave Rocho que mora en ella, el símbolo del Yo oculto. Y formulan también una teoría según la cual la montaña de Kâf es una montaña «axial» considerando el «eje» como una especie de principio al que estaría sometido el hombre. El último que sostuvo esta teoría fue un francés fallecido no hace mucho, René Guénon. Se convirtió al Islam y fue una de las figuras más destacadas de los esoteristas modernos. Uno de sus libros, *El símbolo de la cruz*, sostiene que el «éxito» de la Cruz de Cristo, en cuanto a símbolo, se debe a su colusión con el árbol de la ciencia del Paraíso, las fuentes de juventud que manan a su pie y todas las «montañas axiales». El monte de los Olivos es también una de ellas.

Las mil y una noches son más sucintas. Nos dicen sobre todo

que la montaña de Kâf está construida como las Pirámides de Egipto, que sólo son la parte sobresaliente de un notable sistema o estructura (los árabes dicen, por otra parte, que las Pirámides son obra de los djinns). El remoto emplazamiento de la montaña, su inmensidad, las riquezas materiales y espirituales inmediatas que oculta no son más que el preámbulo del mito, un adorno un poco confuso y ceremonial. Lo esencial del mito de la montaña de Kâf es más bien, según *Las mil y una noches*, la descripción de su infraestructura.

Los fundamentos de la montaña de Kâf son mucho más complicados que los del Empire State Building. Bajo su tejado, que es la única parte visible (y que es una especie de *penthouse*, una de esas terrazas floridas en lo alto de los rascacielos neoyorquinos, todas llenas de *gadgets*), se encuentran diecinueve pisos.

Una notable descripción de estos pisos se halla contenida en el bonito cuento del príncipe Belukia. Una descripción explícita dada por Sakr, rey de los djinns, al joven príncipe, que con el fin de encontrar a su prometida ha venido a interrogarle. He aquí sus importantes frases: «Nuestro reino se encuentra precisamente debajo de la montaña. Está compuesto de siete pisos que se apoyan en los hombros de un djinn dotado de una fuerza maravillosa. Este djinn está de pie sobre una roca que se asienta sobre el lomo de un toro acarreado por un pez enorme que nada en la superficie del mar de la Eternidad.

»El mar de la Eternidad tiene, como lecho, el piso superior del Infierno el cual está contenido con sus siete regiones en la garganta de una serpiente monstruosa que permanecerá inmóvil hasta el día del juicio. Entonces vomitará el Infierno y su contenido en presencia del Altísimo, el cual pronunciará su sentencia de un modo definitivo.»

Los cimientos de la montaña de Kâf se presentan, pues, así:

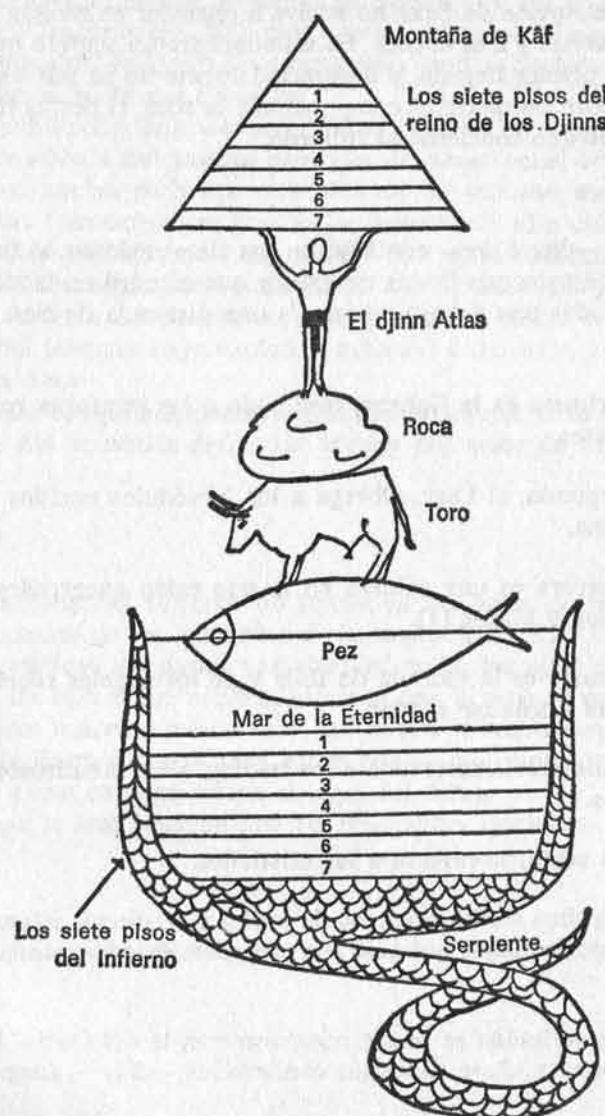


Fig. 2. Cimientos de Kaf.

La descripción de Sakr no vuelve a aparecer en ningún otro lugar de *Las mil y una noches*. Es visiblemente un secreto que no se confía al primer llegado, y desgraciadamente no se nos da ningún detalle sobre los distintos componentes: la roca, el pez, el toro, etc., salvo en lo que concierne al Infierno.

«Este —dice Sakr— contiene, en sus siete regiones, al fuego que creó Alá al principio de los tiempos y que encerró en la tierra. Están colocadas una debajo de otra, a una distancia de cien años de marcha.

»La primera es la Gehena, destinada a las criaturas rebeldes e impenitentes.

»La segunda, el Lazy, alberga a los incrédulos nacidos después de Mahoma.

»La tercera es una caldera en la que están encerrados los demonios Gog y Magog (1).

»La cuarta es la morada de Iblis y de los ángeles rebeldes que se negaron a saludar a Adán.

»La quinta está reservada a los impíos, a los mentirosos y a los orgullosos.

»En la sexta, se tortura a los cristianos.

»La séptima recibe el exceso de judíos y cristianos y también admite a todos aquellos que sólo son creyentes exteriormente.»

Esta descripción se puede comparar con la del Corán. Mahoma detalla menos: «Para todos los condenados —dice—, fuego. La co-

(1) Los mismos de que se habla en la *Novela de Alejandro* del seudo-Calistemo y que se suponía eran guardianes de la Gran Muralla de China. Los ingleses utilizaron estos demonios para bautizar con sus nombres a sus famosas parejas de perros de loza.

mida de fuego; la bebida de fuego; los vestidos de fuego y la cama de fuego.» Sin embargo, Mahoma, que conocía bien el terrible frío de las noches del Nedj, añade el espantoso suplicio del frío repetido por Dante en su *Divina Comedia*.

Un hadith (tradición coránica) declara que el Infierno es arrastrado por setenta mil ángeles provistos de otras tantas bridás. *Las mil y una noches* rechazan esta idea de un infierno sacudido y arrastrado. Sólo conservan la cifra de setenta mil. «En cada región del Infierno —dice Sakr—, hay setenta mil valles cada uno de los cuales encierra setenta mil ciudades de setenta mil casas y en cada casa hay setenta mil bancos en cada uno de los cuales se infligen setenta mil torturas cuya verdad, intensidad y duración únicamente conoce Alá.»

El Islam es muy aficionado a la cifra setenta mil. Otra tradición dice que Alá se oculta detrás de setenta mil velos de tinieblas y de luz.

Sin embargo, el Infierno no figura en las otras descripciones que conocemos de los cimientos de la montaña de Kâf. Las tradiciones coránicas los pasan por alto, así como los siete pisos del reino de los djinns. En cambio, precisan que la roca es verde, que el toro tiene cuarenta mil cabezas, que el pez es una ballena, que el mar de la Eternidad descansa sobre el aire que reposa sobre las tinieblas y que un ángel ocupa el lugar del djinn.

He aquí la combinación que las tradiciones coránicas nos proponen:

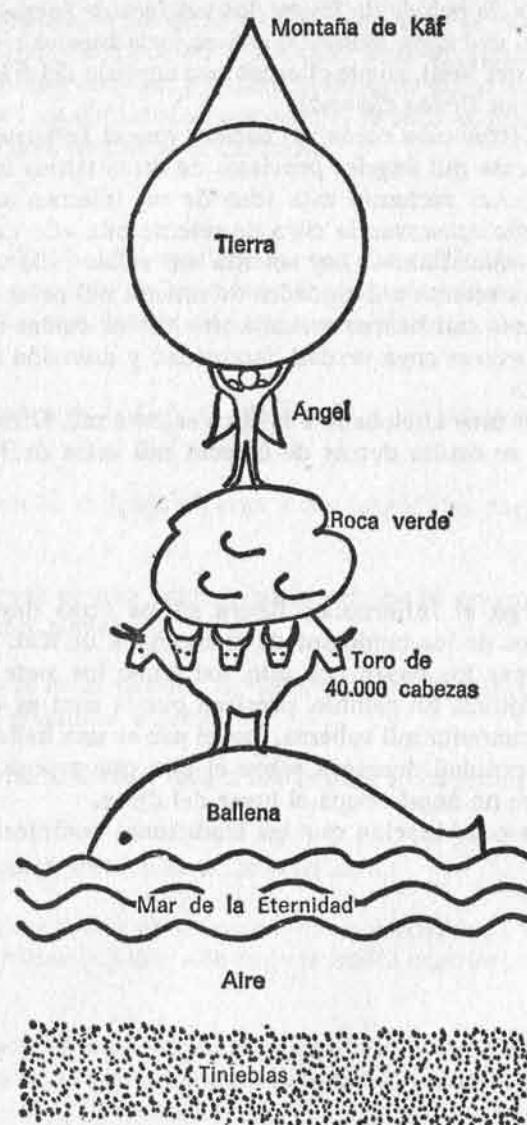


Fig. 3. Estructura del Corán

En esta construcción, el papel de la ballena es sumamente importante. Se dice que a veces Iblis (nuestro «diablo») la toca y le hace cosquillas. Y la ballena se estremece. De aquí los temblores de tierra.

El cetáceo ha sido en todos los tiempos y en todos los países altamente simbólico. En lengua árabe, una misma letra, la letra nun ☰ sirve para designar el pez, la ballena, el arca y la matriz. En sánscrito, este mismo signo, colocado encima de la cruz gamma ☷ designa la entidad liberada de la Rueda del mundo.

El mar subterráneo de la Eternidad es también una idea muy antigua. En su contexto sumeroacadio, el río Tigris adquiere la significación de un curso de agua cósmico que rodea la tierra como a una isla. Simboliza el *apson*, tenido en gran estima por los textos cosmológicos y cosmogónicos de Mesopotamia: una masa de agua dulce sobre la que flota la tierra y que es venerada como una divinidad masculina.

Pero si queremos jugar al juego de las mitologías comparadas, tendremos que ocuparnos sobre todo de la mitología india. Ésta nos presenta, en efecto, varias montañas sagradas: el Kailasa, el Himalaya, el Vindhya y principalmente el monte Meru cuyo mito tiene muchos puntos de semejanza con el de la montaña de Kâf.

3. EL MONTE MERU.

El monte Meru es tan célebre en la mitología hindú como la montaña de Kâf en la persa. Representa también un papel cosmológico.

Desgraciadamente no es muy fácil orientarse en la cosmología mitológica hindú. A primera vista, parece que ésta, tal como fue descrita en el *Baghavata Purana*, fue sobre todo imaginada en un plano horizontal. Alrededor de todo el continente habitado por los humanos se extenderían ocho maravillosos mares y ocho mara-

vilosos continentes. (*Las mil y una noches* nos hablan también de siete océanos y siete continentes, pero como sin darles gran importancia. Se da más valor a la verticalidad de la montaña de Kâf que a la extensión que la rodea.)

Según el *Baghavata Purana*, cada mar es dos veces más extenso que el continente al que circunda y tan grande como el que lo circunda a él. De este modo, el mundo se presenta en forma de un disco constituido por diecisiete círculos concéntricos de tamaño creciente cada par de ellos. Lo difícil es situar sobre este disco ciertos principios verticales que, a pesar de todo, hay que tener en cuenta: las montañas sagradas (entre ellas aquella donde están los reyes de los elefantes que «sostienen» todo el Universo). A veces son mencionadas como picos y a veces como continentes. Tienen un aspecto un tanto accesorio, pues la estructura del mundo parece ser principalmente horizontal.

Accesorio parece realmente el monte Meru al principio del pasaje más famoso del *Baghavata Purana*, «la extracción de la ambrosía por el batido del mar de Leche».

Vamos a resumirlo: los devas (los genios) resuelvan extraer ambrosía batiendo el mar de leche, que es uno de los ocho mares maravillosos (hay también el mar de jugo de caña de azúcar, el de licor embriagador, el de mantequilla clarificada, el de crema, etcétera). Los devas quieren utilizar el monte Meru como batidor. Lo socavan y tratan de llevárselo para sumergirlo en el mar. Pero no pueden. El ave Garuda les ayuda. Carga con la montaña, vuela hasta el mar, se sumerge en él y hace que la montaña resbale suavemente de su espalda. Entonces los devas enroscan a Vasuki, rey de las serpientes, alrededor de la montaña y tirando los unos de su cola y los otros de su cabeza le emplean como una cuerda de batir.

Pero la montaña, al girar, se hunde en el fondo del mar. Entonces Vishnú se transforma en una tortuga gigantesca y se coloca debajo de aquélla. Esta tortuga es tan dura que la montaña gira como una peonza sobre su dorso sin hacerle apenas cosquillas.

Los exegetas de este mito han recalado sobre todo que describía un acto sexual a escala cósmica. El monte Meru representa un gigantesco falo (*lingam*). El mar de leche es una inmensa vagina (*yoni*). La ambrosía obtenida con el batido y la esperma son una misma cosa.

Sea de ello lo que fuere, el mito nos presenta una estructura semejante y más simplificada que la subyacente en la montaña de Kâf. He aquí el esquema de esta estructura:

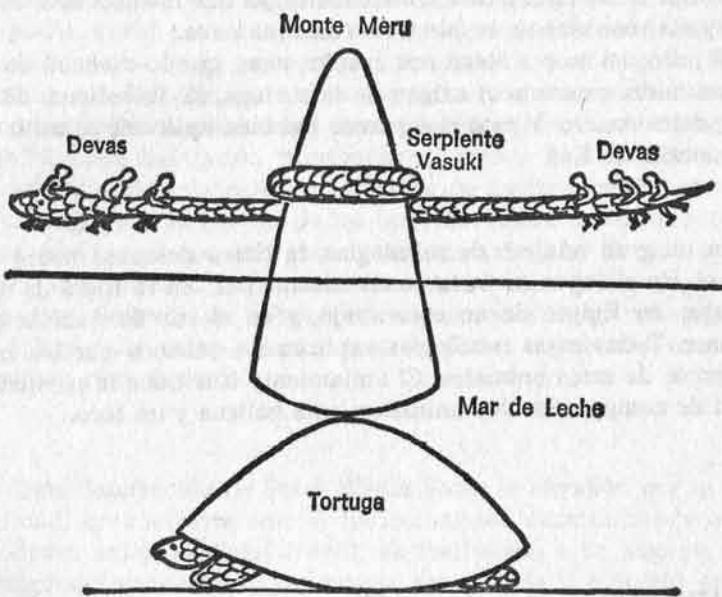


Fig. 4. Esquema de Meru

Encontramos aquí cinco elementos que ya conocemos: la montaña, la serpiente, el mar, la tortuga y los genios. Las variantes del mito del batido nos aportan otras. Una de ellas dice que la acción fue emprendida para expulsar un enorme pez enquistado en la garganta de Shiva. He aquí, una vez más, la garganta monstruosa y la ballena. Sólo nos falta el toro, pero su ausencia está justificada porque el toro gigante es uno de los «avatares» (una de las transformaciones) de Vishnú, ya presente en forma de tortuga.

Esta estructura parece más dinámica que el apilamiento de tipo Kâf, pero esto es sólo aparente. El monte Meru gira y el conjunto sólo se sostiene en pie gracias a los esfuerzos de los devas. Pero en

el apilamiento Kâf ocurre algo parecido: el genio, aunque no se mueva, realiza un esfuerzo constante para sostener la montaña. No es una actitud pasiva.

En las dos estructuras, todos los elementos son indispensables y a este respecto el mito hindú es más explícito que el mito persa: dramatiza la necesidad de cada elemento, ya que cuando no está la tortuga la montaña se hunde y no funciona nada.

El mito del monte Meru nos enseña, pues, que lo esencial no es la naturaleza exacta o el origen de la tortuga, de la ballena, de la roca, del toro, etc. Y esto nos parece también aplicable al mito de la montaña de Kâf.

En un gran número de mitologías, la tierra descansa sobre un animal. En el Japón se trata de un enorme pez; en la India de una tortuga; en Egipto de un escarabajo, y en el sur de Asia de un elefante. Todas estas mitologías explican los seísmos por los movimientos de estos animales. El apilamiento Kâf tiene la particularidad de comprender dos animales: una ballena y un toro.

4. SATAL HÖYÜK.

Tenga muchísimas cabezas o una sola, el toro resulta ser una de las figuras de la más antigua mitología casi coherente que conocemos. Se trata de la que nos revelan los frescos y objetos excavados en una extraordinaria ciudad prehistórica descubierta, hace poco tiempo, en Turquía, en Anatolia del Sur: Satal Höyük.

Los estudios realizados con carbono-14 han llevado al convencimiento de que esta «ciudad» fue fundada alrededor del año 6500 a. de J.C. Es decir, unos 5.000 años antes de que Homero escribiese *La Odisea*, según parece, y en todo caso unos 3.500 años antes de los presuntos orígenes de los mitos de *Las mil y una noches* que ahora intentamos comprender.

La «arquitectura» de esta «ciudad» era pasmosa. «Los lugares de culto se encontraban en el centro de un grupo de cuatro o cinco edificaciones, cada una de las cuales estaba generalmente compuesta de una sola pieza —escribe Ekrem Akurgal en *La Anatolia de los primeros imperios* (*Los tesoros de Turquía*, publicados por Skira). Ni las moradas ni los lugares de culto tenían puertas. Únicamente se podía entrar por el tejado, mediante escalas de madera. Todas estas construcciones presentaban una planta cuadrangular. Construidos con ladrillos de arcilla, los muros estaban perforados por unas pequeñas ventanas situadas muy altas, justamente debajo del tejado. Cada habitación presentaba al menos dos elevaciones. La planta principal, rodeada de refuerzos de madera, estaba recubierta de pintura roja. En uno de los extremos había un banco parecido a un diván en el que uno podía sentarse, trabajar y dormir. Por extraño que parezca, este mueble servía también de sepultura. Los muertos, después de haber sido descarnados, eran colocados en el interior de estos mismos bancos. Estas sepulturas contenían también ricos presentes.»

Esta descripción de Satal Höyük llama la atención por la verticalidad, en contraste con la horizontalidad acostumbrada en las ciudades antiguas. Satal Höyük da testimonio a su manera de la «magia del apilamiento» tan propia del mito de la montaña de Kâf. Pero otra información que nos aporta el estudio de la ciudad más antigua de la Humanidad coincide también con las del mito de la montaña de Kâf. Se trata de la importancia del toro.

En los santuarios domésticos de Satal Höyük, nos dice Ekrem Akurgal, «se observa una cantidad importante de cráneos y cuernos de toros, alineados en los muros y fijados a los lados del banco o de las elevaciones del suelo. Hay que atribuirlos indudablemente a una divinidad masculina. El toro, para los campesinos de Anatolia, no es solamente un símbolo de divinidad o de fuerza; es, ante todo el genitor de los bóvidos indispensables para el cultivo de la tierra. Por esto, desde el principio de la era agrícola, el dios masculino

toma la forma de un toro, y muy raramente un aspecto antropomorfo. Esta figuración subsiste hasta la época hitita».

Pero las excavaciones han demostrado que, en Satal Höyük, el culto dominante era el de la diosa madre, la que nos muestran esas figuritas de arcilla que representan mujeres obesas, como la Venus hotentote y la de Lesparre. En Satal Höyük, estas figuritas son casi siempre de parturientas. ¿Y qué es lo que paren? ¡Una cabeza de toro!

Cuerpos resecos de toro en los muros. Cuernos de toro de arcilla entre las jambas. Tal vez aquí está el origen del toro del apilamiento Kâf.

«El nacimiento del toro o de la cabeza de toro —sigue escribiendo Ekrem Akurgal— son los símbolos típicos de la fecundidad y es significativo ver que ocupan un sitio dominante en esos santuarios donde son enterrados los muertos. Consuelo de los vivos, son el signo del renacimiento e incluso de la supervivencia en el más allá.»

Esto se ha dicho del toro, pero no olvidemos que en el apilamiento Kâf hace las veces, con su cuero duro y su inmenso lomo plano, de soporte entre la blanda y ruina ballena y el peñasco de esmeralda cuyo reflejo es el de los cielos.

El toro se encuentra exactamente en la mitad del apilamiento Kâf. Entre el djinn Atlas, transformado en una de esas cariátides tan corrientes en los edificios hasta principios de este siglo, y la ballena, tan perseguida desde Melville en el plano intelectual, hacía un papel de aguafiestas, pero ahora vemos que no era así.

5. LA MONTAÑA DE KÂF ES EL REFLEJO DE UNA ESTRUCTURA MENTAL.

Detengámonos en la extraordinaria *construcción* que es el esquema n.º 1 y admitamos que los siete elementos tomados separadamente son menos importantes que el todo.

Admitamos también que este apilamiento no jerarquizado (quitad cualquiera de los elementos y todo se viene abajo) no procede de una mística religiosa. Ciertamente, puede verse en él un triunfo de Dios sobre el caos original (el Tohu Wa Bohu de que habla la Biblia y del que proviene la palabra francesa *tohu-bohu* que designa aquél caos), pero ¡qué triunfo tan pobre! El orden de este apilamiento no implica el genio de un ser superior al hombre.

Por esto se puede pensar, con los partidarios de la escuela «estructuralista» moderna, que la estructura de la montaña de Kâf, tal como la han descrito los inventores del Djinnistán, no es en realidad más que el puro reflejo de una estructura elemental de la mente humana.

En efecto, los representantes de la antropología estructuralista nos dicen:

«No pretendemos mostrar cómo piensan los hombres en los mitos, sino cómo los mitos se producen en las mentes de los hombres sin saberlo ellos» (Claude Lévi-Strauss, en *Le Cru et le Cuit*, pág. 20.)

Esto quiere decir que existe una especie de inconsciente colectivo de la mente humana donde se elaboran los mitos. Este inconsciente se manifiesta por cierto número de estructuras o de matrices. Los mitos reflejan estas estructuras. Analizando la estructura de los mitos se debe conseguir una visión de las estructuras inconscientes de la mente.

Desde este punto de vista, el mito de la montaña de Kâf aparece como singularmente privilegiado. «Un mito no se reduce jamás a su apariencia —escribe Lévi-Strauss en *L'Homme Nu*—. Por muy

diversas que puedan ser, estas apariencias encubren estructuras sin duda menos numerosas, pero también más reales. Sin que tengamos derecho a restarles o añadirles nada, estas estructuras tienen el carácter de objetos absolutos. Matrices de engendramiento por deformaciones sucesivas de tipos que es posible ordenar en series y que deben permitir el descubrimiento de los menores matices de cada mito concreto tomado en su individualidad.»

Sin embargo, el mito de la montaña de Kâf se reduce a su apariencia, puesto que ésta, lejos de ocultar su estructura, la revela en toda su pureza. Observemos, pues, con gran atención el esquema n.º 1 que plantean *Las mil y una noches*. Tal como es, tiene muchas probabilidades de corresponder exactamente a una de las matrices de nuestro inconsciente.

El apilamiento vertical de ocho elementos, algunos de los cuales son dinámicos y los otros no, puede esquematizarse así:

- | | |
|---|------------------------------|
| 1. Montaña de Kâf
Reino de los
djinns | { estática |
| 2. Djinn | |
| 3. Peñasco | estático |
| 4. Toro | dinámico (resistente al pez) |
| 5. Pez | dinámico (completamente) |

- | | |
|------------------------|---|
| 6. Mar de la Eternidad | estático |
| 7. Infierno | estático |
| 8. Serpiente | estática de momento, pero
debiendo un día convertirse
en dinámica |

Obsérvese la simetría. En medio, las dos entidades dinámicas colocadas juntas y el enorme toro pudiendo resistir solo las sacudidas de la ballena. El todo se mantiene en equilibrio alrededor de este antagonismo medianero en espera de que se manifieste, en la base del montón, un antagonismo terminal, cuando la misma entidad pase un día de la posición estática al dinamismo.

Esta estructura es sencillamente capital para nosotros si admitimos que, según da a entender la antropología estructural moderna, refleja directamente una de las matrices de nuestro inconsciente y sobre todo si creemos que estas matrices son muy poco numerosas. En efecto, nadie ha podido dar su cifra exacta, pero todo induce a creer que es muy baja. Incluso es posible que no haya más que una matriz con la cual coinciden todos nuestros mitos y todos nuestros pensamientos. ¡Y sería ésta!

El esquema del apilamiento Kâf representa, pues, no sólo el orden del mundo tal como la imaginaron los árabes, sino también una buena parte, si no la totalidad, del orden de la mente humana.

Así, los sufíes tienen razón cuando dicen que la montaña de Kâf es nosotros mismos.

El Djinnistán y su infraestructura no son países fantásticos, sino la imagen luminosa de uno de los compartimientos de nuestra mente.

LOS DJINNS

*Los fúnebres djinns
Hijos de la muerte
Pasan apresurados
Por las tinieblas;
Su enjambre zumba
Con voz profunda,
Murmura una onda
Que no se ve.*

VICTOR HUGO
(Orientales)

1. UN SEXO DE 219.000 KILÓMETROS.

Acabamos de ver, en su resplandeciente pureza, una estructura mental que los narradores de *Las mil y una noches* han transformado en mito. Veamos ahora más de cerca a los habitantes de los siete pisos de esta estructura: los djinns.

He aquí su partida de nacimiento, tal como puede leerse en *La historia de Belukia*.

«Tienes que saber, oh Belukia, que somos los Hijos del Fuego —declara Sakr, el rey supremo de los djinns.

»Sí, los dos primeros seres que Alá creó del fuego son dos djinns, a los que llamó Kallit y Mallit.

»Uno tenía la forma de un león, y el otro la de una loba. El pene del león, abigarrado de blanco y negro, tenía una longitud igual a la que un hombre tardaría veinte años en recorrer a pie.»

(Admitamos que el hombre puede recorrer, por término medio, treinta kilómetros cada día; esto nos da: $30 \times 365 \times 20 = 219.000$ kilómetros.)

«La vagina de la loba, rosada y blanca, tenía forma de tortuga y su interior era proporcionado al de Kallit.

»Y Alá hizo que se unieran Kallit y Mallit.

»De su primera unión nacieron dragones, serpientes, escorpió-

nes y bestias hediondas con las que Alá pobló las siete regiones del Infierno para el suplicio de los condenados.

»De la segunda unión nacieron siete varones y siete hembras que crecieron en la obediencia. Al llegar a la mayoría de edad, uno de ellos se convirtió en el famoso Iblis, que se negó a posternarse ante Adán. Fue arrojado a la cuarta región del Infierno. Fueron él y su descendencia quienes poblaron el Infierno de demonios varones y hembras.

»Nosotros, los djinns, somos los descendientes de seis muchachos y otras tantas muchachas que permanecieron sumisos. Tal es, en pocas palabras, nuestra genealogía. Y no te asombres al vernos comer tanto, porque procedemos de un león y de una loba. Has de saber que devoramos diariamente, cada uno de nosotros, diez camellos, veinte corderos y cuarenta calderos de sopa.»

Los djinns, cuyos antepasados son el fuego original y dos fieras provistas de unos sexos pasmosos, son innumerables y están dotados de una vitalidad poco común. Los hay de varias clases: djinns del aire, del mar, de la tierra, de los bosques, de las aguas y del desierto, y, según los casos, son llamados *Efrits, Mareds, Jotrobs, Saals y Baharis*. También hay djinns femeninos o *Gennias* (las buenas) y *Ghulas* (las malas).

Todo este mundo es extraordinariamente variado, vivo, complejo, y aparece siempre por sorpresa en *Las mil y una noches*. Los djinns van y vienen como fuegos fatuos. Es difícil cogerlos y analizarlos.

Su variedad es mucho más grande que la de nuestras hadas, nuestros silfos, nuestras hamadriadas y nuestros gnomos. Por otra parte, casi todos éstos proceden de aquéllos, con frecuencia por medio de los cruzados.

Algunos pensadores modernos tienden a rebajar a los djinns explicando que no son más que representaciones de fenómenos naturales. Th. Van Baaren escribe, en *Religión de Asia*: «Sonrémos al ver que los musulmanes modernistas se esfuerzan en demostrar que los espíritus del desierto de que habla el Corán son los microbios de la ciencia moderna, pero, pensándolo bien, estos intentos de adaptación son del orden de la teología cristiana cuando asimi-

la los siete días de la creación mencionados en el Génesis a los períodos de la evolución geológica. Nosotros no estamos de acuerdo. Pensamos que el origen de los djinns es más noble. Lejos de ser fenómenos naturales, son la prueba del genio del hombre.»

2. SURGIDOS DEL VACÍO.

Los djinns son uno de los más notables inventos de los árabes. Nosotros se los pedimos prestados: son los «genios» de nuestros cuentos de hadas. Su nombre se escribe indistintamente *Jinn, Yinn, Genn, Genni y Djinn*.

Sin su presencia, *Las mil y una noches* perderían sin duda la mitad de su encanto, pero hay que advertir que los narradores de esta colección no los inventaron. Los djinns nacieron hace miles de años en algún lugar de la tierra de Ismael, en la mente de unos beduinos estupefactos por el vacío del desierto y resueltos a llenarlo a toda costa. ¡Fantástica empresa! Los hombres del desierto, considerando que la tierra estaba poco poblada, resolvieron que fuese habitada por criaturas surgidas de la mente. Inventaron compañeros imaginarios. Un espejismo es mejor que el vacío. La ronda de los djinns vale más que la soledad.

En *Las mil y una noches*, los djinns adoptan toda clase de formas, algunas de las cuales son muy refinadas. Son increíblemente numerosos. Salomón, su señor, reunió sesenta millones de ellos para una sola batalla. Pero siempre muestran una cierta simpleza que delata su origen. Son producto de las primeras tentativas del hombre en la conquista de lo sobrenatural. Son los primeros esbozos trazados por la mente humana antes de concebir a los dioses y después a Dios.

La invención de los djinns es una de las más bellas y más puras. Es un balbuceo genial de la inspiración humana.

Mucho antes de que Mahoma, en el siglo VII d. de J.C., empezase a predicar en La Meca y en Medina, los djinns eran conocidos por los habitantes de la península arábiga.

Procedían de ese misterioso desierto, el Rub'al-Jali, donde muy pocos europeos se han aventurado aún, ya que las pocas caravanas y los jeeps de los prospectores de petróleo y de agua que lo surcan nos hacen pensar en unas puntadas en la superficie del mar.

Para los árabes de antes del Islam, los djinns, o espíritus del desierto, eran divinidades, poderes ocultos e importantes.

Estaban estrechamente relacionados con la vida de los hombres y los había en número infinito. Algunos tenían un origen ecológico: eran pocas las fuentes, los pozos, las grutas o las piedras sagradas o arrecifes que no tuvieran su djinn. Y también pocos árboles. Y pocos dinteles de casas.

Otros djinns eran incorporados a animales (preferentemente oscuros: camellos, perros, gatos, pájaros). Como los árabes se consideraban a veces descendientes de un antepasado animal, establecían verdaderas alianzas entre tribus humanas y tribus de djinns. Éste era el caso, por ejemplo, de los Banu Kilab («descendientes del perro») o de los Banu Asad («descendientes del león»).

Las alianzas entre tribus eran, efectivamente, la clave de la economía de los árabes del desierto. Y así como una tribu buscaba la alianza con otra abriéndole determinados territorios, todo árabe soñaba en aliarse con los djinns. Éstos podían revelar cosas ignoradas a su aliado humano: los secretos de la tierra y del cielo, o, lo que viene a ser lo mismo, simplemente los de la poesía.

3. MAHOMA Y LOS DJINNS.

Cuando Mahoma compuso el Corán, los djinns, que rebullían por todas partes, no eran las únicas divinidades temidas por los habitantes de la península arábiga. Éstos habían elegido entre ellos a

los grandes jefes. Les habían otorgado un rango superior y los idolatraban. Estaban Altatar, dios de las estrellas; Sin, dios de la luna y Dhat-Himyan, dios del sol. Y toda Arabia estaba llena de betilos (este nombre, del griego *baitulos*, casa del Señor, designa una piedra sagrada considerada como morada de un dios) y de ídolos a los que rendían cultos hoy olvidados...

Mahoma, que predicaba el monoteísmo, atacó a estas grandes divinidades, a estas piedras, a estos ídolos. Pero, a fin de no escandalizar demasiado a los neófitos, conservó en la nueva religión el betilo más importante, la Kaaba de La Meca, que era adorada desde hacía mucho tiempo. Desconocemos el origen del culto rendido a esta misteriosa piedra negra, cuya base es redonda y cuya parte alta es cuadrada. Únicamente sabemos que, en el siglo VI d. de J.C., formaba el centro de un importante complejo religioso. Los habitantes de La Meca habían reunido a su alrededor los ídolos de trescientos dos dioses y espíritus, de los cuales los nombres de Al-lat, Manat, Uzza y Hobal, que decidían la suerte de los hombres, han llegado hasta nosotros.

Mahoma hizo romper en mil pedazos a golpes de maza todos estos ídolos. Salvo, nos dice la tradición, una imagen de la Virgen María que había ido a parar a aquel vertedero de dioses.

En cambio, y aunque parezca curioso, Mahoma no atacó a los djinns. ¿Sería que no los consideraba peligrosos? ¿O que, prudentemente, no quiso quitar a sus hermanos sus dioses lares, sus compañeros de todos los días? Tal vez fue por consideración poética, pues, como es sabido, Mahoma adoraba la poesía. No podía atacar a unos seres tan bulliciosos, tan vivarachos, tan conmovedores como los djinns.

Sea cual fuere la razón, lo cierto es que en los textos de la nueva religión, en varias suras del Corán, mencionó a los djinns.

Un hadith relata que poco antes de la Héjira, al principio de su experiencia mística, Mahoma está solo en el desierto. Ha cerrado la noche, glacial. El profeta medita junto a una pequeña fogata. Los djinns no son espíritus etéreos. Pueden sufrir y, como los hombres, tener frío o calor. Esta noche, una pandilla de djinns frioleros viene a situarse alrededor del fuego de Mahoma.

Este levanta los ojos de las llamas danzantes que estaba contemplando. Los ve por todas partes. No se impresiona. Sencillamente, les dirige la palabra. Les habla de las verdades que ha descubierto en el desierto, de la nueva ley que Alá le ha inspirado. Los djinns le escuchan concienzudamente.

La charla de Mahoma se convierte en sermón. Los djinns, seducidos por la nueva religión, se convierten uno tras otro...

Este bonito cuento nos da la medida de los djinns; siempre están dispuestos a todo. No tienen el esnobismo altivo de ciertas hadas de los cuentos europeos.

Tal vez por esto, por haber conseguido que Mahoma los adoptase, fueron siempre populares entre los árabes. Así volvemos a encontrarlos en la Da'wah, método de invocación secreta pero lícita en el Islam, que se funda en una teología simbólica de las veinticinco letras del alfabeto árabe, cada una de las cuales representa un djinn. En nuestros días se practica aún la Da'wah y se invoca a los djinns. Pero la extraordinaria complicación del método hace que éste sea exclusivo de muy pocos iniciados.

4. CANDIDEZ DE LOS DJINNS.

Todos los djinns de *Las mil y una noches* han conservado de su origen un carácter general, que es la candidez. Los beduinos no fueron aprendices de brujo. Inventaron personajes bastante temibles para poblar el desierto. Les dieron prestigio, pues habría sido deshonroso para ellos inventar unos personajes inferiores a ellos mismos. No se inventan subproductos deliberadamente. Pero también era preciso que no fuesen demasiado peligrosos. Sin duda no había nacido aún la idea de un dios coercitivo. Voluntariamente inventaron un defecto en su coraza. Y, no sin humor, escogieron la candidez. Candidez que hace que los djinns, por muy poderosos que sean, acaben siempre chasqueados. De aquí que su posición en la

jerarquía de las criaturas míticas sea una cosa absolutamente singular. Son dioses a los cuales se les puede hacer muecas.

La candidez de los djinns aparece ya en las primeras páginas de *Las mil y una noches*, dedicadas a las desventuras de los reyes Schariar y Schahzamán.

Estos dos reyes descubren que sus mujeres les engañan y, desesperados, van a sentarse a la orilla del mar. «Y de pronto, salió del agua una columna de humo negro que subió hacia el cielo y después se transformó en un djinn de alta estatura, fuerte complejión y ancho pecho, que llevaba una caja sobre la cabeza.»

En la caja se encuentra una joven maravillosa. El djinn, después de haberse refocilado con ella, se duerme a su lado. La joven percibe a los dos reyes que se han ocultado en un árbol. Engaña a su marido, el djinn, con los dos, y después les muestra un collar compuesto de quinientos setenta anillos, los de los amantes casuales que ha tenido durante las siestas de su marido.

«Si ése es un djinn —se dicen los dos reyes—, y si, a pesar de todo su poder le han ocurrido cosas mucho más terribles que a nosotros, esta aventura debe servirnos de consuelo.»

El origen de esta historia es muy antiguo. La encontramos punto por punto en un cuento bídico indio, traducido al chino en el siglo III de nuestra era. Es uno de los apólogos del *Kieu Tsu Pi Yu King* de Seng Huei. En esta versión, el djinn es un brahmán mago que tiene a su mujer encerrada, no en una caja, sino en un bote que puede tragarse y regurgitar a voluntad. Ignora que, cuando duerme, también su mujer puede regurgitar y tragar otro bote dentro del cual está su amante. Un hijo del rey se consuela de sus propias desdichas (la mala conducta de su madre) presenciando la escena...

El brahmán de este apólogo es burlado por una infinidad de universos diferentes que encajan los unos dentro de los otros a la manera de las muñecas rusas. No es solamente su mujer quien le engaña, sino también el artificio de la construcción del mundo en que vive.

De la misma manera, los djinns árabes no se encuentran a gusto en el mundo en que viven, aunque sería mejor decir en los mundos: el de los hombres donde aparecen de vez en cuando y el de los espíritus donde viven la mayor parte del tiempo. La candidez de los djinns debe explicarse por lo difícil que resulta pasar de un universo a otro que le es paralelo.

Las mil y una noches subrayan esta dificultad haciendo que los djinns utilicen los caminos más extraños y más humildemente domésticos. Así, leemos en la historia de *Tohfa, obra maestra de los corazones*: «Los retretes, y a veces los pozos y las cisternas, son los únicos sitios que emplean los djinns subterráneos para subir a la superficie de la tierra. Y por esta razón, ningún hombre entra en los retretes sin pronunciar la fórmula del exorcismo y sin refugiarse en espíritu en Alá. Y así como salen por las letrinas, los djinns vuelven por ellas a sus casas. Y no se conoce excepción a esta regla ni vulneración de esta costumbre.»

En nuestro resumen del mito del djinn engañado por su mujer, que sirve de introducción a *Las mil y una noches*, se observan muchos elementos notables. Todos los que están familiarizados con los mitos de los indios americanos del norte y del sur, encontrarán fácilmente algunos temas importantes, que fueron criados, desmantelados y después reconstruidos por Lévi-Strauss, en las cinco mil páginas de los cuatro tomos de sus *Mythologiques*: «Lo crudo y lo cocido», «De la miel a las cenizas», «El origen de la urbanidad en la mesa» y «El hombre desnudo». Así, la columna de humo negro que sube al cielo recuerda el mito del buscavidas, el más importante de todos según Lévi-Strauss; la joven oculta, el de las jóvenes indias ocultas; los collares de anillos, el del nacimiento de los atavíos, etcétera.

Otra célebre historia de djinn burlado, situada también al principio de *Las mil y una noches*, es la de «El djinn y el pescador». Un pescador saca en su red una antigua vasija cerrada con el sello de Salomón. La abre, y sale de ella una tremenda humareda. Ésta se materializa en un «djinn de cien metros de altura, cuya cabeza es como una cúpula, las manos como horcas, los pies como mástiles, la boca como una caverna, los dientes como guijas

rros, la nariz como una gárgola, los ojos como antorchas». Está resuelto a matar al pescador.

El pescador trata de ganar tiempo. «No puedo creer —le dice— que hayas cabido entero en esa jarra que apenas podría contener tu pie o tu mano.» Ingenuamente, el djinn, para demostrárselo, se disuelve de nuevo en humo y se mete en la vasija. Y el pescador se apresura a taparla...

El carácter divino de los djinns no puede nada contra el absurdo del Universo. Aunque superiores a los hombres, están condenados a dejarse engañar. *Efrít* quiere decir el Astuto. Pero no es más que un título honorífico e irrisorio. De la misma manera, numerosas fábulas de la Europa medieval nos presentan al diablo burlado por los campesinos... y en estas fábulas el diablo recibe siempre el nombre de «el Maligno».

Lo más célebre de estas fábulas es una en que el Maligno y un campesino hacen un pacto. Se repartirán la cosecha, apropiándose alternativamente uno de lo que esté bajo tierra y el otro de lo que esté encima de ella. Naturalmente, el campesino engaña al diablo plantando un año trigo y el siguiente remolacha. Este «maligno» se inspiró claramente en los «Efríts».

¿Por qué pueden los djinns ser tan fácilmente engañados? Porque no son enteramente libres. Constituyen una mezcla extraordinaria de poder y de impotencia y su existencia es una lección permanente de humildad. Reflexionad, lectores, sobre lo que dice una voz que brota de una cornalina accidentalmente frotada por el zapatero Maruf, en *La historia del pastel con miel de abeja y la esposa calamitoso*:

«Soy el djinn Padre de la Dicha, esclavo de este anillo. Y ejecuto ciegamente las órdenes de quien se haya adueñado de él. Y nada me es imposible, pues soy el jefe supremo de sesenta tribus de djinns, de efríts, de cheitans, de auns y de mareds. Y cada una de estas tribus se compone de doce mil buenos mozos irresis-

tibles, más fuertes que elefantes y más sutiles que el mercurio. Pero yo estoy a mi vez sometido a este anillo, y por muy grande que sea mi poder obedezco a quien lo posea, como un niño a su madre... y si le diese el capricho de frotar dos veces el anillo en vez de una, me haría consumir en el fuego de los terribles nombres que están grabados en el anillo.»

A semejanza de lo que ocurre con el poder de los reyes y de los multimillonarios, el de los djinns no salvaba a éstos de los castigos. En la *Historia de Hassán Badreddín*, un efrit volador sigue por los aires a una efrita que transporta sobre sus hombros a Hassán dormido. La posición de la efrita le hace concebir pensamientos libidinosos. Quiere ponerlos en práctica y la efrita se muestra complaciente. Pero no tendrá tiempo de hacerlo: Alá envía una columna de fuego para destruirlo.

En otro cuento, un djinn cuyo único delito es ser horriblemente feo y verse engañado por su mujer, es reducido a cenizas por una maga. Y esto después del más famoso acto de transformismo de todos los tiempos, que es de origen indio: el efrit se transforma sucesivamente en león, escorpión, buitre, gato y granada mientras la maga se convierte en sable, cuervo, águila, lobo y gallo. En otro, *El mono jovencito*, el rey de los djinns, prevenido por un hechicero magrebí, castiga a un «djinn de mala condición», que se ha transformado en mono con el complicado propósito de raptar a una princesa...

De este modo los djinns nos hacen ver, con un gran alarde poético, poderes extraordinarios y castigos ineluctables. Vemos a unos djinns elevarse en el aire y volar con ruido de molinos de viento recorriendo en un día seis meses de camino. Vemos otros que derriban ejércitos enteros con sólo la fuerza de su aliento. Son siempre siervos incondicionales de sus reyes, de Alá, o simplemente, del momentáneo poseedor de un talismán al cual están encadenados.

En realidad, su única dicha verdadera es escuchar bellas historias o bellas músicas: el djinn de «El mercader y el efrit» con-

cede la vida al mercader a cambio de tres bellos cuentos que le narran tres viajeros compasivos. El rey de los djinns hace secuestrar a la cantante Tohfa al Kulub (*Obra maestra de los corazones*) para que cante en su Corte...

Su aficiones son tan entusiastas y puras como repelente es su físico. Scherezade se complace en hacernos temblar hablándonos de sus ojos porcinos y profundamente hundidos en sus cabezas, de sus dedos ganchudos y de sus orejas enormes. «Cuando la madre de Aladino vio este efrit —nos dice—, se le trabó la lengua y se quedó boquiabierta. Loca de espanto y de horror, no pudo soportar la vista de una figura tan espantosa y cayó desvanecida...» Pero esta fealdad tiene su secreto.

Lejos de ser una calamidad que gravita sobre la espalda de los djinns, es, en realidad, una cualidad ventajosa. La utilizan para afirmar su autoridad y para impresionar. Si lo desean, nada les impide adquirir el aspecto de un bello adolescente.

Nada, salvo el orgullo, según nos enseña la historia de Tohfa al Kulub. Esta joven terrestre, acogida en la corte de los djinns, en un palacio que tiene ciento ochenta puertas de cobre rojo, debe cantar en presencia de todos los jefes de los djinns y sus chambelanes. Todos han adoptado, por cortesía, la figura de hijos de Adán. Todos, menos dos: el jefe Al-Schisbán y el guerrero Mai-mún. Estos no tienen más que un ojo y lucen colmillos de jabalí.

—Pero, ¿por qué son tan feos? —pregunta Tohfa.

—A causa de su orgullo —le contestan—, no han querido hacer como todos nosotros, que hemos abandonado nuestra forma primitiva.

Sin embargo, los dos monstruos son los más ardientes partidarios de Tohfa. Arrebatados por su música, empiezan a bailar, como derviches, con un dedo metido en el ano.

Los djinns son el símbolo de la relación entre el poder y la impotencia. Lo son también de la relación entre la fealdad y el buen gusto.

Estos símbolos llegan a su punto culminante en la historia de la hija de un rey hindú que cambia el sexo con un djinn. Este accede únicamente por bondad, para sacar a la princesa de un

apuro, pues ella se hacía pasar por un muchacho y he aquí que debe casarse con la princesa de China. Convienen en devolverse sus sexos respectivos dentro de un plazo de nueve meses. La princesa-príncipe acude a la cita, pero el djinn se niega a cumplir lo pactado. ¡El caso es que se enamoró de otro djinn y espera un hijo de él!

Esta historia demuestra que puede esperarse TODO de un djinn.

5. UNAS HADAS A LAS QUE SE PUEDE ABRAZAR.

Los djinns varones tienen todos una misma naturaleza. Como el hombre, tienen momentos de bondad y momentos de maldad, pero no hay una distinción clara entre buenos y malos. En cambio, las djinns hembras están claramente divididas en dos clases: las buenas que son las Gennias y las malas que son las Ghulas.

El papel de las Gennias es entregarse a los hombres y a los adolescentes de los que se enamoran. Son personas encantadoras y sumamente sexuales. Así como las hadas de los cuentos europeos se inclinan maternalmente sobre las cunas de los recién nacidos para colmarles de dones, las Gennias se inclinan sobre los labios del ser amado para otorgarle el don más concreto de sus cuerpos maravillosos, tal vez más maravillosos que sus poderes mágicos.

«En ciertas regiones del desierto, no hay más presencia que la de lo Invisible.» Esta frase de *Las mil y una noches* describe admirablemente la soledad del beduino y nos hace comprender que todo lo que él sueña se materializa inmediatamente. En el gran vacío, el menor sueño adquiere una intensa realidad. Incluso lo Invisible se hace concreto. Si el beduino sueña con agua, es más que un sueño, es un espejismo. Si sueña con una mujer, ésta se

convierte en una Gennia de mágicas dotes y de cuerpo sublime y apasionado. Para él, las verdaderas hadas son las que pueden tenerse entre los brazos.

Varios héroes mencionados por Scherezade tienen esta suerte. Como el mercader (en el «Cuento del segundo jeque», *El mercader y el efrit*) que encuentra, en una playa, una mujer vestida con prendas viejas y raídas. Ella le besa la mano y, de buenas a primeras, le pide que se case con ella.

— ¡Oh, dueño mío, llévame a tu país y te consagraré mi alma! ¡Hazme este favor, pues soy de las que saben el precio de una merced y de una buena acción!

«Y yo —dice el protagonista— me sentí embargado por una piedad afectuosa, y me mostré hospitalario y pródigo con ella y lleno de humanidad.»

Y la mujer resulta ser una Gennia sublime, que se enamoró del mercader al primer golpe de vista, «sencillamente, porque Alá lo quiso».

Las Gennias no se andan con remilgos. La mayoría de ellas tienen esta misma franqueza, esta misma afición a prescindir de los rodeos.

«¡Oh, príncipe encantador! Te conozco desde que naciste y te sonré en la cuna... Desde entonces, sigo tus aventuras y no ignoro nada de cuanto te concierne... Y he considerado que, puesto que mi destino está ligado al tuyo, eres digno de esta dicha... ¿Quieres ser mi esposo y amarme mucho?», pregunta una de ellas al príncipe Hossein en «Nurennahar y la bella Gennia».

Hossein hace bien en aceptar, pues de las cualidades, entre otras muchas, de su esposa Gennia, es que su virginidad se rehace completamente durante el día. De modo que, cada noche, Hossein la encuentra como si no la hubiese tocado nunca.

Esta cualidad es también propia de las famosas «hurfes» que poblaban el paraíso de los antiguos iranios y que Mahoma sacó de su escondrijo para prometerlas a los creyentes.

«A los huéspedes del paraíso —se lee en el Corán— les daremos por esposas a mujeres de brillantes ojos negros, parecidos a perlas escondidas. Las creamos de una manera perfecta; las hici-

mos vírgenes, amorosas, siempre vírgenes, siempre jóvenes...»

Siempre vírgenes, como la Gennia de Hossein. Siempre jóvenes, pues los hadits les atribuyen la misma edad que tienen todos los hombres al entrar en el paraíso, y que ya no cambiará: treinta y tres años.

Estas huríes maravillosas escandalizan, desde las Cruzadas, a Occidente. Esperan al creyente en jardines llenos de parajes sombreados y de fuentes, junto a riachuelos de pura miel, de jengibre y de alcanfor. Es por su causa que los soldados no vacilan en luchar a ciegas y en hacerse matar, pues tendrán todas las que quieran. «Alá me dio por esposas a cincuenta huríes. ¡Sabía cuánto me gustan las mujeres!», dícese que dijo, en una de sus apariciones terrestres, un santo musulmán. Y un hadit añade: «Los bienaventurados recibirán la fuerza necesaria para el disfrute de todas las voluptuosidades.»

Los comentaristas del Corán discutieron prolíjamente para saber si las esposas de los creyentes eran admitidas al mismo tiempo que sus maridos en este paraíso y lo que pensaban de todo ello. Scherezade, con infinita habilidad, elude este problema. ¡Las Gennias son a la vez esposas y huríes! Y se percibe muy bien que sueña en parecerse ella misma a una Gennia, para poder encerrar para siempre a Schariar en sus redes.

6. NADIE DEBE DORMIR SOLO...

Las espantosas Ghulas son todo lo contrario de las maravillosas Gennias-Huríes. Sin embargo, el sexo de estos seres maléficos no es únicamente femenino.

En *La historia contada por el sexto capitán de Policía*, se trata de una Ghula que de día toma la forma de un marido encantador, aunque lleva a su linda mujer cabezas de hombres para que las ponga a cocer, y de noche se dedica a «arrasar el campo, cortar

los caminos, hacer abortar a las mujeres encinta, espantar a los niños, aullar en el viento, ladrar frente a las puertas, jadear, rondar por antiguas ruinas, lanzar maleficios, hacer muecas en las tinieblas, visitar las tumbas y oler los muertos...».

Otras historias tratan de Ghulas-Mujeres que con frecuencia son esposas bellas y cariñosas durante el día, pero se levantan por la noche para rondar por los cementerios y devorar niños...

Scherezade tomó estas Ghulas de mitologías muy antiguas. Los griegos las llamaban lamias, por el nombre de Lamia, hija de Neptuno, a quien la pérdida de un hijo volvió loca y mala y dedicó su vida a hacer que todas las jóvenes madres se pareciesen a ella. Los griegos imaginaron ejércitos enteros de lamias, espectros serpentiformes con rostro de mujer, deliciosamente parlanchinas, hábiles silbadoras y maestras en el arte de acechar ocultas en los bordes de los caminos. Los africanos del norte les dieron un carácter particular, atribuyéndoles los dulces y pér-fidos gemidos de la hiena, que, como ellas, sólo se alimenta de cadáveres.

Pero las Ghulas de Scherezade tienen quizás también alguna relación con la tradición hebrea. Se han hecho comparaciones entre las Ghulas-lamias y el personaje poético, terrible y misterioso, de Lilit que para los judíos es tan pronto la mujer de Adán como la Noche.

«Nadie debe dormir solo —dice el rabino Menaquén—, por miedo de que Lilit le haga daño.»

Lilit, demonio bíblico que toma forma de mujer para seducir a los hombres, parece ser un diablo de origen acadio, Gelal o Kill Gelal, idolatrado en La Meca, y es tal vez el primer djinn que se conoce. Según otros autores, fue en la Grecia influida por Asia, la diosa de los partos, y representó, en realidad, la noche primitiva, la Gran Madre de los seres, una divinidad muy encumbrada y muy misteriosa.

Las malvadas Ghulas tienen también sus títulos de nobleza.

7. EL SÍMBOLO DE LO ABSURDO

Hay tantas historias de djinns como cuentos de escoceses. Son inagotables.

Los djinns no eran difíciles de encontrar en la Arabia Feliz, puesto que estaban en todas partes. El principal problema era no molestarlos. Al meterse en un pozo, al tumbarse al pie de un árbol, cualquiera podía chocar con un djinn, exponiéndose a que éste lo tomase a mal. A este nivel, podemos también considerar a los djinns como símbolos de lo absurdo.

La historia del mercader y del efrit es muy significativa a este respecto. Un mercader descansa al pie de un árbol, come un dátil y tira el hueso a lo lejos. Poco después, aparece un terrible djinn, que quiere matarle.

—El hueso del dátil —dice— ha dado en un ojo a mi nieto y lo ha matado. ¡Esto clama venganza!

—Pero, ¿cómo podía yo saberlo? —gime el pobre mercader, que se convierte en un verdadero personaje de Kafka.

El sentido de esta historia parece aún más grave si recordamos que los dátiles no son para los árabes del desierto una golosina, sino un alimento indispensable (e incluso, según la tradición, la comida principal de Mahoma). No hay ninguna frivolidad en la acción del mercader.

Cierto que los djinns podían ser también benéficos. Y éste acabó siéndolo. Al menos dejó con vida al mercader.

Pero, de todos modos, los djinns son muy fastidiosos. Nacidos originalmente del vacío, fantasmas del beduino solitario en el desierto de arena y de piedras, se convierten, a veces, en *Las mil y una noches*, en espantosas aguafiestas.

El djinn es hijo del matrimonio del hombre solo con el desierto. Un matrimonio de conveniencia (por esto el djinn es una divinidad modesta y que a menudo parece aburrirse mucho, lo cual explica que siempre esté dispuesto a charlar). ¿Por qué, pues, simboliza también el absurdo?

Pero, ¿qué es lo absurdo? Una utilización irracional y no razonada de las «fuerzas naturales». Una mala utilización del Poder. Mala para el que lo ejerce y para el que lo sufre.

Ahora bien, todo ente posee cierto poder. Al inventar los djinns, los beduinos sabían que tenían que darles poder. Desgraciadamente, ¿sabían ellos acaso lo que es el poder? Sin duda por esto, el que atribuyeron a los djinns rozó los límites de lo absurdo.

Un poco más tarde, los propios beduinos —u otros— reflexionaron sobre esta noción de Poder. Y entonces inventaron un señor de los djinns que sí sabía lo que era el poder.

La forma como se pasa del poder absurdo al poder consciente y total será objeto de los capítulos siguientes, dedicados a Salomón, el señor de los djinns.

que se ha de seguir para el desarrollo de la estrategia. El que el lector no se cansará de leer, y el que, al final de la lectura, se quedará con ganas de leer más, es que el autor ha logrado su objetivo.

Siempre se considera más deseable tener un conocimiento animalista, más que teórico, de las especies que se quieren cazar, ya que el animalista no sólo conoce las especies, sino que las comprende y las ama.

El lector de este libro, al leerlo, se dará cuenta de que el autor es un animalista que, además de tener una gran cantidad de conocimientos teóricos, posee una gran cantidad de conocimientos prácticos, que le permiten aplicarlos en la caza de los animales.

El autor de este libro, al leerlo, se dará cuenta de que el autor es un animalista que, además de tener una gran cantidad de conocimientos teóricos, posee una gran cantidad de conocimientos prácticos, que le permiten aplicarlos en la caza de los animales.

El autor de este libro, al leerlo, se dará cuenta de que el autor es un animalista que, además de tener una gran cantidad de conocimientos teóricos, posee una gran cantidad de conocimientos prácticos, que le permiten aplicarlos en la caza de los animales.

El autor de este libro, al leerlo, se dará cuenta de que el autor es un animalista que, además de tener una gran cantidad de conocimientos teóricos, posee una gran cantidad de conocimientos prácticos, que le permiten aplicarlos en la caza de los animales.

El autor de este libro, al leerlo, se dará cuenta de que el autor es un animalista que, además de tener una gran cantidad de conocimientos teóricos, posee una gran cantidad de conocimientos prácticos, que le permiten aplicarlos en la caza de los animales.

El autor de este libro, al leerlo, se dará cuenta de que el autor es un animalista que, además de tener una gran cantidad de conocimientos teóricos, posee una gran cantidad de conocimientos prácticos, que le permiten aplicarlos en la caza de los animales.

El autor de este libro, al leerlo, se dará cuenta de que el autor es un animalista que, además de tener una gran cantidad de conocimientos teóricos, posee una gran cantidad de conocimientos prácticos, que le permiten aplicarlos en la caza de los animales.

El autor de este libro, al leerlo, se dará cuenta de que el autor es un animalista que, además de tener una gran cantidad de conocimientos teóricos, posee una gran cantidad de conocimientos prácticos, que le permiten aplicarlos en la caza de los animales.

IV

EL SEÑOR DE LOS Djinns

I. UNA SALA VACIADA EN DIAMANTE

Solimán ben Daud, Salomón hijo de David, es el único hombre que supo someter, plena y magistralmente, a todos los djinns, y esto, gracias a su conocimiento de una palabra, el «Nombre del Poder», grabado en un misterioso sello de su propiedad.

El mito de Salomón es infinitamente más confuso que el del Djinistán y que el propiamente llamado de los djinns. Su complicación se debe, en primer lugar, al hecho de que Salomón es un personaje histórico.

Vivió aproximadamente mil años antes de Jesucristo, y su fama se extendió simultáneamente al mundo árabe y al mundo judío y después al mundo cristiano. Es difícil distinguir, en su gesta, lo que es historia y lo que es mito.

Para los árabes, es uno de los más grandes profetas que vinieron antes que Mahoma. Unos lazos muy concretos lo atan a la Arabia: sus amores con Balkis, reina de Saba, la misteriosa reina de la península arábiga.

Fue el primer hombre mediterráneo conocido que mezcló su sangre con la de una mujer del mar Rojo, el primer hombre mediterráneo que contempló los lugares desérticos donde nacieron los djinns.

No os extrañe, pues, el papel capital que representa en *Las mil y una noches*. En ellas se le evoca sin cesar como una figura grandiosa y temible. Su nombre está en todas las bocas.

En realidad, él no interviene nunca personalmente. El príncipe Belukia es uno de los grandes privilegiados que lo verán... y muerto.

He aquí lo que vio:

«En medio de una sala inmensa, vaciada en diamante, sobre un gran lecho de oro macizo, estaba extendido Solimán ben Daud, al que podía reconocerse por su manto verde, ornado de perlas y de pedrería y por el anillo mágico que llevaba en el dedo meñique de la mano derecha, y cuyos resplandores hacían palidecer el brillo de la sala de diamante. La otra mano del profeta sostenía el cetro de oro con ojos de esmeralda...»

El anillo mágico de Salomón y el sello grabado en él constituyen el tema principal de muchos cuentos. Salvan indistintamente a mercaderes y a jóvenes príncipes de las situaciones más desastrosas. Gracias a ellos, las madres no mueren de hambre y los amantes se encuentran, los desheredados suben al trono, los idiotas se vuelven geniales y los perseguidos por las fuerzas más espantosas, las de los magos, se ven súbitamente liberados.

¿Cuál es el secreto de este anillo?

¿Es pura imaginación o testimonio de un saber misterioso, actualmente perdido?

No puede triunfar de la muerte, que sigue sometida a la sola voluntad de Alá, pero tiene todos los poderes, puesto que permite a su propietario dominar el espacio y el tiempo.

Si hubiese existido alguna vez, este anillo sería el más grande «descubrimiento» realizado por el hombre. Gracias a él, se puede caminar lo bastante de prisa para encontrarse prácticamente en dos lugares a la vez, se puede construir una ciudad en una noche y se puede hacer surgir un ejército de un pañuelo. El que lo posee tiene poderes más amplios que «Supermán» el cual, en definitiva, tiene que apañarse como puede, y únicamente puede rectifi-



Esta miniatura india ilustra «Los Cuentos del Loro», una de las joyas literarias orientales en las que se inspiraron los narradores de «Las Mil y Una Noches». (Foto Tweedy. Cl. Ed. R. Laffont)



La gente se ha preguntado, durante siglos, dónde se encontraba la cueva de Alí-Babá. Esta foto nos muestra su entrada en la anfractuosidad de la roca que vemos sobre la vertical que parte del cordero blanco, debajo de las murallas de la ciudadela de Tuchpa. (Foto M. Levassort)



Junto a las aguas muertas del lago de Van, en Turquía, se eleva la ciudadela de Tuchpa donde se encuentra la cueva de Alí-Babá. (Foto M. Levassort)

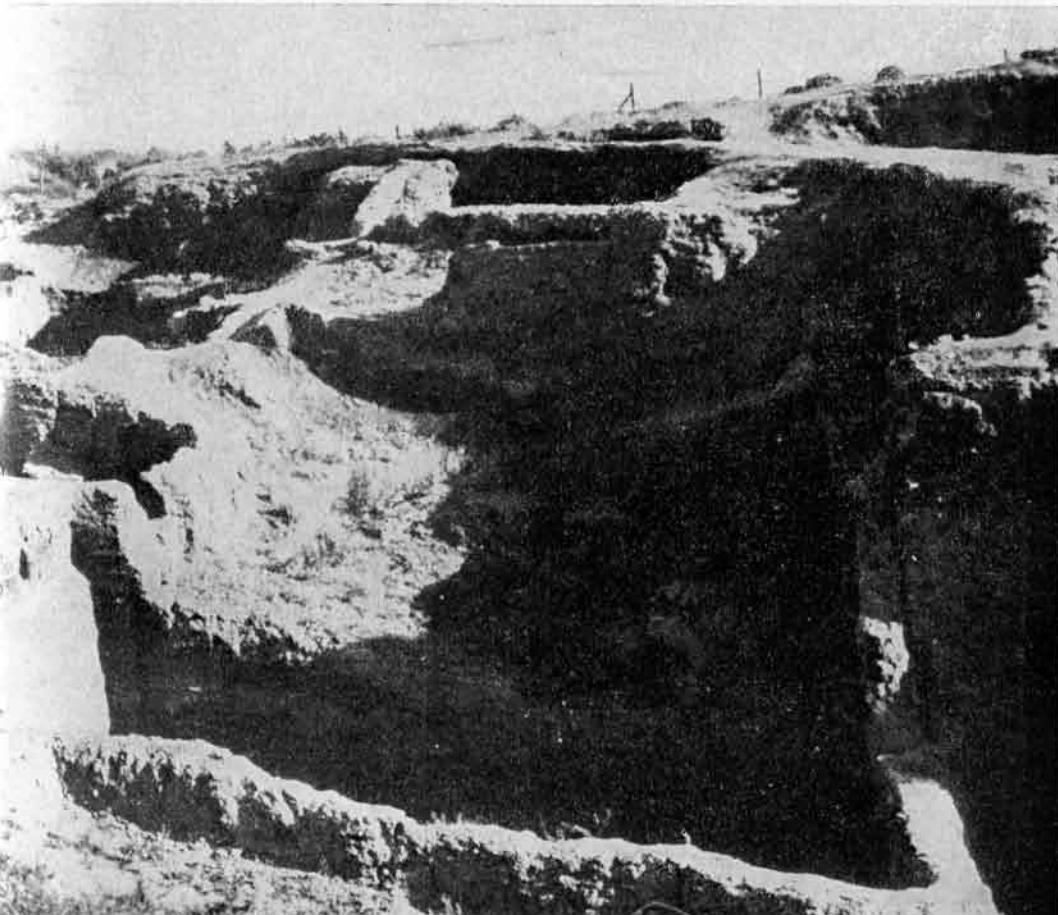
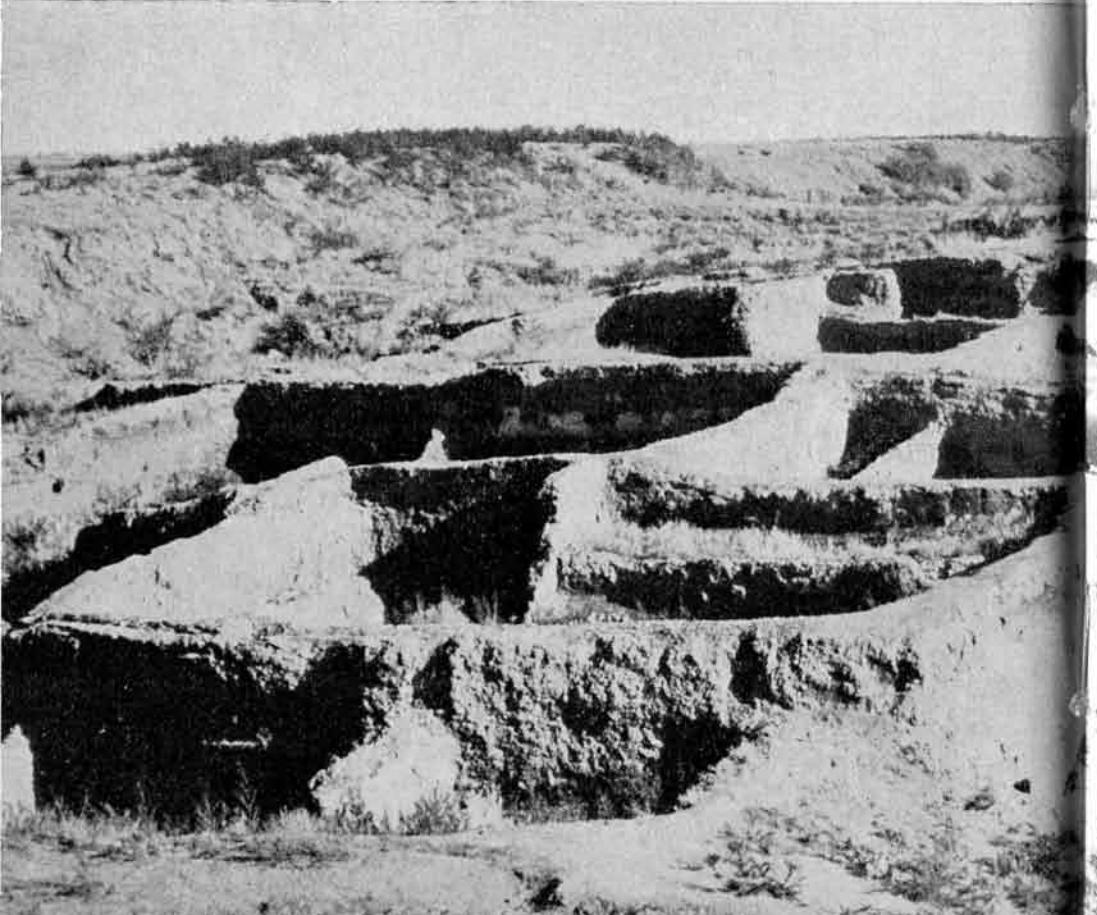
Un djinn. Marioneta del «Karagöz», teatro de sombras turco que todavía actúa en los arrabales de Estambul. (Col. Casa de Turquía. París)



Djinns. Los árabes los representan a menudo con cabezas de animales, con cuernos y, sobre todo, con unos colmillos espantosos. (Foto B. N. París)

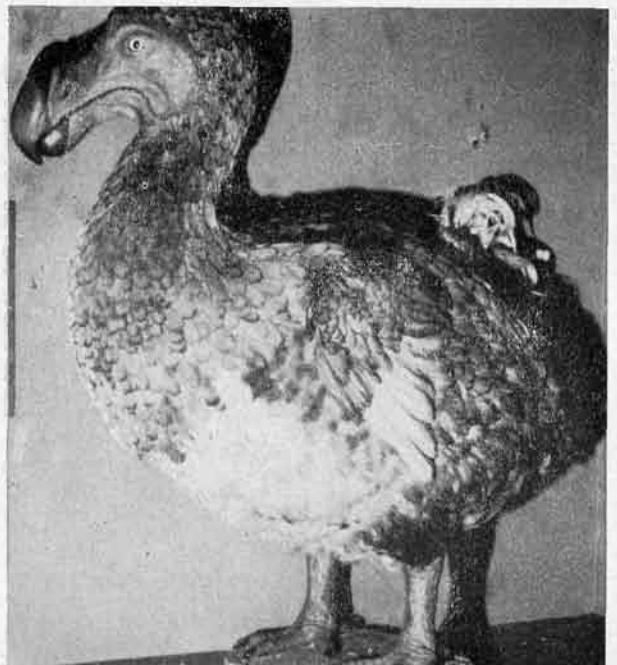


Abajo, las ruinas de Satal Höyük, en Turquía, que datan del 6500 antes de J. C., o sea, de 3.500 años antes del comienzo de la Historia. Aquí vemos que los hombres prehistóricos no vivían únicamente en cuevas, sino también en verdaderas ciudades. Los habitantes de Satal Höyük influyeron también en «Las Mil y Una Noches». (Foto M. Levassort)





La más bella representación que se conoce del «Simurgh», el homólogo persa del ave Rocho de Simbad. (Colec. Chester Beatty Library)



El «dodo» de la isla Mauricio. Esta ave tan extraña desapareció hace aproximadamente un par de siglos. Los compiladores de Marco Polo la identifican con el Rocho. (Foto Sundance-Jacana)



El «Garuda», «vehículo» de Vishnú. Uno de los dioses supremos del panteón indio viaja sobre este ser híbrido, intermedio entre el hombre y el ave. El «Garuda» es el verdadero modelo del Rocho. (Foto B. N. Paris)



Un «násico», extraño mono que vive principalmente en Borneo. ¿Es el «Viejo del Mar» del que nos habla Simbad? (Archivos de la Ed. Hachette)

car, pero no decidir.

Por esto muchos héroes de *Las mil y una noches* van en su busca. Todos los magos —y algunos príncipes— sólo piensan en este anillo.

«El que desee convertirse en señor y soberano de los hombres, de los genios, de las aves y de los animales, sólo tiene que encontrar el anillo que el profeta Solimán lleva en el dedo, en la isla de los Siete Mares, donde está su sepultura. Es el mismo anillo mágico que Adán, padre de los hombres, llevaba en el dedo en el paraíso, antes de su caída, y que le fue quitado por el ángel Gobrail, que más tarde lo regaló al sabio Solimán», se lee en *La historia de Yamlika*.

En definitiva, estamos muy bien informados sobre este anillo del que poseemos varias descripciones y sobre la piedra del cual está grabado el Grandísimo Nombre, la fórmula universal de la que Einstein y Von Braun no han encontrado más que caricaturas. Pero antes de exponer lo que sabemos sobre esta fórmula, describamos a su propietario.

2. UNO DE LOS 700.000 PROFETAS...

Según Scherezade, se llama Solimán ben Daud, que quiere decir Salomón hijo de David.

Los musulmanes consideran el judaísmo y el cristianismo como religiones que sólo decayeron con la aparición del Islam, por lo que no hay ningún santo cristiano antiguo o judío al que no veneren. En la época en que se escribieron *Las mil y una noches*, esta veneración se había extendido extraordinariamente. En todo el Oriente, se encontraban mashads (museos) en los que se guarda-

ban reliquias islámicas o preislámicas (1).

«Entonces —escribe Alí Mazaheri en su notable *Vida cotidiana de los musulmanes en la Edad Media*— los santos budistas, los personajes del culto de Mitra, del zoroastrismo, del sacerdocio, del judaísmo, del cristianismo e incluso del maniqueísmo entraron poco a poco en el Islam con nombres sirios, hebreos o griegos. Y fue un verdadero abuso. Por ejemplo, varias ciudades se disputaban el honor de poseer la verdadera tumba de "Nuestro Padre Adán", de "Nuestro Padre Abraham", etc. En casi todas las grandes ciudades se podía visitar la tumba de Noé y comprar un pedazo del arca...»

En todas las ciudades situadas en la ruta de La Meca, los mashads atraían a los peregrinos. Mashads y peregrinos eran los elementos de un comercio importante, como lo son en nuestros días el sol y los turistas.

En los alrededores de Medina, los peregrinos corrían a ver la casa de Noé y el lugar donde fue construida el arca. Había allí tantos visitantes como en la mezquita-tumba de Mahoma.

Las reliquias del arca ostentaban el «récord» de entradas. Podían verse varias tablas de ella clavadas con clavos de plata en los muros del templo de la Kaaba, en La Meca. En Mosul, los peregrinos-turistas corrían a la mezquita de San Jorge, dios lobo de los antiguos partos, y a la de Jonás, dios pez de los asirios. Esta última abarcaba todo un barrio sagrado y se elevaba dentro de los muros de Nínive.

En Damasco, donde se encontraba la cabeza de san Juan Bautista, había más reliquias que en cualquier otra parte. Siete mil profetas —setecientos mil, decían los exagerados agentes de publicidad— estaban enterrados allí.

El más venerado de todos estos profetas se hallaba en Jerusalén. Los peregrinos iban a esta ciudad, en principio, para visitar la mezquita de la Roca, la roca desde la que voló Abraham, y la mezquita del Pesebre donde se hallaba la presunta cuna de Jesucristo, pero el fantasma más atractivo que se cernía sobre la ciudad era el de Salomón.

Se atribuía al poseedor del Anillo la construcción de todos los

(1) Contrariamente a la costumbre cristiana, estas reliquias no eran nunca huesos.

monumentos de Jerusalén. No sólo el famoso Muro, sino también las dos mezquitas ya citadas... que fueron construidas por los califas omeyas.

¡Inmenso prestigio el del Gran Rey! Un prestigio tal, que a veces por razones de economía o de seguridad, los peregrinos cambiaban su peregrinación a La Meca por un viaje a Jerusalén. ¿Acaso la piedra negra de la Kaaba y la roca de Abraham no eran betilos? ¿Acaso la fuente de Selván, Siloé, próxima a la ciudad, no se comunicaba por vía subterránea con la fuente de Zenzem, la fuente sagrada de La Meca, surgida mágicamente del suelo para refrescar a Ismael?

Pero, sobre todo, ¿no era posible que, yendo a Jerusalén, se pudiese conseguir alguno de los poderes de Salomón, descubrir alguno de sus secretos?

La riqueza del Gran Rey y el poder de su Anillo hicieron sin duda soñar a más peregrinos que el sacrificio de Abraham.

Además, en el Corán se habla de Salomón más que en la Biblia. Cuando Mahoma lo escribió, la conjugación de los comentaristas judíos, árabes y cristianos le había preparado el terreno. Desde el Mediterráneo hasta el mar de Omán y el golfo Pérsico habían popularizado la formidable leyenda.

3. LA BIBLIA DICE...

El Libro Segundo de Samuel y el Libro Primero de los Reyes son las fuentes más antiguas que tenemos de la historia de Salomón.

Salomón, según el Libro Segundo de Samuel, era hijo del rey David y de Betsabé.

David vio a Betsabé en el baño, la deseó, la poseyó, hizo matar a su marido y después se casó con ella. Yahvé le hizo saber que estaba enojado por su proceder e hizo que muriese el niño nacido de su primer coito.

Para justificarse un poco ante Yahvé, David nombró sucesor suyo al segundo hijo que tuvo con Betsabé, Salomón. Así demostraba que su comportamiento con la joven era algo más que un simple arrebato de los sentidos.

El *Libro Primero de los Reyes* no pretende que la moral de Salomón fuese mayor que la de su padre. Su primera acción, una vez ascendido al trono, fue hacer matar a todos los que podían molestarle, a su medio hermano Adonías, al sumo sacerdote Abiatar, al general en jefe Joab. Después, para aliarse con el faraón de Egipto, se casó con la hija de éste. Por último, se humilló ante Yahvé.

—Soy muy joven y no sé obrar como jefe —le dijo durante un sueño—. ¡Dame un corazón prudente!

Este acto de humildad fue del agrado de Yahvé. Para recompensarle por haberle pedido discernimiento y no riquezas o la cabeza de sus enemigos, cosas que, como hemos visto, se había procurado ya el astuto Salomón, le ofreció:

—Te daré un corazón prudente e inteligente, como nadie lo ha tenido antes que tú ni lo tendrá después, y una gloria mayor que la de cualquiera de los reyes.

Hasta aquí, la imagen de Salomón corresponde perfectamente a la que podían forjarse del Rey de Reyes los árabes de la Edad Media para los cuales el derramamiento de sangre —un asesinato y tres ejecuciones capitales— puede ir del brazo con el ejercicio de un gobierno prudente y simbolizar la realeza. En cuanto al episodio del baño de su madre, Betsabé, pone en escena una situación que tuvo un éxito inmenso en todas las leyendas orientales desde las épocas más remotas.

La mujer sorprendida en el baño, Betsabé por David, Rada por Krishna, Chirín por Cosroes, Zobeida por Harún al-Rashid es un tema que se repite tantas veces que nos hace presumir un mito arquetípico bajo sus aspectos históricos. Tema real como ninguno, lejos de minimizar el valor de la madre de Salomón, la enaltece.

Pero sigamos con los *Libros de los Reyes y de las Crónicas*:

Salomón, «reconocido por Yahvé», se hace digno de su fama de sabio con un célebre juicio. A fin de descubrir cuál es la verdadera madre de un niño, finge que va a partirlo en dos mitades.

También se hace acreedor a su fama de constructor haciendo edificar el famoso Templo de Jerusalén, todo de cedro del Líbano, bronce y oro. La minuciosa descripción de este templo ocupa, en la Biblia, tantas páginas como todo el resto de la vida de Salomón. Es una descripción ditirámica. Comparado con los grandiosos edificios de Egipto y de Caldea, se trataba de un templo pequeño para un pueblo pequeño. Se necesitaron siete años y millares de hombres para construirlo y, sin embargo, no era más que una especie de estuche. (Veinte codos de anchura, treinta de altura y sesenta de longitud!) Y no llegamos a hacernos una clara idea del «mar de bronce» que rodeaba el tabernáculo. Parece que se trataba de un altar de holocaustos, rodeado por diez pilas de menor tamaño, donde se lavaban los pedazos de las víctimas, los calderos, los cuchillos, las paletas y todos los utensilios empleados para los sacrificios sangrientos.

También es merecida su fama de comerciante. Sus naves van a buscar oro al misterioso país de Ofir (¿la India, o simplemente unas factorías africanas?), y la Reina de Saba va a llevarle aromas y plantearle adivinanzas que él resuelve sin la menor dificultad. La Biblia no nos dice cuáles son. Es muy escueta en lo tocante a las minas de oro y a esa reina que tanto ha hecho trabajar las imaginaciones, pues lo refiere todo en unas pocas líneas. Afortunadamente, las tradiciones judías y árabes se extenderán prolíferamente sobre este tema.

Merece su reputación de gran príncipe. Para alimentar a su Corte y a su ejército se necesitan cada día «30 kor (388 litros) de harina fina y 60 de harina con salvado, 10 bueyes cebados, 20 bueyes de los pastizales y 100 corderos, aparte de gamos, ciervos, búfalos y aves de corral bien cebadas».

Merece, en fin, su fama de apasionado. Tuvo setecientas esposas de rango principesco y trescientas concubinas.

¿Bastan estos detalles para demostrar que Yahvé dio a Salomón «una prudencia y una inteligencia sumamente grandes y un corazón tan vasto como las arenas de la orilla del mar»? Evidentemente, no. «La sabiduría de Salomón —dice también la Biblia— fue más grande que la sabiduría de todos los hijos de Oriente y que toda la sabiduría de Egipto. Fue más sabio que cualquiera...» ¿Sabio? ¿Por qué? ¿Cómo?

Las anécdotas no concuerdan con los ditirambos de la Biblia. Entonces, ¿qué sobrentiende la Biblia? ¿Cuál es esta «sabiduría»?

La cosa es evidente. Quien tiene la sabiduría tiene el poder. Por consiguiente, nada se opone a que la «sabiduría» de que habla la Biblia fuese la que estaba concentrada en el maravilloso Anillo de que hablan *Las mil y una noches*. Pero la Biblia no habla de este anillo.

En cambio, subraya dos veces los poderes sobrenaturales de Salomón.

En el curiosísimo pasaje de la construcción del Templo, Salomón resuelve mágicamente el famoso problema de los «ruidos», ante el cual se muestran impotentes los alcaldes de Nueva York y de París:

*La maravilla de las maravillas
en la realización del trabajo de los obreros
fue que nunca,
en las obras del interior del Templo,
ni en los alrededores de éste,
se oyó el menor ruido de albañiles,
de forja o de construcción,
de martillo, de yunque, o de instrumentos
de hacha, de sierra o de transporte.*

*Y todo sucedía en el Templo a su debido tiempo,
y se terminaba y disponía a ocupar el lugar correspondiente a su
rango (1).*

Pero dos versículos de la Biblia parecen referirse al poder de Salomón tal como lo entendían el Corán y los hadits. El primero dice:

«Pronunció tres mil sentencias y sus cánticos fueron en número de mil cinco.»

Desgraciadamente, estas obras han desaparecido. Las que le fueron atribuidas durante largo tiempo, *El cantar de los cantares*, los *Proverbios*, el *Eclesiastés* y la *Sabiduría* corresponden a épocas diferentes. Igual que la de David, su obra poética se perdió casi enteramente. Pero los árabes, para quienes el don poético era un poder capital, lo saben sin duda mejor que nosotros.

El segundo versículo dice:

«Habló de las plantas, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que crece sobre los muros. Habló también de los cuadrúpedos, de los reptiles y de los peces.» (1)

Estas frases aparentemente anodinas son en realidad muy importantes.

Los árabes comprendieron que la palabra hablar, del final del segundo versículo, no quiere decir simplemente conversar.

Tenían conciencia de ciertas relaciones entre el verbo y el poder. Estaban persuadidos de esta verdad: quien sabe hablar de sabe hablar a, y quien sabe hablar a alguien o a algo se convierte en su dueño.

Según ellos, la Biblia declara expresamente que Salomón conocía todos los arcanos del poder y de la palabra. ¡Enorme poder! Nosotros no lo hemos sentido nunca tanto como hoy cuando la semiología y la semántica se sobreponen fácilmente a la filosofía.

(1) Segundo la traducción de Mardrus.

4. EL MAESTRO DE LAS PALABRAS

Salomón sabe hablar a las plantas y a los animales.

Para los árabes esto era importantísimo, pues, según ellos, cada árbol y cada animal tenía su djinn. Por consiguiente, interpretaron el versículo de la Biblia en estos términos: «Salomón era el señor de los djinns.»

Esto equivale a decir que era capaz de movilizar sesenta millones de ellos, de añadirles todos los animales del universo y de lanzar este ejército a combatir contra el rey del mar cuyos genios se habían negado a obedecerle, no había más que un paso. Por lo demás, esta guerra no fue excesivamente cruel. En vez de asarlos con napalm, se introdujo a todos los genios malos en jarras de cobre, que fueron arrojadas al fondo de un mar no contaminado.

Los árabes fueron también muy sensibles al hecho de que Salomón comprendiese el lenguaje de los pájaros.

El símbolo del ave es capital para los beduinos. A veces, un águila sobrevuela el desierto. El beduino la contempla y envidia sus alas. Si las aves descarriadas hubiesen abundado más encima del desierto amarillo o gris, tal vez los beduinos no habrían tenido necesidad de inventar los djinns...

Ellos atribuyeron al ser alado un valor inmenso. Si inventaron los djinns es solamente porque no podían hacerse amigos de aquel ser tan raro y que simbolizaba la huida y no la amistad.

Sin embargo, siempre se sintieron fascinados por sus alas o por su sombra. Algunas tribus identificaron el ave con Dios. Otras hicieron de ella el símbolo o el vehículo de Dios (véase el capítulo sobre el Rocho en *Simbad el Marino*). El propio Mahoma

comprendió que se trataba de un símbolo importante. Mucho antes que él, los cristianos habían simbolizado el Espíritu Santo con una paloma.

«En el cuello de cada hombre he atado su pájaro», dice Mahoma en el Corán, en su sura tal vez más genial,

En *Las mil y una noches*, Alá es con frecuencia evocado a través de sus «lugartenientes», a los cuales ha confiado «la guarda de las aves». Acabamos de ver la importancia de este cargo aparentemente curioso.

Según el tono de los cuentos, estos lugartenientes son «una jovencita obra maestra de los corazones», un viejo jeque de barba blanca y puntiaguda y un efrit benemérito. Siempre han sido elegidos por su bondad o por su talento.

Aprendieron de Salomón el lenguaje de los pájaros. Un saber delicioso. Reciben a la gente alada a fecha fija en los grandes palacios vacíos donde el viento de su batir de alas hace volar el polvo. La aconsejan, la dirigen.

¡Buenos intermediarios estos lugartenientes! Nos recuerdan que antaño existieron lazos profundos entre el hombre y el pájaro, en el momento en que los desiertos irradiaban aún una infinidad de posibilidades y en que la mente humana balbucía buscando lentamente el florecimiento de su genio.

Los cuentos más recientes de *Las mil y una noches* nos presentarán de un modo realista a los «lugartenientes de los pájaros». Así, Dalila la Taimada es promovida a este cargo por Harún al-Rashid.

Cierto que entonces los califas pensaban con razón que una parte de su poder dependía de la rapidez con que recibían las noticias.

Y Dalila, sacerdotisa sagrada, no era, en realidad, más que la presidenta de un importante negocio de palomas mensajeras al servicio del Estado a cuyas alas sujetaban silbatos... para que asustaran a las águilas. La referencia a Salomón es sólo cuestión de pura fórmula.

5. ANÉCDOTAS SOBRE EL DERECHO Y EL REVÉS

La tradición rabínica ha dado un aspecto fantástico a Salomón. Transforma los pocos versículos de la Biblia que le conciernen en un verdadero cuento de hadas. Nuestro héroe ya no es un caudillo de pueblos, sino un niño grande y mimado que vive en un universo lleno de cosas sobrenaturales y de sensualidad.

El Corán y la tradición árabe aceptaron la casi totalidad de las anécdotas rabínicas e inventaron algunas más. En las que vamos a citar, resulta a menudo difícil dar al César lo que es del César.

Según los árabes, Salomón fue discípulo de Mambrés, un teurgo egipcio. Fue uno de los cuatro grandes caudillos de la Historia. Hubo dos fieles, Alejandro Magno y él, y dos infieles, Nemrod y Nabucodonosor.

Poseía mil casas de cristal, una para cada una de sus mujeres. (El cristal es un elemento mágico, un símbolo un poco confuso. Su transparencia, entre otras cosas, puede significar un medio de conocimiento.)

Sus mujeres, de todos los países, estaban todas muy enamoradas de él. Diariamente, cada una de ellas procuraba prepararle espléndidas comidas, con la esperanza de retenerlo a su lado. Los animales entraban por su propia voluntad en sus cocinas, disputándose el honor de ser servidos asados en la mesa del Rey.

Su primera esposa era hija del Faraón. Se cree que fue muy depravada y que le retuvo halagando sus sentidos. Mal conver-

tida, introdujo en el palacio mil instrumentos musicales, cada uno de los cuales era utilizado para la adoración de un ídolo. Pero trató, sobre todo, de impedir la inauguración del Templo. En la fecha fijada, colocó sobre la cama de él un gran dosel de seda negra, bordado con gemas que brillaban como estrellas. Gracias a esto pudo retener a Salomón durante cuatro horas después del amanecer. Cada vez que él se despertaba, se imaginaba que aún era de noche. Mientras tanto, los sacerdotes esperaban en la puerta del Templo sin poder celebrar el sacrificio de la mañana porque las llaves estaban ocultas debajo de la almohada de Salomón. Por fin, Betsabé tuvo valor para ir a despertar a su hijo...

Las piedras utilizadas para construir el Templo fueron talladas gracias a un gusano que cortaba las rocas, el Shamir, o Samur, que Sahkr, rey de los djinns, facilitó a Salomón cubriendo con una caja de cristal el nido del águila marina (o de la abubilla de montaña, según otra versión). El ave, para cortar aquel cristal, fue a buscar al gusano. Volvió llevándolo en el pico. Sahkr gritó. El gusano cayó. Sahkr se apoderó de él.

Su trono, todo de oro y piedras preciosas, era perfecto, y el trono-reloj de Cosroes debió inspirarse en él. Estaba compuesto de leones en su parte inferior y de águilas en su parte superior. Cuando Salomón quería sentarse en él. Los leones se arrodillaban a fin de que no tuviese que encaramarse tanto, y las águilas le tomaban en sus alas para izarle sobre el sitial. Cuando el rey celebraba algún juicio y un testigo declaraba en falso, los leones gruñían y las águilas batían las alas.

En el Templo, había diez candeleros de oro. Salomón había empleado diez talentos de oro en cada uno de ellos. Los había metido mil veces en un horno hasta reducir su peso al de un solo talento. Aquí creemos ver una operación alquímica hecha al revés. El derecho y el revés, importante dualismo en la simbólica secreta de Salomón.

Todos los pájaros del mundo, o tal vez solamente uno de cada especie, protegían a Salomón de los ardores del sol. Formaban, encima de su trono, un baldaquín que daba sombra.

Un águila ejecutaba sus órdenes y a veces lo transportaba sobre su espalda, con el trono. De este modo le llevó a la Montaña Negra donde estaban encadenados los ángeles caídos Uzza y Azrael. El águila se posaba en las cadenas tensas como una golondrina en un hilo del telégrafo y Salomón interrogaba a los dos ángeles sobre los secretos de la Naturaleza. Gracias al poder del Anillo, los ángeles tenían que responder a sus preguntas.

También se informó pidiendo a un demonio que llevase a Hiram, rey de Tiro, a las siete regiones del Infierno y exigiendo después un informe detallado a Hiram.

Su humildad, lo mismo que su orgullo, es famosa. Empleó una parte de sus ratos de ocio en aprender cestería a fin de poder ganarse la vida en caso de necesidad. También se dice que antes de ser rey fue, como su padre, artesano confeccionista de cotas de malla. Trenzado o malla, la simbología es la misma: un punto al derecho y un punto al revés.

Dios le había dado una alfombra voladora, la primera alfombra voladora de la Historia.

Era de seda verde bordada de oro, cuadrada, y a veces tenía cien kilómetros de longitud, y a veces menos como, por ejemplo, cuando Salomón viajaba en ella con su Corte reducida a sus cuatro visires, Azaf ben Barakhya, visir de los hombres; Ramirat, visir de los djinns; un león, visir de los animales, y un águila, visir de las aves. Esta alfombra les permitía comer en Damasco y cenar en Persia o en Afganistán.

Salomón se mostró demasiado orgulloso de su alfombra. Para castigarle, Dios hizo que soprase un viento tempestuoso un día en que utilizaba la alfombra para el transporte de sus tropas. Y cayeron cuarenta mil hombres.

Viajando en su alfombra, Salomón pasó un día por encima del valle de las hormigas. Así nos lo dice la más célebre sura del Corán: «Las Hormigas.» Desde el cielo, Salomón oye que la hormiga dice a sus compañeras:

—Apresuraos a entrar en casa antes de que las legiones de Salomón vengan a destruirlas.

Salomón interpela a la hormiga:

—Quiero preguntarte una cosa.

—¡No está bien que el que pregunta esté más alto que el interrogado! —contesta la hormiga.

Salomón la hace subir a la alfombra.

—¡No está bien que el que pregunta esté sentado en el trono y yo en el suelo!

Salomón la toma en su mano y formula al fin su pregunta:

—¿Sabes de alguien en el mundo que sea más grande que yo?

—Yo —dice la hormiga—. Yo soy más grande. Si no, Dios no te habría enviado para que me tomaras en tu mano.

Pero aún no se considerará en paz con Salomón.

—Tú naciste —le dirá— de una gota de esperma podrida. En otro caso, no serías tan orgulloso.

Salomón cae de su alfombra de brúces en el suelo...

Sin duda recordando a esta hormiga hará más tarde que sus ejércitos tuerzan su camino para no aplastar los huevos de un pájaro. Este tema del respeto a la vida de los animales se repite muchas veces en *Las mil y una noches*.

Otro ejemplo de vanidad castigada. Salomón declaró un día que era capaz de conocer bíblicamente a cada una de sus mil mujeres en una sola noche y de tener mil hijos de ellas. (Algunos autores hablan sólo de cien mujeres, pero concretan que Salomón olvidó añadir: «Si Alá lo quiere.») Esta jactancia le costó tener un

soló hijo, que era, además, una visión de pesadilla. El infortunado sólo tenía una mano, un ojo, una oreja y un pie.

Una vez, le llevaron unos caballos magníficos (algunos dicen que eran caballos alados nacidos de las olas del mar) y se entre- tuvo tanto tiempo mirándolos que dejó pasar la hora de la oración. Al darse cuenta, él mismo cortó los corvejones de todos los caballos.

Su poder se extendía también sobre las nubes. Habiéndose enterado un día de que los demonios habían resuelto matar a uno de sus hijos, ordenó a una nube que se llevase al niño... Fue en vano, porque Dios, como castigo, hizo que muriese el pequeño y que su cadáver fuese arrojado sobre el famoso trono.

Además de la célebre anécdota del juicio de las dos madres, una extraña historia nos muestra su carácter justiciero.

Los ángeles rebeldes tenían la costumbre de anotar en unos cuadernos las conversaciones que sostenían los otros ángeles en los confines del cielo. Lo hacían con la esperanza de descubrir secretos que les permitiesen entrar otra vez en el paraíso y pensaban dar cuenta de ello a su jefe. Pero eran muy malos alumnos y lo anotaban todo al revés. Salomón se enteró y confiscó los cuadernos. Los encerró en un cofre y colocó éste debajo de su trono. A su muerte, Satán se apresuró a indicar a los israelitas el lugar donde se hallaban... «Y así surgieron —dice el comentario— las falsas leyendas...»

Su muerte fue tan extraordinaria como su vida. Los djinns, que bajo su dirección construían el palacio de la Reina de Saba, no se dieron cuenta de nada. El rey seguía de pie observando su trabajo. Los djinns se afanaban como hormigas, deseosos de quedar bien, realizando en un día el trabajo de diez... Hasta el momento en que el rey cayó, de bruscas, en el suelo. Entonces com-

prendieron que el Rey los había engañado. Estaba muerto desde hacía mucho tiempo, y sólo gracias a su bastón se mantenía de pie. El bastón, roído por las termitas, acababa de romperse...

Se han citado numerosos lugares como emplazamiento de su tumba. *Las maravillas de la India* la sitúan en las islas de Andamán, en pleno océano Índico, y sin duda por esto tiene Salomón un papel muy importante en el folklore malayo.

Además de su anillo, Salomón poseía otras varias maravillas de las que tratan sobre todo las leyendas islamohispánicas. Estas maravillas habían sido transportadas a Toledo donde Tariq las descubrió al conquistar la ciudad. Se trataba de una mesa de berilo verde con incrustaciones de perlas y rubíes y de trescientos sesenta pies de diámetro. Pudo ser modelo de la «Tabla Redonda» del rey Arturo. Colocado sobre ella, un espejo mágico reflejaba el mundo entero.

Podríamos continuar así mucho tiempo... Pero sólo pretendíamos presentar al personaje Salomón. Veamos ahora su más célebre aventura.

6. MARIB, CAPITAL DE SABA

Los amores de Balkis, reina de Saba, y Salomón merecen capítulo aparte. Se podría escribir todo un libro sobre Balkis. Parece que Gérard de Nerval lo intentó y reunió una documentación prodigiosa.

Balkis reinaba en el país de los sabeos, antes himiaritas. (Hamurabi, el legislador de Babilonia, era un conquistador de raza himiarita. Se supone que vivió diez o doce siglos antes que su

fastuosa descendiente, la Reina de Saba.) Los sabeos moraban en el sur de la península arábiga, en los alrededores del Yemen actual. Es probable que el poder de la Reina se extendiese al otro lado del golfo, hasta África: algunos autores han pretendido incluso que su capital se encontraba en este continente. Pero la opinión más corriente identifica esta capital con las ruinas de Marib, cerca de Sana, en el Yemen.

André Malraux explica en sus *Antimemorias* la loca calaverada que emprendió en 1934 para sobrevolar aquellas ruinas en un avión de turismo que le había prestado Paul-Louis Weiler y que fue pilotado por Corniglion-Molinier. Nos habla de Balkis:

«Pocas mujeres han entrado en la Biblia. Ella lo hizo viniendo de lo desconocido, con su elefante coronado de plumas de avestruz, sus caballeros verdes sobre caballos píos, su guardia de enanos, sus flotas de madera azul, sus cofres cubiertos de piel de dragón, sus brazaletes de ébano (pero de sus joyas de oro como si nada), sus enigmas, su ligera claudicación y su sueño que perduró a través de los siglos. Y su reino pertenece a las civilizaciones perdidas. Las ruinas de Marib, la antigua Saba, se encuentran en Hamadraut, al sur del desierto, al este de Adén. Ningún europeo había podido penetrar allí desde principios del siglo pasado y ningún arqueólogo había podido estudiarlas. Sólo se conocía su emplazamiento por algunos relatos. Pero esto bastaba para localizarlas desde un avión si la expedición se preparaba con cuidado y también para fotografiarlas, aunque el aparato no pudiese aterrizar.»

Los relatos a los que se refiere Malraux valen la pena de que nos detengamos un poco en ellos. Se trata, sobre todo, del de un tal Arnaud, ex farmacéutico de un regimiento egipcio enviado a Djeddah, el actual aeropuerto de La Meca y que se había establecido allí como droguero en 1841. Un asombroso personaje que realizó, él solo, una expedición a Marib. Allí encontró, según Malraux, «un asno hermafrodita y cincuenta y seis inscripciones de las que sacó una copia con un cepillo de calzado». Habiéndose quedado ciego al volver a Djeddah, informó a Fresnel, que era cónsul de Francia en esta ciudad. Como no sabía dibujar, hizo una

maqueta de la ciudad misteriosa por medio de castillos de arena construidos en la playa... Más tarde se curó y volvió a Francia, pero el Estado era demasiado pobre para comprarle su colección de objetos sabeos que desapareció en las cajas de los libreros de lance y anticuarios de los muelles.

Partiendo de Yibuti, Malraux y Corniglion-Molinier sobrevolaron efectivamente la antigua Marib, situada antaño cerca de un mar interior y de un dique cuya destrucción haría que la riqueza y la vida del reino de Saba quedasen sumergidos en la arena. Apenas vieron algo más que unas murallas sin forma desde las cuales les hicieron varios disparos de fusil. Parece que les gustó más el vuelo sobre un valle lleno de tumbas de pizarra situado entre Sana y Marib: el fabuloso valle de las tumbas sabeas, equivalente septentrional del valle de las tumbas nabateas de Mad'in Salih, del que hablaremos en el capítulo dedicado a Iram de las Columnas.

Marib es actualmente más accesible. En una serie de reportajes publicados en 1971, Romain Gary nos cuenta que fue allí en motocicleta, por cuenta de *France-Soir*:

«Anduve —nos dice— por las ruinas de Marib, bajo un viento de arena que borraba con sus torbellinos amarillos los contornos del templo de la Luna donde habían orado los fundadores del Yemen, bisnietos de Noé. Vi las cabezas de alabastro de los ídolos rotos y caminé sobre los restos hechos añicos de las lozas de bronce donde jugaba hace treinta siglos el hijo de la reina de Saba y del rey Salomón.

»Vagué largo rato alrededor de las torres tres veces milenarias y me guardé muy bien de preguntar qué eran para no quitarles su aire de misterio y de oscura majestad. Dormí en casas construidas con las piedras de los lugares sagrados donde los primeros reyes del mundo habían adorado a sus dioses cuyos nombres se han perdido.»

Marib constituye aún un viaje (¿o una excursión? Romain Gary nos dice que existe un proyecto de implantación del «Club Medi-

terráneo» en el Yemen) más apasionante que se pueda soñar. Aunque Balkis no residiese nunca allí.

Porque se han encontrado numerosas inscripciones en sábeo. Muchas de ellas están en el museo de Adén («el museo tradicional de las colonias inglesas —dice André Malraux—, el limpísimo almodrote donde unos pájaros disecados contemplan con sus redondos ojos una colección de cristales, varios trajes, semillas y restos arqueológicos (...) antes que Constantinopla, antes que Filadelfia, la colección más importante de esculturas de Saba»). Pero ninguna de estas inscripciones habla de Balkis ni de su viaje al país del rey Salomón.

En cambio, nos recuerdan irresistiblemente el extraño principio de inversión que hemos advertido en numerosas anécdotas relativas a Salomón (los cristales y los espejos, una malla al derecho, otra al revés, los mil talentos de oro reducidos a uno solo, la noche que continúa cuatro horas después de la aurora, etc.).

Malraux comenta este principio:

«Me gustan —dice— (las inscripciones) que se refieren a los extraños dioses: Sin, el dios-luna, masculino —en las otras mitologías es femenino—; Dat-Batán, la diosa-sol y Uzza, el dios Venus masculino citado en muchas inscripciones, pero aún desconocido. En este pobre museo, donde lindas florecitas son regadas por el agua de cisternas ciclópeas atribuidas a la reina Balkis y engastadas por las gargantas infernales, uno sueña en la sexualidad de un pueblo que concibió a Venus como un hombre que vio en el sol el signo femenino de la fecundidad y en la luna, un Padre clemente y pacificador. ¿Nació del desierto esta bendición de la noche? Pero los otros pueblos del desierto, en las mismas épocas, hacían de la luna un dios cruel. ¿Qué sexualidad, turbia o pura, hizo pensar al revés de las otras a esta raza desaparecida que, según la leyenda no confirmada por ningún hecho histórico, fue siempre gobernada por reinas?»

Al revés. Fijémonos bien en esta palabra. Aun teniendo en cuenta que los comentarios de Malraux son sospechosos y parecen estar muy lejos de la realidad histórica, por ejemplo, la luna hombre no es en modo alguno un caso aislado y el dios Venus no es tan desconocido como él dice. (Véanse más adelante nuestros comentarios sobre las Gennias-Palomas y sobre las Sirenas.)

La historia de Salomón y de Balkis va también al revés, lo mismo que aquellas inscripciones que nunca hablan de ella, y puesto que las piedras de Saba permanecen mudas, contentémonos con buscarla en las tradiciones judías, islámicas y etíopicas.

7. EL SISTEMA PILOSO DE BALKIS.

Según la tradición judía, Salomón envía una abubilla (1) a la reina de Saba. Ha metido una carta debajo del ala del pájaro y éste vuela a un país donde el polvo es más precioso que el oro, la plata parece ensuciar las calles, los árboles datan de la creación y las aguas vienen del paraíso lo mismo que las guirnaldas que llevan los indígenas colgadas del cuello a la manera de los tahitianos. Este país se llama Kitor.

La carta es muy poco amable. En ella se invita a la reina de Kitor a acudir urgentemente a Jerusalén. En otro caso, será Salomón quien vaya a Kitor, pero con un ejército de diablos, animales y espíritus...

Muy asustada, la reina —los judíos la llaman Sheba— contesta a Salomón enviándole barcos cargados de maderas preciosas, de perlas y de seis mil muchachos y muchachas, nacidos todos a la misma hora, de la misma estatura y del mismo aspecto, y todos vestidos de púrpura. Y también le envía una carta.

La carta dice, misteriosamente: «Aunque el viaje de Kitor a Jerusalén requiere generalmente siete años, iré, pero sólo tardaré tres años.» Más que una idea de velocidad, la hazaña de Sheba implica una especie de marcha atrás en el tiempo.

(1) En memoria de esta abubilla, los magos europeos de la Edad Media empleaban con frecuencia en sus operaciones mágicas huesos de avefría moñuda.

La abubilla lleva esta carta a Salomón, el cual (nuevo fenómeno «de marcha atrás») se siente «joven como la aurora» al anuncio de la venida de Sheba.

Tres años pasan de prisa. Llega Sheba. Salomón la recibe en una casa de cristal. Incluso el suelo es un espejo.

Las tradiciones presentan esta particularidad arquitectónica como una trampa puesta a Sheba, que, según las malas lenguas, pertenecía a una raza infernal. Por consiguiente, tendría los pies de cabra o de pato, y claudicaría.

Sheba cae en la trampa. Toma el espejo por agua. Se levanta la falda para pisarlo, mostrando así su pie y su pierna.

El pie no es palmeado. Incluso podemos imaginar que es encantador. Pero la pierna es velluda, y Salomón exclama:

— ¡Oh, Sheba, tu belleza es de mujer, pero tienes el vello de un hombre! El vello es ornato del hombre, pero afea a la mujer...

Esta extraña historia coincide con la repulsión de los árabes por el vello femenino. Un hadit explicará que Salomón, a pesar de su deseo de unirse a Balkis, se cargó de paciencia y esperó que los djinns hubiesen confeccionado un poderoso depilatorio con el que la reina, de buen grado, se untó las piernas.

Encontramos, en *Las mil y una noches*, otros varios cuentos sobre depilatorios. Entre otros, el de «Abu-Kir y Abu-Sir». Abu-Sir llega a un país donde no hay hammam y se hace rico inaugurando uno y enseñando a sus clientes el empleo de las pastas depilatorias. Este misterioso país se encuentra precisamente en alguna parte de la costa del golfo Pérsico. Es, indudablemente, el de la reina de Saba. Pues en este país, donde la gente no se afeita, tampoco hay tintorerías, lo cual es lo mismo que decir que no se conoce en él la tradición alquímica; en efecto, hay un solo símbolo para la alquimia y la tintura. Este país, como el de Kitor, parece, pues, hecho para servir de contrapeso al de Salomón, alquimista acreditado.

Ciertamente, hay algo extrañamente serio en esta historia de las velludas piernas de la reina. La propia naturaleza del depilatorio así lo indica. Fabricado por los djinns. Fabricado por Abu-Sir, nos

dicen *Las mil y una noches*, con arsénico, y por lo tanto peligroso y relacionado con los valores vitales. El vello, o su ausencia, representa un papel muy importante en las relaciones de Salomón, el alquimista, con Balkis.

Ahora bien, sabemos que el pelo puede servir de punto de partida para un estudio de antropología social. Lévi-Strauss nos dice, en efecto, que representa un gran papel en los mitos de las sociedades primitivas. Está cargado de tanto poder como en *Las mil y una noches*, donde, aunque los héroes se afeitan, es considerado como concentración de vida y receptáculo de misterios y donde los djinns y los animales mágicos los reparten a modo de talismanes...

Lévi-Strauss nos refiere que, en un mito oglala dakota de América del Norte, un héroe resucita las víctimas de un ogro con fumigaciones producidas al quemar los pelos pubianos con que sus novias vírgenes habían adornado su casco y sus mocosines. En otros mitos, el héroe se sirve de un lazo confeccionado con pelos pubianos cogidos o robados a su hermana para capturar el sol. *De esta manera —da a entender Lévi-Strauss— utiliza lo más próximo para alcanzar lo más remoto.*

Es probable que Salomón actúe con un fin parecido. Si hace desaparecer el vello no es porque le repugne. La depilación de Balkis tiene el mismo carácter que las fumigaciones del mito oglala dakota: es propiciatorio.

Probablemente el sacrificio del sistema piloso en las sociedades primitivas fue perdiendo su sustancia con el paso de los años. Se conservó la costumbre y se olvidó el sentido. En determinada fase de la evolución social, se produjo una reacción violenta contra el pelo. Así ocurrió entre los griegos, los romanos y los árabes. Es evidente que la historia de Salomón y Balkis da también testimonio de una transición entre dos tipos de sociedad, aquél en que el pelo tiene derecho de ciudadanía y aquél en que, por una razón falsamente estética, pierde este derecho.

8. ENIGMAS.

Una vez depilada Sheba, Salomón resuelve fácilmente los enigmas que le plantea la reina, semejantes a los planteados por la Esfinge a Edipo. Según ciertos autores, Sheba no se trasladó a Jerusalén por orden de Salomón, sino atraída por la fama de su sabiduría, para hacerle preguntas cuyo número varía entre tres y mil. Es evidente que estas preguntas y sus respuestas tienen importancia capital. Pueden ser el receptáculo de secretos preciosos.

Pero lo que sabemos de estos enigmas nos parece, a primera vista, decepcionante. Bien es verdad que hubo que esperar mucho tiempo —Thomas de Quincey y después Lévi-Strauss— para comprender el sentido del enigma que la Esfinge formuló a Edipo.

Conocidas son la pregunta de la Esfinge: «¿Qué es lo que al principio tiene cuatro piernas, después dos y después tres?», y la respuesta de Edipo: «Es el hombre, porque primero anda a cuatro patas, después de pie sobre dos piernas y después con un bastón.» Según De Quincey, esta respuesta es más profunda de lo que parece, pues no se refiere al hombre en general, sino a Edipo en particular. Edipo, que, abandonado por sus padres, es clavado a un árbol por los tendones de Aquiles. Horadados los pies por sus padres, cojeará toda su vida. Interpretado de este modo, el enigma de la Esfinge pertenece al campo del psicoanálisis...

Los comentaristas rabínicos y árabes dieron también numerosas explicaciones a los enigmas de Balkis. Pero ninguna de ellas parece evidente.

He aquí, según el historiador árabe Thalabi, tres de las preguntas formuladas por Balkis, y sus respuestas:

«Un pozo de madera, un cubo de hierro que trae piedras y vierte agua. ¿Qué es?»

Respuesta: «Un tubo de cosmético.»

«Viene de la tierra como el polvo, se alimenta de polvo, es vertido como agua y sirve para la casa. ¿Qué es?»

«La nafta.»

«Siete huyen, nueve entran, dos escancian y uno bebe. ¿Qué es?»

«Los siete días de indisposición mensual de la mujer, los nueve meses del embarazo, los dos senos y el bebé.»

Parece que todos estos enigmas y sus respuestas no han encontrado aún su Thomas de Quincey. Es una lástima. Pero su prosaísmo, lejos de desvanecer el misterio de Balkis, no hace más que aumentarlo. No es posible que estos enigmas sean tan vulgares como parecen.

«Hay que ir a Abisinia para comprenderlos? El Negus se considera, en efecto, descendiente directo de Salomón y de Balkis-Sheba a quien los etíopes llaman Makeda. Se cree que ella, al regresar a Saba, tuvo un hijo, antepasado del Negus, Bainá Lekhem, «el Hijo del Sabio».

Cuando Bainá Lekhem tuvo veinte años se dirigió a Jerusalén, donde su padre le reconoció fácilmente por un anillo que llevaba y que él había dado a Makeda como prenda de su amor... Bainá Lekhem volvió a su país llevando consigo las Tablas de la Ley que se conservaban en el arca del templo (y que unos ángeles le aconsejaron que robara) y que ahora se supone que se encuentran aún en Abisinia, celosamente guardadas ocultas por los descendientes de Bainá Lekhem, que adoptó el nombre de su abuelo, «el rey David».

Pero aquí nos perdemos en conjeturas, pues las tradiciones relativas a Salomón y a Balkis no son exclusivas del golfo Pérsico y de Etiopía. Las encontramos también, todavía muy vivas en la ac-

tualidad, en las Comores, a quinientos kilómetros de Madagascar y a poco menos de África, a once grados al sur del ecuador y al nivel de la entrada del canal de Mozambique. Este archipiélago, actualmente bastión musulmán del rito chafeita practicado por doscientos cincuenta mil habitantes en setecientas sesenta mezquitas, está dominado por un volcán enorme todavía en actividad y cuyo cráter tiene tres kilómetros de circunferencia. (Es el mayor del mundo.) Se trata del Kartaka (2.460 m.), en la isla Gran Comor. Una persistente leyenda sostiene que el trono de la reina de Saba y de Salomón se encuentra allí. Debajo de él, en el mismo cráter, se dice que Salomón encerró a todos los djinns...

Todavía hay que trabajar muchísimo para comprender los enigmas de Balkis. Lo mismo que ocurre con el de la Esfinge, sus respuestas tienen sin duda un alcance mucho más profundo de lo que indica su prosaísmo a primera vista.

9. PODER.

Hasta ahora hemos resumido, sin orden ni concierto, anécdotas sacadas de la Biblia, de diversas tradiciones y del Corán con el fin de diseñar la majestuosa figura que, aunque sea en filigrana, tiene un papel dominante en *Las mil y una noches*: Solimán ben Daud.

Tal vez convendría ahora exponer el punto de vista de un sufi árabe sobre «el Rey de Reyes».

Hemos escogido el de Abu Bakr Muhammad Ibn al-Arabi, que nació en 1165 en Murcia, España, y murió en 1240 en Damasco. En los medios esotéricos del Islam, es apodado *muhyi-d-din*, «el vivificador de la religión», y *ash-sheij al-akbar*, «el más grande maestro». Fue maestro, entre otros, de Abd El-Kader, adversario del general Bugeaud, que, cosa que se olvida demasiado a menudo, consa-

gró sus últimos días, después de haber sido confinado en Damasco por Napoleón III, a la vida espiritual y se dedicó, entre otras cosas, a la cuidadosa edición de las obras de Ibn al-Arabi.

Una de las obras principales de este pensador del siglo XIII se titula *La sabiduría de los profetas* (*Fusus al-Hikam*), literalmente *Los engarces de las sabidurías*, dando a la palabra engarce el sentido de piedra preciosa. Uno de los capítulos de esta obra lleva el título «De la sabiduría de la beatitud misericordiosa en el verbo de Salomón». En realidad, este capítulo, muy corto —catorce páginas impresas—, trata de los singulares poderes de Salomón. La forma de este texto es tan compendiosa que no nos parece superfluo analizarlo por entero. Por lo demás, ésta será tal vez una manera como otra de que el lector occidental, no iniciado en estas materias, comprenda el sufismo.

Ibn al-Arabi empieza hablándonos de Balkis (*Bilqis*) cuando recibe la carta de Salomón. «Una carta noble y generosa», explica ella a su Corte. Al principio de su misiva, Salomón menciona las dos misericordias divinas, la misericordia incondicionada (*ar-rahmán*) y la misericordia condicionada (*ar-rahím*). Como la primera contiene la segunda, Salomón aprovecha la circunstancia para decir, después de una serie de deducciones lógicas: «Así, pues, cuando ves la criatura, contemplas lo Primero y lo Último, lo Exterior y lo Interior. Este conocimiento no estaba oculto a Salomón, pues, al contrario, formaba parte "de un reino que no pertenecerá a nadie más después de él".» Esta última frase, «un reino que no pertenecerá a nadie más», está tomada de pasajes coránicos que se refieren a Salomón.

«Aquellos, pues, de que ninguna criatura dispondrá después de Salomón —resume Ibn al-Arabi— es la manifestación de este reino (cósmico) en toda su extensión, es decir, que nadie después de él podrá manifestarse en el orden sensible. Incluso Mahoma, que sin embargo había recibido todos los poderes, tuvo en cuenta esta preferencia. Por esto, Dios le entregó un efrit que había ido de noche para hacerle daño, pero cuando Mahoma quiso capturarla y atarla a una de las columnas de la mezquita para que los niños de Medina jugasen con él recordó la plegaria de Salomón que había rogado a

Dios que le concediese un reino del que nadie pudiese disponer después de él. Y Mahoma renunció.»

La superioridad de Salomón sobre los genios («la superioridad del sabio humano sobre el sabio de los genios», dice incluso Ibn al-Arabi), «consiste en que el primero conoce el secreto de las transformaciones y las virtudes esenciales de las cosas». Y Ibn al-Arabi ilustra esta superioridad con este pasaje de la historia de Salomón y la reina de Saba que figura en el Corán:

«Salomón dijo a los suyos: ¡Oh, señores! ¿Quién de vosotros me acercará al trono de la Reina de Saba? (Era de oro y de plata, de veinticinco metros de longitud, doce de anchura y diez de altura y estaba rematado por una corona gigantesca de piedras preciosas.) "Seré yo" —contestó un efrit de los djinns—. Yo te lo traeré antes de que te hayas levantado de tu sitio. Soy lo bastante fuerte para esto, y fiel." Pero el que tenía la ciencia del Libro dijo a Salomón: "¡Yo te lo traeré antes de que tu mirada vuelva a ti!" Y cuando Salomón vio el trono colocado delante de él, dijo: "Es una señal del favor de Dios."»

Esta historia es, según Ibn al-Arabi, «una de las más turbadoras del Corán». La explica de esta manera (advirtamos que en esta historia Salomón actúa por medio de una persona interpuesta. «El que tenía la ciencia del Libro» es, según Ibn al-Arabi, el visir de Salomón, Asaf Ibn Barjiyá. Pero el beneficiario de su poder es, en definitiva, y según indica la última frase, Salomón):

«En el mismo instante en que Asaf Ibn Barjiyá hablaba de aquello se realizó su operación, y Salomón vio el trono de Bilqís colocado delante de él. El Corán lo precisa con estas palabras para que nadie se imagine que vio el trono en su sitio, en el reino de Saba, sin que hubiese sido trasladado. Ahora bien, no existe en este mundo el desplazamiento instantáneo, pero la desaparición del trono y su nueva manifestación se produjo de una manera que sólo puede saber aquel que la conoce (...) La coincidencia de la desaparición del trono de su lugar de origen con su reaparición junto a Salomón se debió a la renovación de la creación "por cada soplo". Nadie conoce el poder de que se trata, pues el hombre no se da cuenta espontáneamente de lo que no es y vuelve a ser "a cada soplo". En "la renovación de la creación a cada soplo", el instante de la aniquilación coincide con el instante de la manifestación del se-

mejante (...) Asaf no tenía otro mérito que el de haber trasladado la renovación incesante de la forma del trono cerca de Salomón. Por consiguiente, el trono no fue transportado a través del espacio y su dislocación no anuló la condición espacial, si se comprende bien lo que queremos decir.»

Tratemos de comprender bien a Ibn al-Arabi. El «poder» de Salomón dimana, pues, de su conocimiento de las estructuras mismas del mundo, de esas famosas estructuras en cuyo estudio se afana la «escuela estructuralista» moderna rechazando dos milenios y medio de reflexión filosófica que gira únicamente alrededor del sujeto pensante, del «yo», del «en sí», etcétera.

Salomón no sabe más que nosotros sobre el trono, puesto que tiene necesidad de hacerlo venir para verlo, pero conoce el funcionamiento del trono como «objeto creado». El reino que él posee exclusivamente es, en realidad, el reino constituido por las relaciones de las criaturas entre sí. Conoce los verdaderos principios que rigen los hombres y las cosas. Es una especie de conocimiento abstracto que supera con mucho al simple poder en el sentido de autorización para hacer el mundo maleable a su voluntad. En esto, Salomón es extraordinariamente moderno. Y también lo es Ibn al-Arabi cuya madurez, en relación con la de sus contemporáneos del siglo XIII, es desorientadora.

Continúa su análisis rindiendo un homenaje a Bilqís: «Cuando ella vio su trono, convencida de que era imposible transportarlo tan lejos en tan poco tiempo, dijo: "¡Es como si fuese él mismo!" (en vez de lanzar exclamaciones y decir: "¡Es él, es mi trono!", se expresa en tono dudoso. Todos los comentaristas del Corán ven aquí una prueba de mucha inteligencia). En lo cual ella tenía razón si consideramos lo que hemos dicho sobre la renovación incesante de la creación en formas parecidas. Ciertamente era él mismo y ella dijo la verdad en ese sentido en el que tú mismo eres, en el momento de tu renovación, esencialmente idéntico a lo que eras en el pasado.»

Ibn al-Arabi desarrolla la idea de que la manera en que se manifiestan las cosas es más importante que las cosas mismas, la idea de que las cosas son ilusiones mientras que las leyes y las estructuras que las rigen son capitales.

«La perfección espiritual de Salomón —dice— se manifiesta también en la advertencia que hizo a Bilqis cuando la recibió en el palacio pavimentado de cristal, que ella tomó por un estanque de agua, de modo que se descubrió las piernas para no mojarse el vestido. Salomón le indicó que la aparición del trono que acababa de mostrarle era de la misma naturaleza. De este modo Salomón le hizo plena justicia, haciéndole comprender de esta manera que había tenido razón al decir: «Es como si fuese él mismo.»

Ibn al-Arabi insiste también en «la dominación cósmica» que era privilegio de Salomón. Según él, se trata «del poder de mando directo». «Si quieras, pues, reflexionar bien sobre ello —escribe—, descubrirás que el privilegio de Salomón consiste en el orden (o mando) que actúa directamente, sin que esté en un estado de concentración de su alma y sin que proyecte su voluntad espiritual.»

Creemos que el adjetivo «directo» expresa una idea capital de este pasaje. Platón mató implacablemente esta idea. Y el terrible mal de los occidentales fue que, durante 2.500 años, no le dieron ningún valor. Todo debía hacerse con rodeos. Los occidentales convirtieron lo que es directo en una cosa extraña: la esencia de la risa. Se ríe cuando, por casualidad, la mente humana relaciona dos objetos que normalmente sólo relaciona a costa de sufrimientos, de trabajos, de conflictos. Una piel de plátano permite que un hombre que está en pie se encuentre de pronto tumbado, mientras que, para pasar del primer estado al segundo, suele observar una serie de ritos y aquello hace reír estúpidamente a la gente. Ibn al-Arabi ríe también, pero con risa de triunfo, cuando descubre el resorte directo de una acción, cuando ésta no es ocultada por ningún rito, por ningún prejuicio, por ninguna sombra.

El problema, para Ibn al-Arabi, es proyectar directamente su voluntad espiritual que ha sido ciertamente una de las más inten-

sas que haya podido tener un hombre. Así, escribe: «Sabemos que los cuerpos de este mundo obedecen a la proyección voluntaria del alma cuando ésta se encuentra en un estado de unión espiritual, pues nosotros hemos hecho la prueba...» Vemos, pues, que este modesto pensador, admirador del poder directo propio de Salomón, pretende conocer las estructuras del mundo, lo bastante para poder, en ciertos casos, mandar sobre él.

En cuanto al poder de Salomón, tiene la ventaja de ser mecánico. «El que busque el poder de Salomón —escribe Ibn al-Arabi— debe saber, pues, que la acción por pura enunciación solamente es propia de Salomón sin que el alma tenga necesidad de concentrarse.»

Salomón posee la llave, mientras que Ibn al-Arabi se ve obligado a forzar las puertas.

¿A qué nivel opera esta llave? Al nivel del lenguaje, situado en cierto modo por encima de la vida espiritual del individuo.

En realidad, el lenguaje es Dios, según da a entender Ibn al-Arabi.» Y la famosa Palabra del Poder simboliza el conocimiento perfecto de lo que es el lenguaje.

Así considerado, el mito de Salomón resulta ser una de las más profundas reflexiones sobre nuestra condición.

Por esta razón, Salomón tiene derecho a situarse en primerísimo lugar. «Si te expusieramos el estado espiritual de Salomón en toda su plenitud, te sentirías sobrecogido de terror —concluye Ibn al-Arabi—. La mayoría de los sabios de este camino espiritual ignoran cuál era realmente el estado de Salomón y su rango. La realidad no es como ellos suponen.»

EL SELLO DE SALOMON

1. EL ANILLO.

Para los narradores de *Las mil y una noches*, el anillo de Salomón tiene más importancia que el personaje mismo.

A primera vista, este anillo tiene propiedades alquímicas.

Una célebre anécdota refiere cómo lo perdió Salomón y cómo volvió a encontrarlo. Podría ser tomada de la leyenda griega de Polícrates, pero ciertas circunstancias son típicas de *Las mil y una noches*, entre otras las tribulaciones en país extranjero de un rey privado de toda ayuda.

Salomón tenía la costumbre de quitarse el anillo para hacer sus abluciones. En estos casos, lo confiaba a su esposa Amina (no estaba particularmente celoso de su anillo: una versión nos dice incluso que Azaf ben Barakhya, su visir, tenía permiso para utilizarlo). Sakhr, rey de los djinns, aprovechó uno de aquellos momentos para apoderarse del anillo, arrojarlo al mar y transportar a Salomón a quinientos kilómetros de allí...

El Gran Rey se encuentra solo, sin corona, sin anillo y sin vestidos... Permanece tres años en el destierro, vagando de una ciudad a otra, hasta el momento en que cruza las puertas de Mashkemán, capital de los amonitas. Allí, contrae amistad con el cocinero del rey y se convierte en su ayudante. La cocina se le da bien a

Salomón y ocupa el puesto de cocinero. La hija del rey lo ve un día y se enamora de él. Quiere por esposo al nuevo cocinero que sabe hacer unos platos tan sabrosos. Salomón la raptó. Vuelve a empezar la vida errante, hasta un día en que la pareja de enamorados malditos, encontrándose en una ciudad marítima, decide, como último capricho, darse una buena comida.

Salomón va al mercado a comprar un pescado con sus últimos dinares. Lo abre, para rellenarlo con hierbas. La historia no cuenta si la operación se realiza en un modesto albergue o si Salomón y su bella encienden un fuego de vagabundos al pie de las grandes murallas verdeantes, pero lo cierto es que Salomón encuentra su anillo en la panza del pescado.

Fijémonos sobre todo en este cuento, en la historia de amor del cocinero y la hija del rey. ¿Por qué escogió Salomón el trabajo de cocina para ganarse la vida? Se nos ha dicho concretamente que aprendió la cestería (o el arte de tejer cotas de malla) para poder subsistir en caso de apuro.

Sin duda los hornillos de Salomón son muy especiales. Esta alusión a la cocina es con toda seguridad una referencia a su talento de alquimista. Probablemente, su caso es igual al de otras historias de reyes cocineros o reposteros contenidas en *Las mil y una noches*.

Como, con el anillo, había perdido sus facultades alquímicas, es completamente natural que Salomón tratase de recobrarlas entre retortas, y, a falta de éstas, entre cacerolas.

2. DESCRIPCIÓN DEL ANILLO.

No todas las muchas descripciones que se han dado del anillo concuerdan entre sí.

Fue ofrecido a Salomón poco después de su coronación cuando estaba paseando por un valle situado entre Hebrón y Jerusalén por

los cuatro ángeles guardianes de los vientos, de las aguas, de los demonios y de los animales, o más sencillamente de los cuatro elementos. Cada uno de los ángeles le dio una piedra preciosa, que él engastó en un anillo de bronce y de hierro. La parte de bronce servía para sellar las órdenes que daba a los buenos djinns y la parte de hierro para sellar las dirigidas a los demonios.

Otros dicen que sólo el arcángel Miguel regaló el anillo a Salomón. No tenía más que una piedra de azufre rojo.

Y aún hay otros que dicen que el anillo encerraba un pedazo de «una raíz extraña» (¿de mandrágora?).

Según la mayoría de los comentaristas, el anillo tenía un sello. Para algunos, se trata de un hexagrama. Para otros, de un pentágono. Una teoría dice: Guardémonos de confundir la estrella de cinco puntas de Salomón con la de seis puntas llamada corrientemente «escudo de David». Otra teoría afirma que la estrella de seis puntas fue siempre para los orientales el signo primordial, mientras que el poder atribuido al pentágono, o «pie de druida», fue sobre todo apreciado por los occidentales.

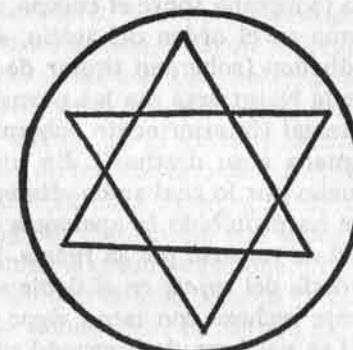


Fig. 5. El sello de Salomon

La discusión no ha terminado ni mucho menos. Sigamos, pues, la línea más comúnmente admitida según la cual el sello de Salomón tiene seis puntas y está compuesto por dos triángulos equiláteros invertidos y superpuestos, que pueden encerrarse en un círculo (Fig. 5).

En su centro, está inscrito el Nombre de los Nombres, la «Palabra del Poder». Según ciertos autores, los dos triángulos superpuestos son un símbolo de Poder suficiente. No hace falta añadirles una palabra.

¿Qué hay que entender por «poder»? Ya hemos visto, en el capítulo sobre Ibn al-Arabi, que se trata de la comunicación directa y que los filósofos, nuestros filósofos, eludieron desde hace dos milenios y medio ocuparse de esta noción.

La noción de poder, considerada como un esquema «limpio» del espíritu humano y no como una noción «impura», es actualmente objeto de las reflexiones de un pensador francés, Michel Foucauld. He aquí, por ejemplo, lo que dice de la relación entre el poder y el humanismo en una de sus últimas entrevistas (en *Actuel*, noviembre de 1971):

«Entiendo por humanismo el conjunto de los discursos por los cuales se ha dicho al hombre occidental: "Incluso cuando no ejerces el poder puedes ser soberano. Más aún, cuanto más renuncies al poder y te sometas más al que te es impuesto, más soberano serás." El humanismo inventó sucesivamente esas soberanías sometidas que son el alma (soberana sobre el cuerpo, sometida a Dios); la conciencia (soberana en el orden del juicio, sometida al orden de la verdad); el individuo (soberano titular de sus derechos, sometido a las leyes de la Naturaleza o a las normas de la sociedad) y la libertad fundamental (interiormente soberana, exteriormente consentidora y "adaptada a su destino"). En una palabra, el humanismo es todo aquello por lo cual se ha *eliminado en Occidente el deseo de poder*, se ha prohibido la apetencia de poder y se ha excluido la posibilidad de tomarlo por la fuerza. En el corazón del humanismo, está la teoría del *sujeto* en el doble sentido de la palabra. Por esto Occidente rechaza con tanto vigor todo lo que hace saltar este cerrojo.» Las palabras de Foucauld nos explican cómo el humanismo nos hace perder la noción de poder ensalzada en el mito de Salomón. Si esto es verdad, la lección es amarga. Al negar el humanismo el poder habría permitido que se apoderasen de él los hombres más extraviados. En cambio, Salomón, elegido por Dios y afirmando su poder, impidió a los demonios apoderarse de él.

¿Son antihumanistas los narradores de *Las mil y una noches*? No anduvieron remisos en jugar con la noción de poder. Ciento que, para ellos, se trataba en primer lugar del poder de los jefes, de los caídes, de los sultanes, del monarca absoluto y del derecho divino que gobernaba tal vez enteramente su sociedad y provocaba pocos murmullos. Pero también encomiaron los poderes insólitos e independientes de los talismanes, de los amuletos, de las frases clave, de las máquinas extraordinarias, cofres voladores y otras. Poderes imaginarios, pero en los que les gustaba soñar..., cosa que sin duda no les habría censurado Foucauld.

En este libro trataremos de varios de estos «poderes» o «instrumentos de poder». El «Sésamo abrete» de Alí Babá, el Cofre Volador, etcétera. De momento, fijémonos en el sello de Salomón, que, según los narradores de *Las mil y una noches*, daba el poder supremo a su poseedor.

Sin embargo, las descripciones más completas de este sello no se encuentran en *Las mil y una noches*, sino en los numerosos libros mágicos publicados en Europa y atribuidos a Salomón (aunque hay que evitar confusiones, pues en la Edad Media numerosos rabinos firmaron sus obras con su nombre propio: Salomón).

El más conocido de estos libros mágicos fue publicado numerosas veces en varias lenguas. Es el *Mafteah Shalomoh* o *Claviculas de Salomón* (no se trata de huesos, sino de llaves pequeñas). Entre los otros, merecen citarse *La obra divina* y *El libro de Asmodeo*.

Estos libros mágicos entusiastas nos dicen cómo podemos fabricar nosotros mismos el anillo de Salomón. Indican también cómo hay que trazar en el suelo el sello mágico y concretan que la localización del círculo donde será encerrada la estrella tiene gran importancia.

El círculo mágico es un emblema indispensable en el que deben refugiarse todos los sabios para defenderse de la maldad de los espíritus. En árabe, este círculo recibe el nombre de «Al Mandal». Recordemos que la palabra «Mandalas» es actualmente muy empleada por los psicoanalistas porque designa la proyección defensiva de la psique bajo la forma de un círculo inserto en un cuadrado.

Según los analistas de estos libros mágicos, el símbolo del sello de Salomón expresa siempre la conjunción de dos términos opuestos: un principio y su reflejo invertido en el espejo de las aguas.

Los dos triángulos invertidos y superpuestos representan también el macrocosmos. La estrella de cinco puntas representa el microcosmos, la unión de los desiguales y del hombre corriente.

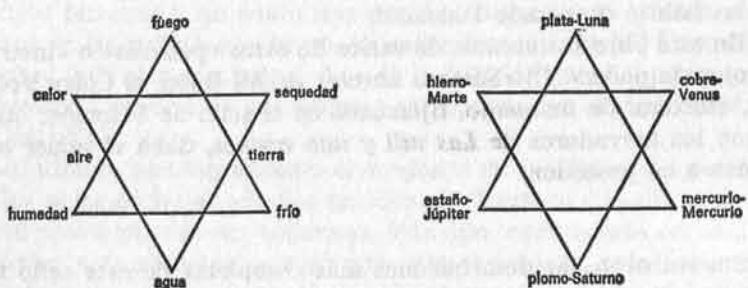


Fig. 6. Símbolos alquímicos.

Para los alquimistas, su signo es un verdadero compendio del pensamiento hermético. Los diferentes triángulos pequeños que lo componen contienen los cuatro elementos, los cuatro climas, los siete metales básicos y los siete planetas. (Fig. 6.)

Según C. G. Jung, el discípulo de Freud, el sello representa la unión del mundo personal y temporal del Yo con el mundo impersonal e intemporal del No-Yo.

El sello de Salomón es uno de los raros símbolos que no han decaído. Los psicoanalistas lo emplean aún en la actualidad. Para los «estructuralistas», corresponde probablemente a una de las matrices interesantes de nuestra mente. Más interesante, más tardío que el apilamiento del tipo Kâf, es quizás tan luminoso como éste. De su construcción simétrica dependería la noción de simetría tan importante en los mitos. Y lo mismo que el propio Salomón, eleva hasta el máximo el principio de inversión.

3. LA LÍNEA QUE TIRITA.

Los indios dieron gran importancia a este principio. Le dan el nombre de Yantra (palabra que significa aproximadamente «sello»). Se cree que el Yantra representó originalmente la unión de Shiva y Shakti, la hierogamia fundamental.

En términos vulgares, la penetración de la *yoní* por el *lingam*, o el equilibrio entre el fuego y el agua. El triángulo que apunta hacia arriba simboliza el sexo masculino y el fuego; el triángulo que apunta hacia abajo, el sexo femenino y el agua.

En lo que atañe a los indios, no cabe la menor duda. Los dos triángulos que se cruzan son una abstracción de las famosas estatuas de Shiva y su esposa. Mirándose a los ojos, estos dioses están sumidos en un arroamiento eterno. Son esencialmente uno, aunque parecen dos. En sus representaciones más castas, la joven aparece sentada sobre el muslo de su marido y sostiene en la mano una concha parecida a su sexo. En las más crudas, que son las tibetanas, el dios Vayradhara posee ostensiblemente a su compañera.

«Son —dicen los lamas— la identidad última de la Eternidad y el Tiempo, los dos aspectos de lo Absoluto, revelados de una manera majestuosamente íntima.»

Durante el último período del hinduismo, los escritos religiosos, los Tantras, perfeccionaron notablemente este símbolo.

En ellos, el sexo se transforma en vértigo.

Para sublimar el sexo, los tantristas inventaron el «Cri-Yantra» o «Yantra de los Yantras», o «Yantra presagiador», que tiene la ambición de simbolizar la Fuerza en expansión.

Este Yantra está compuesto de nueve triángulos que penetran los unos en los otros. Son cuatro triángulos machos y cinco hem-

bras, el último de los cuales, el más pequeño, está destinado a unirse en un punto invisible que sólo el iniciado puede distinguir. Por poco que la miremos fijamente, la estrella formada por estos triángulos ondula como el mar. Es a la vez clara y vaga. Sus ángulos son agudos, pero parece amorfa.

Prefigura, pero más acabado, el arte cinético de un Vasarely.

He aquí una de sus representaciones más corrientes (fig. 7).

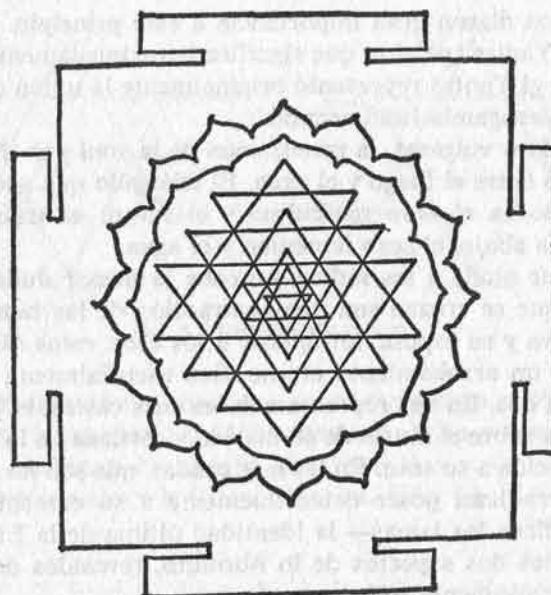


Fig. 7. Cri-Yantra.

Aquí, la fascinante estrella, complicada a pedir de boca, aparece encerrada en un círculo, un «Al Mandal», que representa unos pétalos de loto y está a su vez encerrado en un marco compuesto de líneas rectas, quebradas según un plano regular al que los tan-

tristas llaman «línea temblorosa» o «línea que tiritá».

Según los tantristas, el iniciado que se concentre en un Cri-Yantra como éste puede dominar el mundo. El Cri-Yantra es una estructura privilegiada, cuyo perfecto conocimiento puede dar poderes inmensos. No hay diferencia fundamental entre el Cri-Yantra y el sello de Salomón.

4. LOS EMBLEMAS HATTI

Algunos hebreístas pretenden que los hindúes plagiaron su símbolo. Esto no es seguro. La Estrella, como símbolo del judaísmo no se menciona en la Biblia, ni en el Talmud, ni en la literatura rabínica.

Lo más probable es que el sello de Salomón, como el «apilamiento Kâf», proceda de la prehistoria.

Encontramos una versión complicada de ella en los emblemas hatti (civilización protohistórica de mediados del III milenio, o sea, cuatro mil años posterior a las gentes de Satal Höyükk, de las que hablamos a propósito del culto al toro). Los hatti precedieron en Anatolia a los hititas.

Los emblemas en cuestión, que tenían la forma de discos solares, aparecían al principio fijados en la punta de picas o de astas. Son de bronce. Nosotros hemos podido estudiar los del museo de Ankara.

Tienen, para nosotros, un doble interés. De una parte, su motivo central, rodeado de once representaciones de pájaros o de plantas, descansa sobre unos cuernos de toro estilizados, lo cual nos recuerda la importancia del toro en el «apilamiento Kâf». De otra parte, la geometría del motivo central nos recuerda el sello de Salomón.

He aquí el croquis de una de estas puntas de asta:

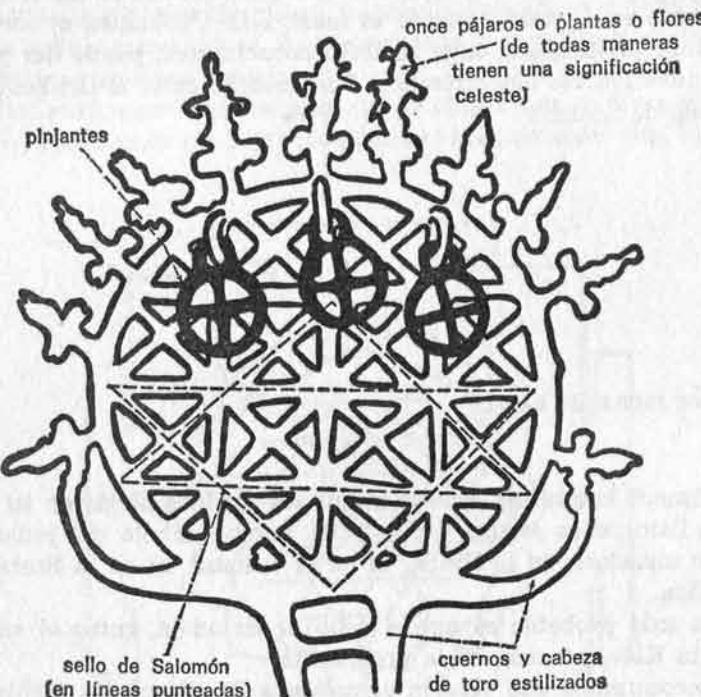


Figura 8. Emblema hatti.

Se observará que los enlaces del motivo central están constituidos por dos sellos de Salomón ligeramente superpuestos que recubren en parte dos triángulos que se cruzan en dos triángulos opuestos.

Así, pues, los hatti hacen figurar en un mismo emblema el sello de Salomón y el toro, y este último lleva el sello sobre su cabeza, de la misma manera que el toro de *Las mil y una noches* y del Corán llevaba la montaña de Kâf sobre el lomo.

5. ¡ABRACADABRA!

El diagrama de los triángulos invertidos no está siempre solo en el sello de Salomón.

La línea que tira, el punto invisible y el cruzamiento de los triángulos bastan a los tantristas.

Los árabes, menos refinados, tal vez acercándose más a los orígenes, añadieron la palabra a este diagrama desesperadamente mudo. Pues el sello de Salomón habla. En su centro hay una palabra.

Y esta palabra es tan importante como los dos triángulos y la estrella de seis puntas; es el sueño infinito que tiene tal vez la forma exacta de todas nuestras apetencias.

El Poder de la Palabra.

Hemos dicho ya que la semántica y la semiología empezaban a pisarle el terreno a la filosofía. Ferdinand de Saussure, profesor que enseñaba semiología (la ciencia de los signos) en Ginebra, a principios de siglo, se ha adelantado, desde hace algunos años, a Kant e incluso a Husserl.

La Palabra.

¿Qué es una palabra? Es ante todo, y muy exactamente, un sello. Una especie de título de propiedad del hombre sobre un terreno aparentemente inconsistente, porque es invisible. Es una toma de poder. Sobre todo. Incluso sobre la nada.

Un sello. Un testimonio de presencia.

La idea de sello es extraordinariamente familiar en el Oriente Medio. En nuestros museos podemos ver innumerables sellos sumerios. Pequeños rollos de cobre cubiertos de letras o de dibujos que son el maná de todos los conservadores. Y que no son más que palabras realizadas en una forma visible.

Estas palabras de cobre hablan de todo: de las nubes, de la virtud, del trigo.

Expresan una especie de frenesí de representación, una furia de escribir.

En cuanto al sello de Salomón, es fiel al poder de una sola palabra: el nombre de Dios.

Conocer el verdadero nombre de Dios equivale a establecer extraordinarios lazos de familiaridad con Él. Es disponer de una parte de sus poderes. De manera parecida, conocer el verdadero nombre del enemigo y casi dominarlo. En todo caso, emplearlo, conjurarlo.

Así, el *Pesahim* (un tratado sobre las reglas rituales) hebraicas recomienda contra la fiebre el empleo de la palabra *Shabrirī*, que es el nombre del espíritu del mal. Para conjurar la fiebre y la ceguera, basta con decir: «Mi madre me ha dicho que desconfíe de *Shabrirī-abrirī-rīrī*.» Y con llevar encima un talismán en el que esté escrito:

S H A B R I R I
A B R I R I
R I R I
R I

Reconocemos en esta disposición la mitad del sello de Salomón, el triángulo que capta y concentra hacia abajo las energías de lo alto. Se empleará la misma forma para utilizar concienzudamente la famosa palabra «Abracadabra», que menciona por primera vez Serenus Sammonicus, médico del emperador Caracalla, en *De Medicina Praecepta*.

«¡Abracadabra!»

Hoy, esta palabra nos parece divertida. De ella proviene el adjetivo «abracadabrante», que quiere decir en realidad «muy sorprendente», pero que el vulgo emplea más bien en el sentido de «absurdo». Antaño, no divertía. Más bien daba miedo. Es una antiquísima

fórmula mágica que se supone derivada del hebreo *abreg ad habra*, palabras que significan «lanza tu rayo hasta la muerte», pero algunos investigadores (por ejemplo, Saumaise y Escalígero, dos grandes sabios del siglo xvi) la hicieron descender del egipcio, del griego y del persa. Abracadabra podría ser uno de los nombres de Mitra, el gran dios solar. Serenus emplea esta palabra en vez de «*Shabrirī*» para luchar contra la fiebre. Aconseja que se escriba en un trozo de papel, de una de las dos formas siguientes:

A B R A C A D A B R A
B R A C A D A B R
R A C A D A B
A C A D A
C A D
A

O bien:

A b r a c a d a b r a
A b r a c a d a b r
A b r a c a d a b
A b r a c a d a
A b r a c a d
A b r a c a
A b r a c
A b r a
A b r
A b
A

«Dóblese después el papel, cósase en cruz con un hilo blanco y llévese durante nueve días colgado de un cordón de lino, sobre el pecho. El noveno día, antes de salir el sol, dirigíos a un curso de agua que fluya en dirección a oriente. Despues, arrójese el talismán por encima del hombro, sin abrirllo.»

En *Las mil y una noches*, se emplean otras palabras clave por su solo valor sin que se piense en darles la forma de un triángulo.

«¡Sésamo!» es la más célebre de todas.

En *Ali-Babá y los cuarenta ladrones*, esta palabra basta para que abra y vuelva a cerrarse una enorme roca, pero tiene también poder sobre todas las cerraduras. Alí-Babá la ensayará con éxito para abrir el modesto pestillo de su morada.

«¡Sésamo!» es diferente de los ejemplos que acabamos de citar. Lejos de ser una palabra extraña, es, por el contrario, una de las corrientes. Parece que, también esta vez, los narradores de *Las mil y una noches* eligieron «lo más próximo para ir a lo más remoto».

El sésamo tiene muy buena reputación en Oriente. Con frecuencia se emplea su aceite, que tiene la propiedad de no volverse rancio, tanto para la cocina y la preparación de medicamentos como para dar masajes en los hammams, pero su superioridad sobre los otros cereales es más que dudosa. Sin embargo, *Las mil y una noches* insisten casi excesivamente en su singularidad.

Kassim, el malvado hermano de Alí-Babá, ha entrado en la caverna, pero no consigue salir de ella. Ha olvidado la palabra.

—¡Cebada, ábrete! —grita en vano.

—¡Avena, ábrete!

—¡Haba! ¡Centeno! ¡Mijo! ¡Maíz! ¡Alforfón! ¡Trigo! ¡Abrete!

La roca permanece cerrada, y el cadáver de Kassim se pudrirá sobre un tesoro...

Si parece evidente en el mito de Alí-Babá la elección de una palabra que designa un grano (es decir, un microcosmos, fuente de vida y símbolo de crecimiento) como fórmula cabalística, la preferencia dada al sésamo sobre los otros cereales es quizás de orden fonético. La pronunciación de *sésamo* recuerda un poco la de *zamzem*, palabra que designa la fuente sagrada de La Meca.

En todo caso, las virtudes de la palabra mágica son absolutamente independientes de la persona que la emplea. Kassim no muere a causa de la mala voluntad de una palabra, sino a consecuencia de un ridículo olvido que los narradores de *Las mil y una noches*, al hacerle pronunciar el nombre de todos los cereales menos el del bueno, supieron dramatizar con una notable economía de medios.

La palabra mágica tiene una especie de vida propia cuyos arcanos seguirán siendo siempre misteriosos, incluso para Salomón. Siempre es peligroso servirse de ella, y su conocimiento debe regirse por ciertas reglas, entre ellas la de la modestia. En efecto, es el Yo quien tiene el poder y no su poseedor. Si trata de saber demasiado sobre la palabra utilizándola con demasiada frecuencia, su poseedor se expone a destruir cierto equilibrio que existe entre él mismo y la palabra, y esto producirá una catástrofe.

Esta modestia, la ignorancia voluntaria, era ya de rigor entre los magos egipcios. En el Louvre se encuentra un papiro funerario de la época de Ramsés II que contiene la invocación siguiente: «¡Oh, Vulpaga! ¡Oh, Kemmara! ¡Oh, Kamalo! ¡Oh, Amagoaa! ¡El Uana! ¡El Reemú!» Es muy posible que estas palabras no tuvieran el menor sentido para los sacerdotes que las pronunciaban. No más que el famoso y más tardío *Agla-elohim-adonai-vu-alfa-omega-tetra-grámmaton!* que deben murmurar todos los magos al penetrar en los círculos mágicos, los *Al-Mandal* dibujados en la arena. Esta cadena de palabras, en la que se mezclan los nombres de Dios con las letras griegas de una manera absurda, parece ser sencillamente un acto de respeto preliminar a toda operación mágica, una especie de acto de adoración que existe con independencia de las palabras.

Las otras palabras mágicas tienen un poder muy determinado. En la magia tradicional árabe, si *Sésamo* abre todas las cerraduras, *Athoray*, escrito sobre una tablilla de cobre, da gran poder a los marinos, a los soldados y a los alquimistas. *Adelamen*, escrito sobre una piedra, destruye los edificios y las fuentes. *Altchatray*, escrita sobre un triángulo de hierro, destruye las cosechas. *Aldminiach* fomenta la amistad. *Almazar* provoca una disputa entre un hombre y una mujer. *Azobra* favorece los viajes. *Alzofora*, los negocios; etcétera.

Las palabras del Poder supremo fueron *Schemhamphoras* y *Sabaoth* para los hebreos, *Abraxas* para los gnósticos y *Arnehakatha-Satain Senentubetetsataiu* para los egipcios.

La sonrisa que provocan estas palabras no es característica del siglo xx. Las historias sobre palabras mágicas tuvieron en todas las épocas un lado cómico que compensa su otro lado grave y profun-

do. Incluso la desesperación de Kassim, el hermano de Alí-Babá, que, encerrado en la gruta de los tesoros, ensaya en vano, para salir, a modo de llaves todos los nombres de los cereales, horroriza al mismo tiempo que divierte.

Una historia india del *Panchatantra* guarda cierta analogía con el cuento de Kassim. Pero da a todo el tema un tono burlesco.

Unos ladrones han subido al tejado de una casa rica y se disponen a robarla. El dueño de la casa los oye. Despierta a su mujer y le dice: «Pregúntame en voz alta de dónde he sacado las inmensas riquezas que se hallan acumuladas aquí. Insiste hasta que yo te responda.» Ella lo hace. Por último, el marido exclama: «Está bien, voy a decírtelo. Todos estos tesoros... los he robado.» La mujer dice: «Vamos, hombre, tú tienes buena fama, eres un hombre honrado. Nadie sospecha en absoluto de ti.» Y el marido: «Es que empleé, para el robo, una técnica muy sutil. Escucha: una noche, al claro de luna, me dirigí a una casa que pretendía robar y me coloqué junto a un tragaluz por el que un rayo de luna entraba en la casa. Entonces, pronuncié siete veces la palabra mágica *Chaulam-Chaulam*, me abracé al rayo de luna y me dejé resbalar por él al interior de la casa, sin que nadie advirtiese mi llegada. Después, me situé al pie del rayo y pronuncié otras siete veces la palabra mágica, y nada de lo que había en la casa, fuese plata u otro objeto cualquiera, quedó oculto a mi mirada. Me apoderé de lo que quise y después repetí la fórmula mágica, me abracé al rayo de luna y volví al tejado.»

Al oír estas palabras, los ladrones, muy contentos, se dicen: «Hemos encontrado en esta casa algo más valioso que la plata y que nos pone a salvo de la autoridad.» Esperan largo rato, inmóviles, hasta que creen que el hombre se ha dormido. Entonces, el jefe de los ladrones se acerca al tragaluz por el que entra la claridad de la luna y pronuncia siete veces: «*Chaulam-Chaulam!*» Despues, rodea el rayo con los brazos para bajar a la casa. Cae de cabeza y se mata.

El carácter deliberadamente cómico de esta historia, que, por lo demás, termina con la muerte de un hombre, no contradice, en realidad, el poder de la palabra. En efecto, desde Koestler, el mecanismo de la risa es bien conocido. Resulta de la conciencia súbita y simultánea de lo que este autor llama «campos operadores» entre los cuales no insinúa la experiencia la menor relación. Se debe a una extraordinaria abreviación o «cortocircuito» que permite a nuestra función simbólica actuar con un mínimo esfuerzo. «La mente humana —escribe Lévi-Strauss— se mantiene siempre en tensión virtual; dispone en cada momento de una reserva de actividad simbólica para responder a toda clase de estímulos de orden especulativo o práctico. En el caso del incidente cómico... esta energía de socorro se ve privada de su punto de aplicación. Súbitamente liberada, y no pudiendo desfogarse en el esfuerzo intelectual, se desvía hacia el cuerpo, que con la risa dispone de un material completamente montado para que se vierta en contracciones musculares. La risa y sus sacudidas representan este papel, y el estado de beatitud que las acompaña corresponde a una gratificación de la función simbólica, satisfecha a un precio mucho menor del que estaba dispuesta a pagar.»

También el mito ayuda a la función simbólica a ejercitarse armoniosamente y sin torturas. ¿Es un atajo? En todo caso, no es un rodeo ni un camino peligroso. Ligeramente retorcido, como en el cuento del *Panchatantra* que acabamos de citar, roza la chanza. Y como en el mito de la Palabra del Poder, caso extremo, una sola palabra conecta directamente al individuo con el mundo, basta con una simple deformación de esta palabra (*Chualam-Chualam*, en vez de *Abracadabra-Sésamo*) para que caigamos en pleno ridículo.

Y el oyente se ríe, en vez de admirar respetuosamente.

6. EL SECRETO DE SALOMÓN.

Estos chocantes extremos nos llevan al núcleo de estudios súmamente modernos, practicados en la actualidad por la antropología social, pues interrogarse sobre la manera en que se forman los mitos es interrogarse también sobre la manera en que se forman las palabras.

Y las palabras mágicas son particularmente interesantes. Fueron formadas como a contrapelo. El procedimiento normal de formación de una palabra consiste en codificar un conjunto de fonemas para que se refieran a un fenómeno conocido. Las palabras mágicas fueron creadas con la esperanza de que un fenómeno que tiene una parte desconocida acabe por depender de ellas.

Este género de creación incluye evidentemente un riesgo grande. Pues si yo establezco que «botella» designará un recipiente destinado a contener un líquido o un gas, ganaré con toda seguridad. Mientras que, si decido que el poder de Dios se encuentra en *Arnehakatha-Satain Senentutabetetsatai*, corro un riesgo seguro.

Salomón corrió este riesgo. Si no inventó él mismo la Palabra del Poder, habría podido dudar de su valor, aunque fuera un ángel quien le diese, en un desierto llano pero erizado de sol, el anillo en que aquélla estaba grabada.

Fue Salomón uno de los primeros en concebir la idea de que el orden habitual de formación de las palabras podía ser invertido.

Ante el éxito de este procedimiento de inversión, se divirtió después aplicándolo un poco al azar. De ahí vino su afición al trenzado, a los espejos, al afeitado de las piernas, a la cocina, a las falsas leyendas, a los trucos, a las variaciones de densidad y a la sustitución del día por la noche. Incluso sus actos de sumi-

sión a Dios no fueron más que aplicaciones del principio de inversión, que él erigió en regla absoluta. Se aparta ante una hormiga, pero corta los corvejones al caballo, que está hecho para correr. Y, en fin, se enamora de una mujer cuya religión es contraria a todas las que él conoce y, sin duda alguna, la convierte.

Un cierto arte de volver las situaciones del revés. He aquí el secreto del gran Maestro de los djinns, que se convirtió más tarde —pero esto escapa a nuestro tema— en el de los alquimistas y de los francmasones.

¿Situación es la palabra adecuada? Más vale decir estructura, pues considerados desde el punto de vista del análisis estructural, incluso parcial, modesto e impreciso y realizado toscamente por personas no especializadas como nosotros, los mitos de la montaña de Kâf, de los djinns, de Salomón y de su sello parecen de pronto unidos y coherentes.

Estos mitos, lejos de ser difusos, rebuscados y aventurados, nos parecen ahora fruto del mismo rigor. Sólo dan fe de algunas estructuras primarias e importantes que se divirtieron en bordar los narradores de *Las mil y una noches*. El apilamiento de la montaña de Kâf, los universos paralelos donde se mueven los djinns, el principio de los triángulos invertidos llevado a su paroxismo y, por último, el proceso revolucionario de creación de la Palabra del Poder: otros tantos arquetipos (esta palabra puede significar muchas cosas, como «funciones simbólicas», «sistema de significación» y otras fórmulas modernas a elegir) nacidos espontáneamente en la mente de los hombres y desarrollados después con mayor o menor brillantez.

Lo único que creemos haber descubierto en el curso de esta breve inspección de la cadena de símbolos que discurre a lo largo de *Las mil y una noches* es que el pensamiento del beduino perdido en el desierto, del beduino a quien la inmensidad de su soledad obliga a mirarse en el espejo empañado, pobre y sin relieve, de su imaginación, sólo puede inventar un sistema extraordinariamente simple.

Un sistema a base de apilamientos de nueve elementos. Esta cifra es tal vez la más complicada que la mente humana llega a captar espontáneamente, sin referirse a un sistema aprendido. Sabemos que el león sólo puede contar hasta tres. Por esto los do-

madores lo dominan mostrándole una silla de cuatro patas, el objeto más espantoso para aquél. Un sistema a base de triángulos rectos y después invertidos. Un sistema que acaba cuando se descubre el alcance del principio de inversión en un juego de palabras. Juego extraordinariamente serio que pone en tela de juicio la propia función verbal.

Lejos de contradecir las teorías modernas de Lacan, de Lévi-Strauss, de Barthes y de otros, el sol ardiente y brillante del desierto las hace más inteligibles, unas teorías a las cuales nuestros contemporáneos atribuyen un matiz demasiado hermético.

Pequeña lección de humildad. Nuestros beduinos yemeníes, de piel reseca por el calor y el frío, nuestros padres beduinos cuya única compañía era el sol, la luna y ellos mismos, se preocupaban muy poco de razones, de lógica, de libertad y de moral. Lo único que deseaban, no era un puñado de dátiles o de oro, sino un puñado de formas simbólicas, de estructuras.

Yo quisiera que os sintierais tan dichosos como yo por haber descubierto estas estructuras fascinadoras, detrás de Solimán el Prudente y de Balkis la Depilada. Estos apilamientos, estos triángulos, estos djinns que revolotean de uno a otro, y esta Palabra tan poderosa como irrisoria, tal vez pueden enseñarnos más cosas sobre nosotros mismos que *La crítica de la razón pura*.

Por lo demás, vivamos con nuestro tiempo. Lo que acabo de decir puede leerse en filigrana en una obra que lleva un título maravilloso (se diría un capítulo inédito de *Las mil y una noches*), *Ánalisis conceptual del Corán sobre tarjetas perforadas*, de Allard, Elziere Gardin y Hours, editada por «Mouton & Co.» en La Haya en 1963)

VI

LA GRUTA DE ALI-BABA Y LOS VESTIGIOS DEL URARTU

El sello de Salomón. El tesoro de los tesoros.

Imaginado para coronar la fantástica invención de los djinns, es el florón de la idea desnuda.

Pero *Las mil y una noches* aluden frecuentemente a tesoros más materiales. Montones de oro, de plata y de objetos preciosos, ocultos en antiguos pozos o en misteriosas cavernas. Monumentos, ciudades enteras guardadas por mil sortilegios. Lugares inaccesibles, que son como la caja fuerte de todos los secretos.

¿Qué son todos estos tesoros? ¿Sueños, ilusiones, simples argumentos poéticos o de cuentos de hadas? ¿O bien fueron un día realidad? ¿Qué secretos nos ocultan? ¿A qué riquezas o a qué conocimientos, hoy olvidados, desaparecidos, quieren aludir?

El más célebre de estos tesoros es probablemente el de la gruta de Ali-Babá.

Se han atribuido muchos orígenes diferentes al cuento de *Ali-Babá y los cuarenta ladrones*, al cual, por otra parte, se niegan los puristas a dar entrada en *Las mil y una noches* (1).

W. F. Kirby (en su apéndice a la edición de Burton, de 1886) y Armel Guerne dicen que es un cuento chino. Pero existe una versión que lleva por título *Los dos hermanos y los cuarenta y nueve dragones* en los cuentos griegos modernos de Geldart, y el profesor Palmer descubrió otra, propia de los árabes del Sinaí. En cuanto a nosotros, creemos haber visto con nuestros ojos la ca-

(1) Los puristas le otorgan un lugar aparte en la literatura árabe. Suponen que es un fragmento de un «Ciclo de los Ladrones» actualmente desaparecido.

verna de Alí-Babá, en Turquía («Alí-Babá» es, desde luego, un nombre turco).

El lago de las aguas muertas de Van es célebre por sus gatos nadadores. Estos maravillosos animales tienen los ojos de diferentes colores, uno castaño y el otro azul, y el pelo tan largo como los gatos de Angora (en realidad, gatos de «ankara»), pero con frecuencia de un color ligeramente azulado.

El lago de Van (Van Golu, seis veces y media mayor que el Leman) refleja también en sus aguas, a 1.708 metros de altitud, en Anatolia Oriental, en pleno Taurus, extrañas ciudadelas construidas sobre espigones rocosos. Son las ruinas de Tuschpa y de Toprakka-le, que fueron ciudades urartianas.

La misteriosa civilización urartiana, que dio su nombre al monte Ararat, era casi totalmente desconocida antes de la última guerra. Y sigue siendo menos conocida que sus contemporáneas, las civilizaciones hitita y acadia. Parece que tuvo su apogeo a finales del segundo milenio antes de Jesucristo. Después estuvo en conflicto permanente y brutal con los asirios. Podemos leer en el monumento de un rey asirio: «Así habla Salmanasar: Me acerqué a la ciudadela de Aram, rey de Urartu. Puse sitio a la ciudad, me apoderé de ella, maté a numerosos guerreros y conseguí abundante botín. Después hice levantar una montaña de cráneos delante de la ciudad y destruí por el fuego catorce ciudades de su reino...»

Las ciudadelas que se encuentran cerca de Van, Tuschpa, capital del Urartu, y Toprakkale están construidas sobre unos roquedales impresionantes. Están llenos de grutas, algunas de las cuales eran cenotafios llamados Khorkhor por la población, sin duda a causa de la más célebre de ellas, la gruta de Horhor, donde se descubrió una larga inscripción cuneiforme, conocida por el nombre de *Crónica de Horhor* y que relata las numerosas expediciones que extendieron el territorio urartiano.

En Tuschpa, como en Toprakkale, abundan los nichos tallados en las anfractuosidades, los portales tapiados, los contornos de puertas sobre unos muros que suenan de un modo desesperadamente apagado, las misteriosas cámaras cúbicas excavadas a alturas vertiginosas e inaccesibles. Una de las fotografías que presenta-

mos fuera de texto expresará mejor que cualquier comentario el escenario terrible y surrealista donde se encuentran todas estas grutas y todas estas puertas sin que jamás podamos saber lo que está abierto y lo que está cerrado. Ahora bien, el mito de Alí-Babá, que tuvo su origen allí, es, a su manera, una digresión sobre lo lleno y lo vacío.

He aquí un resumen de este mito. Un pobre leñador, Alí-Babá, ve un día una banda de ladrones. Se oculta en un árbol. El jefe de la banda se acerca a una roca y grita: «¡Sésamo, ábrete!» La roca se abre. La banda penetra en ella y vuelve a salir al cabo de un rato. Alí-Babá, que se ha fijado en la palabra mágica, entra a su vez en la roca. Llega a una caverna donde se encuentra un inmenso tesoro. Sus piernas se hunden en él como en un mar...

Se lleva todo lo que puede de este tesoro. Principalmente, monedas de oro. Para contar estas monedas, envía a su mujer a pedir una medida prestada a su hermano Kassim. Su cuñada, recelosa, unta con pez el fondo de la medida. Cuando Alí-Babá acaba de contar el oro y devuelve la medida a su hermano, una moneda ha quedado pegada en el fondo. Kassim, codicioso, desea saber su origen. Alí-Babá, demasiado ingenuo, se lo cuenta todo. Kassim se dirige inmediatamente a la cueva, con animales de carga, para robar el resto del tesoro. Al llegar delante de la anfractuosidad, dice: «¡Sésamo, ábrete!», y la roca se abre. Penetra en ella, y la roca se cierra a su espalda. Pero, enloquecido por la vista de todo aquel oro, olvida la palabra mágica, que le permitiría volver al aire libre. Queda preso en la caverna.

Los ladrones le descubren allí. Lo matan y lo despedazan. El día siguiente, Alí-Babá, inquieto por lo que haya podido pasarle a su hermano, vuelve a la caverna. Recoge todos los pedazos sanguinolentos del cadáver y los carga en su asno en vez de los codiciados tesoros. Encarga a un viejo remendón de sandalias, que se ha quedado ciego, que cosa los pedazos de su hermano: quiere enterrarlo de un modo decoroso y la costumbre exige que el muerto esté a la vista del público. Lo llevan a hombros, en una camilla, y todos los transeúntes tienen que echar una mano durante unos pasos.

Inquietos al advertir la desaparición del cadáver, los ladrones van a rondar por la ciudad. Descubren al remendón, se hacen acompañar a la casa de Alí-Babá y marcan su puerta con una cruz.

Una esclava de Alí-Babá, llamada Morgiana, se alarma y borra la cruz. Todo es en vano. Los ladrones consiguen penetrar al fin en la casa de Alí-Babá. Su jefe, disfrazado de mercader de aceite, pide la hospitalidad sagrada y hace depositar en el patio treinta y nueve odres de aceite, que en realidad, ocultan a otros tantos ladrones. Morgiana descubre el truco. Vertiéndoles aceite hirviendo, mata sucesivamente a todos los ladrones. El jefe huye.

Pero vuelve al poco tiempo, disfrazado. Admitido en la intimidad de Alí-Babá, es invitado a presenciar una danza de la esclava Morgiana. La danza del puñal. El puñal, un accesorio, irá al fin a clavarse en el pecho del ladrón. Y Morgiana se casará con Alí-Babá (o con su hijo, dice púdicamente Galland, pues Alí-Babá estaba ya casado).

Las relaciones de esta historia con la región de Van son muy numerosas. Digamos para empezar que el emplazamiento de Toprakkale es conocido de los indígenas por el nombre de Zimzin Mégara, o Zimzim dag, que quiere decir montaña Sésamo.

Un nicho de la montaña de Van (la escarpadura rocosa de Tuscha) se llama Mheri-Dur (la «Puerta de Mehra»). Allí se conservó un largo texto de finales del siglo IX a. de J.C., con una lista duplicada de setenta y nueve dioses, y en el que se consigna los sacrificios (de toros, vacas y corderos) que debían serles ofrecidos. Pero H. y G. Schreiber, en su libro titulado *Reinos enterrados*, le llaman *Meher Kapouzy* (puerta de Meher) y añaden: «El mito refiere que, después de una vida agitada y rica en aventuras, el héroe armenio Meher franqueó esta puerta y se adentró en la montaña. Pero esta leyenda no es la única que se refiere a esta curiosa "puerta" que intriga a los autóctonos desde hace milenios. Se dice que da entrada a unas salas subterráneas, morada de los demonios y que, una vez al año, el día de San Juan, se abre durante la noche, para que los espíritus malignos puedan celebrar el aquelarre.»

Esto nos lleva a dos pasos de Alí-Babá, pero he aquí algo que

nos acerca definitivamente a él:

«Los campesinos contaron a unos arqueólogos que un pastor que se había dormido cerca de la puerta oyó en sueños la fórmula mágica que hacía que se abriesen las hojas de aquélla, que daba a una gruta donde se acumulaban incalculables riquezas. El pastor se despertó, pronunció la palabra que era como un santo y seña y penetró en el corazón de la montaña, pero, al ver los montones de oro y de joyas, olvidó la fórmula mágica y nunca volvió a salir.»

Esta historia coincide perfectamente con la de Alí-Babá y hay otras leyendas armenias que se refieren al mismo tema.

Así, Moisés de Corene, historiógrafo armenio del siglo V, considerado a menudo y erróneamente como un embustero redomado, refiere la de Ara el Magnífico y Semíramis, una espectacular pareja de amantes. Cuando murió Ara, Semíramis (no se trata de la reina de Babilonia y de los jardines colgantes, pues esta Semíramis es típicamente armenia) no pudo consolarse. Se hizo construir, cerca de Van, un palacio misterioso, fantástico e invisible para todos, en el que terminó sus días.

Pero Moisés de Corene habla también de enormes cavernas, de recintos abovedados y llenos de restos de antiguos monumentos y de esculturas perfectamente visibles.

Estos «restos» debían sin duda existir aún en el siglo pasado, pues hasta una época muy reciente fueron pocos los arqueólogos que penetraron y trabajaron en este país prohibido y peligroso. Un joven arqueólogo francés, A. Schulz, que visitó Armenia a principios del siglo pasado y dejó allí su vida, se enteró de que un campesino había encontrado un día un magnífico trono de bronce con incrustaciones de oro y de rubíes, el trono del rey de Urartu. Salrió en su busca, pero fue en vano. Los campesinos habían convertido el bronce del trono en útiles de labranza, habían fundido el oro de placas para venderlo a peso y habían montado los rubíes en sortijas.

Este fabuloso trono desaparecido, sueño del arqueólogo, es el símbolo de Urartu. Si hubiese podido recuperarse, sería hoy una de las piezas más importantes del Louvre y Urartu habría acredi-

tado ya su fama. Esto guarda también relación con el mito de Alí-Babá.

Cabe pensar, pues, que el tesoro de los cuarenta ladrones no estaba constituido, como se dice en el cuento, por el botín acumulado por ellos y sus antepasados durante generaciones. Esto habría sido absurdo. Nunca ha habido ladrones que se jugasen la vida para guardar tesoros.

En cambio, el prodigioso montón de oro y de objetos preciosos que vio Alí-Babá es absolutamente plausible si nos imaginamos que los cuarenta ladrones eran saqueadores de tumbas. En este caso, habrían descubierto una tumba urartiana que encerraba riquezas comparables a las de la tumba de Tutankamón en Egipto o a las de las sepulturas de Ur descubiertas por Wooley en Mesopotamia. Alí-Babá descubrió su secreto. Y robó el tesoro y lo fundió para venderlo.

Las leyendas que circulan en Van sugieren que el tesoro de Alí-Babá fue uno de los últimos vestigios de la civilización urartiana. Gracias a él, se enriqueció un pobre leñador y por esto no podemos verlo actualmente en ningún museo.

Alí-Babá es el responsable de nuestro desconocimiento del fabuloso Urartu.

Toprakkale y Tuschpa han sido saqueadas hasta tal punto, primero por Alí-Babá y los cuarenta ladrones, en una época muy remota, y después, allá por los años de 1875 a 1880, por los buscadores de tesoros, conscientes del interés del «mercado» de objetos urartianos, que sólo las leyendas y la gruta siguen dando testimonio de Alí-Babá. Pero en términos generales los resultados de las excavaciones de Urartu nos recuerdan en muchos aspectos el mito de Alí-Babá.

El profesor Tashin Ozgüs ha emprendido desde 1959 excavaciones en un lugar denominado Altimpe, «la Colina del Oro», que se encuentra cerca de Erzincán. Este lugar fue revelado, hace unos treinta años, por el descubrimiento accidental de una tumba que contenía ciertos tesoros urartianos que se hallan actualmente en el museo de Ankara. En ocho temporadas de excavación, Tashin Ozgüs sacó a la luz el trazado de las murallas de una formidable ciu-

dadela y descubrió un cementerio en el exterior de la ciudad.

«Cada tumba —escribe Tashin Ozgüs— es una copia en pequeño, muy bien hecha, de una casa. En las paredes de estas casas de imitación hay nichos en los que se guardaban objetos y entre sus habitaciones (generalmente en número de tres) hay pasadizos cuidadosamente cerrados con losas de piedra. La entrada de cada casa estaba cerrada por varias toneladas de guijarros; el techo, compuesto de grandes bloques de piedra, estaba cubierto por una capa de guijarros y otra de ladrillos sin cocer. Es evidente que los moradores de Altimpe hacían todo lo posible para que sus tumbas no pudiesen encontrarse fácilmente.»

La dificultad era tal, que sólo la casualidad (y fue por pura casualidad que Alí-Babá descubrió la gruta) o el conocimiento de una palabra mágica o de una tradición podían provocar su descubrimiento. Sus descubridores se encuentran, pues, exactamente en la misma posición de Alí-Babá. Otro detalle digno de observar es que todas estas tumbas eran copias de casas. Ahora bien, está claro que la caverna de Alí-Babá servía de morada a los ladrones. No era únicamente un escondrijo. Pero, ¿hay algo más en las «casas» de Altimpe?

«En la mayoría de las tumbas —escribe Tashin Ozgüs— encontramos los restos de una sola persona, yaciendo en un precioso ataúd de piedra o de madera y vestida con ricos hábitos. Con frecuencia, estaba rodeada de armas de bronce o de hierro. Las tumbas estaban también amuebladas con sillas de madera, camas y mesas adornadas con láminas de oro y de plata y montadas sobre pies de bronce fundidos en forma de zuecos o de patas de león. Había también grandes calderos de bronce sostenidos por tres pies y adornados con cabeza de toro y grandes cantidades de otros objetos de oro, de plata, de hierro y de piedra, de terracota y de marfil. El contenido de estas tumbas da testimonio de la riqueza de Urartu.»

Se advierten en esta descripción dos elementos presentes en el mito de Alí-Babá: tesoros y un muerto. En efecto, ¿acaso el muerto urartiano no nos recuerda el cadáver despedazado de Kassim, el hermano de Alí-Babá?

Otro pasaje del artículo que citamos (publicado en *The American Scientist*) recuerda también otro aspecto de nuestro mito:

«Altimpe había estado, como todas las ciudades urartianas, per-
trechada para poder resistir un asedio. Encontramos, en dos gran-
des almacenes, hileras de enormes jarras, medio enterradas en el
suelo. Cada jarra llevaba unos jeroglíficos que indicaban la natu-
raleza y la cantidad de su contenido. Actualmente, no pueden ya
leerse estas inscripciones, pero si los almacenes de Altimpe se pa-
recen a los otros de Urartu, unas debían contener trigo, cebada,
sésamo o guisantes y las otras aceite o vino. En un almacén descu-
bierto en unas excavaciones al norte de Urartu, había noventa ja-
rras capaces de contener unos mil seiscientos hectolitros de vino,
y una inscripción hallada cerca del lago de Van declara que las
bodegas reales urartianas podían almacenar dos mil quinientos
hectolitros de vino. En realidad, cuando los asirios de Sargón II
invadieron Urartu, el año 714 a. de J.C., la disciplina militar de los
invasores fue sometida a dura prueba por el irresistible atractivo
del vino local.»

Estas enormes jarras, ya contuviesen trigo, cebada, sésamo, guisantes (vegetales, todos ellos, citados por Kassim) o vino, nos re-
cuerdan evidentemente las cuarenta jarras donde se ocultan los
ladrones. El mito de Alí-Babá, si cuenta realmente la historia de
un ladrón de tumbas, no podía olvidar estas jarras donde un hom-
bre puede mantenerse fácilmente de pie y que, en las excavaciones,
se encuentran en número considerable e incluso más frecuentemen-
te que los tesoros.

VII

IRAM DE LAS COLUMNAS, LA CIUDAD DE COBRE

1. «CAMINANTES: COMED, BEBED, AMAD...»

Uno de los mitos más oníricos y más grandiosos de *Las mil y una noches* es el de la Ciudad Fantasma, el espejismo de los espejismos del desierto. Es Iram de las columnas, la ciudad de cobre, construida al principio de los tiempos por Ad, un personaje mítico; una ciudad misteriosa y prestigiosa, prohibida a los humanos.

Un hadit (una tradición coránica) es probablemente el texto árabe más antiguo que conocemos a su respecto. He aquí lo que cuenta: Salomón, paseándose un día sobre su alfombra voladora, pasa sobre un palacio perdido en medio del desierto. Este palacio (que más tarde será llamado Iram) no ofrece ninguna entrada. Los djinns mandados por Salomón tienen que levantar una punta del tejado para penetrar en él. Encuentran allí, ante todo, un águila de setecientos años de edad, que les dice que nunca vio ninguna entrada. Encuentran después una segunda águila de novecientos años que les dice lo mismo. En una habitación recóndita del palacio, una tercera águila, ésta de mil trescientos años, les revela, al fin, la situación de una puerta situada en el lado oriental. Pero está cubierta por la arena.

Salomón la hace barrer. Entra en el palacio. Allí se encuentra con un ídolo que lleva en la boca una tablilla de plata con esta inscripción en caracteres griegos:

«Yo, Sheddad, hijo de Ad, he reinado sobre un millón de ciudades, he montado un millón de caballos, he tenido un millón de vallos y he matado un millón de guerreros, pero no he podido resistir al ángel de la muerte.»

Volveremos a encontrar estas palabras decepcionadas, en formas más o menos diferentes, al principio de todas las versiones del mito de Iram de las Columnas. Podría hacerse con ellas un florilegio.

Tabari, el historiador árabe, habla de una ciudad construida por Salomón alrededor de una fuente de cobre líquido (¿el misterioso mar de bronce del templo de Jerusalén?). En sus muros, se lee:

«Yo, Salomón, hice construir este palacio de manera que pueda subsistir hasta la época en que llegará el día del juicio final, pero los que lo han construido se han convertido hace tiempo en polvo bajo tierra.»

Las mil y una noches, al describir el mausoleo de este Sheddad, hijo de Ad, nos dicen que hay en él una enorme placa de cobre rojo donde están grabadas estas líneas:

«¡Entra aquí para saber la historia de los que fueron los dominadores!

»¡Todos ellos pasaron ya! ¡Apenas tuvieron tiempo de descansar a la sombra de mis columnas!

»¡Fueron dispersados como sombras por la muerte! ¡Fueron dispersados por la muerte como la paja por el viento!

Sobre el propio sarcófago de Sheddad se lee:

«Tenía diez mil corceles en mis caballerizas. Los cuidaban unos reyes a los que yo había hecho prisioneros.

»Tenía mil vírgenes de sangre real en mis habitaciones como concubinas. Y otras mil elegidas por sus senos gloriosos y porque su belleza hacía palidecer el brillo de la luna.

»Y yo creía que mi poder era eterno. Pero llegó el día de mi muerte.

»Y aquel día reuní a mis caballeros, a mis reyes y a mis jefes. En su presencia hice que trajesen mis tesoros.

»Os los daré, les dije, si prolongáis solamente un día mi vida sobre la tierra.

»¡Pero ellos bajaron los ojos y guardaron silencio! Entonces me muri. ¡Y mi palacio se convirtió en el asilo de la muerte!

Y sobre la mesa colosal de Sheddad, de madera de sándalo maravillosamente esculpida:

«Antes se sentaban a esta mesa mil reyes tuertos y mil reyes que tenían buenos ojos. Ahora, en la tumba, todos son igualmente ciegos.»

Este tipo de inscripciones amargas es muy antiguo. Paralelamente a la tradición islámica, la tradición clásica helenizante ha dado un gran relieve a unas líneas grabadas sobre la tumba, hoy desaparecida y sobre la que nos preguntamos si existió alguna vez, donde se presume que fue enterrado, en Anquelón, cerca de Tarso, un rey asirio del siglo VIII a. de J.C., el famoso Sardanápal:

«Sardanápal, hijo de Anacíndrax, ha fundado en un día Anquelón y Tarso. Caminantes, comed, bebed y amad. Todo lo demás es sólo vanidad.»

Es difícil saber si las confesiones del mítico Sheddad son anteriores o no a las de Sardanápal. Sea como fuere, su decepcionada grandeza ha franqueado alegremente el paso de los siglos. Encontramos reminiscencias en los soberanos árabes hasta una época relativamente reciente. Así, Abderrahmán III, que reinó durante medio siglo en el califato de Córdoba, nos dejó esta reflexión:

«Cincuenta años han transcurrido desde que soy califa. Tesoros, honores, de todo he gozado, y todo lo he agotado. Los reyes, mis rivales, me temen y me envidian. Todo lo que desean los hombres me ha sido concedido por el cielo. Pero en este largo espacio de felicidad aparente he calculado el número de días que me he sentido feliz. *Este número asciende a catorce*. Mortales, apreciad por esto la grandeza, el mundo y la vida...»

El hombre más afortunado del mundo confiesa no haber tenido siquiera quince días de verdadera felicidad en toda su larga vida!

Turbadora confesión.

2. AD Y THAMUD, LOS PUEBLOS MLDITOS.

Iram de las Columnas, según nos dicen las tradiciones, se convirtió en una ciudad muerta, más o menos invisible a los ojos de los hombres, porque pecó de vanidad.

Una leyenda shammar (tribu de los alrededores de Mosul) nos refiere en estos términos la maldición que cayó sobre Iram.

«Ad, padre y jefe de la tribu de los adíes, se había establecido en el desierto poco tiempo antes de la confusión de las lenguas. Fundó allí una ciudad que pronto adquirió renombre en toda la Arabia Feliz. Sus palacios habían sido construidos con oro, y elevaron hasta el cielo unos jardines más bellos que los de Babilonia. Flores y frutos encontrábanse allí en abundancia. Pájaros nacidos de la mano del hombre se columpiaban en las ramas de los árboles. Sus cuerpos, llenos de suaves perfumes, embalsamaban el aire de toda la ciudad. Ad, orgulloso de su obra, se creyó un dios y quiso que lo adorasen. Pero el cielo no permitió que este orgullo quedase impune y le hirió con su fuego. Como señal eterna de la justicia divina, la ciudad existe aún en el desierto, pero es invisible a todos los ojos.»

El Corán y los hadits nos hablan también de Ad y de Iram.

Según ellos, Ad era hijo o descendiente de Noé. Se casó con mil mujeres de las que tuvo ciento cuatro mil hijos que constituyeron su pueblo, el «Pueblo de Ad».

«Esta gente —dicen algunos comentaristas (Djellaloddin y Zamakchari)— tenía una estatura prodigiosa. Los más altos medían cincuenta metros de estatura, y los más bajos treinta (cien y cincuenta codos).» Pero el pasaje del Corán en que se fundan (Corán, cap. VII) parece un indicio muy débil.

El Corán sitúa a los adíes entre los pueblos castigados por su impiedad, junto a las gentes del Faraón, a las de las ciudades perversas (probablemente Sodoma y Gomorra) y al pueblo de Thamud, castigado por haber cortado los corvejones de una camella preñada, milagrosamente salida de un peñasco.

Todos estos pueblos han perecido lamentablemente.

«¡Los thamud perecieron en el hervor del fuego! —dice el Corán—. ¡Los ad perecieron en el viento aullador, furioso, que desencadenamos sobre ellos durante siete noches y siete días funestos. ¡Todos fueron derribados como troncos huecos de palmera!»

La suerte de estos pueblos malditos ha sido prolíjamente comentada y algunos exegetas han llegado a sostener que sus ciudades fueron destruidas por una bomba atómica. Suposición poco probable, pues se trataba de unos pueblos muy pequeños y su destrucción pudo deberse muy bien a fenómenos completamente naturales. En el caso de Ad, se dice que Alá envió un viento particularmente cálido y sofocante después de una espantosa sequía que duró cuatro años consecutivos. ¿Se necesita algo más para destruir a una tribu del desierto?

Por otra parte, la ciudad de los thamud no debió quedar tan arrasada como Hiroshima. Los hadits nos informan de que quedaron ruinas bastante importantes. En el curso de la expedición de Tabuk, en 632, Mahoma hizo acampar sus tropas en el lugar de Al-Hidjr donde se supone que vivió el pueblo impío, lugar maldito desde tiempo inmemorial. El Profeta prohíbe a sus soldados que se instalen en las ruinas de las antiguas habitaciones por miedo de que se manchen y se les contagie el mal. «En estas ruinas —dice—, únicamente se puede entrar llorando.»

En realidad, se trataba sobre todo de habitaciones excavadas en la roca y algunos autores dignos de crédito afirman haber visto la hendidura de treinta metros de longitud por la que se presume que salió la camella sagrada cuyos corvejones fueron cortados.

Algunos racionalistas pretenden que la ciudad de Ad, Iram de las Columnas, simboliza los espejismos del desierto. Ante un fenómeno físico —el temblor del aire y de la luz sobre una arena calentada en demasía—, la imaginación árabe habría hecho surgir

una ciudad fantástica.

«Yo la he visto temblar en la luz pesada y vertical —escribe A. Champdor— como los nómadas que avanzan hacia ella, víctimas, una vez más, de un espejismo parecido al que tantas veces han visto ya, cuando deseaban dar descanso a sus cuerpos fatigados, relajarse enteramente...»

¿Iram un simple espejismo? ¿Una invención? Los textos que la describen son demasiado precisos para que podamos aferrarnos a esta bonita idea. ¿Y Sodoma y Gomorra? ¿Y Thamud? ¿Fueron también espejismos? Todo nos inclina a buscar un fundamento histórico a Iram.

Una tradición yemení muy arraigada indica que las gentes de Ad habitaban las *ahgâf*, las dunas de arena situadas en Arabia meridional, en la región de Wabar, reino maravilloso de los djinns y de los leones.

Estas *ahgâf* forman un desierto casi tan grande como Francia, el Rab'al Jâli, surcado ciertamente por los prospectores de petróleo, pero que sigue siendo todavía en la actualidad una de las regiones menos conocidas del mundo. ¿Descubrirá un día alguna misión arqueológica las ruinas de Iram en lo que fue un oasis? Todavía podemos soñarlo.

No hay ninguna razón que nos haga creer que la ciudad de Ad no ha existido nunca. Las tradiciones concernientes a ciudades destruidas tienen siempre un fundamento, sobre todo en esas regiones donde la ruptura de un dique o la desecación de una bolsa de agua puede hacer fácilmente que el desierto vuelva por sus fueros...

Pero *Las mil y una noches* dieron una importancia extraordinaria a esta ciudad. Incorporaron a su leyenda elementos misteriosos muy concretos, pero de origen desconocido, para hacer de ella un gran fresco en el que se expresan magistralmente los temas de la *Bella durmiente del bosque*, de la vida submarina y de los materiales embrujados.

3. UNA CIUDAD DE SUEÑO.

Dos cuentos de *Las mil y una noches* tienen por tema Iram de las Columnas: *La ciudad de bronce* y *Las llaves del destino*.

Las llaves del destino nos cuentan el origen de la más antigua mezquita de El Cairo, la mezquita de Ibn-Tulún, uno de los florones del arte musulmán. Su inmenso patio, rodeado de pesadas columnas, recuerda por su austereidad nuestros más bellos claustros románicos. Fue construida en el siglo IX por unos cristianos venidos de Bagdad. Es uno de los pocos vestigios que quedan de El Cairo de antaño.

Las mil y una noches nos dice que la hizo construir el califa Ibn-Tulún, gracias a la plata conseguida con una operación alquímica realizada con el azufre rojo que un miserable súbdito de su padre se había procurado en ocasión de un viaje a Iram.

Las llaves del destino nos refieren este viaje:

Nuestro héroe se vende a un mago beduino que lo lleva con él a través de muchos desiertos. Llegan al pie de una estatua que representa un arquero que tiene cinco llaves de metales diferentes en la mano. El beduino se apodera de dos de ellas, la de cobre y la de plomo, que son las de la riqueza y la sabiduría. Deja a su acompañante la de plata y la de oro, que corresponden a la miseria y al sufrimiento. Ninguno de los dos toca la llave de cobre chino, que es la de la muerte.

Sigue una serie de tribulaciones y de aventuras extraordinarias en desiertos desconocidos, entre ellas el paso por un frágil puente de cristal. Por último, después de un viaje aéreo (se embadurnan la espalda con una pomada mágica y les salen alas), llegan a Iram de las Columnas, la ciudad de Sheddad, donde descubren un cofrecillo de azufre rojo.

Este maravilloso cuento deja en una imprecisión total el em-

plazamiento de la ciudad. Ninguna indicación concreta sobre los desiertos que cruzan los dos hombres: «Parecen formados por lentejuelas de plata» y nada más. De todas maneras, la vaguedad del viaje aéreo acabaría de borrar todas las pistas.

En cambio, la ciudad es descrita minuciosamente.

«Se hallaba en medio de una inmensa llanura cuyo horizonte estaba cerrado, a lo lejos, por un cerco de cristal azul. Y el suelo de esta llanura parecía de oro en polvo y sus guijarros de piedras preciosas.

»Las murallas de la ciudad habían sido construidas con ladrillos de oro alternando con ladrillos de plata y ocho puertas se abrían en ella, parecidas a las puertas del paraíso. La primera era de rubí; la segunda, de esmeralda; la tercera, de ágata; la cuarta, de coral; la quinta, de jaspe; la sexta, de plata, y la séptima, de oro.

»Sus calles estaban flanqueadas por palacios de columnas de alabastro. Un palacio, cuyas terrazas estaban sostenidas por mil columnas de oro, con sus balaustradas de cristales de colores, dominaba la ciudad. En el centro del palacio, había un jardín regado por tres arroyos de vino puro, de agua de rosas y de miel. Un pabellón, cuya bóveda estaba formada por un solo rubí, se levantaba en su centro.»

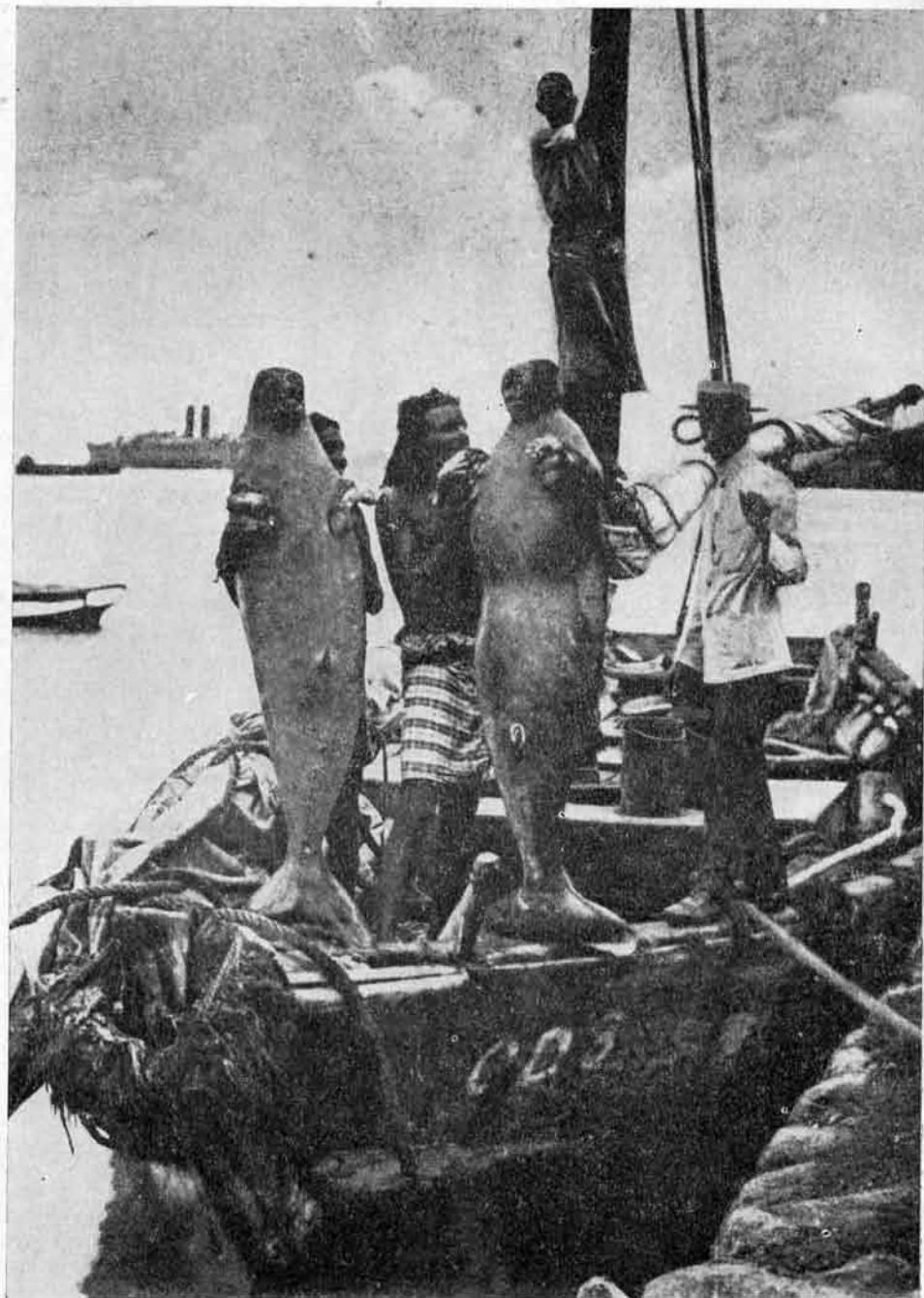
Esta descripción es demasiado poética para dar lugar a un análisis serio. En comparación con ella, la que nos da de Iram el cuento titulado *La ciudad de cobre* parece casi realista.

Lo mismo que *Las llaves del destino*, *La ciudad de cobre* deja constancia de su época. Su acción se desarrolla durante el reinado de un califa omeya, Abdelmalek ben Merwan, que reinó en Damasco a principios del siglo VIII d. de J.C. Su principal protagonista es un personaje histórico muy conocido, el emir Muza, uno de los más valerosos héroes de la conquista musulmana del Magreb y de España.

El califa de Damasco, habiendo oído hablar de una ciudad misteriosa situada cerca de un mar donde se pescan vasijas de cobre de formas extrañas y que contienen efrits rebeldes a Salomón, en-



Uno de los encuentros de Simbad: el varano de Comodo, lagarto gigantesco, último representante de los monstruos de antaño. Comodo es una isla próxima a Bali. (Foto Sven Gillsäter-Rapho)



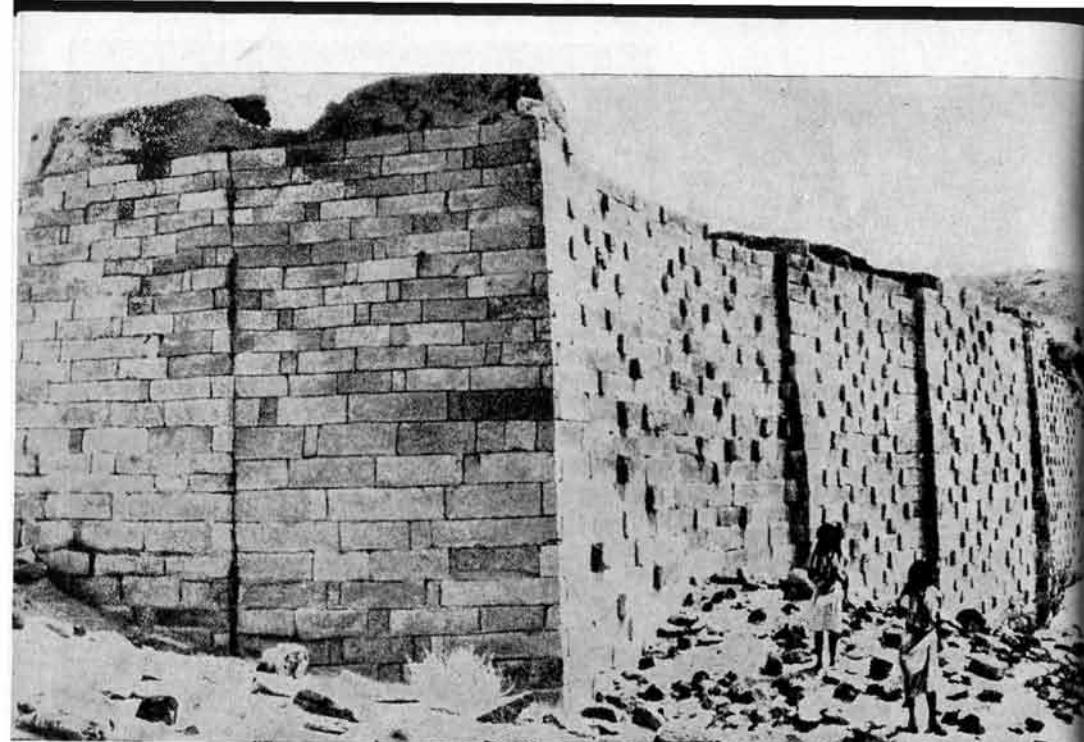
Esta extravagante fotografía de principios de siglo nos muestra una pareja de «dugongs» capturados cerca de Adén. En aquella época, las «sirenas animales» eran corrientes en los mares africanos. En la actualidad, han desaparecido prácticamente. (Col. Ciolkowska, París)

Sobre este «Kudurru» babilónico, vemos una de las más chocantes representaciones del dios Ea que dio origen al mito de las sirenas. De su corazón brotan hilos de agua. (Museo del Louvre. Foto M. Beck - Ed. R. Laffont)



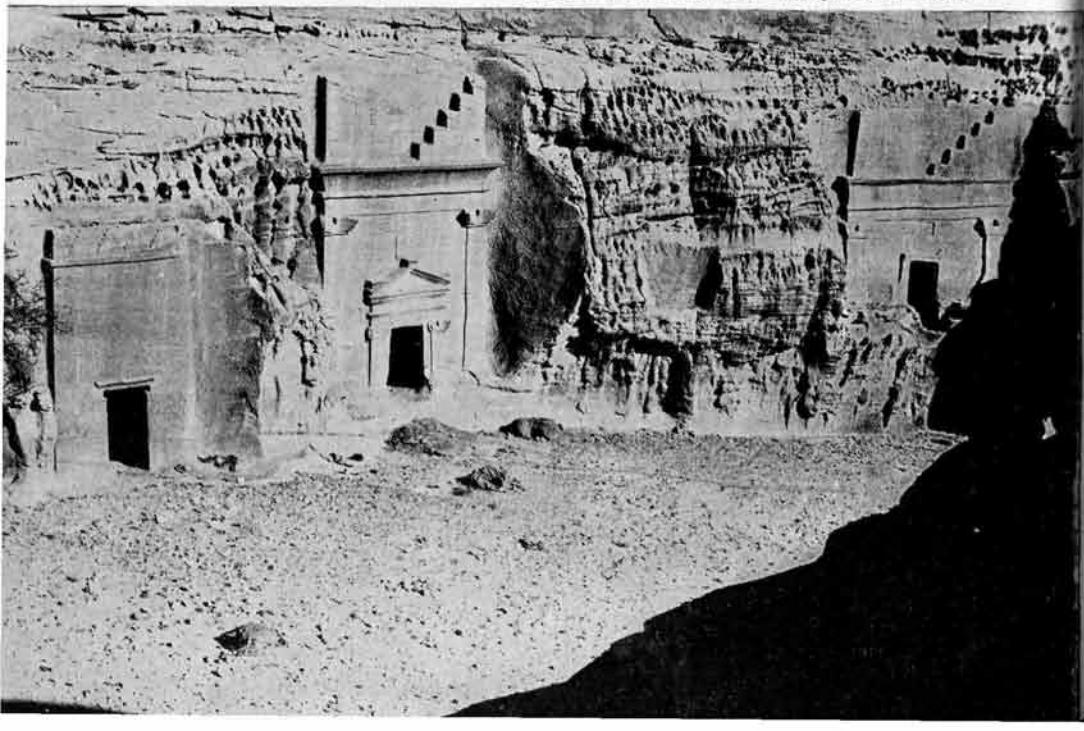
«Las Mil y Una Noches». Heródoto y Quinto Curcio no fueron los únicos que hablaron de las Amazonas. Éstas fueron también esculpidas en el mármol del mausoleo de Xantos, Turquía. (Foto Boudot-Lamotte)





Balkis, la reina de Saba, vio esta muralla. Foto rarísima de la famosa defensa de Marib, la misteriosa ciudad en ruinas del Yemen, sobrevolada por primera vez en 1934 por André Malraux. (Foto X)

Otra imagen rara. Monumentos del famoso valle de las tumbas nabateas de Mad'in Salih, en Arabia Saudí. Es un valle maldito, dicen los guías, y hay que abstenerse de bajar hasta allí. (Foto Christian Monty - Images et textes)



vía a Muza, gobernador del Magreb, para que ponga en claro el asunto.

Muza organiza una verdadera expedición. Parte con mil camellos cargados de agua y otros mil cargados de provisiones, y la caravana recorre «durante meses inmensos desiertos, lisos como el mar cuando está tranquilo».

Por fin, encuentra un mausoleo gigantesco.

«Era como una nube brillante, a ras del horizonte. De cerca, se distinguía un edificio de altas murallas, de acero chino, sostenido por cuatro hileras de columnas de cuatro mil pasos de circunferencia.» Su cúpula de plomo está cubierta por centenares de cuervos. Esto no es aún Iram, sino el mausoleo del hijo de Sheddad.

Iram está más lejos. Un extraño poste indicador señala la ciudad. Es un gigantesco jinete de cobre al que se hace girar sobre el pedestal como una ruleta de sala de juego y que se detiene marcando la dirección a seguir.

Iram es por fin anunciada por un monstruoso genio encadenado en pleno desierto. Explica que la ciudad fue maldita después de un prodigioso combate entre los djinns rebeldes y el ejército de los djinns fieles mandados por Salomón. Después de la victoria, Salomón ahogó a los rebeldes en vasijas de cobre y lanzó un hechizo sobre la ciudad, y todos sus habitantes están como dormidos. El relato del genio indica que se produjo un verdadero cataclismo. «De pronto vi que nuestros adversarios se transformaban en una montaña inflamada que empezó a vomitar fuego a torrentes, empeñada en ahogarme bajo los cascotes lanzados, que caían sobre nosotros en capas encendidas.»

Muza prosigue su viaje y ve levantarse por fin ante él, «unas murallas de bronce formidables, tan lisas que se habrían dicho recién salidas del molde en el que habían sido fundidas». No tienen ninguna entrada. Muza sube a la cima de un monte vecino para contemplar la ciudad encerrada en aquéllas.

«Era una ciudad de sueño.

»Cúpulas de palacios, terrazas de mansiones y tranquilos jardines se escalonaban dentro del recinto de bronce. Canales iluminados por la luna discurrían en mil circuitos claros a la sombra de

los macizos... No había ninguna señal de vida humana, sino solamente altas figuras de bronce, cada una de ellas sobre un zócalo monumental, solamente grandes jinetes tallados en mármol, solamente animales alados de vuelo imposible que se perfilaban en una misma actitud petrificada. Y en el cielo volaban enormes vampiros a millares mientras unos búhos invisibles lanzaban sus fúnebres llamadas y sus lamentaciones sobre los palacios muertos y las terrazas dormidas...»

Muza hace levantar un andamio para penetrar en la ciudad. Ésta permanece intacta, pero todos sus moradores están sumidos en un sueño mágico. En el palacio principal, una joven princesa exangüe yace en un lecho de flores.

Uno de los compañeros de Muza quiere tocarla. Inmediatamente cae muerto por una flecha que le dispara una estatua. Impresionado por este signo maléfico, Muza resuelve salir lo antes posible de la ciudad.

Se conforma con adquirir, gracias a unos singulares pescadores que viven en los alrededores de Iram, unas vasijas de cobre donde hay unos djinns encerrados. También se lleva «dos hijas del mar, dos maravillosas criaturas de largos cabellos ondulados como las olas, de rostro de luna y senos redondos y admirables, duros como guijarros marinos, pero que de cintura para abajo tienen cuerpo de pez. Su voz era muy bella y su sonrisa encantadora. Pero no hablaban ni comprendían ninguna de las lenguas conocidas...»

En Damasco, colocaron estas sirenas en un gran estanque. Vieron en él durante un tiempo, pero acabaron por morir de calor y de debilidad.

4. LA PIEDRA DE LA RISA.

Los episodios de la gente dormida y de las sirenas son propios de *Las mil y una noches*. Ambos brillan por su ausencia en las otras versiones que conocemos de la aventura del emir Muza.

Ésta se relata, *desde 841 hasta 1406, al menos en otros ocho textos*, tres de los cuales se deben a los tres historiadores árabes más famosos, Ibn Jaldún, Mas'udi y Tabari, cada uno de los cuales adorna con nuevos detalles su versión.

«Existe un libro célebre consagrado enteramente a Iram de las Columnas», nos dice Abu Hamid al Andalusi. Desgraciadamente, este libro se ha perdido en el transcurso de los siglos. Pero el mismo autor concreta que la ciudad de cobre tenía cuarenta parasanjas de perímetro (o sea, ¡veintiún kilómetros!) y que sus murallas tenían una altura de quinientos codos (¡doscientos cincuenta metros!). Según él, no era la primera ciudad de los adíes. «Se dice que Iram fue construida por Du'l Qarnein. En realidad, es obra de Salomón.»

Tabari (muerto en 923) sazona su versión con una historia tragicómica. Según él, Muza envió al primer explorador a escalar la muralla de bronce. «Cuando éste hubo subido a las almenas, hizo un alegre guiño a sus compañeros, se echó a reír a carcajadas y después se lanzó por el otro lado de la muralla y desapareció.»

Muza había ofrecido diez mil dirhem a este hombre. Ofrece cien mil al voluntario siguiente. Éste tiene la precaución de hacerse atar con una cuerda y da órdenes a sus compañeros de que tiren de ella hacia fuera si ven que va a arrojarse por encima de la muralla. Cuando el hombre llega a las almenas se echa a reír como el otro. Sus compañeros tiran de la cuerda, pero ésta se rompe por arte de magia como si la hubiesen cortado con un cuchillo. Otros dos voluntarios desaparecen de la misma manera. Fastidiado, Muza

da una vuelta alrededor de la ciudad, descubre una de las decepcionantes inscripciones que acabamos de citar y se aleja de la ciudad sin haber entrado en ella.

En la versión más tardía de Ibn Jaldún (muerto en 1406), los voluntarios no se ríen, sino que aplauden y exclaman: «¡Qué hermoso es esto!»

Ibn al Fatih da una explicación muy particular de las carcajadas de los voluntarios. Según él, las murallas de Iram no son de cobre, sino de *piedra de bath*. Y dice: «Cualquiera que mire esa piedra pierde la razón. ¡Su risa es tan prolongada que perece por su causa!»

Kazwini (muerto en 1283) sigue la línea de esta información. «La piedra de bath —dice— es, para los hombres, lo que es el imán para el hierro. El que la mira se ve forzado a reír a carcajadas y a lanzarse en su dirección, y ya no puede despegarse de ella.» Añade que las murallas de la ciudad no son de «bath», sino un pilar situado en su centro. Especifica que la «bath» tiene el color de la marcasita blanca. Dos siglos más tarde, Ibn Kordad-Bey cambia el nombre de «bath» por el de «aetita» o «piedra de águila», pues se la encuentra en los nidos de las águilas. La considera componente principal de la mítica muralla de Gog y Magog, una extrapolación de la Gran Muralla de China.

Por lo demás, esta muralla guarda cierto parentesco con Iram de las Columnas y a veces sus leyendas se confunden. Así, cuando Al Andalusí y Al Bakúwi (muerto en 1403) afirman que el fundador de la Ciudad de Cobre fue Alejandro Magno, es sin duda en memoria de las presuntas hazañas fabulosas realizadas por Alejandro y principalmente de su lucha contra los demonios Gog y Magog.

Los árabes llaman a Alejandro Magno, Iskander de los dos cuernos. Este apodo le fue dado en recuerdo del culto egipcio a Zeus-Amón cuyo símbolo era un carnero y del que se aprovechó Alejandro. Le identificaron a un héroe nacional himiarita prehistórico, Dhu'l Qarnaín, cuyo nombre quiere decir también «el cornudo» (pero en este caso fue porque su tribu llevaba unas trenzas muy extrañas). La mezcla de las aventuras de estos dos personajes dio origen a la extraordinaria *Novela de Alejandro*, colección de cuentos y de mitos tan desenfrenados como los de *Las mil y una noches* en los que se puede leer que Dhu'l Qarnaín conquistó ciudades cu-

yas murallas de cobre o de bronce «eran tan brillantes que para no quedarse ciegos sus habitantes llevaban máscaras».

5. LOCALIZACIÓN DE IRAM DE LAS COLUMNAS.

Sin explicar todas las extrañas que se acaban de leer, los comentaristas de *Las mil y una noches* trataron, sobre todo, de localizar Iram. Estas localizaciones tienen, naturalmente, en cuenta la personalidad del presunto fundador de la ciudad y la de su descubridor.

Al principio hemos visto que Iram se encontraba en medio del gran desierto arábigo. Era simplemente una ciudad maldita.

Después, los narradores quisieron mezclar en su historia la personalidad casi universal de Salomón. A partir de entonces, su situación dejó de estar forzosamente ligada con el desierto maldito.

En la leyenda de Salomón, hay, en efecto, elementos que evocan la ciudad de bronce.

La Biblia, por ejemplo, nos dice que había en el famoso templo de Jerusalén:

- »Dos columnas de bronce sin junturas ni huecos...
- »Dos capiteles de bronce de cinco codos
- »con frutas de bronce que parecen naturales.
- »Un mar frío de metal líquido
- »contenido en una gran taza de bronce.
- »Y es también él, Hiram, el hijo de la Viuda...
- »quien fundió las cuatro ruedas de bronce de cada zócalo,
- »Y alrededor de las columnas, plantó
- »las palmeras de bronce y los otros árboles de bronce...
- »Tanto bronce que no se calculó ni comprobó su peso...»

Aun prescindiendo de la equivalencia fonética entre Iram e Hiram de Tiro, el hijo de la Viuda, artesano genial, fundidor extraordinario, alquimista famoso y nigromante, llamado por Salomón para pegar las partes metálicas de su templo y que se convirtió en el patrón de los francmasones, vemos inmediatamente que una ciudad presuntamente fundada por Salomón pudo llegar a ser una «ciudad de bronce».

Ciertos comentaristas pensaron incluso que Iram de las Columnas no era más que una fantasía inspirada por el propio Templo de Jerusalén y por su desaparición. Pero esta teoría olvida otros elementos primordiales del cuento en los que siempre se habla de una Iram extraordinariamente remota.

Como el emir Muza, personaje histórico, es el protagonista de la mayoría de las versiones del mito de Iram, muchos comentaristas realizaron estudios histórico-geográficos para tratar de determinar el sitio donde se encontraba Iram. Estos estudios se basan en los hechos y hazañas de Muza y de sus contemporáneos. Desgraciadamente, no concuerdan nunca.

Se ha sostenido, con el mismo éxito, que Iram se encontraba en las cercanías de Adén, en el sur de Egipto, en Andalucía, en los alrededores de Susa, Túnez, en la costa atlántica marroquí...

Littmann sitúa Iram en Río de Oro. Lane, Gaudefroy-Demombynes y Ferrand no vacilan en llevar a Muza hasta el corazón de África y sitúan Iram cerca del lago Chad. Y Bochart piensa que se trata de la ciudad grecorromana de Leptis Magna, en Tripolitania. Esta última localización se funda en el hecho de que se han encontrado muchos objetos antiguos en el mar, en Leptis Magna, que es un puerto sin arena.

Pero esto equivale a decir que Iram era una ciudad muerta, una ruina de la antigüedad, abandonada por los hombres, repleta de tesoros, pero en el fondo no más misteriosa que todas las otras ciudades abandonadas, griegas, romanas, egipcias, etc., que abundan en África y en Oriente.

En este caso, Muza no habría sido más que un arqueólogo precoz.

Una teoría seductora que viene a decir que los árabes sublima-

ron los innumerables vestigios de la Antigüedad que les rodean. En África y en el Próximo Oriente hay, evidentemente, numerosas ciudades muertas que aparecen en forma de una multitud de columnas que surgen de la arena. Ahora bien, Iram recibe indistintamente el nombre de «Iram de las Columnas» y el de «Ciudad de Bronce». ¿Será Iram de las Columnas una idealización de Leptis de las Columnas, de Timgad de las Columnas o de Djemila de las Columnas?

Las columnas antiguas adornan muchos desiertos, y los beduinos no las ignoran. Los árabes no han vacilado nunca en utilizarlas. Las de la famosa mezquita de Kairuán son en parte grecorromanas.

Así, los secretos de Iram pertenecerían a las civilizaciones perfectamente conocidas que construyeron aquellas ciudades y elaboraron sus tesoros, las dracmas que se encuentran al excavar el suelo, etc. Partiendo de esto, parece también igualmente razonable localizar Iram en Leptis Magna, una de las ruinas más interesantes de África, como en Petra o el famoso valle encantado de las tumbas nabateas, el valle de Mah'in Sal'ih, en la Arabia Pétrea. Sin embargo, no deja de ser extraño, e incluso inconcebible, que el misterio de todos los monumentos antiguos sólo cristalizase hasta este punto en el mito de Iram. En primer lugar, si se trata de ruinas conocidas de todos, ¿por qué no hablan *Las mil y una noches* de los monumentos egipcios? ¿Por qué *Las mil y una noches*, que en más de una cuarta parte tienen El Cairo como lugar de acción, y sobre todo *Las llaves del destino* y *La ciudad de bronce*, desdiseñan sistemáticamente las pirámides, mucho más espectaculares que una ciudad grecorromana abandonada? Es evidente que Iram tiene un interés particular para los narradores árabes. Si no, no la habrían escogido entre tantos temas maravillosos. Y resulta difícil creer que sea resultado de un «esfuerzo de abstracción generalizadora», completamente desconocido en los otros trescientos noventa y nueve cuentos que componen *Las mil y una noches*.

6. EL ÁMBAR DE LA ATLÁNTIDA

Estudiemos más bien lo que hay de más extraño y más particular en el mito de Iram. Olvidemos la embrujada atmósfera de soledad, de inmovilismo, de alejamiento, de belleza y de grandeza pasada. ¿Qué nos queda? Las murallas de bronce, la piedra de la risa y las sirenas. Estas tres particularidades nos servirán de guías. Sólo ellas distinguen Iram de todas las ciudades muertas conocidas.

Muros de bronce. Unos muros tan brillantes que los moradores de la ciudad tienen que ponerse una máscara para no quedarse ciegos.

¿Quiénes, aparte de los árabes, hablaron de esta clase de muros?

Un solo autor.

Platón.

He aquí lo que escribe, al describir Poseidonia, la capital de la Atlántida:

«Todo el contorno del muro correspondiente a la fortificación más exterior había sido revestido de bronce, de la misma manera que se utiliza el barniz y, por otra parte, el muro del recinto exterior estaba revestido de estaño fundido. En cuanto al que rodeaba la acrópolis propiamente dicha, lo habían revestido de un oricalco que brillaba como el fuego.»

Sabido es que Platón es la fuente de todos nuestros conocimientos sobre la Atlántida. Todo lo que sabemos del fantástico continente sumergido se halla contenido en dos pasajes de *Timeo* y de *Critias*.

Nos refieren que el legislador Solón fue a Egipto, a Sais, donde

tuvo acceso a numerosos archivos egipcios, actualmente desaparecidos. En estos archivos se mencionaba una guerra entre los egipcios y los atlantes, representantes estos últimos de una civilización muy refinada que había florecido en una isla del Atlántico. «Esta guerra —dice Platón— fue seguida de una espantosa catástrofe. Un violento terremoto sacudió la tierra, que fue después asolada por lluvias torrenciales. Las tropas griegas perecieron y la Atlántida fue engullida por el océano.»

La bibliografía de la Atlántida está compuesta actualmente por casi tres mil títulos y la discusión sobre si la Atlántida existió en realidad y dónde, está muy lejos de haber terminado. Nuestro propósito no es intervenir en esta cuestión, sino demostrar que el mito de Iram no es más que una tradición árabe a propósito de la Atlántida.

La descripción que hace Platón de Poseidonia es, en efecto, sensiblemente igual a la de Iram por los narradores árabes: los mismos muros gigantescos de bronce o de ladrillos de oro y plata alternados, unos muros resplandecientes y «tan lisos que se habrían dicho recién salidos del molde». Y también el mismo misterioso material de singulares propiedades.

La Atlántida de Platón tiene también su «piedra de bath», el famoso «oricalco», fantástico material cuyo secreto poseían los atlantes.

El oricalco, «resplandeciente como el fuego» (sin duda por esto llevaban máscaras nuestras gentes) ha excitado enormemente las imaginaciones. Se han formulado toda clase de hipótesis sobre su procedencia. Una aleación perfecta. Metal caído de las estrellas o traído por seres extraterrestres, todo ha sido imaginado.

La teoría aparentemente más seductora sobre el origen del oricalco es la de Jürgen Spanuth (en *L'Atlantide Retrouvée*, Plon, 1954) que lo identifica con el ámbar rubio, la maravillosa resina de los bosques cuaternarios tragados por el mar y que, si se dispone de él en muy grandes cantidades, puede ser utilizado como revestimiento.

El ámbar rubio ha sido muy apreciado en todos los tiempos. Los griegos lo llamaban «elektron». Sentíanse ya fascinados por estas extrañas «piedras de oro» cuya misteriosa procedencia dio origen a muchas leyendas. Se puede imaginar que los atlantes, en su isla lejana, poseían grandes reservas de ámbar, conocían el arte de fundirlo y lo utilizaban como revestimiento mural, lujo insensato cuyo recuerdo cristalizó en la leyenda de Iram y de la «piedra de bath».

Queda por explicar la hilaridad que acometió a los voluntarios de Muza al ver aquella piedra. El ámbar nunca ha hecho reír a nadie. ¿O será que la resplandeciente y cegadora belleza de una película de ámbar extendida sobre varios cientos de metros de pared provoca una especie de éxtasis en los que la ven por primera vez?

Hay una explicación mucho más satisfactoria. En efecto, ya hemos visto, al hablar de las utilizaciones cómicas de la Palabra del Poder, cuál es la naturaleza de la risa: una especie de súbita beatitud debida al hecho de haber conectado, con el menor esfuerzo, dos «campos operatorios» diferentes. «Un "atajo" permitió a nuestra facultad simbólica, siempre en tensión, ejercitarse sin el menor esfuerzo.» Ahora bien, una de las características del mito es también conectar dos experiencias con una considerable economía de medios. Cuando esta economía es excesiva, o degenerada, puede parecer también un «atajo» y prestarse a la risa.

Tal es probablemente el sentido de la hilaridad de los enviados de Muza. Se ríen porque la «piedra de bath» es tan extraña, tan luminosa, y abre unos horizontes tan nuevos, que su visión inopinada produce, sobre las mentes no preparadas de unos modestos soldados, los intensos efectos de un «cortocircuito». Esta historia nos recuerda también que la risa representa un indudable papel de iniciación.

7. LOCALIZACIÓN DE LA ATLÁNTIDA.

Si Iram de las Columnas y Poseidonia son una sola y misma ciudad, ¿dónde se encuentra?

Los atlantólogos siguen discutiendo, y sin duda seguirán haciéndolo durante mucho tiempo, sobre el probable emplazamiento de la Atlántida. Los más modernos tienden a situarla muy hacia el Norte. Spanuth pretende haber descubierto el trazado de Poseidonia a ocho metros bajo el nivel del mar, cerca de Heligoland, en el mar del Norte, en el curso de una expedición realizada en 1952, pero Tartesos (en España, en la desembocadura del Guadalquivir), las Azores, las Canarias, Creta, el Sáhara, etc., tienen también sus defensores. El debate sigue abierto y de momento nos abstendremos de participar en él. Orillaremos la dificultad admitiendo que todos y cada uno de los emplazamientos designados por los comentaristas del mito árabe no son *a priori* imposibles. Veamos por qué.

Si la Atlántida y su capital Poseidonia existieron, si los atlantes alcanzaron el poder considerable, reflejo de una civilización muy adelantada, de que nos habla Platón, sería absurdo pensar que esta civilización se recluyó en una verdadera torre de marfil. Contrariamente a esto, Platón nos habla de una guerra. Y quien dice guerra (importante) dice tentativa de colonización.

Todo parece indicar que los atlantes tuvieron colonias. Iram de las Columnas pudo ser una de ellas, en cuyo caso era natural que tuviese ciertas características (las murallas de bronce, el oricalco y las columnas) de Poseidonia, la capital. Destruida al mismo tiempo que la Atlántida, o arrasada por sus enemigos, podría haberse encontrado en cualquiera de los lugares que hemos citado, en la costa tripolitana, en el Sáhara, en Marruecos, cerca del lago Chad, e incluso en Adén.

La identificación de Iram con Poseidonia no explica únicamente la denominación de «Ciudad de Bronce» que se da a Iram, sino también la de «Ciudad de las Columnas». En efecto, las columnas como los muros de fuego, son una de las características de la ciudad de la Atlántida.

«La autoridad de unos reyes atlantes sobre otros, y sus relaciones —leemos en *Critias*—, estaban reguladas por las leyes de Poseidón. Así lo prescribía la tradición, lo mismo que una inscripción grabada por los primeros reyes en una columna de oricalco que se encontraba en el centro de la isla, en el templo de Poseidón.»

El emplazamiento privilegiado de esta columna indica que los atlantes practicaban un culto que fue llamado «culto de las columnas del cielo».

La columna central simboliza la conservación y la perennidad del orden natural, el sostentimiento del cielo de la bóveda cósmica. Su culto en épocas prehistóricas dejó vestigios evidentes en los países de los sajones y de los indios. Incluso se hace referencia a él en la Biblia, donde la patria de los filisteos es denominada *ai Kaptor* (isla de las Columnas), y ellos mismos, *kaphitoritas* (adoradores de columnas). Fundándose en esto, Spanuth llega a identificar los atlantes con los filisteos.

Por consiguiente, las columnas de Iram, sin duda poco numerosas, pero muy importantes, quizás no estaban desparramadas en las arenas del desierto, como nos imaginábamos hace un momento, sino encerradas detrás de muros de bronce, en el centro de la ciudad, en un templo de ámbar...

Por lo demás, la disposición circular y cerrada de la ciudad mítica es admitida por todos. Incluso por aquellos que consideran la Atlántida como una utopía. Así, Jean Servier escribe, en su *Historia de la Utopía*: «La Atlántida no es solamente el polo opuesto mítico de la virtuosa Atenas (...) Representa el Oriente y muy particularmente Persia cuyas invasiones habían conmovido las

estructuras griegas más aún que los atlantes en un remoto pasado mítico.

«En muchos aspectos, la Atlántida nos recuerda las ciudades de Asia Menor. Ecbatana estaba protegida, según Heródoto, por siete murallas concéntricas esmaltadas con los colores de los siete planetas. En el centro se levantaban el palacio real, el tesoro del rey y los santuarios construidos por Nabucodonosor, cubiertos de oro y de plata como el templo de Poseidón.»

«Las ciudades circulares forman parte de la tradición oriental —Bagdad ha conservado su forma primitiva hasta el siglo I del Islam— y expresan una de las primeras preocupaciones de la ciudad que será continuada en el curso de los siglos por todas las utopías: la muerte.»

8. GENTES SIN NOMBRE.

Platón es el primero (y el único) que nos habla de la Atlántida. Pero otros, antes que él, habían hablado ya de los atlantes. Heródoto de Halicarnaso, unos cincuenta años anterior a aquél, los menciona en su *Encuesta*. Da aquel nombre a dos pueblos diferentes de África del Norte.

«A diez días de marcha de los garamantes, en dirección a las Columnas de Hércules —dice—, se encuentra un cerro de sal y de agua. Sus habitantes se llaman atlantes y que nosotros sepamos su pueblo es el único en que los hombres no llevan nombres. Si su nación usa el nombre general de atlantes, los individuos no tienen nombre propio. Este pueblo lanza maldiciones al sol cuando está en la cima de su curso porque su ardor quema los seres humanos y la tierra.»

Según los traductores de Heródoto, la palabra atlante se emplea aquí en vez de atarante. Los atlantes propiamente dichos son el pueblo vecino. En efecto, Heródoto sigue así:

«Después de otros diez días de camino, se encuentra otro cerro de sal con agua, también habitado. A su lado se eleva una montaña llamada Atlas. Es estrecha, perfectamente redonda y tan alta que, según se dice, su cumbre es siempre invisible, envuelta en nubes tanto en invierno como en verano. Es la columna que sostiene el cielo, según las gentes del país. La montaña les dio su nombre, pues son llamados Atlantes. Según se dice, no comen nada que haya vivido y no conocen los sueños.»

Ante todo hay que hacer algunas observaciones geográficas. Los cerros de sal de que habla Heródoto se encuentran sobre todo en Libia, en el Fezzán. Él las sitúa sencillamente hasta el estrecho de Gibraltar, donde se encuentran las Columnas de Hércules, poco alejadas de la montaña llamada Atlas por Heródoto, aunque, por su descripción, parece tratarse más bien del volcán Túdide (3.600 metros), en el Tibesti. Sin extendernos sobre estas confusiones, observemos solamente que cuando Heródoto habla de columnas se refiere a las de Hércules.

Más importantes nos parecen los detalles que da sobre los atarantes-atlantes. Los segundos no llevan nombres propios e injurian al sol. Los primeros son vegetarianos y no sueñan nunca.

Estas cuatro particularidades son lo bastante extrañas para que nos fijemos en ellas. A. Bergnet, en su traducción de Heródoto, nos da las siguientes aclaraciones sobre la primera: «La prohibición de dar un nombre o de pronunciar el nombre de una persona es un tabú observado frecuentemente y que encontramos en ciertas tribus beréberes. También se relaciona con esto el velo que cubre el rostro de los tuareg.» E indica otro pasaje de Heródoto con referencia a la prohibición de los nombres propios. Éste es a propósito de los jonios que se casaron con las carienas después de haber matado a sus padres: «A causa de estos asesinatos, juraron las mujeres, y después sus hijos, que no comerían nunca con los hombres y que no llamarían nunca a sus maridos por sus nombres, ya que habían matado a sus padres, a sus maridos y a sus hijos para vivir después con ellas.» «Leyenda probablemente inventada para explicar ritos y tabúes religiosos que resultaban incomprensibles», según A. Bergnet.

Ahora bien, la prohibición de pronunciar un nombre es un tema corriente de *Las mil y una noches* en general y del mito que es-

tudiamos en particular. La prohibición que menciona Heródoto nos recuerda la que se hace al emir Muza cuando llega al corazón del Iram. No debe despertar, bajo ningún pretexto, a la princesa dormida.

¿Qué son *Las mil y una noches*, sino una larga interrogación sobre el sentido, el valor y el poder de las palabras y de los tabúes que las envuelven, una de las interrogaciones más lúcidas formuladas por los hombres? Al referirnos a Salomón, propusimos esta equivalencia: hablar de = hablar a. Aquí proponemos otra: despertar = llamar. La prohibición impuesta a Muza de despertar a la Bella Durmiente del Bosque equivale a la de llamarla por su nombre. En presencia de ciertos misterios (aquí el de la Atlántida, nación que como las gentes de Ad y de Thamud cometió alguna falta), el silencio es una virtud. La presencia de sirenas mudas confirma esta tesis: unas sirenas que, como bien dijo Andersen, prefieren los más grandes sufrimientos a pronunciar una sola palabra.

Podemos ir más lejos. ¿Tienen los atarantes-atlantes algo más que su nombre en común con los de Platón? Sus «injurias» al sol, ¿no son indicación de un mundo sumergido? ¿No recuerda su vegetarianismo el de los peces que sólo se alimentan de plancton? Y si no sueñan nunca, ¿no será porque ellos mismos son un sueño? Nada les separa de los orígenes. El sueño no es más que un fatigoso caminar hacia éstos. Los atlantes pueden, pues, privarse de los sueños.

Advirtamos también que el vegetarianismo es a menudo considerado en Asia oriental como un período de pureza y de inteligencia. Está, también él, «cerca de los orígenes».

La introducción de la costumbre de comer carne se presume que se remonta a los tiempos de Nemrod. «En la época de Zohak, cuarto rey de Persia —escribe Firdusi en el *Sahnamah*—, los alimentos eran poco variados, pues la gente no comía carne. De todo lo que produce la tierra únicamente se comían los vegetales.» Y cuenta que el diablo se disfrazó de cocinero y dio a comer carne a Zohak, y como recompensa éste le besó en los hombros. Dos serpientes, a las que no se podía decapitar, salieron de los sitios

marcados por los besos. Entonces, adoptando la apariencia de un médico, el diablo aconsejó al rey que las alimentase con cerebros humanos. «Era un medio que utilizaba en secreto para despoblar el mundo de los hombres como había empezado a hacer con el de los animales.»

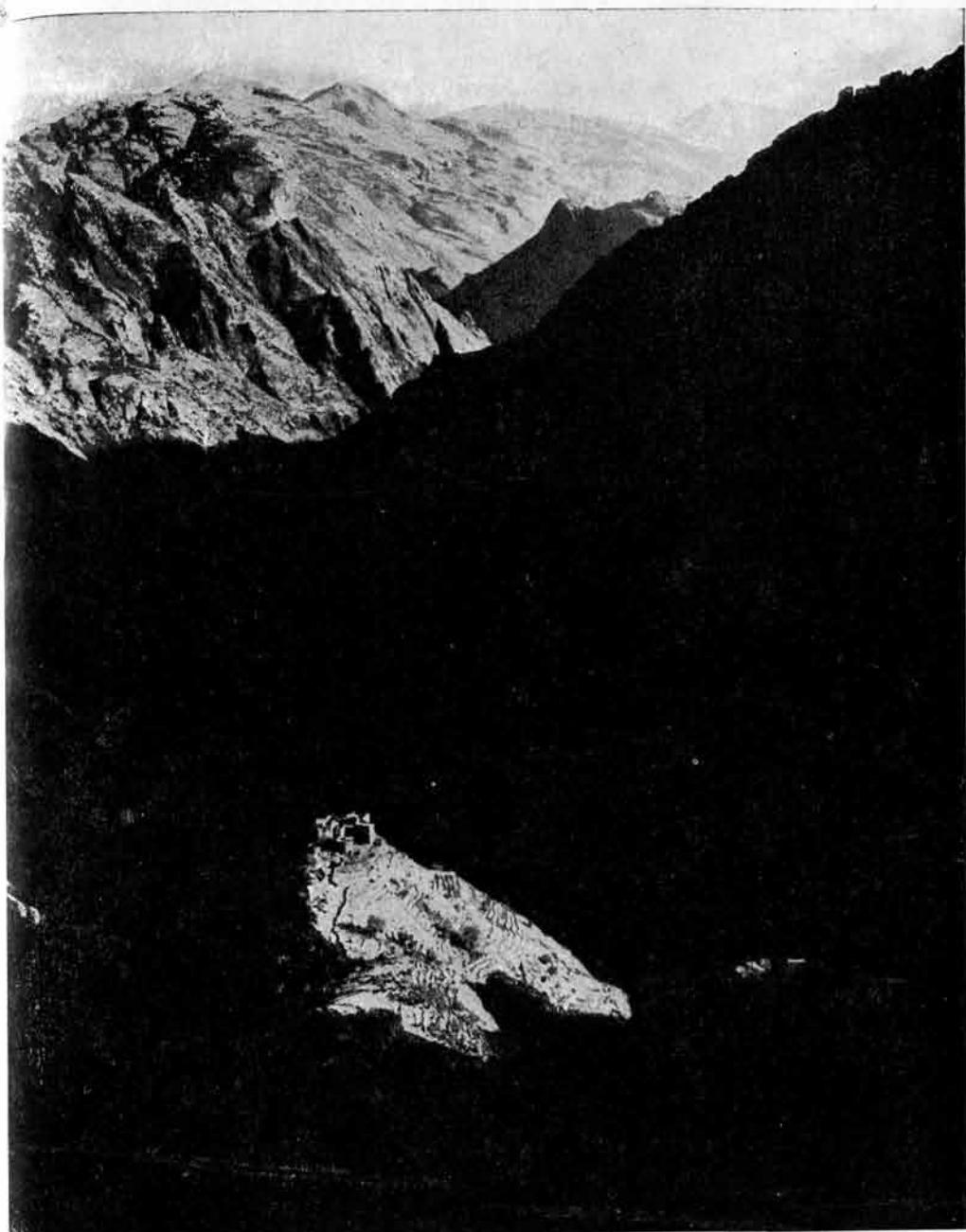
9. MEGALITOS.

¿Está el culto de las columnas indisolublemente ligado a la Atlántida? Parece que fue practicado por una tribu histórica de emigrantes, los shardanos, originarios de Creta y de Anatolia, que después de haber luchado contra los egipcios, se desparramaron hasta Italia, España, Sicilia y Cerdeña, donde establecieron colonias. Como los lidios, los tirlenos, los torrebos y tal vez los filisteos, formaban originariamente parte de un gran pueblo misterioso llamado Macones, según dice Maspéro.

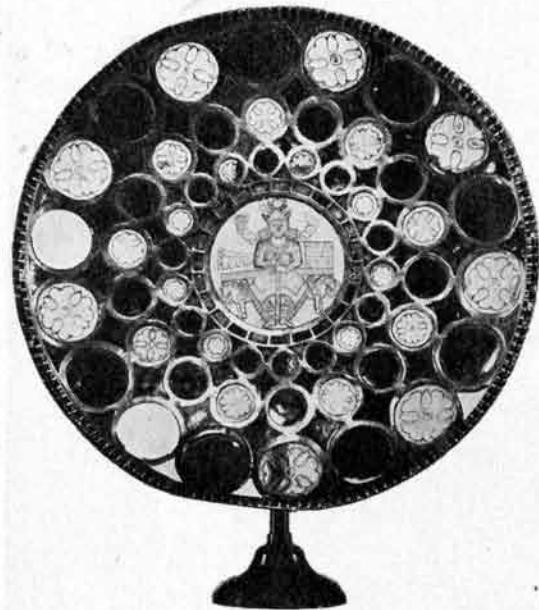
Guerreros formidables, se atrevieron a enfrentarse con los poderosos ejércitos egipcios. Igual que los atlantes. Las paredes del templo de Medinet Habú ilustrarán estas batallas. Algunos creyeron que los guerreros labrados en ellas eran atlantes, pero es más verosímil que se trate de shardanos.

Éstos prosiguieron sus incursiones en diferentes lugares, entre ellos, Córcega, donde se supone que implantaron la religión de los megalitos. Se conservan algunos ejemplares de éstos en Filitosa, ejemplares desgraciadamente rotos, probablemente en el curso de una última rebelión de los corsos contra los shardanos, alrededor del año 1000 antes de Jesucristo. ¿Y si estos megalitos fuesen las columnas de Iram?

Según Mack-Ambroise Rendu (en *Prehistoria de los franceses*), los corsos estaban tan fascinados por los guerreros shardanos que llevaban cascos de bronce adornados con cuernos, cotas de malla y espadas, que marcaron con un menhir la tumba de cada uno de los suyos que había matado un shardano: «Los artistas —escribe



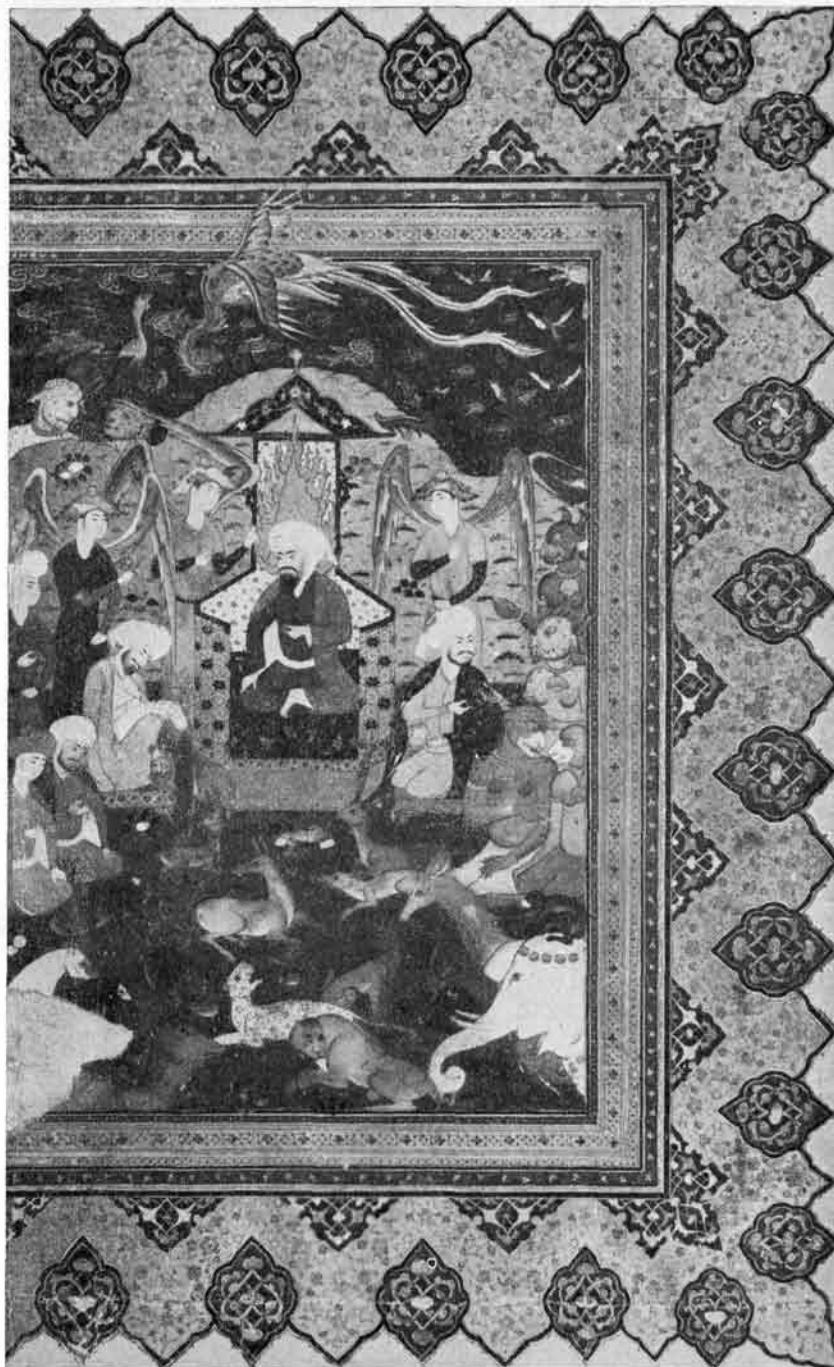
Los europeos que han visto este grandioso paisaje del Yemen son todavía poco numerosos. En este castillo aureolado de luz se guardaban los secretos de «Las Mil y Una Noches». (Foto Troeller)



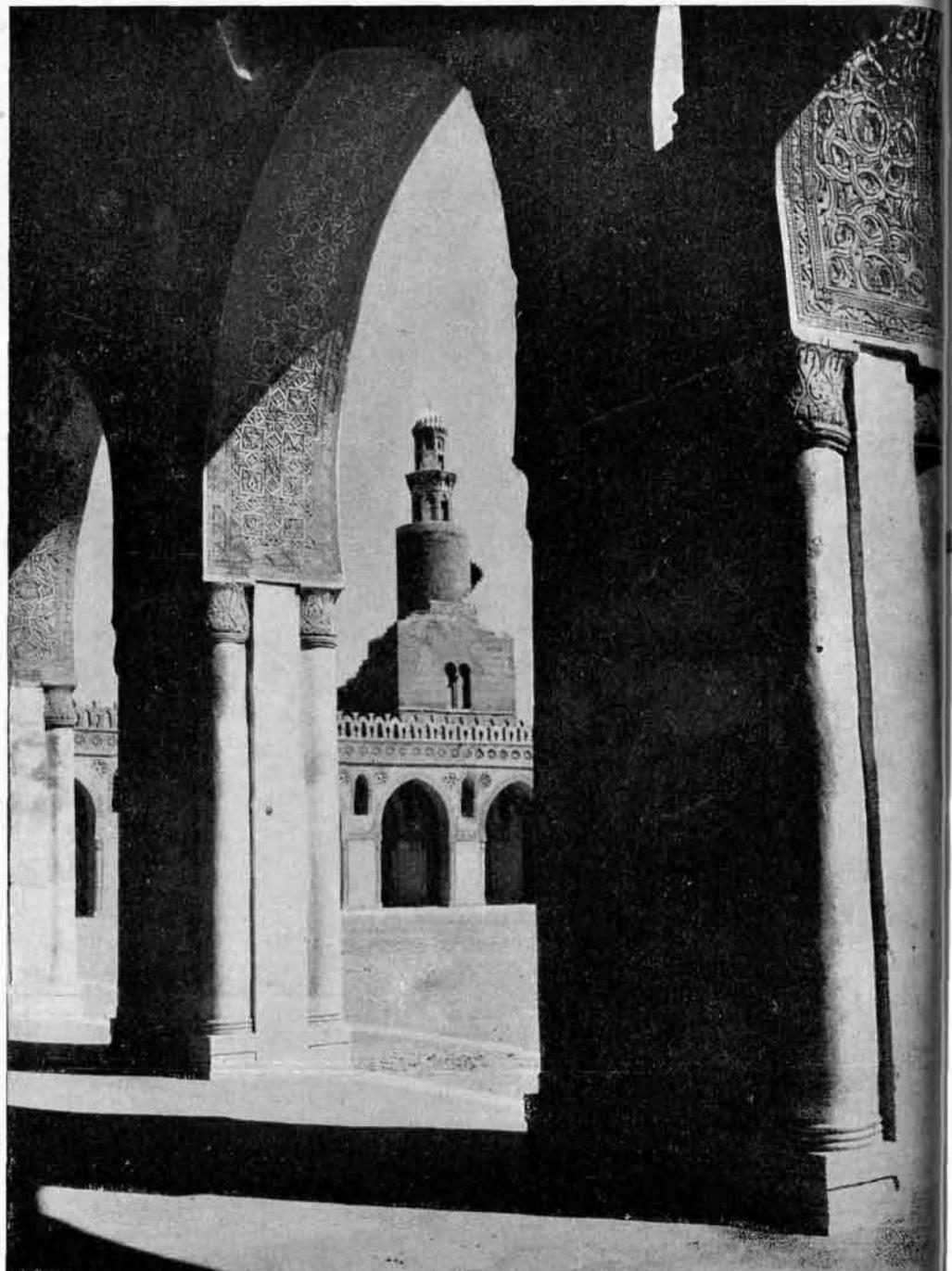
La «copa de Cosroes», llamada también «Taza de Salomón», formaba parte del tesoro de Saint-Denis. Toda de oro, cristal de roca y rubíes, se presume que fue regalada por Harún al-Rashid a Carlomagno. (Foto B. N. Paris)



Otro regalo del Califa al Emperador. Una pieza de un juego de ajedrez de marfil. Es actualmente el objeto máspreciado del Salón de Medallas de la Biblioteca Nacional de París. (Foto B. N. Paris)



Esta miniatura persa representa al rey Salomón — Solimán ben Daud — para «Las Mil y Una Noches». Encima de él, el famoso «Simurgh». A sus pies, los animales a los que sabía «hablar». (Foto B. N. Paris)



La mezquita de Ibn-Tulún, uno de los últimos vestigios de El Cairo antiguo. Fue edificada en 899. «Las Mil y Una Noches» concretan que se construyó gracias al azufre alquímico encontrado en las ruinas de la Atlántida. (Foto Hassia)

Rendu— esculpirán sobre la estela los atributos de los guerreros enemigos. Por una pasmosa inversión psicológica, sus megalitos llegan a ser como estatuas de los que los aterrorizan, los despojan y los matan. Este rasgo de carácter, añadido a los chocantes aspectos de la religión de las piedras levantadas, no deja de sorprender a los pueblos de la época... Unos navegantes publican la noticia en todos los puertos del Mediterráneo. Mil años más tarde, Aristóteles hablará de los "iberos que erigían alrededor de sus tumbas tantos obeliscos como enemigos había matado el difunto durante su vida". Un error de atribución: la arqueología demuestra que los moradores de la península ibérica no tuvieron nunca esta costumbre. Los que la tuvieron fueron los corsos de la prehistoria.»

Estas líneas nos introducen en un nuevo campo de investigaciones: el de la implantación de menhires y dólmenes, que se había producido, a partir de Sicilia hasta los países nórdicos pasando por el oeste de España, Francia e Inglaterra. Ciertos «misioneros», según Rendu, debieron venir de Oriente entre 2500 y 1000 antes de Jesucristo para imponerlos a estos países. Cierto que esto no son más que conjeturas, pero pueden explicar una similitud indudable entre la descripción de Iram de las Columnas y el más célebre monumento megalítico del mundo, el de Stonehenge, en Inglaterra.

10. LAS HIJAS DEL MAR.

Los muros de color de fuego y las columnas autorizan la tesis Iram = Atlantis. La presencia de sirenas-peces que Muza encuentra como por casualidad muy cerca de la ciudad maldita la confirma. En efecto, estas sirenas parecen evocar un país sumergido que habría continuado viviendo debajo del agua al aclimatarse los supervivientes del cataclismo al medio submarino. Las sirenas,

lo mismo que la Bella Durmiente del Bosque guardada por un arquero de cobre mientras una multitud dormida yace en los palacios y en las calles, podría ser parte de un sueño sobre un pueblo desaparecido.

Por otra parte, las sirenas son un rompecabezas para los mitólogos. En particular las sirenas griegas, que son pájaros con rostro humano. En mi ensayo *Les vogayes d'Ulysse* (1), demostré que todos los episodios de la *Odisea* habían sido explicados y localizados con exactitud salvo el de las sirenas del que ningún comentarista de Homero ha podido dar hasta la actualidad, que yo sepa, una explicación satisfactoria.

Para empezar, algunos comentaristas han sostenido que las sirenas de Iram eran animales. Apoyándose en el hecho de que son llevadas a Damasco y encerradas en un zoo (y en el tono desenvelto de los narradores), han querido ver en ellas «dugongos», esos asombrosos cetáceos que tienen el pecho parecido al de la mujer y que amamantan a sus pequeños canturreando. El «dugongo» es, en efecto, bastante común en las costas africanas. Pero esta explicación no se sostiene, pues las sirenas encontradas por Muza cerca de Iram no son las únicas de *Las mil y una noches*.

Los cuentos *Abdalah de la tierra* y *Abdalah del mar* y *Flor de granado* y *Sonrisa de luna* nos presentan ojos ejemplares, y con más detalles.

En el primer cuento, *Abdalah* pesca con sus redes «un ser humano, un adamita parecido a todos los hijos de Adán» con la única diferencia de que su cuerpo termina en una cola de pez. Su cabeza, su cara, su barba, su torso y sus brazos son los de un hombre terrestre.

Este ser niega pertenecer al mundo de los djinns. «Soy —dice— un hijo entre los hijos del mar. Nosotros somos, en efecto, unos pueblos numerosos que moramos en las profundidades marítimas. Y respiramos y vivimos en el agua como vosotros en la tierra y los pájaros en el aire.»

Añade que cree en Alá y en su Profeta y que, por consiguiente,

(1) Hatier, 1965.

está dispuesto a confraternizar con los hombres.

Y da una prueba de ello al trocar, con *Abdalah*, frutos por esmeraldas. Después de haberle untado el cuerpo con un ungüento a base de grasa de ballena, lo lleva a visitar su reino, una ciudad de grutas perdidas en los maravillosos escenarios submarinos, una ciudad cuyos habitantes viven sin preocupaciones de comida (los peces pasan literalmente por delante de sus narices), de vestido (van desnudos), de amor (las jóvenes esperan a sus maridos en la entrada de las grutas y cuando éstos se cansan de una la cambian por otra) y de religión (todas están permitidas, pues hay judíos, cristianos y musulmanes que viven en una igualdad total).

Abdalah es recibido con amabilidad en este reino ideal. Sin embargo, se marcha descontento y mortificado, pues todos los seres dulces y amables con quienes se tropieza estallan en carcajadas al verle. Encuentran extraordinariamente cómicos sus nalgas y su bajo vientre y no pueden evitar demostrárselo.

Este último detalle no tiene nada de gratuito (sabemos desde Bergson que la forma imprecisa, inacabada, de ciertos apéndices, puede provocar la risa), sino que establece también el estado de pureza paradisíaca en el que viven las gentes del mar, estado que da testimonio de una civilización muy elevada y muy pura.

Flor de granado y *Sonrisa de luna* nos brindan otros detalles sobre el reino de las sirenas: «Es mucho más vasto que todos los reinos de la tierra y está dividido en provincias donde hay grandes ciudades muy pobladas. Y estos pueblos tienen, como en la tierra, costumbres diferentes y también formas distintas, según las regiones que ocupan; unos son peces, otros medio peces y medio hombres con una cola que sustituye sus pies y sus posaderas y otros absolutamente humanos, pero que respiran en el agua como respiramos nosotros en el aire.» Y todos viven en palacios espléndidos de cristal de roca, de coral, de esmeraldas y rubíes, unos palacios de arquitectura extraña y sorprendente.

En el continente sumergido donde viven hay carreteras submarinas, ciudades submarinas y reinos submarinos, a veces rivales. Los seres submarinos se hacen la guerra igual que los terrestres. El cuento nos describe matanzas espantosas. «¡Cuántos

gritos ahogados en las gargantas por la punta de las oscuras lanzas! ¡Cuántas mujeres viudas y cuántos niños huérfanos!»

Aquí, la edad de oro descrita en el cuento anterior ya no existe. Aquí vemos, en el fondo del mar, el infierno que conocemos tan bien, aunque parece reservado a los seres submarinos formados exactamente como los hombres (la gente con cola de pez parece privilegiada).

Edad de oro o infierno, este fondo marino surcado de carreteras y erizado de palacios se parece mucho a un Iram submarino. Sobre la tierra, gentes dormidas. En el mar, hombres-peces. Todos gente de otro siglo, de otro continente. Unos, polvorientos y asados por el sol, tienen aspecto de figuras de cera. Los otros, húmedos, demasiado húmedos, han adquirido la forma de peces.

Y unos y otros son símbolo de un candor perdido. No se puede tocar la virgen exangüe en su lecho con baldaquín; uno no puede presentarse desnudo delante de las sirenas bajo pena de provocar sus carcajadas; uno exclama: «¡Oh, qué bello es!» a la vista del bath-oricalco-ámbar y pierde el juicio; uno se queda pasmado ante los palacios de cristal que el agua transforma en lúpulas.

Todos evocan un continente desaparecido donde, ¿quién sabe?, la gente era tal vez más feliz que hoy. Pero ¿lo sabremos algún día? Sin duda, no.

Si Iram, que salvo para Muza era invisible para todos, es también el reino del silencio, aún lo es más, y de un modo más dramático, el reino de las sirenas. Al final de *Flor de granado*, una joven del mar que se ha enamorado de un rey terrestre se casa con él, pero permanece un año entero sin decir palabra.

Hans Christian Andersen repitió fielmente este tema. Su frío lera sirenita (que no es en modo alguno un personaje nórdico, sino que viene directamente de Oriente, si bien al principio pudo formar parte del folklore de los atlantes hiperbóreos, cosa que explica su presencia en ciertas leyendas frisonas) callará hasta la muerte.

Ni siquiera su amante real tiene derecho a conocer los secretos de la Atlántida.

Nosotros podemos considerarnos afortunados por todo lo que sabemos. Si un día, paseando por el desierto, encontráis unas al-

tas y resplandecientes murallas de bronce, sabréis por qué unas sirenas enigmáticas nadan en el mar más próximo. Esto no llegó a comprenderlo el emir Muza.

11. RAÍCES MITOLÓGICAS DE LAS SIRENAS: ESCILA Y DAGÓN.

En el mito de Iram, las sirenas son solamente utilizadas como una referencia a la Atlántida. En realidad, el mito mismo de las sirenas es muy complejo. Daremos solamente algunas indicaciones sobre su árbol genealógico que se presenta, por ahora y en vista de los pocos estudios serios realizados por los especialistas, como un árbol de muchas raíces, del género baobab. (Véase el gráfico de la página 220.)

Existen dos grandes tradiciones con referencia a las sirenas. Según una de ellas, son seres medio humanos y medio peces, y según la otra son seres medio humanos y medio pájaros.

La Odisea las presenta en su forma de pájaro. Homero no las describe. Habla solamente de sus cantos encantadores, sinónimos de muerte para el que los escucha, pero la iconografía griega del siglo V, que tomó a menudo como tema las aventuras de Ulises, las representa siempre como aves de poderosas alas y garras de presa, pero con una cara exquisita de mujer. Su canto, su lira (1) y su belleza las distinguen de las famosas arpías, seres detestables representados también como aves con cabeza de mujer.

(1) Recordemos que algunos comentaristas han visto en el peine de oro con que las recientes sirenas de los cuentos europeos peinan sus largos cabellos una reminiscencia del pequeño instrumento, el plectro, que se utilizaba para tocar las cuerdas de la lira.

Aquí, la iconología nos juega algunas tretas. Está muy lejos de ser perfecta. Es probable que muchas representaciones que hoy nos parecen de arpías sean, en realidad, de sirenas. Las arpías estaban en el origen de las diosas de los vientos y de las tempestades; incluso Iris, mensajera de los vientos, comparada a menudo con el arco iris, era en realidad una arpía. Un mito tardío las convirtió en furias, con cara de viejas, picos ganchudos, garras enormes, cuerpos de buitre y ubres colgantes. Su especialidad consistía en robar de las mesas la comida acabada de servir, y si no podían conseguirlo ensuciarla con las peores inmundicias. Es curioso, es «freudiano», que estas arpías impresionaran tanto a los sabios europeos que éstos las pusieron, de buen grado, en el lugar de las sirenas, cuya función es, ciertamente, un poco parecida. Las sirenas hacen morir de hambre (al escuchar su canto, el hombre se olvida de comer y muere). Las arpías hacen lo mismo.

La iconología actual, que distingue mal las sirenas de las arpías, distingue igualmente mal las arpías de otros seres enigmáticos mencionados en la leyenda de Hércules, a saber, las aves del lago Estífnalo, liquidadas por aquél con grandes dificultades. Unas veces eran muchachas con muslos y patas de pájaro y otras gigantescas aves de rapiña. Tenían de hierro la cabeza, el pico y las alas. Sus uñas eran ganchudas y lanzaban contra sus atacantes dardos de bronce que perforaban las corazas. La carne humana era su plato predilecto. Eran tan numerosas y de un tamaño tan grande que, al desplegar las alas, interceptaban la luz del día. Todo esto nos aleja mucho de las sirenas del mar. Pero el truco de que se valió Hércules para vencerlas da mucho que pensar. Las hizo salir del mítico recinto del lago Estífnalo tocando timbales de bronce y después las mató con sus flechas. Se observa aquí, invertida, la importancia de la noción del canto. Las sirenas matan cantando y las aves del lago Estífnalo son muertas gracias al canto.

Empezamos a entrever los problemas que se plantean al mitólogo cuando se trata de sirenas, pues la iconografía antigua nos presenta también, al referirse al tema de la *Odisea*, unas sirenas-

peces, mujeres de busto descubierto, pero cuyas piernas son sustituidas por una cola bífida o serpentina. Se trata de representaciones de Escila, la peligrosa roca del estrecho de Messina, donde sitúa Homero la morada de un pulpo. «Es un monstruo horrible cuya vista desagrada, e incluso para un dios el encuentro no tiene nada de alegre —escribe—. Sus pies, tiene doce, no son más que muñones, pero sobre seis cuellos gigantescos, seis cabezas espantosas tienen en las fauces tres hileras de dientes apretados, imbricados, llenos todos ellos de las sombras de la muerte.» ¿Por qué la iconografía ha sacado una sirena de esta descripción de un pulpo? De momento no conocemos ninguna respuesta a esta pregunta. Sin embargo, la Escila del Louvre (mango de un espejo de bronce del siglo IV antes de Jesucristo), aunque lleva un arma en la mano, es una de las representaciones más perfectas de sirena-pez que conocemos.

La razón de ser de las sirenas aladas, sinónimos de muerte, recibió en cambio una explicación que tiene la ventaja de darles los más remotos orígenes históricos. Podrían ser derivados —o al menos presentar algunas semejanzas con él— del pájaro Ba egipcio. Es éste un jeroglífico que expresa el aliento vital, pero también en algunos casos el alma del difunto después de su muerte. Este jeroglífico se extendió muchísimo hasta el punto de que acabó por ser utilizado como una letra. Representa un delicioso gorrión. En realidad, es anuncio de la muerte blanca.

Puede presumirse que los griegos, manipulando este símbolo, le añadieron una cabeza humana convirtiéndolo en una criatura inquietante, atractiva y temible a la vez.

Retengamos, pues, los grandes motivos de las sirenas-pájaros: la alimentación, el canto, la muerte y el físico compuesto.

En cuanto a las sirenas-peces, tienen sin duda por origen todos los grandes dioses-peces de Oriente y del Oriente Medio, de los que la Escila griega quizás no es más que una reminiscencia. Dioses relacionados con la idea más o menos explícita de que el agua era el elemento primordial, Enki, dios sumerio; Dagón, dios de los

filisteos; Vishnú, dios indio; los reyes-dragones chinos, etcétera.

Antes de describir sucesivamente estos grandes dioses, aparentemente más complejos, puesto que no tienen el origen presuntamente «humilde» característico de las sirenas-pájaros, observamos que los grandes motivos que los caracterizan son idénticos, puesto que se trata de grandes dioses: la alimentación (ayuda a la subsistencia), el canto (el culto), la muerte (el conocimiento del más allá) y el físico compuesto (no sólo son medio peces y medio hombres, sino también andróginos).

El primero de estos dioses, Enki, formaba parte de la trinidad del panteón sumerio, junto a Anu, dios del cielo, y Enlil, dios de la tierra y del aire. Enki, cuya ciudad sagrada era Eridu (a treinta kilómetros de Bagdad). Dios de las aguas, él era el rey, el macho cabrío sagrado (véase, sobre la importancia del fecundador cornudo, nuestro capítulo sobre el toro en el «capilamiento Kâf») encargado de velar sobre las compuertas del *Apsu*, el gran depósito del que manan todas las aguas terrestres.

Las estelas de piedra del período medio babilónico se llaman *kudurru*. En una de ellas, Enki aparece representado por una cabeza de carnero erguida sobre un trono que descansa sobre el lomo de un macho cabrío con cola de pez, pero también le vemos representado en forma humana, sentado en un trono rodeado por cinco manantiales. Enki era adorado en Eridu cinco mil años antes de Jesucristo.

Aquí estamos muy lejos de todas nuestras ideas concernientes a la Atlántida. Ya no se trata de mar, sino de un elemento primordial, fuente de toda vida. El mar, aquí, no engulle, deglute.

Los babilonios llamaban Ea u Oannes a Enki, de donde puede derivarse el nombre de nuestro Jonás, aunque no debemos olvidar que la mitología comparada y la etimología son las ciencias más peligrosas que existen. «Pueden, demasiado fácilmente, prestarse a la risa», dice Denis de Rougemont.

Ea-Oannes era particularmente importante para la raza humana. Él creó el hombre y dio a su hija Innana (de donde vendrían el nombre de Nínive y el nombre propio de Nina) las *Me*, las cien leyes divinas o arquetipos que los sumerios consideraban como base de la civilización. Fue también él quien aconsejó a Ziuzudra, el Noé sumerio.

A principios del siglo VII a. de J.C., se simplificaron las representaciones de Ea-Oannes. Una escultura mural del palacio de Ramsés II en Jorsabad, actualmente en el Louvre, nos lo muestra bendiciendo a unos pescadores. Se parece mucho, aparte del sexo, a las sirenas, tal y como nos las imaginamos en la actualidad.

Algunos autores lo han comparado con Dagôn, dios de los filisteos, del que habla un enigmático pasaje del Antiguo Testamento (Samuel I, cap. V, vers. 1 al 4): «Los filisteos cogieron el Arca de Dios, la introdujeron en el templo de Dagôn y la depositaron al lado de Dagôn. El día siguiente, unos ashoditas entraron en el templo de Dagôn, y vieron que Dagôn había caído de brases en el suelo, delante del Arca de Yahvé. Levantaron a Dagôn y lo pusieron de nuevo en su sitio. Pero el día siguiente, muy de mañana, Dagôn había caído otra vez de brases, en el suelo, delante del Arca de Yahvé, y la cabeza de Dagôn y las dos manos yacían cortadas en el suelo, en el lugar donde había estado sólo quedaba el tronco de Dagôn.»

La mayoría de los comentaristas de la Biblia presumen que este tronco era una cola de pez. La palabra Dagôn quiere decir pez en sirio, y una de las raras representaciones de este dios, que aparece en un sello-cilindro del tiempo de Dario (500 a. de J.C.) lo muestra con cola de pez. Lovecraft siguió esta tradición. Una de sus célebres novelas (*Dagôn*) nos presenta un Dagôn ligado de un modo terrible al agua primordial.

El agua, principio primero, transición de los sólidos al gas, resume por sí sola toda la materia, y todo lo que no es disuelto en ella forma al menos un precipitado. En el fondo del mito de Oannes-Dagôn, hay una vaga percepción de períodos cosmológicos muy diversos. En el *Libro de los orígenes*, «atribuido a Oannes», se hablaba de un tiempo en que las aguas y las tinieblas se confundían y contenían miríadas de seres de formas incompatibles y monstruosas: hombres con dos o cuatro alas, andróginos, hipocentauros, perros con cuatro rabos, etc., representaciones todas ellas consagradas después por la religión y reproducidas escultóricamente innumerables veces en los templos.

Entre estas formas monstruosas, fijémonos sobre todo en los andróginos y citemos íntegramente un pasaje de una mitología del siglo pasado (*Biographie Universelle*, publicada por Michaud en

1833, y artículo correspondiente a Oannes), pasaje que tal vez contiene algunos errores, pero cuyo sentido general está muy lejos de ser anticuado:

«Admitida la preexistencia y la preeminencia del agua, todo lo que un día llega a estar fuera de ella sale de ella y lo que sale de ella tiene la forma de lo que habita en ella (pez, reptil, cetáceo, etc.). En Babilonia, así como en toda Siria, la forma pez fue casi la única. Ahora se concibe lo que es la Anadiomene: es la generadora saliendo de las aguas, es decir, manifestándose. La fuerza fecunda estaba oculta; y se revela. Nadie merece pues tanto como Venus este título de Anadiomene, este papel de *llevada sobre las aguas, moviéndose sobre las aguas*. Y se concibe también que, en cierto sentido, Afrodita sea varón tanto como hembra. La generación presume dos fuerzas, una actividad que siembra la vida, y una pasividad-receptividad. Los pueblos infantiles sólo perciben, a menudo, uno de los dos polos. Entonces, el segundo sólo existe virtual e implícitamente en el primero. Por consiguiente, se tiene, tan pronto un Venus varón como una Venus hembra. Pues bien, Oannes es precisamente un Venus varón. El nombre de Venus, cuya etimología se ha ido a buscar tan lejos, no es otro que el de Oannes. Observad ambas radicales (Ven, Oann u Oen); pensad en la facilidad con que la V se convierte *ad libitum* en vocal o consonante (V, W, U, O; Ven, Wen, Uen, Oen), y pronunciad.»

Este pasaje que crea una relación entre Venus y Oannes, entre la feminidad encarnada y el dios creador, relación debida al aspecto equívoco del agua, nos parece que debería ser incluido en el legajo de las sirenas, pues explica, por la androginia primera, los lazos que unen las sirenas-mujeres a los dioses-peces.

En realidad, después de Oannes, después de Dagôn (o antes, pues éste podría ser su hijo-esposo), se encuentra una verdadera sirena en las mitologías del Oriente Medio. Se trata de Attagartis (o Addirgada), diosa siria muy parecida a Astarté, a quien los griegos dieron el nombre de Dacerto. Así, su nombre quería decir excelente, eminent. Fue, al principio, un pez muy grande, que adquirió progresivamente formas humanas. Pronto, en vez de un pez, fue un pez con cabeza humana; después, una mujer con cola de

pez o una mujer metamorfosada en pez.

Según Diodoro de Sicilia, Ctesias refería su leyenda en estos términos: Decerto, a la vez mujer y pez, reinaba en la ciudad de Ascalón. Desafió o insultó a Afrodita. Ésta, para vengarse, le inspiró una pasión violenta por un joven sacerdote de su templo (probablemente Caistro, hijo de Pentesilea, reina de las Amazonas). Decerto fue madre, pero, incapaz de soportar su vergüenza, mató a su amante, abandonó a la hija a la que acababa de dar a luz (esta hija se convertiría en la legendaria Semíramis) y se arrojó a un lago próximo, donde continuó viviendo, pero en forma de pez. En cuanto a Semíramis, antes de subir al trono de Ninus, fue milagrosamente alimentada por unas palomas. Tenemos de ella una hermosa representación en una pieza romana encontrada en Ascalón, Siria. Con una lanza en una mano y una paloma en la otra, está en pie delante de su madre, representada como una linda sirena.

En Siria, el culto de Addirgada comprendía, entre otras, la prohibición de comer pescado. Encontramos vestigios de esto hasta en Turquía, en Hierápolis, donde se criaban peces sagrados en el templo de Decerto y donde los devotos tenían la costumbre de llevar, dos veces al año, agua de mar que hacían brotar de unas canalizaciones especiales. Esto, dice el escritor romano Luciano, lo hacían para conmemorar el diluvio. Los chorros de agua de mar fluyendo por la colina sagrada representaban el fin del cataclismo, la época en que la tierra liberada de las aguas empezó a erguir sus cumbres por encima del vasto nivel oceánico.

Casi todos los mitos en los que intervienen sirenas contienen alguna referencia al diluvio. Así ocurre en el de Decerto, en el de Ea (consejero de Zuizudra, el Noé sumerio) o en el de Vishnú. En efecto, el dios indio, en su primer avatar, el Matsya Avatar, aparece en forma de pez. La iconografía india lo presenta como un personaje cuya cabeza y cuyos hombros salen de la boca de un pez que se sostiene en posición vertical. La imaginería popular india actual utiliza con mucha frecuencia, esta representación.

Cuenta la leyenda que mientras Brahma dormía un demonio robó sus libros sagrados, los Vedas. Entonces Vishnú se apareció a un rey devoto, Satidvrata, en forma de un pececillo. Le anunció

el diluvio universal y le ordenó que construyese un arca y permaneciese un año en ella. Después, Vishnú, en medio de las turbulentas aguas, se convirtió en un pez cornudo y gigantesco. Mató al demonio y recuperó los Vedas. Por último, tomando la forma de un hombre-pez, los entregó a Satidvrata.

Aparte de este gran mito, otras sirenas aparecen en la mitología india. Algunas de ellas como las apsaras —seiscientos millones de encantadoras ninfas— y sobre todo las naginas —mujeres-serpientes— viven bajo el agua. Ellas dieron origen a algunas leyendas que pudieron muy bien inspirar a los narradores de *Las mil y una noches*: la de un marino que se casó con una sirena naga y vivió con ella debajo del agua y la de un médico que fue llamado a un reino submarino para cuidar a una reina naga...

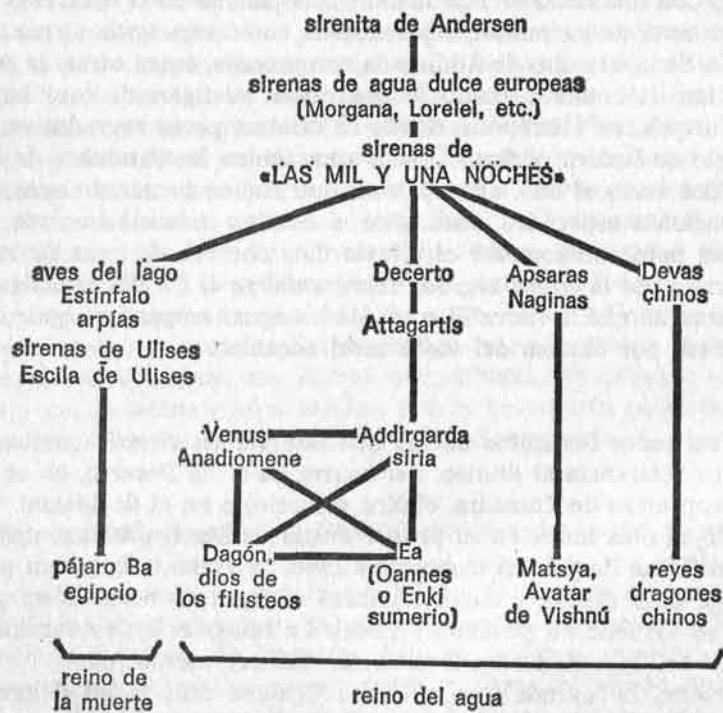


Fig. 9. Raíces mitológicas de la Sirenita de Andersen.

Los reyes-dragones chinos y los deva del mar de China son homólogos de las divinidades indias. Los japoneses tienen también los suyos. (Véase su célebre leyenda de la hija de un rey del mar que se casa con un mortal y le prohíbe que la mire cuando dé a luz. El mira, a pesar de todo, y ve que su hijo es un dragón. La princesa desaparecerá con él.)

Los pueblos africanos tienen también sus sirenas. Su mitología reciente diviniza aún lo que viene del mar y a veces se mezclan con ella datos históricos. En el siglo XIV y en el reino de Benín, cierto rey, llamado Chen, se hizo pasar por una sirena, y así le vemos representado en una de las placas de bronce que servían de ornato al palacio de Ifé (1). Los motivos de Chen no podían ser más prosaicos: había sufrido un ataque de parálisis, y como rey enfermo habrían tenido que matarlo. Entonces tuvo la ingeniosa idea de cubrirse las piernas con escamas y explicar a sus súbditos que aquella transformación era una señal divina.

A modo de conclusión, el gráfico de la pág. 220 dará una idea de la situación de las sirenas de *Las mil y una noches* en la mitología.

(1) Actualmente se encuentra, entre otras muchas, en el British Museum.

VIII

**EL SECRETO
DE LAS MUCHACHAS-PALOMAS**

1. VIRGINIDAD Y MATRIMONIO.

En varios cuentos de *Las mil y una noches*, unas jóvenes maravillosas se echan sobre los hombros un manto de plumas que les permite volar como las aves. Como palomas o como cisnes.

Este mito, de origen oriental, ha tenido una gran aceptación en Occidente.

Así, la composición *Dolopathos*, del trovador Herbert, contiene una leyenda rimada en francés del siglo VIII que refiere la extraña historia de doce hermanos transformados en cisnes por un hechizo. Gracias a un collar de oro, podrán recobrar la forma humana, salvo uno de ellos cuyo collar se rompió. Triste y fielmente, consagrará su vida a uno de sus hermanos al que seguirá por todas partes como un perro. El hermano será llamado Caballero del Cisne.

La Edad Media multiplica las imágenes de este caballero, que viaja en un carro tirado por un cisne (que más tarde se llamará Lohengrin), y lo identifica con el liberador de Tierra Santa, el duque de Bouillon.

Esta identificación obedeció, en su origen, a un juego de palabras. Los caballeros cruzados eran llamados *cruce signatus* (con el signo de la cruz). Para los ignorantes y los cándidos, el más célebre de aquéllos se convirtió en «chevalier cygnatus», el caballero del cisne...

Pero el duque de Bouillon se ganó también este apodo porque

sus hombres popularizaron en Europa la leyenda, exclusivamente oriental, de los cisnes mágicos. Y esta leyenda proliferó bajo numerosas formas, desde *Lohengrin* hasta los *Cisnes salvajes* de Hans Christian Andersen.

Esta leyenda transparente nació bajo el sol de Oriente. Su prototipo se encuentra repetidamente en *Las mil y una noches*.

El cuento empieza siempre como el de *Barba Azul*: el protagonista recibe una llave de oro que abre una puerta del mismo metal. ¡Prohibición absoluta de emplearla bajo pena de los mayores infortunios! Pero el héroe no tarda en quebrantar la prohibición y se encuentra en medio de un jardín maravilloso, ante un lóbrego estanque a cuyo alrededor se encuentran un trono y cierto número de sitiales...

En *La historia de Hassan al Basri*, Hassan empieza por introducirse en una cámara vacía donde observa, adosada a la pared en un rincón, un escalera que conduce a un agujero practicado en el techo (1). El agujero da a una terraza desde la que se ve, a la claridad de la luna, un paisaje encantado: un gran lago de leche, rodeado de árboles y de pabellones de oro y de plata, en los que hay unos tronos de rubíes...

Es un decorado clásico. En *La reina Yamlika*, el joven Hassib descubre un lago subterráneo en el que se reflejan nada menos que doce mil sitiales reservados para la corte de la reina Yamlika, compuesta de mujeres-serpientes.

La continuación de los cuentos de *Hassan al Basri* y de *Shamshah, el bello adolescente triste*, es muy parecida. Mientras Hassan contempla el lago, diez grandes pájaros blancos, sin duda cisnes, vienen a posarse al borde del agua. Se despojan de sus plumas y se convierten en doce maravillosas y juguetonas muchachas. En la *Historia de Shamshah* son tres palomas.

Nuestros héroes se enamoran de la más bella de las bañistas y le roban el manto para conquistarla. La bañista es una Gennia, hija

(1) Observamos aquí la descripción de una abertura parecida a la que utilizan los astronautas para introducirse en las cápsulas Apolo... Ciertamente, algunas aventuras de Hassan al Basri contenidas en diversos pasajes de *Las mil y una noches* parecen cuentos de ciencia ficción.

del rey de los djinns. Privada de su manto, acepta el matrimonio.

La *Historia de Shamshah* termina muy mal. La Gennia, mordida en el talón por una serpiente de agua, muere, y Shamshah, inconsolable, se convierte en «el bello adolescente triste».

El fin de la *Historia de Hassan* es más complicado. Hassan rapta a la Gennia y se la lleva a Bagdad. Se casa con ella y tienen dos hijos. Su felicidad es perfecta. Pero un día la Gennia descubre, oculta en un armario, su manto de plumas. Se lo pone, y, no pudiendo resistir la atracción del aire, cede a su primitivo instinto y emprende el vuelo.

Desesperación de Hassan. Despues se sobrepone y parte en busca de su amada. En su larga búsqueda cruza un extraño país muy parecido al que vemos en *El submarino amarillo*, el dibujo animado de los Beatles. En él todo es azul, la gente, la hierba, las piedras. Pero en la película de los Beatles el azul es un color maléfico mientras que aquí es solamente extraño. Probablemente se trata de una alusión a la India donde el azul, color de la piel de Krishna, destiñe a veces sobre todo.

Por fin Hassan, al volver de un arenal de alcanfor blanco, va a parar a la península prohibida donde se ha refugiado su mujer.

Y el final del cuento, que no deja nada a oscuras, nos enseña el origen de esas muchachas-palomas que Occidente masculinizó convirtiéndolas en cisnes malditos. En efecto, Hassan ve de pronto asomar una nube en el horizonte. Brillan puntas de lanza, cascós y armaduras.

«Y aparecieron ante él, agrupadas en un cuadro móvil y formidable, unas hembras guerreros montadas en caballos rubios como el oro puro (...) Armadas para el combate, cada una de ellas llevaba un pesado sable colgando a su costado, una larga lanza en un mano y una maza espantosa en la otra; y cuatro jabalinas sujetas bajo los muslos (...) Sus rostros descubiertos bajo los cascós de visera levantada eran bellos como la luna y sus grupas redondas y vigorosas se unían y se confundían con las grupas amarillas de las yeguas...»

Amazonas. Hassan se convertirá en el amigo de su reina (que le permitirá ver a todas sus súbditas bañándose desnudas, maravilloso espectáculo de la onda única y de la inmensidad femenina íntimamente mezcladas...). Gracias a esta reina y a un gorro que hace

invisible a quien lo lleva, Hassan recuperará su Gennia del abrigo de plumas blancas.

Todos los símbolos que acaban de desfilar ante nosotros se refieren a un mismo estado: la virginidad.

El agua lustral, la blancura de las plumas, el alcanfor blanco en los límites del país azul, la negación de los lazos del matrimonio, la afición a volar por los aires lejos de todo alcance y este gorro que hace invisible impidiendo todo acercamiento, incluso visual, entre un hombre y una mujer (volvemos a encontrar este gorro en la leyenda de Sigfrido, que lo emplea para matar a la virgen Brunhilda), todo esto nos recuerda la condición primera de la mujer.

Y coronando esta exhibición de símbolos, he aquí a las Amazonas. La historia de las Gennias-palomas es un gran poema en honor de la virginidad y de su protección.

Sin embargo, los orientales sólo aprecian la virginidad para desflorarla. ¿Acaso no afirmó Mahoma que ninguna mujer moriría virgen en el Islam?

¿Qué interés tiene, pues, Scherezade en glorificar un estado al que es ajena?

Explicaremos esta chocante actitud de la narradora por la poderosa motivación histórica en que se funda el mito de las Gennias-palomas. Para ello hay que invertir el orden de la narración.

La aparición de una tropa de Amazonas al final del mito no debe ser considerada como la conclusión de una bella simbología de lugares tabú, de pájaros inmaculados y de mujeres tan celosas de sus prerrogativas que se hacen inalcanzables.

Hay que pensar, más bien, que las Amazonas están en el origen mismo del mito. Ellas son las verdaderas protagonistas de éste mientras que las Gennias-palomas y los cisnes inmaculados no son más que personajes secundarios.

Una Amazona a la que un hombre hubiese robado su cota de malla y sus armas, ¿no se parecería mucho a una Gennia privada de su manto de plumas?

¿Por qué las Amazonas de Escitia —aquellas cuya reina, Thalestris, vino para seducir a Alejandro Magno en el siglo III a. de J.C.— no han de estar en el origen mismo del mito de las Gennias-palomas?

Quinto Curcio, el «portero de la Historia», nos habla largo y tendido de esta Thalestris que gobernaba toda la región comprendida entre el Cáucaso y el río Phase:

«Ardiendo en deseos de ver a Aiejandro —escribe—, Thalestris cruzó las fronteras de su país. Al aproximarse, envió mensajeros para anunciar a Alejandro la llegada de una reina que deseaba apasionadamente encontrarse con él y conocerle.»

Alejandro Magno la recibe y, como Hassan al Basri, la contempla.

«El vestido de las Amazonas —escribe H. Bardon, traductor de las *Historias* de Quinto Curcio— no las cubre por entero, pues el lado izquierdo del pecho está desnudo mientras que el resto, a partir de allí, está velado. Sin embargo, los pliegues de su vestido, que sujetan con un nudo, no llegan más abajo de las rodillas. Conservan uno de sus senos para criar a sus hijos de sexo femenino y queman el derecho para tender el arco o blandir la jabalina con más facilidad.»

Thalestris contempla también a Alejandro. Sin pestañear.

Un ángel pasa.

Cuatro ojos se escudriñan.

«Cuando le preguntaron si tenía que formular alguna petición, Thalestris confesó sin vacilar que había venido para tener hijos del rey. Era digna de traer al mundo los herederos de Alejandro. Se quedaría con la hija y entregaría el hijo a su padre.»

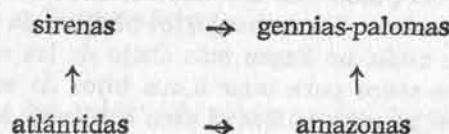
Alejandro, a quien algunos han tildado de homosexual, acepta. Esto no tiene nada de extraordinario. Denis de Rougemont, Wilhem Reich y muchos otros explicaron prolíjamente, después de Quinto Curcio, que nuestra concepción europea del matrimonio era un absurdo nocivo.

«Los deseos de la reina eran más ardientes que los de Alejandro y fueron causa de que el rey se entretuviese un poco. Trece días fueron dedicados a satisfacer la pasión de la reina. Después ella volvió a su reino.»

2. EL CINTURÓN DE ANDRÓMEDA.

¿Está Thalestris en el origen del mito de las Gennias-palomas?

Como la Atlántida, como las sirenas, las Amazonas plantean un problema delicado y complejo. Por lo demás, todos estos elementos están ligados entre sí y forman, en el campo mítico, una especie de cuadrilátero:



Tratemos aquí de resumir la historia de las Amazonas.

Una vez más, Heródoto es el primero y uno de los únicos que supo referir cuidadosamente esta historia. Habla poco de ella, pero cada una de sus palabras —como en el caso de los atlantes— vale su peso en oro.

Evoca en dos pasajes de su *Encuesta* (IV, 110-117; IX, 27) una guerra que debió desarrollarse, mucho antes del siglo v, entre los griegos y las Amazonas. Éstas, venidas del Termodón, un río de Capadocia (en el este de la Turquía actual), llegaron a poner sitio a Atenas y a instalarse en el Areópago, frente a la Acrópolis. En cuanto a los griegos, alcanzaron más tarde una gran victoria en el mismo Termodón (pero dejemos hablar a Heródoto):

«Embarcaron después de su victoria, llevándose en tres naves las Amazonas que habían hecho prisioneras. Pero éstas, hallándose en alta mar, se arrojaron sobre los hombres y los mataron. Nunca habían visto naves e ignoraban todo lo referente a la navegación.

Muertos los hombres, navegaron a la deriva empujadas por los vientos y llegaron a Escitia.»

Según otras fuentes, más fantásticas, esta victoria sobre las Amazonas fue alcanzada por Hércules acompañado de algunos griegos, entre ellos Teseo, rey de Atenas. El propósito de Hércules, en el curso de sus famosos «trabajos», era conquistar el cinturón de Hipólita, reina de las Amazonas. Éstas, según Heródoto, «son llamadas *oiorpata* por los escitas, lo cual significa *matadoras de hombres*, pues en escita *oior* quiere decir hombre y *pata*, matar», pero su traductor, A. Bargnet, nos dice que «la explicación de "oiorpata" es caprichosa. Su sentido podría ser "señor de los hombres" o "Jefe de los Diez mil"».

Las Amazonas, recién desembarcadas, se apoderaron de una manada de caballos salvajes, los montaron y se dedicaron a pillar la tierra de los escitas. «Los escitas estaban completamente desconcertados. No conocían la lengua, ni la indumentaria, ni la raza de sus agresores y se preguntaban de dónde vendrían. Los tomaban por hombres que eran todos de la misma edad, que eran todos adolescentes, pero descubrieron por los cadáveres que eran mujeres. Celebraron consejo y resolvieron no matar a ninguna más, sino enviarles a sus jóvenes... Éstos acamparían cerca de ellas e imitarían en todo su conducta; se replegarían, eludiendo el combate, si ellas los atacaban, y volverían en seguida a acampar cerca de ellas, si dejaban de atacarles. Tomaron este partido con el objeto de tener hijos nacidos de aquellas mujeres. Los jóvenes cumplieron las órdenes recibidas y cuando las Amazonas comprendieron que no les querían ningún mal, los dejaron tranquilos. Ellos se acercaban al campamento un poco más cada día... En pleno día, las Amazonas salían del campamento, solas o de dos en dos, para satisfacer sus necesidades naturales. Los escitas lo advirtieron e hicieron lo mismo. Uno de ellos se acercó a una joven que estaba sola y pudo gozar de ella sin resistencia. Ella no podía hablarle, pues no se comprendían, pero le dio a entender por señas que debía venir al mismo lugar el día siguiente con un camarada, y que ella traería una compañera. Al volver al campamento el joven contó su aventura, y el día siguiente se dirigió al lugar de la cita

acompañado de un camarada. Conocedores de la aventura, sus camaradas salieron a su vez a la conquista de las Amazonas. Pronto vivieron todos juntos, tomando cada cual para sí la primera mujer que se le había entregado. Si los hombres no llegaron nunca a hablar la lengua de las Amazonas, las mujeres comprendieron muy pronto la de ellos.

Pero las Amazonas se negaron a ir a vivir al país de los jóvenes. «No podríamos entendernos con las otras mujeres —les dijeron—. Nosotras no sabemos el trabajo que se reserva a nuestro sexo.» Entonces los llevaron al norte del Cáucaso donde constituyeron el pueblo de los sármatas y donde las mujeres siguen fieles a las costumbres de sus abuelas, «pues van de caza a caballo con los hombres o solas, van a la guerra y se visten como los hombres».

Resumamos las informaciones de Heródoto. Las Amazonas son malos marinos, pues tienen poco que ver con el mar. Las toman por hombres, con lo que se confirma su carácter andrógino. Para acercarse a ellas, los hombres eligen su momento más íntimo, aquel en que no sólo se desvisten, sino que se presentan de la manera más vulnerable. Por último, ellas se niegan a vivir en el mundo normal y prefieren su mundo propio, un mundo aparte, el único en que aceptan unirse a los jóvenes.

Hemos acertado al trocar los narradores árabes por un narrador griego que vivió unos mil quinientos años antes que ellos, pues encontramos en él los mismos temas. Es evidente la relación entre las Gennias-palomas, a las que el héroe se acerca solamente cuando se han quitado su manto de plumas, y las Amazonas, a las que los jóvenes sólo pueden acercarse cuando «se retiran». Lo propio puede decirse de la relación entre las Gennias-palomas, que no pueden resistir la atracción del aire y abandonan por éste a su familia, y las Amazonas, que se niegan a vivir en una familia tradicional. En fin, la aparente androganía de las Amazonas nos recuerda los lejanos orígenes posibles de las Gennias-palomas, su posible parentesco con las sirenas, andróginas en su origen. Recordamos, en efecto, que Decerto, la primera mujer-pez que conocemos, tuvo por amante a un tal Caistro, hijo de Pentesilea, reina de las Amazonas, y por hija a la legendaria Semíramis, que, después de aban-

donada, de «repudiada», fue milagrosamente alimentada por unas palomas. Como conclusión de este mito, Decerto volvió a su elemento natal, el agua, de la misma manera que las Gennias vuelven al aire.

Según Diodoro de Sicilia, las Amazonas occidentales o africanas fueron muy anteriores a las Amazonas orientales o asiáticas. Originarias de Libia (o de una isla situada al oeste del lago Tritónido), sometieron o los atlantes, los númidas, los etíopes y a casi todas las naciones africanas. Fijémonos sobre todo en su enfrentamiento con los atlantes, que debe incorporarse a nuestro legajo que agrupa las interferencias de los mitos concernientes a Iram de las Columnas, la Atlántida, las sirenas, las Gennias-palomas y las Amazonas.

Las Amazonas de Diodoro de Sicilia son unas conquistadoras formidables.

Recorrieron varias partes del mundo y sólo un pueblo interrumió su avance, un pueblo de rivales, las Gorgonas, mujeres que también tenían la guerra por oficio. Las Amazonas las mataron, y las Gorgonas, víctimas de un verdadero genocidio, cayeron en el olvido. Las Amazonas pudieron entrar en la mitología del siglo xx; las Gorgonas, no.

Por último, la autora del genocidio, la reina Mirina, fue muerta por el tracio Mopsus. Entonces, las Amazonas se retiraron a sus territorios de Capadocia donde acudió Hércules a combatirlas.

La leyenda de Hércules es una de las más complejas de la Antigüedad. Entre un montón de detalles, encontramos en ella dos rasgos que guardan relación con nuestro tema. Uno de ellos se refiere indirectamente a las sirenas (el héroe persigue a los centauros hasta el archipiélago de las sirenas donde morirán de hambre al no poder abandonar el lugar donde resuenan los hechiceros cantos) y otro tiene relación directa con las Amazonas.

Al pasar cerca del Termodon, Hércules ofrece cortésmente algunos regalos a la reina Hipólita (o Antíope). Juno, disfrazada de Amazona, fomenta una rebelión, haciendo creer que Hércules ha seducido a Hipólita. Hércules piensa que es una artimaña de la

reina. Lucha con ella y la vence después de haberle quitado su tahalí.

Esta historia del robo del cinturón o el tahalí de una Amazona tuvo otras versiones, pues también se atribuye a Teseo. Corresponde exactamente al robo del manto de plumas de las Gennias-palomas.

Por lo demás, este tahalí está también representado en el cielo. Son las tres estrellas conocidas por el nombre de «Cinturón de Andrómeda». Pero en realidad la mitología griega relaciona más bien las Amazonas con la luna —originariamente un dios andrógino—, de la que fueron sacerdotisas. Puede observarse una persistencia de esta tradición en el cuento de las Gennias-palomas. El protagonista las descubre siempre por la noche, bajo la claridad irreal y lechosa de la luna.

3. LAS PALOMAS PARLANTES DE DODONA.

La *Encuesta* de Heródoto de Halicarnaso contiene algo más que informaciones sobre las Amazonas. Trata también de unas palomas humanas.

En su Libro II, al describir las costumbres de Egipto, Heródoto abre un paréntesis sobre los dioses griegos y su origen con frecuencia egipcio. Compara dos «interviús» que realizó, una de ellas con las sacerdotisas de Dodona, el más antiguo y más célebre oráculo de Grecia, y la otra con los sacerdotes de Tebas, en Egipto.

«Según dicen los sacerdotes del Zeus tebano —escribe—, los fenicios robaron un día, en Tebas, dos mujeres consagradas al servicio del dios, y se supo que una de ellas había sido vendida en Libia y la otra en el país de los griegos. Ellas fueron, dicen, las primeras en introducir los oráculos en los dos pueblos. Yo les pregunté por qué estaban tan seguros de ello. Me dijeron que se habían realizado minuciosas búsquedas sin poder encontrar aquellas

mujeres, pero que más tarde se habían obtenido a su respecto las mismas informaciones que me daban.»

Y he aquí la versión de las sacerdotisas de Dodona:

«Dos palomas negras que salieron volando de la Tebas de los egipcios llegaron, una a Libia y la otra a su país. Esta se posó en un roble y, hablando con voz humana, declaró que había que instalar en aquel sitio un oráculo de Zeus. La gente de Dodona pensó que esta orden les venía de un dios y, por consiguiente, la aceptaron. En cuanto a la paloma negra que llegó a Libia, ordenó a los libios que fundasen un oráculo de Amón.»

Examinando las dos versiones, Heródoto escribe: «He aquí mi opinión personal sobre esto... Yo pienso que el nombre de palomas fue dado a las sacerdotisas por los dodoneos, porque eran extranjeras y su lengua era para ellos parecida al gorjeo de los pájaros. Más tarde, según dicen, la paloma adquirió una voz humana. Cuando esta mujer empleaba un lenguaje que conocían, la entendían, pero, mientras hablaba en su propia lengua les parecía que profesaba gritos ininteligibles, como los pájaros. Además, ¿cómo podría una paloma adquirir una voz humana?»

Heródoto asocia, pues, aquí sencillamente, una mujer-paloma a una extranjera. Su explicación puede prestarse a la sonrisa, pero la anécdota es muy seria. Se trata de la fundación de un oráculo importante, que es como decir de una religión.

Ahora bien, las Gennias-palomas de *Las mil y una noches*, que también son —categóricamente— extranjeras, tienen un aire evidente de sacerdotisas. Su capacidad de robar —entre otras— guarda relación con la divinidad. ¿Acaso no son hijas de reyes sobrenaturales?

También es posible que el mito de las Gennias-palomas reúna dos historias diferentes: la de las Amazonas y la de las sacerdotisas de Dodona.

4. C. G. JUNG Y LAS JÓVENES DIVINAS.

Evidentemente, la analogía entre las Gennias-palomas, las Amazonas y las sacerdotisas de Dodona no puede explicar la totalidad del mito en cuestión. Otra faceta de este mito puede ser aclarada por los métodos posfreudianos del psicoanálisis. Hasta ahora hemos evitado recurrir a estos métodos para no complicar las cosas. Esta vez citaremos dos estudios, *La joven divina y Contribución al aspecto psicológico de la figura de Koré*, firmados, respectivamente, por Ch. Kerenyi y C. G. Jung, en su obra común, *Introducción a la esencia de la mitología*.

El tema de la «joven divina» (nuestra Gennia-paloma es una de ellas) es común, dice Ch. Kerenyi, a una infinidad de mitos. En Grecia está presente en los de Venus Anadiomenes, Artemis, Perséfona y Hécate. También está relacionada con los misterios de Eleusis relativos a Deméter, madre de Perséfone. Según estos mitos, la joven divina, la *Koré*, aparece sucesivamente ligada a la belleza, a la caza, a la muerte (más exactamente, a la sucesión de las estaciones, a su desaparición), a la luna, a la tierra. Salvo en el último punto, encontramos aquí el ambiente de las Gennias-palomas.

C. G. Jung —el más célebre psicoanalista después de Freud— comenta así el estudio de Kerenyi: «La *Koré* —dice— corresponde, en psicología, a esos tipos que yo he designado, de una parte, con los nombres de "Sí" o "personalidad sobreordenada", y por otra parte con el de "Ánima"».

«Habiendo observado y analizado desde hace decenas de años —sigue diciendo— los productos del Inconsciente en el sentido más amplio del término —es decir, los sueños, las ilusiones, las visiones y las ideas delirantes—, no he podido dejar de advertir ciertas regularidades y de reconocer ciertos tipos. Hay tipos de situaciones

y tipos de figuras que se repiten con frecuencia y de acuerdo con cierta lógica.

»La *Koré* es una de estas figuras. Pertenece, cuando el caso es observado en el hombre, al tipo "Ánima", y cuando lo es en la mujer al tipo de la persona "sobreordenada".»

Jung insiste sobre el carácter generalmente doble que tiene la *Koré* en los sueños de sus pacientes. Con frecuencia, es a la vez madre y doncella. El «fantasma» no es nunca simple. «Recuerdo un caso —escribe Jung— en que una diosa virgen apareció vestida del blanco más puro, pero llevaba un mono negro en los brazos.» Lo mismo ocurre con las Gennias-palomas: su naturaleza no es nunca franca.

De la riqueza y de la complejidad que adquieren las imágenes de *Koré* en los sueños de las mujeres dedujo C. G. Jung que «en la elaboración de los mitos referentes a las *Koré*, la influencia femenina predominaba tanto sobre la masculina que esta última no tenía la menor importancia». Y también escribe: «La psicología del culto de Deméter tiene, en efecto, todos los rasgos de un orden social matriarcal en el cual el hombre es un factor, ciertamente inevitable, pero por lo demás bastante enojoso.»

Encontramos aquí, con gran exactitud, una faceta del mito de las Gennias-palomas. Aquí, la psicología del Inconsciente concuerda perfectamente con los datos históricos. El mito mezcló íntimamente las verdaderas Amazonas con esta imagen de la joven divina, «que pertenece a la estructura del Inconsciente y es un bien personal por el que la mayoría de los hombres son poseídos en vez de poseerlos».

IX

EL CABALLO VOLADOR

1. «LA CURIOSIDAD TORTURA MI MENTE...»

Iram de las Columnas no es la única reminiscencia del pasado fantástico y tecnológicamente avanzado que nos revelan *Las mil y una noches*.

El famoso *Caballo de ébano* es una de ellas, lo mismo que el *Caballo volador* de los *Mil y un días*, que es su doble.

Resumamos *El caballo de ébano*:

Sabur, rey de Persia, tiene tres hijas. Tres magos vienen a pedir su mano. Cada uno de ellos trae un presente maravilloso. Uno de éstos es un caballo de marfil y de ébano que puede volar por los aires. El hijo del rey lo prueba. Vuela a Sana, capital actual del Yemen, sobre su lomo. Desciende sobre una de las terrazas del palacio del rey, se introduce en el pabellón de la princesa dormida, etc. Despues de numerosos altercados con el mago, que también se enamora de la bella yemení, el príncipe acabará casándose con la princesa. Pero Sabur, a quien las hazañas aéreas de su hijo inquietan considerablemente, ordena que el caballo sea des trozado. «¡Porque no hay que jugar con fuego!»

Esta destrucción provocará una frase deliciosa del sultán Schariar, el marido de Scherezade: «¡Esta historia —dice— es prodigiosa! ¡Quisiera conocer el mecanismo extraordinario de este caballo de ébano!» Y la narradora responde: «¡Ay, fue destruido!» Y Schariar se lamenta: «¡Por Alá, la curiosidad tortura mi mente!»

En este cuento no se trata de efrits ni de encantamientos mágicos. Ningún rastro de alquimia ni de intervención divina. Ninguna alusión a lo sobrenatural. El caballo es obra de un hombre. Obedece a un mecanismo físico y no a una fórmula cabalística. Es un producto de la ciencia.

Un verdadero avión.

Es «de madera de ébano, de la calidad más negra y más rara, con incrustaciones de oro y de piedras preciosas y maravillosamente guarnecido con una silla, una brida y unos estribos como sólo pueden verse en los caballos de los reyes». En otros pasajes del cuento, se dice que es «un caballo de ébano y de marfil».

Sobre el pomo de la silla, a la derecha, hay una clavija de oro: la clavija de la ascensión.

En el lado izquierdo hay un tornillo muy pequeño, no mayor que una cabeza de alfiler: el tornillo del descenso.

Hágase girar la clavija y el caballo «se eleva con la rapidez de un pájaro. Sus flancos tiemblan y se hincha de viento. Se mueve y se agita como las olas del mar y, más de prisa que una flecha lanzada al aire, sube en línea recta con su jinete hacia el cielo».

Apriétese el tornillo: «Inmediatamente, la ascensión disminuye poco a poco y el caballo se detiene un instante en el aire para iniciar en seguida el descenso con la misma rapidez, pero frenando después poco a poco, a medida que se acerca a la superficie del suelo, y acaba por posarse en tierra sin ninguna sacudida y ningún mal.»

2. LA PERFECCIÓN DE LA MINIATURIZACIÓN.

La descripción del vuelo del caballo de ébano es asombrosa. Es exactamente igual al despegue de un avión moderno, con las maniobras preliminares de la partida. Los flancos que se hinchan hacen pensar en los primeros resoplidos de un reactor... Nada hay que cambiar (salvo la detención brutal en pleno cielo, que hay que sustituir por un viraje) en la descripción del aterrizaje. Mil veces al día pasa algo muy parecido en nuestros aeródromos.

Obsérvese la sencillez de los instrumentos de a bordo. Una clavija y un tornillo, pero de una precisión fantástica. De igual manera, en un «Boeing 747», una mínima presión hace que arranque el enorme reactor. Cierto que el príncipe tardará mucho tiempo en descubrir el tornillo del descenso (el mago ruin omitió enseñárselo). ¡Una cabeza de alfiler! Representa la perfección de la miniaturización.

El cofre volador refiere una historia muy parecida. Una aeronave deposita a un héroe en la terraza de una princesa. El aparato no es un caballo, sino un cofre de madera en forma de pájaro, construido en Surat, India, por un misterioso y genial inventor. Su mecánica es a base de engranajes y resortes. Tiene «una especie de alas», pero se desplaza en el aire con gran ligereza, un poco a la manera de un helicóptero. Sus mandos son los mismos del «caballo de ébano», un tornillo y un resorte. Su dueño se vale de él para engañar a las multitudes. Hace brotar fuegos artificiales del cofre y se hace pasar por Mahoma que ha venido a visitar el mundo.

El cofre y el caballo tienen una extraordinaria facilidad de mando y de maniobra y son completamente silenciosos.

En esto, son más perfectos que nuestros aparatos voladores actuales y su velocidad puede ser también considerable.

Nos hallamos, pues, ante una alternativa: o nuestros dos cuentos anticipan la ciencia-ficción y no son más que prodigiosas fantasías de un árabe visionario del siglo x o se inspiran en secretos olvidados de tiempos remotos, de una civilización desaparecida que habría poseído extraordinarios medios de transporte que se deslizaban silenciosamente por los aires. Por consiguiente, debemos recordar que los antiguos apreciaban singularmente el silencio, a menudo considerado por ellos como sinónimo, si no del progreso, al menos de la perfección, noción que se perdió más tarde. Así, el templo de Salomón se construyó sin que se oyese un solo martillazo, cosa que contribuyó no poco a la celebridad de aquel rey grande y misterioso.

3. EL PÁJARO DE ARQUITAS.

Sin embargo, alguien ha hecho observar que «el caballo de ébano» y «el cofre volador» son probablemente de origen hindú y que en la mitología hindú se encuentran numerosas referencias a animales voladores y al vuelo planeado en general.

Dicen los mitos que en los primeros tiempos de la India los elefantes volaban y se paseaban por el cielo como las nubes. En aquella época, los caballos también tenían alas. El dios Indra se las quitó cortándolas con sus rayos para que los corceles fuesen más dóciles. Incluso las cadenas montañosas tenían alas y constituyan una variedad particular de nubes. Indra las privó de la facultad de volar a fin de consolidar con su peso la superficie todavía vacilante de la tierra.

Así se llegó a la conclusión de que el caballo de ébano y el cofre volador se inscribían en la tradición del «mito del vuelo» hindú. Aunque los animales voladores no eran exclusivos de la India, según el «Zohar» hebreo la serpiente que tentó a Eva era un camello volador.

Pero el «mito del vuelo» hindú no nos habla nunca, o casi nunca (1), de vehículos aéreos construidos por el hombre y propulsados por medios puramente mecánicos. Ni las montañas, ni los elefantes, ni la mítica ave Garuda, ni las alfombras voladoras cuya utilización depende únicamente del conocimiento de una fórmula mágica, no son máquinas como nuestro cofre y nuestro caballo que parecen corresponder a la muy acusada afición de los árabes de la Edad Media por la mecánica, más que al gusto indio por las cosas fantásticas.

A imitación de los persas (en la corte del rey sasánida Cosroes había ya un reloj muy perfeccionado: su propio trono), los árabes habían hecho efectivamente una verdadera ciencia de la automación. El *Tratado sobre los autómatas*, compuesto por Djazari, tuvo un éxito enorme tanto en Oriente como en Occidente donde fue conocido gracias a los cruzados. Nos describe toda clase de relojes, de norias, de telares y de pájaros de metal que agitan las alas, cantan, ruedan, etc. De allí sacaron los autores europeos de libros de caballerías la idea del «caballo de fuego», un caballo de bronce o de madera, provisto de cohete, clavijas, válvulas y resortes capaz de provocar la desbandada de ejércitos enteros. Desgraciadamente, estos pájaros y este caballo no vuelan, y el rey Schariar no habría podido satisfacer su curiosidad hojeando el *Tratado sobre los autómatas*. El caballo de ébano y el cofre volador son evidentemente máquinas, pero que no parecen haber sido inventadas por el hombre.

Así lo confirma la lectura de la *Historia de las ideas aerodúcticas antes de Montgolfier*, de Jules Duhem, que es sin duda la obra más completa sobre este tema. Partiendo del famoso pájaro mecánico de Arquitas, que hizo las delicias de los griegos (2), Duhem nos brinda varios millares de ejemplos de vuelos mágicos, de vuelo proyectado, de vuelo a vela, de vuelo con remos y de vuelo mecá-

(1) Cierto que existe una leyenda según la cual un niño se construye un ave Garuda de madera y vuela con ella, pero probablemente es posterior al «Cofre Volador».

(2) Era un pájaro mecánico que volaba agitando las alas y volvía a posarse en la mano de su dueño. Se presume que se trataba de una superchería en la que el hilo de alambre representaba cierto papel.

nico... Imposible citarlos todos o elegir siquiera un ejemplo con preferencia a otro (1).

Ninguno de los aparatos no mágicos citados por Duhem es tan perfeccionado como nuestro caballo y nuestro cofre. Todos se fundan en procedimientos chocantes o primitivos. Ninguno ofrece la facilidad de manejo, la ligereza y las grandes realizaciones de aquéllos. El carácter evidentemente excepcional de nuestros dos «aviones» supera todos los *sueños* del hombre desde el principio y hasta la actualidad. Esto se desprende claramente de la *Historia de las ideas aeronáuticas*.

Parece, pues, que el caballo de ébano y el cofre volador no proceden de la mitología hindú, ni de las aeronaves soñadas por los árabes enamorados del automatismo, pues la precisión de los sueños de una época dada es en función de su tecnología verdadera. Entonces, ¿qué pueden ser, sino una referencia a un prodigioso saber olvidado?

4. UNAS ÁGUILAS HAMBRIENTAS.

Sin embargo, una celeberrima historia de la mitología persa presenta alguna semejanza con la del caballo volador. Su versión más patética nos la da Firdusi en su *Shahnamah* que confiere el papel de «piloto» al rey Kay Us.

Kay Us, rey protohistórico persa, hizo criar cuatro vigorosos

(1) Salvo para los entendidos y para demostrar la pasión y el ingenio que mostraban los árabes en lo tocante al vuelo, la maravillosa y verídica historia del califa Aziz, ese *gourmand* de la fruta precoz que, en 990, se hizo enviar por su visir y por vía aérea seiscientas hermosas cerezas de Balbek. Las transportaron seiscientas palomas mensajeras, cada una de la cuales llevaba colgada del cuello una cereza en una bolsita de seda.

aguiluchos. «Cuando estos aguiluchos hubieron adquirido la fuerza de los leones de modo que podían levantar un *argali* (1), el rey hizo construir un trono de áloe indio, reforzado con planchas de oro, y con unos largos palos sujetos a los costados del trono. Una vez preparado todo de este modo y poniendo toda su alma en esta empresa, el rey suspendió en aquellos palos sendos cuartos de cordero y por último hizo traer las cuatro vigorosas águilas y las ató fuertemente al trono. Kay Us se sentó en el trono, después de haber colocado una copa de vino delante de él y las águilas de fuertes alas, impulsadas por el hambre, se lanzaron en dirección a los pedazos de carne. Así levantaron el trono del suelo, lo elevaron de la tierra hacia las nubes y siguieron esforzándose por alcanzar los pedazos de carne mientras les quedaron fuerzas. He oido decir que Kay Us subió hasta más allá del firmamento y que siguió subiendo con la esperanza de elevarse por encima de los ángeles. Otro dice que había volado al cielo para luchar contra él con el arco y las flechas.

»...Las águilas volaron durante mucho tiempo y después se detuvieron. Tal será la suerte de aquellos que intenten esta empresa. Pero cuando las aves se quedaron agotadas se desanimaron, plegaron las alas según su costumbre y descendieron de las oscuras nubes tirando de los palos y del trono del rey. Se dirigieron hacia un bosque y tomaron tierra cerca de Amol. Por milagro el rey no se mató al chocar con la tierra y lo que debía pasar seguía siendo un secreto. El rey deseaba que un pato salvaje levantase el vuelo, pues tenía necesidad de comer un poco. De esta manera, había trocado su poder y su trono por la vergüenza y el sufrimiento.»

Se observará que esta historia, que se encuentra también en *La novela de Alejandro* y que debe presumirse derivada del viejo mito de Etana, el Ícaro babilonio, grabado en unas tablillas que tienen tres mil quinientos años de antigüedad, representa toda ella la idea del fracaso. Y de un duro fracaso.

En cambio, el cuento del caballo volador es radicalmente optimista. Es, en realidad, todo lo contrario de la historia de Kay Us y de la de Etana que trata de hacerse llevar al cielo por un águila a la que ha curado y fracasa lamentablemente mientras los dioses

(1) Enorme cordero salvaje.

exclaman: «Las plumas tomadas de prestado son demasiado débiles para el vuelo y las decisiones divinas no pueden cambiarse.»

¿Es posible que un mito pasando de un país a otro, y de un milenio a otro llegue a expresar radicalmente todo lo contrario? Pero aquí se observará que la forma de las dos historias no aparece invertida. Lo que cambia es el fondo. Una refiere la historia de un triunfo; la otra, la de un fracaso. A pesar de su forma semejante, no creemos en absoluto que el mito de Kay Us y el del caballo volador denoten las mismas ideas y tengan el mismo origen.

5. UN RADAR-LÁSER.

¿Qué significa, pues, el caballo volador?

Las otras dos maravillas que los magos llevan como presentes a la hija del rey Sabur tal vez nos pondrán sobre el buen camino.

La primera es un hombre de oro de tamaño natural. Está incrustado de piedras preciosas y lleva entre las manos una trompeta de oro.

—Si lo colocas en la puerta de tu ciudad —dice el mago al rey— se convertirá en un guardián a toda prueba, pues si un enemigo quiere entrar en el lugar él lo adivina a distancia y soplando su trompeta en su dirección lo paraliza y le llena de terror.

Este guardián a toda prueba hace pensar en un radar combinado con un láser mortífero.

Cierto que en *Las mil y una noches* abundan los guardianes de esta clase. Pero generalmente éstos se contentan con actuar valiéndose de flechas o de cimitarras. Es bastante raro que observen y adivinen a distancia.

El hombre de la trompeta, como el cofre y el caballo, es también un misterioso invento, probablemente venido de muy lejos.

Este centinela puede ser cualquier cosa menos un simple truco de magia. No se trata de un «golem», un servidor superior creado por el hombre a su imagen y semejanza ni de un simple autómata y tampoco forma parte del instrumental acostumbrado de los brujos al estilo del espejo que revela el porvenir. Más bien parece un arma de defensa muy perfeccionada. Pero ¿por quién?

El segundo presente de los magos a las hijas de Sabur es más frívolo. Se trata de una gran fuente de plata en medio de la cual se encuentra un pavo real de oro rodeado de veinticuatro pavas del mismo metal. «Y cada vez que transcurre una hora el pavo real da un picotazo a una de las veinticuatro pavas y la monta agitando las alas. Después, cuando ha pasado un mes de esta manera, abre la boca, y el creciente de la luna nueva aparece en el fondo de su garganta.»

Este regalo es más corriente. Es un reloj perfeccionado y sin duda muy exacto (1).

Sin embargo, adquiere nuevo valor si consideramos que fue ofrecido al mismo tiempo que el centinela-radar-láser.

En efecto, un centinela mágico y un ave autómata aparecen juntos en uno de los momentos más cargados de secretos de nuestra historia: el saqueo de las pirámides efectuado por los árabes después de la conquista de Egipto.

El manuscrito árabe titulado *El Murtadi* nos describe los objetos que encontraron los árabes en las cámaras de seguridad de las pirámides y que después desaparecieron. Se trataba de una vasija de cristal rojo «que pesaba igual cuando estaba llena que cuando estaba vacía»; de un lancero de piedra negra y una arquera de piedra blanca, de tamaño natural, que eran sin duda aquellos famosos guardianes que, según la tradición, no podían ser mirados sin morir y por último de un curioso autómata, un «gallo de oro rojo, de

(1) Recordemos la precisión de la ciencia árabe. Omar Khayyam, que tuvo la fortuna de ser a la vez el poeta y el sabio más grande de su tiempo, inventó para el ministro selyúcida Nizam un calendario más exacto que el nuestro, el yaladí, que así como el calendario gregoriano utilizado por nosotros tiene un error de un día por cada tres mil trescientos años, sólo permite un error de un día cada cinco mil años.

cara espantosa, esmaltado de jacintos, dos de ellos muy grandes en los ojos que relucían como dos antorchas. Al acercársele la gente, lanzó inmediatamente un grito espantoso y empezó a agitar las dos alas mientras diversas voces misteriosas surgían por todas partes».

Ahora bien, se han atribuido un origen atlántico a estos objetos y se ha dicho que las pirámides eran los prestigiosos receptáculos de todo el saber tradicional de los atlantes.

Sea lo que fuere, se parecen mucho a los presentes de los magos... ¿Podemos, pues, pensar que éstos tienen un origen atlántico?

Los atlantes salen generalmente muy bien librados cuando se trata de atribuirles medios extraordinariamente perfeccionados. Desgraciadamente, sólo la imaginación del hombre puede atribuirles la invención del radar-láser. Según Platón, parece más bien que los atlantes tuvieron una civilización ciertamente avanzada, pero en modo alguno superdesarrollada. Prueba de ello es que en el siglo XII a. de J.C., justamente antes del cataclismo, se dice que fueron vencidos por los egipcios. Los bajorrelieves del templo de Medinet Habú, que se cree que describen el combate naval entre los egipcios y los hiperbóreos, no nos presentan ningún arma prodigiosa.

Entonces, ¿qué hemos de pensar? El caballo volador y el radar-láser no parecen ser, y esto es lo que hemos tratado de demostrar, inventos gratuitos. ¿Y bien? ¿Fueron traídos un día a los hombres por seres extraterrestres? La explicación es discutible. Pero ¿qué otra podemos ofrecer? El debate sigue abierto.

El caballo de ébano y el hombre de la trompeta brillan con extraño fulgor en el variopinto encante de objetos extraños que nos ofrecen *Las mil y una noches*. Su secreto no ha sido aún violado.

¿Lo será algún día? Así lo esperamos.

Los pensadores actuales estudian cada vez más esta clase de problemas. En el número de *Playboy* de enero de 1972, el futurólogo Arthur Clarke y el filósofo Allan Watts, uno de los «maestros del pensamiento» de la nueva generación, intercambian sus puntos de vista en estos términos:

WATTS: «Siempre he creído que nuestros arqueólogos sólo han excavado algunos minúsculos lugares de la superficie terrestre y que quedan, en reserva, millones de kilómetros cuadrados de sorpresas.»

CLARKE: «Tal vez sorpresas increíbles, como el descubrimiento de la "computadora" de Antikythera. En 1900, unos pescadores de esponjas descubrieron unos restos entre los que figuraban algunos de los más grandes tesoros del arte griego que se encuentran actualmente en un museo de Atenas. Había varias estatuas y, entre otras muchas cosas, una maza de bronce oxidado. Este bronce permaneció más de cincuenta años en el museo, antes de que Derek Prince se imaginase lo que era: una especie de "computadora" muy compleja destinada a calcular la posición de las estrellas, algo mucho más complicado que el reloj de nuestros abuelos y provisto, además, de cuadrantes graduados y de ejes... Se presume que data de un siglo a. de J.C., pero no sabemos que alguien fabricase una cosa tan compleja antes de la época de Benjamín Franklin...»

SCHEREZADE Y LA HISTORIA

Destellos de la mente, secretos desparramados en los cuatro rincones del desierto, lenta marcha de un Gran Iniciado, los djinns y la Montaña de Kâf, tesoros de Urartu, caballo volador, Amazonas, Atlántida... La inmensidad literaria de *Las mil y una noches* nos brinda los arcanos de nuestro pensamiento. Sus estructuras prehistóricas desfilan ante nosotros...

También desfilan los siglos y sus representantes... La Historia tiene también su sitio en *Las mil y una noches*: Scherezade, la narradora, y Harún al-Rashid, el califa que es protagonista de la cuarta parte de los cuentos, existieron en realidad...

El estudio clásico de *Las mil y una noches* consistía en analizar ante todo estos personajes. Nosotros escogimos deliberadamente ir primero directamente al misterio.

Pero volvamos a Bagdad y a los humanos. No pensemos más en sus ideas. Pensemos solamente en sus acciones.

1. LA ANTORCHA EN LAS TINIEBLAS.

Los árabes han dado un destino complejo a la mujer. La esclavizan, pero la ensalzan. El papel principal de *Las mil y una noches* es representado por una mujer.

«¡Su talle! Es como la rama del mirto y del árbol ban. ¡Su boca! Es una manzanilla en flor y sus labios dos anémonas húmedas. Sus mejillas son como manzanas y sus senos como dos pequeñas cantimploras de marfil. Su frente irradiia claridad y sus dos cejas vacilan sin cesar para saber si deben unirse o separarse. Si habla se desgranan perlas finas en su boca y si sonríe torrentes de luz brotan de sus labios más dulces que la miel, que se funden como la mantequilla...»

Tal es Scherezade, que se sacrifica para salvar a su pueblo. Por su propia voluntad se casa con el sultán Schariar, un misógino inveterado que hace matar a todas sus jóvenes esposas el día siguiente de su noche de bodas. Contándole historias «con suspense» (*Las mil y una noches* son el «suspense» más célebre de la literatura mundial) consigue salvar su vida durante mil y una noches.

Transcurrido este tiempo, Schariar manda al cuerno su misoginia. Las diferentes versiones varían en lo tocante a los motivos. Según otras, Schariar se siente entusiasmado por el talento de narradora de su esposa, y según otras, considera sus cuentos bastante aburridos, pero se deja conquistar por los tres hijos que tuvo, sin saberlo él, en el curso de estos tres años escasos, y cuya existencia le revela ella súbitamente...

Sea lo que fuere, Schariar exclama al fin, refiriéndose a su mujer:

—Antorcha en las tinieblas, aparece y amanece el día... Aparece y su luz ilumina las auroras.

La modesta Scherezade se convierte en el modelo único de todas las mujeres. Inteligencia más belleza: es la mezcla perfecta. La adornan las más raras cualidades: tacto y pasión, discernimiento y humor, etcétera.

Es, todavía en la actualidad, la mujer ideal si dejamos a un lado su psique. En efecto, nuestro gusto no es absolutamente igual al de los árabes del siglo XII para quienes los requisitos de la belleza eran, entre otros, los siguientes: «Su ombligo es lo bastante profundo para contener una onza de mantequilla moscada. En cuanto a su grupa monumental, remata adecuadamente la finura de su talle y deja profundamente impreso en los sofás y los colchones el hueco formado por la importancia de su peso...»

Uno de sus hechizos más extraños es que pueda hablar y entre-

garse durante mil y una noches seguidas conservando intacto su misterio.

¿Qué mujer no querría conocer este secreto?

¿Quién fue la verdadera Scherezade? En todo caso, no es un personaje nacido espontáneamente del ingenio de un narrador. No es una simple fuente de intrigas, ni un sueño traducido en palabras. Es un personaje histórico, manipulado, corregido, pulido por los narradores...

Scherezade. Este nombre es de origen sasánida. Es un derivado de Tchihraz-âdh.

Ahora bien, Tchihraz-âdh era uno de los apodos de la mujer de Cosroes II, que reinó en Persia desde 590 hasta 628 d. de J.C.

2. LA NOVELA DE CHIRIN Y COSROES.

Cosroes. Este nombre evoca la edad de oro de la realeza sasánida. Época de la que se conservan numerosas obras de arte, entre otras el más bello tazón del mundo, celosamente guardado en Saint-Denis y conocido por el nombre de «Taza de Salomón»: una gran fuente cóncava de oro, piedras preciosas y cristal de roca.

En Ctesifonte, a treinta y dos kilómetros de Bagdad, se encuentra una de las más asombrosas ruinas del Oriente Medio, una gigantesca fachada de cuatro pisos en el centro de la cual pueden verse, a través de un arco de veinticinco metros, las ruinas de una inmensa sala abovedada. Fue el palacio de Cosroes, que resistió durante trece siglos los vendavales de arena.

Antaño, Cosroes administraba justicia en esta sala, sentado en un trono que giraba automáticamente durante el día, indicando el paso de las horas... Su corona de oro y de piedras preciosas era tan pesada que para que Cosroes no se doblase bajo su peso tenía que estar suspendida del techo por una cadena.

Sus súbditos sólo podían dirigirle la palabra poniéndose de rodillas y sujetando cuidadosamente, sobre la boca, un inmaculado pañuelo blanco.

El fausto y el renombre de su palacio eran tales que cuando el califa Al-Mansur, abuelo de Harún al-Rashid, quiso reconstruirlo en Bagdad, en 762, se empeñó en hacerle transportar piedra por piedra. Pero como la operación resultó imposible, se contentó con conservar las puertas.

Poco después, el recuerdo del lujo de la corte del rey sasánida fue sustituido entre los árabes por el de sus amores y principalmente por el de sus amores contrariados con la que debía convertirse en su mujer: la princesa Chirín, apodada en ocasiones Tchihraz-âdh que, en persa antiguo, quiere decir «de noble raza».

Esta Chirín, casi completamente ignorada en el resto del mundo, es extraordinariamente popular en los países árabes de la actualidad, tanto como lo fue en la Persia de antaño.

La obra magistral de la literatura iraní, escrita en 1180 por el poeta Nizami, se denomina *Historia de Chirín y Cosroes*. Tan célebre en el Oriente Medio desde hace ocho siglos, como lo es entre nosotros la historia de Tristán e Isolda, no fue traducida íntegramente al francés hasta 1971. Algo francamente deplorable, puesto que este libro es uno de los más hermosos y más conmovedores que se hayan escrito. Es una de las estrellas del cielo literario. Quien lo haya leído no lo olvidará jamás.

3. UNA CRISTIANA EN EL BAÑO.

Después de Salomón y la Reina de Saba, Cosroes y Chirín constituyen una de las más antiguas parejas de grandes enamorados cantadas por los hombres. Rolando y la Bella Aude y Tristán e Isol-

da sólo serán pálidas reminiscencias de aquélla. Su presencia es tal que los imagineros persas no han dejado de representarlos durante siglos. Los amores de Cosroes y Chirín siguen siendo uno de los temas constantes de las miniaturas persas. Observad bien la próxima vez que encontréis una reproducción y si veis en ella a un joven contemplando a una mujer en el baño o a una muchacha mirando un retrato colgado de un árbol, o dos jóvenes jugando al polo o amorosamente abrazados, llorando y mirándose fijamente a los ojos, con toda seguridad se tratará de Chirín y Cosroes.

No es muy fácil formarse una idea concreta de la personalidad exacta de la hermosa Chirín, pues el tono de la historia de Nizami es muy diferente del de *Las mil y una noches*. Nizami es poeta y no narrador y tiene más de moralista que de historiador. Debemos, pues, tener también en cuenta las otras fuentes de información sobre Chirín, su verdad histórica y las numerosas leyendas anteriores o posteriores a la obra de Nizami.

Veamos cómo nos pintan el retrato de esta Scherezade. Es de una belleza sublime: «Su talle es esbelto como una palmera de plata en cuya cima cogen dátiles dos negros (léase que sus cabellos están peinados en caracoles sobre las mejillas). Sus diez dedos son largos como colas de armiño; su cuerpo es tan tierno que parece querer evaporarse; sus ojos lánguidos hacen estragos. En una palabra, cuando uno la contempla piensa en quintales de azúcar, en montones de rosas.»

Es tan hermosa que Cosroes, que partió en su busca porque le mostraron un retrato de ella, al sorprenderla por casualidad en un oasis, bañándose en una fuente, la toma por un hada y no se atreve a creer que ha encontrado el objeto de su amor. Sigue adelante sin dirigirle la palabra, y éste es el primero de los muchos equívocos que se suceden en su historia. Los miniaturistas persas y turcos se aficionaron mucho a representar esta escena y la trataron con tanta fortuna como los pintores venecianos la anécdota de Susana y los viejos. Cosroes es representado como un joven magníficamente vestido y montado en un soberbio caballo blanco. Chirín, en la fuente, peina sus bucles «negros como el castor» y que descienden hasta sus pies. Tiene el torso desnudo y su única vestidura es un amplio calzón bordado (un *kalbar*). Su caballo negro, «el más hermoso del mundo», se abreva a su lado...

Según Nizami, Chirín era hija de la reina de Armenia y, por tanto, de religión cristiana. Otros autores la creyeron griega. «No está prohibido imaginarla kurda —escribe Henri Massé—, pues es en Kurdistán donde se mantiene más vivo su recuerdo. En la ruta de Bagdad a Teherán, seguida desde la Antigüedad por los viajeros y los conquistadores, se encuentran las imponentes ruinas del palacio de Chirín cuya localidad más próxima tomó el nombre de «Quasré Shírin». Esto importa poco. Lo esencial es que ella era cristiana.

4. COSROES BEBÍA CIENTO VEINTE LITROS DE VINO CADA DÍA.

A primera vista, la *Historia de Chirín y Cosroes* expone una situación muy diferente de la de Scherezade y Schariar. Cosroes está locamente enamorado de Chirín, pero los azares de la vida, ora las presiones del poder, ora el orgullo y la astucia de Chirín, le impiden poseerla antes de su matrimonio, el cual no se celebra hasta que la novela toca a su fin y va rápidamente seguido del asesinato de Cosroes por su hijo y del suicidio de Chirín.

En esta historia, Cosroes es presentado como un amante desventurado y débil. Prefigura el Celadon de Astrea, modelo de las preciosas novelas del siglo XVII francés, es decir, todo lo contrario del sanguinario y autoritario Schariar.

Está continuamente borracho como una cuba. En su noche de bodas, Chirín se hace remplazar en el lecho por su nodriza, una vieja cuyas mejillas parecen «cohombros o nueces de coco muy peludas» y Cosroes, al menos durante unos minutos, no se da cuenta de la sustitución. Cierto que Casanova confiesa haber cometido errores parecidos.

En cambio, encontramos a Scherezade bajo los rasgos de Chirín. La princesa cristiana no piensa en salvar la cabeza, sino su virginidad. Para entregarse a Cosroes exige el matrimonio. El rey

anda por las ramas, vacila, se crea dificultades. Para conseguir la alianza del rey de Bizancio cuyo ejército le ayudará a someter a los disidentes de su reino se casa con Miriam —o María—, también cristiana.

Tan pronto lo vemos loco de amor por Chirín, cruzando ardientes desiertos en su busca, como olvidándola en el curso de fiestas en los que bebe, en las copas más grandes («la que está en Saint-Denis?»), cuarenta *mann* de vino puro.

¡Cuarenta *mann*! ¡Ciento veinte litros de vino (un *mann* equivale a tres litros)!

Es verdad que Nizami suele exagerar. Nos dice que Cosroes «podía hacer treinta veces seguidas el juego del amor». ¡Ciento veinte litros! ¡Treinta veces! Estas dos cifras deben de tener un denominador común.

La novela de la princesa cristiana y el rey sasánida es un largo juego de vacilaciones, un ballet de toma y daca, un precioso desafío oratorio. ¡Hay que ver con qué fría inteligencia, reprimiendo temporalmente su propia pasión, defiende Chirín su virtud y atormenta el pobre corazón de Cosroes! ¡Cómo sabe jugar con él! Puede ir muy lejos sin ceder por ello.

Desde los primeros momentos de su amor deja que el rey le robe algunos besos tan apasionados que su mejilla queda toda jaspeada. Inmediatamente recurre a un artificio: «Avergonzada de estos morados en su cara lunar —escribe Nizami—, Chirín tenía a mano su cajita de crema blanca, parecida a una rosa a fin de tapar las señales de los besos.»

Como Scherezade, Chirín conoce todos los trucos. Son su especialidad. Los hay grandiosos. Para excitar los celos de Cosroes, hace que el escultor Fardad, que también está enamorado de ella, construya un canal que lleva directamente a su palacio la leche de las ovejas que pastan en el monte. Los hay simplemente verbales: «¿Cómo prestar oídos a tus discursos almibarados —le dice a Cosroes—, si soy yo quien vende azúcar y miel? ...En la gruta que es la boca de todo hombre, hay un dragón —su lengua—, y a veces ésta habla duramente, pero sólo es amarga, en verdad, si obedece a un espíritu amargo. Yo sólo te hablo después de haber

pesado mis palabras...»

Chirín ensalza continuamente el poder de sus palabras rebajando lo más posible las de Cosroes.

«Si quieres producirnos jaqueca —le dice—, habla y yo te escucharé con paciencia.»

Cosroes trata de contestar al desafío de Chirín. Para darle en la cresta a la cristiana, se dirige a Issahán, dispuesto a remplazarla en su corazón por la bella Chakkar. Ésta aprovecha su embriaguez para burlarse de él enviándole a una de sus servidoras, a la que él toma por ella (una vez más al amparo de la noche, la eterna «engañadora»)... Sereno, tratará de plantarle cara a Chirín, de responder a sus sarcasmos, de enviarle poesías, etc. Por último, Chirín conseguirá su propósito, el matrimonio, gracias a su innegable superioridad intelectual y a la facundia de su lenguaje.

Scherezade heredará estos dones. No será ella quien dé jaqueca a su marido Schariar.

5. LA HECHICERA.

Algunos autores niegan que Chirín fuese una princesa armenia. Antes al contrario, le atribuyen una cuna muy humilde. Según ellos, el apodo de *Tchihraz-âdh* («de noble raza»), le fue dado irónicamente, y sin saberlo ella, por la Corte, furiosa de verla convertida en reina.

En realidad, era una esclava, nos cuenta el historiador Myrjud. Tenía un dueño que no era Cosroes, pero esto no le impidió brindar sus favores al joven príncipe, el cual le dio su anillo en pago. El dueño descubrió la traición y mandó que la joven fuese arrojada al Éufrates... El barquero, hombre de buen corazón, la ocultó en una cueva. Cuando Cosroes subió al trono, ella le envió su anillo. Cosroes mandó una escolta real (camellos, monos, tien-

das y músicos) en su busca, y se casó con ella.

Otros muchos autores más prosaicos dicen que Chirín fue una mujer de baja estofa, es decir, una ramera que supo cazar a Cosroes en sus redes. Nos la presentan como una cortesana a la que el gran rey convirtió en una especie de Pompadour. Insisten en el hecho de que Chirín se convirtió en reina después de haber hecho envenenar a Miriam, la hija del rey bizantino.

Pero Nizami rechaza esta infame acusación: «Se dice que Chirín hizo llevar a Miriam un áspero veneno del que ella misma había bebido un poco. ¿Quieres saber la verdad? ¡Pues déjate de venenos! —escribe, jocosamente—. ¡La hizo morir por una energética sugerión!»

Nizami quiere decir con esto que Chirín era una hechicera.

«Por sugerión —explica—, los hindúes hacen caer hojas tiernas de una rama seca, y sus magos convierten la luna en una bola, fascinando a la gente por sugerión, cuando realizan ante ella sus juegos de manos.»

Al parecer, los persas creían a los cristianos capaces de estos trucos. Chirín los utilizaba tanto más cuanto que la propia Miriam era cristiana. Entre las dos mujeres, se desarrolló una lucha de hechiceras.

En cuanto a Cosroes, era zoroastriano y adorador del fuego. Incluso restableció en algunos de sus Estados esta religión que se remontaba a más de un milenio. Después de la muerte de Miriam atacó a los bizantinos, los venció y liberó muchos territorios. Pero Chirín siguió siendo cristiana —en Nizami, cita con frecuencia el nombre de Jesús— y venció intelectualmente a Cosroes.

Representa, en el prudente siglo de Cosroes, un viento de fronda y de contestación, la aportación siempre misteriosa de una sangre extranjera y la fe en una religión todavía nueva, símbolo de juventud.

Scherezade es su copia exacta. Aunque sea buena musulmana o parezca serlo. Además de sus mismas dotes de elocuencia, de as-

ticia y de valor, se adivina en ella, subyacentes, una vindicta cristiana y un buen conocimiento de la magia.

6. LA NOVELA DE UNA SUSTITUCIÓN.

Pero Chirín no inspiró únicamente el personaje de Scherezade.

Después de la muerte de los dos amantes, los relatos de los amores de Cosroes y Chirín pasaron de la Corte a la ciudad y apasionaron al público... Los narradores los bordaron copiosamente. Partiendo del relato fundamental que acabamos de resumir, y del que hizo Nizami una obra maestra, multiplicaron las digresiones y las narraciones complementarias.

Las aventuras auténticas o apócrifas de Cosroes y Chirín acabaron por constituir un verdadero ciclo. Los narradores persas las agruparon con otros relatos del tiempo esplendoroso de la corte de los antepasados de Cosroes, con las fábulas de Bidpai y con los cuentos de hadas (Peris o Banus), antigua especialidad iraniana. El conjunto titulado *Hazar Afsanah* (*Mil cuentos*) es el antepasado de *Las mil y una noches*.

El éxito de esta obra actualmente perdida fue tan grande que a partir del siglo VIII los narradores árabes se propusieron islamizarla, reproducirla de acuerdo con su religión, sus costumbres y su fantasía. Aplicaron el folklore árabe sobre el folklore persa. Así como los ocupantes de un país cambian los nombres de las calles, de las plazas y de las ciudades, ellos cambiaron los de los personajes. Pero lo hicieron con mucho ingenio y sin dejar nada a la casualidad. Cuidaron muy bien de que los héroes árabes tuvieran el mismo peso que los héroes persas.

Sustituyeron la pareja Cosroes-Chirín por la pareja Harún al-Rashid-Sett Zobeida. Confundieron en una misma leyenda la pare-

ja histórica sasánida del siglo VI y la pareja histórica abasí del siglo VIII.

Para esta delicada operación se vieron obligados a desdobljar el personaje femenino. En efecto, por motivos de decoro era imposible decir que la mujer de Harún al-Rashid era una hechicera, una cristiana o una prostituta, pero su persona tenía tanto encanto y tantas buenas cualidades que no era cuestión de abandonarla. Por esto le encontraron un papel en realidad semejante al de Scherezade y la situaron en un tiempo mítico tratando de conservar, para la mujer histórica del califa, cierto barniz y cierto número de rasgos que eran propios de Chirín. No creemos que tuvieran mucho éxito en este desdoblamiento. Las plumas de pavo real que adornan a Sett Zobeida no están bien ajustadas...

7. UNA BOLA DE ORO BLANDO.

El Harún al-Rashid de *Las mil y una noches* es Cosroes visto en un espejo deformado. Como al monarca sasánida le gustan las mujeres y como él sale a pasear de incógnito por las calles de la capital para ver cómo vive su pueblo. Como a él le gustan la beber y los poetas. Como él siente gran aprecio por su visir (Yafar), pero acabará por hacerle perecer (el ministro de Cosroes, Balchtakán, fue, según Ma'sudi, acusado de maniqueísmo y arrojado al Tigris). Harún y Cosroes, dos sosias. Pero haga lo que haga, Harún es siempre un poco menos fastuoso que su modelo.

Harún debe contentarse con soñar en el famoso trono de Cosroes, «en forma de cúpula, donde estaban representadas todas las constelaciones y el conjunto de las estrellas como vistas desde un observatorio mientras que los minutos y los grados de los astros errantes aparecían señalados, y brillantes joyeles indicaban las horas, los días y las noches... Un trono semejante no era un trono, sino un cielo...»

Harún no podrá reconstruir jamás el palacio de Cosroes, que se derrumbó en parte la noche del nacimiento de Mahoma, marcado también por otros muchos prodigios. (Se concreta que sus cuarenta pináculos cayeron al suelo y que en aquella época estaba sostenido por cuarenta mil columnas de plata.)

Harún no podrá hacer olvidar nunca el aspecto «desmesurado» de Cosroes que tenía tres mil esposas y doce mil esclavas. Sus caballerizas contenían seis mil caballos, entre ellos *Schebdiz* y *Barid*, que fueron tan famosos como *Bucéfalo*. Cosroes parece invencible. La más pequeña «chuchería» contenida en sus tesoros es el *Badaverd* (que quiere decir «traído por el viento»), unas cajas tomadas de una nave griega que se dirigía a Constantinopla y estaban llenas de «lingotes de oro flexibles y maleables sin ayuda del fuego» (1).

Sin embargo...

Sin embargo, el talento de los narradores árabes conseguirá que, al menos en Europa, la leyenda de Harún al-Rashid supere con mucho la de Cosroes.

8. «¡QUE NO PUEDA YO TRANSFORMARME EN PEZ PARA ACARICIAR EL CUERPO DE SETT ZOBEIDA...!»

La mujer de Harún, Sett Zobeida, tuvo menos suerte. Fue eclipsada por la bella y fascinante Scherezade. En ciertas traducciones, como la de Galland, brilla prácticamente por su ausencia.

Sin embargo, el personaje histórico de Sett Zobeida no carece de cierta grandeza. Sett Zobeida era prima de Harún y parece ha-

(1) Había hecho con él una bola blanda de oro que amasaba entre sus dedos para pasar el rato o para relajarse, un *gadget* que haría furor entre los hombres de negocios contemporáneos. Esta famosa bola es mencionada con frecuencia en las narraciones persas. Así, por ejemplo, escribe Djami, en *Yusuf y Zuleika*: «Sus nalgas eran como un montículo de plata pura, pero tan blando que se escababa como pasta bajo los puños de la masajista. ¡Que no vuelvan a hablarnos de la famosa bola de oro de Cosroes! ¡A partir de ahora, la palma pertenece a la esfera de plata de Zuleika!»

ber ejercido una gran influencia sobre él. El califa estaba prendado de ella.

Le había hecho construir en Bagdad, cerca de su propio palacio, una espléndida mansión, el palacio de Karar, «El Estanque», que no deja de recordarnos el palacio donde se había encerrado Chirin mientras esperaba que Cosroes la pidiese en matrimonio. Sett Zobeida vivió allí rodeada de esclavos, de tejidos raros y de vajillas de oro. Por principio, no comía nunca en vajillas de otra clase. Tenía una guardia personal de eunucos que, cuando se paseaba por la ciudad, cabalgaban a los lados de su palanquín de ébano y de sándalo incrustado de oro y de piedras preciosas y tapizado de marta cebellina.

Ella fue quien introdujo en la corte la moda de las criadas vestidas de paje, de los zapatos adornados con perlas y piedras preciosas (antes de ella, incluso las reinas andaban descalzas) y, para colmo de lujo, de los cirios de ámbar. En determinadas fiestas utilizaba cirios que pesaban hasta doscientos kilos. El humo del ámbar de ballena invadía todo el palacio... (1).

Sett Zobeida gastó, según parece, tres millones de dinares en ocasión de una peregrinación a La Meca. Ciento que con parte de este dinero dotó a la ciudad santa de un acueducto que le llevaba el agua de un río situado a cuarenta kilómetros.

Fue una gran constructora. Preocupándose del bienestar de sus súbditos, hizo abrir con dinero propio cisternas y pozos. Celosa de su reputación frente a los extranjeros, multiplicó los paradores públicos (los *kans*) en la Ruta de la Seda. Representaba un poco el papel de ministro de Turismo y de Asuntos Sociales. También prestó atención a los problemas del artesanado y fundó la ciudad de Kachán que adquirió rápida fama con su especialidad de tapices bordados de oro.

Aparte de estas actividades, el afán de lujo y los celos constituyan el fondo de su vida.

El afán de lujo. Tenía que aventajar a su suegra, Kaizurán, que hizo un día que Medhi, el padre de Harún, le regalase dos mil esclavos de ambos性es que entraron desfilando en Bagdad. Cada

(1) El ámbar gris apasionaba en aquella época... Harún encargó a varios sabios que estudiasen el origen exacto de aquél material que se encontraba flotando en el mar de Omán.

hombre llevaba en la mano una bolsa de plata con mil dinares, y cada mujer una bolsa de oro con mil dirhem. Uno de los objetivos de Sett Zobeida era conseguir de Harún al-Rashid presentes aún más sumptuosos.

Los celos. *Las mil y una noches* nos refiere muchos episodios de esta clase. En la *Historia de Granem*, Sett Zobeida droga con hachís a una de las favoritas del rey y, por la noche, ordena a tres eunucos negros que la entierren viva. En la *Historia de Jalifa y el califa* droga a otra rival, pero como le ha parecido «realmente encantadora y sus cantos la han divertido» se contenta con hacerla encerrar en una caja y enviarla al zoco para ser vendida, a condición de que el comprador no sepa lo que hay dentro...

Los narradores árabes no quisieron dar a este personaje tan abigarrado el primer lugar en *Las mil y una noches*. Sin embargo, le atribuyeron algunas de las aventuras más célebres de Chirín.

Así, el episodio del baño de Chirín, sorprendida por Cosroes (el baño de Betsabé, el baño de Susana y los viejos, el de Rada sorprendida por Krishna, otro mito arquetípico. Tal vez una de las primeras obras de la literatura prehistórica se llamó *El baño de...* ¡Cuántas veces no habrá sido copiada!), se refiere en *Las mil y una noches* de una manera sumamente ágil y desenfadada. Se debe a la pluma de un gran poeta, llamado Abu-Nowas, a quien los narradores de *Las mil y una noches* citan por su nombre. «Abú-Nowas (alrededor de 810)... recibió desde su infancia el apodo de Abú-Nowas, "el hombre de los cabellos pendientes" en la época en que el poeta mala pieza Waliba ibn al-Hubab lo descubrió en la tienda de un perfumista y se encargó de su formación literaria y mundana —nos dice René Khawam en su Antología de la poesía árabe—. Es el "enfant terrible de la poesía árabe", un Rimbaud que ha podido dar toda la medida de su genio...»

He aquí lo que dice este genio que, cosa curiosa, es también uno de los grandes maestros de la homosexualidad:

«En la fuente, vi la plata cándida y mis ojos se emborracharon de leche...

»Oh, que no haya podido transformarme en onda para acariciarla, o cambiarme en pez una hora o dos!»

Sin embargo, y a pesar de los poetas, dejemos que la desnudez

friolera de Sett Zobeida se desvanezca en su fuente. Su reputación nunca superará la de Chirín. Scherezade llevó todo el trigo a su molino.

9. ¿QUÉ OS PARECE EL AZUL DE ULTRAMAR?

Si una treintena de cuentos de *Las mil y una noches* tienen a Sett Zobeida por protagonista, la omnipresente Scherezade aparece de hecho muy pocas veces. Sean cuales fueren las versiones, le dedican un número de líneas sumamente limitado: unas sesenta al principio de la obra; otras tantas al final, y dos o tres, siempre las mismas, entre cada noche y la siguiente.

¡Qué escuetos son los narradores árabes! Sólo nos dicen que se llama Scherezade (nombre que puede significar también «hija de la ciudad») y que su hermana se llama Duniazada «Hija del Mundo».

«Scherezade está llena de belleza, de encantos, de brillo, de perfección y de un gusto delicioso (y estos superlativos están muy por debajo de los de Nizami, cuando dice que "sólo los labios de Chirín hacen despreciables el azúcar"). Ha leído todos los libros, los anales, las leyendas de los reyes antiguos y las historias de los pueblos pasados. Posee mil libros de historia referentes a los pueblos de edades pasadas, a los reyes de la antigüedad y a los poetas. Es muy elocuente, y da gusto escucharla.»

En *Las mil y una noches*, no hay más comentarios sobre ella. ¿Los borró la propia Zobeida? Yo creo en el poder enorme de los celos.

Los propios actos de Scherezade serán referidos en muy pocas palabras. Sólo le dejan lo que en realidad no pueden quitarle so pena de que todo el edificio se venga abajo.

Pero ¡cuánto ingenio en lo poco que se nos dice de su actitud! Consigue que su padre la case con el tirano Schariar. En cuanto

se halla en presencia de su odioso marido, consigue de él que la autorice para no separarse de su hermana menor, Duniazada, ni siquiera en el dormitorio (la educación sexual de los niños árabes empezó siempre muy pronto y todo estaba previsto para que Duniazada no sufriese ningún complejo). A petición de su hermanita, Scherezade cuenta la primera, la segunda y las demás historias que conoce en secreto y que le salvan la vida. En la noche mil y una, muestra sus tres hijos (tres varones, dos de ellos gemelos), obtiene el perdón definitivo y, por añadidura, un marido para su hermana pequeña que, después de los tres años transcurridos, es ya nubil. Este marido es el propio hermano de Schariar, Schazamán, rey de Samarcanda y también tirano misógino arrepentido.

Última astucia de Scherezade en la última página de *Las mil y una noches* para realzar a Duniazada y hechizar a su marido. Organiza el primer desfile de modelos de alta costura de la literatura. Hace que Duniazada pase cinco vestidos de colores diferentes: azul de ultramar, albaricoque, granate, amarillo limón y verde intenso. «¡Unos colores para volverse loco!»

Y esto es cuanto se nos dice de ella.

Los narradores de *Las mil y una noches* le dedican menos de doscientas líneas.

Cierto que el otro personaje literario femenino de tanta presencia como ella, Balkis, es mencionada en la Biblia en sólo doce versículos, ni uno más, ni uno menos.

10. BAGDAD.

El misterio que rodea a Scherezade hace que sus rasgos sean evidentemente más encantadores. Borra todos los ángulos. Ni siquiera sabemos de qué ciudad es heroína, ni bajo qué cielo se sien-

ta cada noche después del amor, frente a su marido, sobre los talones, y habla, habla...

En cambio, lo sabemos casi todo del tercer protagonista de *Las mil y una noches*, Harún al-Rashid, aunque ningún retrato de la época y ninguna ruina de su palacio hayan llegado hasta nosotros. El único monumento realmente antiguo dedicado a Harún al-Rashid es *Las mil y una noches*.

En Aquisgrán podemos visitar las ruinas del palacio y de los baños de Carlomagno, su contemporáneo, y en el Louvre tenemos una estatua ecuestre (casi de la época) que puede muy bien representar al emperador de la florida barba. Pero de Harún al-Rashid, sólo nos quedan palabras. Desapareció sin dejar más rastro que un djinn desvaneciéndose en el aire.

Ni siquiera se conserva su feudo, su ciudad.

«Bagdad está cruzada por una gran arteria, la Er Rashid Street, prolongación de Saasun Street, sensiblemente paralela al Tigris, y a lo largo de la cual se encuentran los principales hoteles, centros oficiales, tiendas modernas y agencias de viajes. Algunas avenidas paralelas y transversales, trazadas a cordel a través de barrios pobres, no contribuyen a recordar la prestigiosa ciudad de los califas tan alabada por los narradores orientales» dice la «Guía Azul».

Actualmente es una gran avenida moderna, con los mismos atascos que los Campos Elíseos, la que perpetúa el recuerdo del Comendador de los Creyentes. Cruza una ciudad que se extiende a lo largo del Tigris sobre una veintena de kilómetros y alberga alrededor de un millón y medio de habitantes.

En cambio, en los siglos VIII y IX, época en la que se sitúan la mitad de los cuentos de *Las mil y una noches*, Bagdad era la perla del mundo, la ciudad de las tres murallas, de los dos mil palacios y de las mil mezquitas.

¿Quiso Alá castigarla por su fausto? Fue abandonada una vez y asolada tres veces.

En el siglo IX, la Corte y los habitantes se trasladaron a Samarra, dejando la ciudad abandonada durante cincuenta y seis años, hasta el punto de que cayó en ruinas. En 1258, los mongoles de Hulagu incendiaron la ciudad, que había sido reconstruida en

el período intermedio. Se dice que los jinetes enemigos cruzaron el Tigris sin mojarse, pasando por un puente formado por los innumerables pergaminos de las bibliotecas saqueadas mientras que las cenizas del manto de Mahoma, que Harún al-Rashid había llevado sobre sus hombros, eran arrastradas por la corriente... En 1400 surgieron otros jinetes, los de Timur Leng (Tamerlán), que sembraron de nuevo la ruina durante tres días. Por último, en 1638, los turcos del sultán Murat la saquearon una vez más.

Los invasores que hicieron desaparecer todo rastro físico de Harún al-Rashid y de su reino fueron ayudados por la propensión natural de los musulmanes que, según nos dice Gabriel Audisio, «destruyen tanto como construyen. Cada dinastía quiere su capital y cada reinado sus monumentos. Los soberanos del Islam tienen la costumbre, bastante generalizada, de derruir los palacios edificados por sus predecesores para sustituirlos por otros más fastuosos, si cabe. Mal negocio para los arqueólogos».

En los tiempos de Harún al-Rashid, Bagdad superaba a Damasco, la ciudad de los califas omeyas, llamada por sus habitantes «Sham», o sea «Primor», porque era el primor de Dios sobre la tierra.

El califa Al-Mansur, abuelo de Harún al-Rashid, había abandonado «Sham» en 762 para fundar Bagdad, la nueva capital de la nueva dinastía de los abasíes. Para diferenciarse de los omeyas, había resuelto que la ciudad volvería la espalda al Mediterráneo, pero conservaría la antigua y fastuosa herencia de los Cosroes y de la Persia sasánida.

Alejandro Magno había hecho trazar el plano de Alejandría, en Egipto, con granos de trigo, sobre el terreno elegido por él mismo, y los pájaros del cielo se dieron un buen atracón, cosa que se consideró de buen augurio. Al-Mansur quiso que el plano de Bagdad no tuviese nada que envidiar al de Alejandría. Lo hizo trazar, a lo largo del Tigris, con borra de algodón. Al hacerse de noche, subió a una montaña próxima, hizo encender el algodón y contempló, desde lejos, el dibujo de fuego, la forma y el alma de la futura capital.

Según Le Strange (*Bagdad during the Abassid Period*, 1900), los

muros de la ciudad estaban construidos con ladrillos de tamaño extraordinario. Tenían dieciocho pulgadas de lado y pesaban doscientas libras. Las puertas de la ciudad y las del palacio no procedían de Ctesifonte, sino de Zandawar, una ciudad construida por Salomón en Mesopotamia. Eran de cobre y se pretendía que habían sido cinceladas por djinns.

La ciudad redonda tenía aproximadamente un diámetro de un kilómetro y medio. La rodeaban inmensos suburbios cruzados por una extraordinaria red de canales. Estaba rodeada por un foso, una muralla exterior, una muralla principal y una muralla interior. Entre la muralla exterior y la principal había una tierra de nadie y entre la muralla principal y la interior arcadas y casas. Agrupados alrededor de la inmensa explanada donde se levantaban el palacio del califa y la mezquita principal, había toda una serie de edificios públicos en forma de E: el tesoro, la armería, la recaudación de impuestos, la panadería pública, la pagaduría, etcétera.

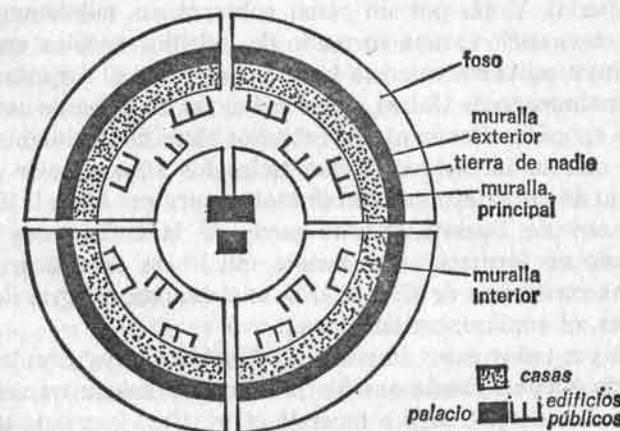


Figura 10. Plano de la ciudad redonda.

Sesenta mil cristianos, esclavos y obreros de Armenia atraídos por los puentes de oro, participaron en su construcción. Una cristiana, Chirin, sirvió de modelo a Scherezade y unos cristianos cons-

truyeron las calles, las murallas y los palacios que son el telón de fondo de *Las mil y una noches*.

Sin embargo, los poderes de los cristianos eran limitados, pues no pudieron transportar a Bagdad, piedra a piedra, como deseaba el califa, el palacio de Cosroes en Ctesifonte. Se limitaron a construir en medio de la ciudad, el Palacio de Oro, rematado por una elegante cúpula verde, sostenida por columnas antiguas, traídas de los cuatro rincones de Asia (¿Persépolis? ¿Jericó?).

11. LOS MARAVILLOSOS «MIROBÁLANOS».

Tanto en verano como en invierno, el agua abundaba en el palacio imperial. Venía por un canal subterráneo, sólidamente abovedado, cuyo suelo estaba formado de ladrillos cocidos emparejados. Mansur no había querido hacer menos que el arquitecto Farhad, el enamorado de Chirín, autor del canal de leche de oveja.

En la época de Harún al-Rashid, unos siete mil quinientos quintales de oro amonedado entraban todos los años en este palacio. Sin contar los impuestos en productos naturales: las mil libras de mirobáanos de Jorasán (frutos secos de la India, muy utilizados antaño en farmacia), las treinta mil libras de azúcar del Juzistán, las confituras de Granada, la miel blanca, el agua de rosas, los dátiles, el comino, los halcones...

Gracias a todos estos impuestos, el palacio cuya cúpula se iluminaba de noche a fin de que los hombres de las caravanas pudieran verlo desde lejos, llegó a tener (y estas cifras han sido tomadas de inventarios muy serios) VEINTIDÓS MIL alfombras y TREINTA Y OCHO MIL tapices de los cuales doce mil quinientos estaban bordados con metales preciosos. Los narradores de *Las mil y una noches* no se atrevieron siquiera a citar estas cifras que desafían toda competencia.

Este palacio maravilloso era el símbolo de Bagdad, reina del co-

mercio, plataforma giratoria que atraía a los mercaderes de todo el mundo. «Si empiezo por el Irak —escribe Ya' Kubi, geógrafo musulmán— es únicamente porque es el centro de este bajo mundo, el ombligo de la tierra. Menciono en primer lugar Bagdad porque es el corazón del Irak, la ciudad más importante, que no tiene equivalente en el oriente y el occidente de la tierra, en extensión, en importancia, en prosperidad, en abundancia de agua y en salubridad del clima. A Bagdad emigran gentes de todo los países próximos y lejanos y son muy numerosos los hombres llegados de todas partes que la prefieren a su propia patria. Todos los pueblos del mundo poseen en ella un barrio, un centro de negocios y de comercio. Por esto se encuentra allí agrupado lo que no existe en ninguna ciudad del mundo... Es tan fácil adquirir mercancías en ella que podría creerse que todos los bienes de la tierra se dirigen allí y que allí se reúnen todos los tesoros del mundo...»

Tal era la ciudad, digna de los cuentos que la describieron, en la que reinaba Harún al-Rashid a finales del siglo VIII de nuestra Era. Le habían dado el sobrenombre de *Medinet es Salam*, «la Ciudad de la Paz».

Pero los árabes de aquellos tiempos no olvidaban su ascendencia beduina y los señores de Damasco habían desertado ya cien años antes de su soberbia capital para construirse palacios al borde del desierto. En 833, El Motasim, nieto de Harún, decidió de pronto construir, a ciento treinta kilómetros al Norte, una nueva capital, Samarra, y trocar las cúpulas rutilantes de Bagdad por las cornejas y los búhos. Y tal vez estuvo acertado, porque si la fabulosa Bagdad fue destruida para siempre aún nos quedan de la Samarra de Motasim, perdidas en el desierto mesopotámico, las maravillosas ruinas de la más grande mezquita que se construyera jamás, la célebre mezquita del Viernes, rematada por un extraño alminar helicoidal, y que es el mejor conservado de todos los «zigurats», esas réplicas de la Torre de Babel...

12. EL CLARINETISTA.

Las miniaturas en las que vemos el retrato del todopoderoso señor de Bagdad datan en general del siglo xv. En ellas vemos un Harún al-Rashid rechoncho, de rostro encuadrado en una barba negra y cuadrada y de facciones regulares. El conjunto es bastante vago.

El cuento *Jalifa y el califa* nos da de él una descripción más pintoresca.

Jalifa es un pescador un poco tonto y de lenguaje muy poco refinado que, sin embargo, se convertirá al final del cuento en el invitado predilecto de Harún. He aquí el relato de su primer encuentro con el califa, que se presenta de incógnito.

«Ahora bien, al-Rahhid tenía, como sabemos, gordezuelas e hinchadas las mejillas y muy pequeña la boca. Por esto Jalifa, después de observarle con atención, creyó que era un clarinetista y le dijo: "¡Oh, Clarinetel! Eres muy feo y tu cara se parece exactamente a mi trasero, pero tal vez eres un pescador muy bien dotado..."»

Invitado al palacio, Jalifa deja de llamar *Clarinet* a Harún. Sin embargo, todavía se le escapa una alusión a la «cara hinchada» del califa.

El rostro de Harún se parecía, pues, un poco al de Carlomagno del cual nos dice Eginhardo que tenía la cabeza redonda y el cuello gordo y demasiado corto. Decíase también que el emperador de la barba florida tenía el vientre un poco prominente. Sin duda le ocurría igual a Harún.

Los dos soberanos vivieron en la misma época. Ambos tuvieron la misma afición a las mujeres (Carlomagno tuvo nueve esposas y concubinas conocidas de todos) y a los deportes (Carlomagno sentía pasión por la natación y Harún por el polo. Introdujo en Bagdad este deporte de origen indópera y procuró democratizarlo).

Aparte de esto, había pocos puntos de semejanza entre el califa refinado, que comía confituras de rosa y vestía enteramente de seda, y el emperador austero, que usaba calzones de lino y chalecos de piel de rata.

Los historiadores europeos mostraron mucha afición a hacer comparaciones entre los dos soberanos. Un obsequio de Harún a Carlomagno llegó a hacerse célebre. Se dice que le envió plantas de legumbres y de frutos, una clepsidra y un juego de ajedrez cuya torre-elefante, que se conservó durante mucho tiempo en Saint-Denis y se encuentra actualmente en la Biblioteca Nacional de París, es quizás un vestigio. Con otra embajada le envió un elefante vivo (quizá por esto podemos ver, esculpidos en los capiteles de las iglesias románicas de Francia, entre otras las de Sens, Vézelay, Poitiers y Aulnay, más de veinte elefantes). Pero la naturaleza de estas embajadas es actualmente objeto de muchas controversias, pues se ha advertido que ninguno de los historiadores árabes, que son en general muy meticulosos, las menciona. Por consiguiente, se ha llegado a presumir que estas embajadas no eran oficiales. Tal vez se trataba únicamente de mercaderes árabes que vinieron a vender tapices a la corte de Aquisgrán. Para quedar bien se decían recomendados por el Harún cerca del Gran Rey y le ofrecían, como prima, algunos presentes. Es muy posible que el embajador del elefante no fuese más que un charlatán.

En cambio, tanto los árabes como los cristianos mencionan las dos embajadas que envió Carlomagno a Harún con la misión de interceder por la situación de las comunidades cristianas en Asia. Harún recibió bien a una de ellas, pero hizo despedir a la otra. De ello puede deducirse que su aprecio por Carlomagno no justificaba el envío de representantes.

Circunstancia extraordinaria. Estas seudoembajadas hicieron que el nombre de Harún al-Rashid fuese más célebre en Europa que el de cualquier otro califa. Pronto fue sinónimo de fausto y de poder. Y cuando la traducción de Galland volvió a lanzarlo en Francia, los eruditos encontraron en él a un viejo conocido. La gloria póstuma de Harún al-Rashid fue algo sin precedentes. Carlomagno y *Las mil y una noches* fueron sus heraldos, tal vez un poco halagadores.

Según nos dicen los historiadores modernos, «la obra de organi-

zación realizada por sus predecesores, Al Mansur y Madhi, con una coyuntura económica favorable, contribuyeron a la gloria de este soberano de una talla política bastante modesta. Sus sucesores, Al Mamum y Al Motasim, deberían compartir con justicia un poco esta gloria.»

13. LAS «GALAS» DE AARÓN EL ORTODOXO.

«Merecería sobre todo ser conocido —nos dicen también— por haber sido el sepulturero del califato divino y de la centralización del poder.» Cometió el inmenso error de dejar un testamento en el que ordenaba que sus dos hijos asumieran sucesivamente el poder. Naturalmente, los hijos se atacaron recíprocamente y pronto hubo tres califatos: uno en Córdoba, otro en El Cairo y otro en Bagdad...

«El reinado de Harún al-Rashid marca una fecha en la Historia —dice, sarcásticamente, un historiador—. Sus predecesores le habían preparado con la institución de los visires una vida exenta de todas las preocupaciones del poder. Pero vamos a asistir al estallido del imperio califal y, en el fondo, el acontecimiento era normal y esperado.»

Henos aquí muy lejos de lo que escribía a principios del siglo x, o sea un poco más de cien años después del reinado de Harún, el célebre historiador Ma'sudi, en sus *Praderas de oro*: «Harún cumplió con escrupulosa fidelidad los deberes de la peregrinación y de la guerra santa... Hizo que resplandeciese su larguezza y el tesoro de su justicia sobre todos sus súbditos... El pueblo se inspiró en su conducta y siguió sus pisadas obedeciendo al impulso que él le daba. El error fue vencido, reapareció la verdad y el Islam, brillando con nuevo resplandor, eclipsó a todas las otras religiones.»

No todo esto es inexacto. Harún al-Rashid, cuyo nombre hay que traducir por Aarón el Ortodoxo, más que por Aarón el Justo o el Justiciero, hizo mucho por su religión tanto atacando a los bizantinos como reprimiendo los cismas. Pero Ma'sudi nos hace son-

reír cuando enumera sus títulos de gloria:

«Harún fue el primer califa que estableció el juego del mallo, el tiro con arco y los ejercicios del *djerid*, la pelota y las raquetas. Recompensaba a los que se distinguían en los diferentes deportes y el pueblo se aficionó a ellos siguiendo su ejemplo...»

«Primero entre los califas abasíes, jugó al ajedrez recompensando a los campeones e incluso otorgándoles pensiones. El esplendor de su riqueza y la prosperidad de su reinado fueron tales que se llamó a esta era *Los días de bodas*.»

Estos *Días de bodas* son deliciosos, pero no bastan las inauguraciones de exposiciones de crisantemos y la entrega de medallas para demostrar que la talla de Harún fuese muy grande, y más habida cuenta de que la mayoría de los otros califas abasíes fueron famosos por su fausto. (Para celebrar su boda con una joven, Al Mamum hizo verter mil perlas sobre una fuente de oro sostenida sobre su cabeza.)

Sin duda, la verdad es que Harún supo mostrarse eficaz y casi científicamente fastuoso. Comprendió que nada sacaría con seguir el ejemplo del fundador de su dinastía, Abu Abbas, que conservaba de la vida en el desierto la afición a los abrigos de pelo de cabra y la costumbre de andar descalzo. Se dijo que menos de dos siglos antes, Cosroes había sabido gobernar maravillosamente a los persas gracias a una combinación de fuerza y fastuosidad. Y decidió imitarle.

Sus predecesores habían hecho del califato una función sagrada (califa quiere decir «sucesor del Profeta»). Harún, investido de un carácter casi sobrehumano que lo elevaba por encima de su pueblo supo descubrir de nuevo la dignidad de los Cosroes.

La gente se posternaba ante él a la manera sasánida.

Se observaba la etiqueta sasánida. Harún llevaba el sombrero persa y había lanzado de nuevo la moda de los vestidos con inscripciones bordadas.

La gente se disputaba los trajes honoríficos. Harún los distribuía como distinciones, y los que los recibían debían llevarlos en las ceremonias. Estos vestidos se llamaban «qal'a», equivalente de nuestra palabra «gala» (1). Eran negros como los tapices y las cor-

(1) En el original se dice que deriva etimológicamente de «gal'a», pero al menos la etimología de nuestro Diccionario de la Academia es otra.

tinas de la sala de audiencia y como el manto del califa. El negro era el emblema de los abasíes, y sólo durante el reinado del segundo hijo de Harún fue abolido el negro y el verde se convirtió en el color oficial del Islam.

Harún tenía un gran sentido de la puesta en escena. Su primera acción como califa nos lo demuestra:

Estamos en el año 786. Su hermano mayor, Hadi, acaba de morir ahogado por orden de su madre, Kaizurán —que quiere decir «Bambú»—, ahogado por sus cortesanas que mientras él dormía pusieron varios cojines sobre su cara y se sentaron encima. Una hermosa muerte. El joven Harún —tiene ahora veinte años— entra triunfalmente en Bagdad para tomar posesión del trono que le ha dejado su hermano, el cual habría debido desconfiar un poco más de su serrallo.

Harún nunca se había mostrado muy complaciente con su hermano. Un día, siendo aún niño, Hadi le pidió un anillo que llevaba en el dedo y que le había dado su padre a ruegos de «Bambú», un anillo persa que desde los Cosroes se habían ido transmitiendo los reyes sasánidas. Harún, irritado, se quitó el anillo del dedo y lo arrojó al Tigris. Prefería tirarlo al río antes que darlo a su hermano. ¡Un niño simpático!

Hoy el rey cruza el Tigris sobre un puente de barcas. Se detiene en medio del puente y hace que cien hombres se sumerjan en las fangosas aguas. De pronto, uno de ellos reaparece y levanta un brazo. Algo brilla en su mano: el anillo de los Cosroes. Y la multitud grita: ¡Milagro! ¡Sí, su califa es divino!

Este milagro barato acredita, no obstante, el ingenio de Harún al-Rashid. Conoce a fondo el arte de echar polvo a los ojos.

¿Qué otras cualidades tiene? Sabe hacer creer a su pueblo y a sus vecinos que el lujo es un símbolo de poder (cosa no siempre fácil, pues muchos soberanos, como Darío *el Grande*, no pudieron conseguirlo) sin dejar por ello de defender celosamente la religión lo cual, en un Islam donde proliferan los cismas, es aún más difícil. Da «galas» constantemente, pero visita nueve veces La Meca en el curso de su reinado, y de Bagdad a La Meca hay mil quinientos kilómetros de desierto.

A mucho estirar, podemos citar también entre sus cualidades el deseo de eficacia, aunque éste se traduzca a veces en una falta completa de escrúpulos, como lo demuestra bien la «Historia de Ahmad *la Tiña*, Hassán *la Peste* y Dalila *la Taimada»:*

«Harún —dicen *Las mil y una noches*— sabía sacar partido de toda clase de talentos. Mandó llamar a Ahmad *la Tiña* y a Hassán *la Peste*, ambos famosos por su perfidia y su astucia. Los nombró jefes de Policía, y, al darles posesión de su cargo, les regaló un traje de honor a cada uno y les asignó un sueldo de mil dinares de oro al mes y una guardia de cuarenta jinetes. Ahmad *la Tiña* fue encargado de la seguridad del lado de tierra de Bagdad y Hassán *la Peste* del lado del mar. Y cuando se celebraba alguna ceremonia los dos marchaban al lado del califa, uno a su derecha y el otro a su izquierda.»

¡Bonita Policía! Nada tiene que envidiar a ciertas milicias del siglo XX. Harún la recluta entre los ladrones «arrepentidos». Entiéndase por «arrepentidos» los delincuentes que han comprendido que la profesión de policía es más provechosa que la de ladrón, es decir, los peores de todos.

Pero Harún *el Ortodoxo* se rodeaba de tipos de esta clase por una razón sumamente sencilla.

Un jornalero de Bagdad, uno de sus fieles súbditos que besaban el polvo cuando le veían, ganaba un dirham al día, es decir, exactamente lo preciso para comprar dos kilos de pan con los que alimentar a la familia numerosa que llevaba a cuestas.

Por esto, en Bagdad, fuera de la Ciudad Redonda, la agitación social era muy intensa y crecían las organizaciones de jayyarum (vagabundos) y de fityan (jóvenes contestatarios) cuyo jefe, el «raís», tenía a veces el poder de un verdadero alcalde. Harún comprendió que, para poner orden en toda esta caterva, lo más conveniente para el Tesoro era aumentar los efectivos de la Policía en vez de hacer que los jornaleros ganasen dos dirhem al día.

Tal es el reverso de los *Días de bodas* de este «siglo de Harún al-Rashid», tan prestigioso como el de Pericles o el de Luis XIV.

Los narradores de *Las mil y una noches* no vacilan en descubrir este reverso. Scherezade insiste infatigablemente en la miseria, en la pobreza de la gente humilde y en las injusticias a que ésta se ve sometida. Se diría que uno de sus objetivos es imbuir estas ideas

en el tirano de su marido. Quiere salvar su propia cabeza, pero también las de millones de súbditos oprimidos. Scherezade es una Rosa Luxemburgo anticipada.

14. EL PRINCIPIO DE LA CORTINA.

Los narradores de *Las mil y una noches* nos presentan la imagen de un Harún al-Rashid muy arrimado a sus principios, peligroso, pero fácilmente accesible. Lo presentan como un jefe temido, pero familiar. Sin duda se proponían hacerlo simpático a su público por todos los medios. Un personaje majestuoso, pero distante, habría acabado a la larga por resultar aburrido. Es, pues, casi seguro que para complacer a su público disfrazaron la realidad.

Ésta aparece más claramente en una obra árabe del siglo IX, *El libro de la corona* (Kitab at-Taj) atribuido a Jahiz, que trata del protocolo cortesano desde los reyes sasánidas hasta los descendientes de Harún al-Rashid. En este libro, Harún parece mucho menos asequible que en *Las mil y una noches*.

«Si le fuese posible —escribe Jahiz— reservarse el agua y el aire, la principal característica del rey sería no compartir con nadie estos elementos, pues el esplendor, el prestigio y el brillo están precisamente en estos privilegios exclusivos.»

Por esto exigía el protocolo que Harún no usara el mismo perfume ni el mismo pebetero que sus cortesanos y familiares. «Ni siquiera sus parientes podían perfumarse al mismo tiempo que él, a fin de que él fuese el único que usara el perfume. El protocolo exige que nadie participe en aquello que el rey tiene posibilidad de reservarse exclusivamente.»

Nadie debía llevar una joya o un traje parecido a los que llevaba él y los cortesanos temían continuamente faltar a lo estatuido. A veces se les advertía: «¡Cuidad! Mañana el califa adornará su tur-

bante con una cinta amarilla. Sobre todo, no os la pongáis vosotros.»

Contrariamente a algunos de sus predecesores (entre otros, los califas omeyas Yazid II Ibn'Abd al Malik y Al Walid II Ibn' Yazid, que se desnudaban delante de sus cortesanos sin preocuparse en absoluto de sus actos, o Al Madi, «que disfrutaba con el espectáculo de la alegría y con el contacto con los que le divertían»), Harún había mantenido la costumbre de la cortina tan apreciada por los soberanos persas.

Cuando el rey quería divertirse, se tendía esta cortina entre él y sus familiares y sus músicos que no se hallaban a más de seis codos de distancia. «Estos familiares, tanto si eran grandes, nobles, hijos de los hermanos o de los primos del rey como si pertenecían a la clase más baja, observaban idéntica actitud en la sala de recepciones: humildes, silenciosos, inmóviles y con la cabeza baja.

»Ninguno de ellos podía ver los movimientos del califa, cuando, alegrado por la música, daba volteretas, hacía cabriolas, bailaba y se desnudaba. Sólo lo veían las esclavas a su servicio. Y cuando surgía un grito de alegría, una voz o ruido de baile detrás de la cortina, el encargado de ésta exclamaba: «¡Ya está bien, esclava! ¡Basta! ¡Detente! Ya es bastante», para hacer creer a los cortesanos que quien había producido el ruido era una esclava. En todo caso, cuando le alegraba una canción él se agitaba, pero sin exagerar.»

Esta situación puede parecer extraña. Harún escuchaba sus tonadas predilectas como los melómanos actuales. Pero se privaba deliberadamente del espectáculo, para poder dar a solas rienda suelta a su alegría.

También bebía a solas. «Si alguien te dice que alguna vez le vio beber algo que no fuese agua, puedes decirle que es un embustero. En efecto, sólo sus esclavas favoritas asistían a sus libaciones», dice Jahiz. Y añade: «Al-Rashid bebía dos veces por semana, pero sin día fijo. Sin embargo, nadie le vio nunca beber en público, ni siquiera en los días en que recibía a sus familiares.»

Cierto que tenía que hacer olvidar la fama de sus predecesores, como Al Walid II que «pasó toda su vida entre borracho y calamo-

cano y a quien siempre se vio en uno de estos estados», o Yazid I, «que estaba cada noche borracho y cada mañana achispado», o Al Walid I, que «bebía un día de cada dos», o Hicham, «que se emborrachaba todos los viernes», o Abd al-Malik ibn Marwan, «que se embriagaba una vez al mes pero hasta el punto de no saber si estaba en el aire o en el agua». «De este modo —decía este último monarca— procuro también iluminar mi inteligencia, fortificar mi memoria y purificar la sede de mi pensamiento.»

15. UN MES ENTERO EN LA CAMA CON «FUERZA DE LOS CORAZONES».

Las mil y una noches, aunque le ensalzan, desmitifican completamente a Harún al-Rashid. Detrás de un alud de lisonjas y de cumplidos extraordinarios una serie de incisos lo convierten en un personaje inquieto, a medio camino entre la mezquindad y la exageración.

Redactemos, fundándonos en *Las mil y una noches*, el acta de acusación contra Harún.

En primer lugar, es un soberano irrisorio porque tiene estados de ánimo indignos de un rey. Así, por ejemplo, se enamora de *Fuerza de los corazones*, una esclava «experta, morena y de piel fresca», por la que pagó la cifra exorbitante de diez mil dinares (¡con los que podían comprarse doscientos mil kilos de pan!). Sus favoritas se mueren de celos, pero esto no es problema. El problema, para el pueblo, los ministros y el gran visir, es que, cegado por su pasión, permanece un mes entero encerrado con ella olvidando completamente los asuntos de gobierno. Si no hay un motín o una intriga palaciega se debe a que el gran visir, Yahia el Barméida, sabe sostener las riendas del poder. Pero a nuestros ojos, Harún no saldrá engrandecido como jefe de gobierno después de estas largas vacaciones en la cama, que todavía habría prolongado más, si su amigo Yafar no hubiese ido a interrumpirles proponién-

dole ir de pesca (esto no es una imagen, sino exactamente lo que le propuso):

—¡En este momento —le dijo— vale más esto para ti que ocuparte de los asuntos del gobierno, pues en la situación en que te encuentras este trabajo te causaría demasiadas preocupaciones!

Este detalle acredita de manera muy chocante el egoísmo de Harún y su falta de interés por su pueblo. Supone cierta dosis de locura que confirma la continuación del cuento cuando Harún, de regreso de la pesca, se decide al fin a ocupar su sitio en el «diván».

Allí recibe la visita de un pescador y se felicita por ello. Pero, de pronto, se le ocurre una idea. Hace que Yafar escriba en unos trozos de papel una serie de recompensas: un dinar, diez dinares, mil dinares, el cargo de gran chambelán, e incluso su propio cargo de califa y, de otra parte, una serie de castigos: un garrotazo, diez, mil, el empalamiento y la muerte en la horca. Dobra todos estos trozos de papel y los mezcla en una taza. Después le dice al pescador que saque uno. Yafar, sorprendido, le pregunta por qué, sin motivo alguno, se entrega a un juego que puede tener gravísimas consecuencias.

—¡Bah! —contesta Harún—. ¡Hoy tengo que hacer justicia! Si Alá, por mi mediación, le envía suplicios o sufrimientos, los aplicaré íntegramente a nuestro pescador. ¡Si, por el contrario, decide su prosperidad y su fortuna, las tendrá igualmente aunque se trate de mi trono!

El juego de Harún es una especie de ruleta rusa. Otros menos locos que él jugaron a esto. Pero lo que parece más inquietante es el papel de intermediario entre Dios y el pobre pescador que Harún decide atribuirse. Es una manera un poco fácil de demostrar que su poder es divino. Ciertamente, el sentido de su acción es ortodoxo, pero su manera de actuar es tan grosera y se parece tanto a un abuso de poder que Yafar se queda pasmado.

Las bromas de Harún son siempre llevadas al extremo. Incluso la deliciosa *Historia del durmiente despierto* es, en sus detalles, bastante dolorosa:

Un mercader exclama un día, en presencia de Harún, que va disfrazado:

—¡Ay, si yo pudiese estar veinticuatro horas en el sitio del califa!

Harún vierte un soporífero en su vaso y hace que lo lleven a palacio. El mercader se despierta en el lecho señorial rodeado de chambelanes y de favoritas todos los cuales fingían tomarle por el califa. Éste, oculto detrás de una cortina, presencia la sorpresa y el delirante comportamiento del mercader y se desternilla de risa. Hasta aquí, la farsa que mezcla y dosifica maravillosamente el sueño y la realidad es genial. Pero pronto deja de ser tal farsa, pues, terminada la fiesta, vuelven a dormir al mercader y lo llevan a su casa. El día siguiente, al despertarse, pierde el juicio (no es para menos) y es encerrado en el manicomio donde le obsequian con cincuenta latigazos todas las mañanas, tratamiento clásico.

Los amores, las bromas, las risas, las penas y la diversiones de Harún, tal como nos los cuentan *Las mil y una noches*, son siempre exagerados. Se parecen un poco a los de un niño mimado. Un monstruoso niño mimado, con muy malas intenciones. Estamos muy lejos del atractivo noble y totalmente adulto de Cosroes. Y el hecho de que la historia del *Durmiente despierto* oculte probablemente todo un contexto de ritos de iniciación, de sociedades secretas, de francmasonería, etc., no cambia el aspecto de la cuestión.

16. UN SOLO MANTO PARA DOS.

Harún tuvo por madre a una mujer capaz de todo: «Bambú la Autoritaria», «Kaizurán la Ambiciosa», esclava yemení que supo tener dos hijos naturales del califa, hacerse manumitir y casarse con él.

Siempre tuvo predilección por su hijo menor. ¿Era una simple preferencia femenina o fruto del cálculo, puesto que Harún se mostraba más dócil que su hermano Hadi? Acabó demostrando esta predilección de un modo horrible al hacer asesinar a Hadi.

Después de esto no es de extrañar que Harún padeciera complejos, incluso en un país y en una época en que el gusto de la sangre era menos amargo que en la actualidad. Los psicoanalistas se fundarán en estos complejos para explicar su afición al «vicio oriental». Una afición que nos concreta la *Enciclopedia Islámica* y que nos confirman *Las mil y una noches*.

En cuanto le faltó su madre que aguantaba todos sus caprichos, Harún le buscó una sustituta. Ciento que le gustaban las mujeres, como Sett Zobeida, las bellas esclavas, *Fuerza de los corazones* y todas las demás, pero sin duda consideraba que le comprendían mal. Débil, inquieto, tal vez desesperado en el fondo, buscaba algo o alguien.

Cosroes había buscado esto antes que él. Y había encontrado algo: el vino. Harún encontró alguien: Yafar, el Barmécida.

Era éste el hijo menor del gran visir Yahia, a quien Harún consideraba un poco como su padre dejándole el trabajo de gobernar. Desde hacía mucho tiempo, los Barmécidas gozaban de la confianza de los califas. Jalid, el padre de Yahia, había sido ministro durante el reinado de Abbas, fundador de la dinastía.

Las mil y una noches dedican numerosas páginas a estos Barmécidas, ignorados en Francia, pero todavía conocidos en Inglaterra, donde se emplea corrientemente la expresión «un festín de Barmécidas», que quiere decir «un festín engañoso», alusión a una anécdota de *Las mil y una noches* en la que un Barmécida engaña a un mendigo ofreciéndole un banquete imaginario.

Inmensamente ricos, los Barmécidas eran los Fouquet de los califas. Daban suntuosas fiestas en los palacios que habían tenido la discreción de construir lo más lejos posible del del califa.

Nada falta a su fama, ni sabiduría, ni riqueza, ni siquiera un poco de misterio. Según la leyenda, sus antepasados fueron sacerdotes del fuego de Zoroastro. En realidad, fueron pontífices del templo budista de Balj, en Afganistán.

Yafar es la culminación de esta noble estirpe. Es guapo, apuesto, generoso, poeta y músico. Es la perla de la corte. Es el árbitro

de la elegancia. Él lanza las modas y crea los caprichos. La gente imita sus cuellos. Sus cinturones hacen furor. Todos llevan, como él, un gorro cubierto con un turbante bordado. La juventud dorada copia su peinado: «Los cabellos caen sobre su frente, se confunden con sus cejas, pasan por detrás de las orejas y vuelven hacia las sienes en unos caracoles irresistibles.»

Este joven león es el amigo inseparable de Harún. Es ciertamente más guapo y más joven que él, puesto que su hermano mayor, Al-Fahd, fue hermano de leche de Harún. Todo parece indicar que era más que un amigo para el califa. Éste debió enamorarse perdidamente de él.

Las mil y una noches nos refieren este detalle increíble:

«Yafar estaba tan cerca del corazón del emir de los Creyentes, que el califa había hecho confeccionar un manto con dos cuellos, uno al lado del otro, y se envolvía en él junto con Yafar, como si no hubiesen sido más que un hombre solo.»

Y Harún-Yafar, dos cabezas salidas de un mismo manto (no sabemos el color, pero sin duda no era negro; ¿rosa, quizá?), pasaban así las veladas juntos, bebiendo desaforadamente, escuchando versos o música incansablemente y realizando juegos de ingenio con una corte compuesta en parte de poetas de costumbres dudosas (el más famoso de ellos, Abu-Nowas, escribió poesías sobre la homosexualidad que rivalizan en belleza con las de Safo). Así pasaban el tiempo, paseando su manto por los jardines floridos o sobre las aguas del Tigris en barcas también floridas. Al hacerse de noche, iban a visitar a los cristianos nestorianos de la orilla del río (cuando es la mitad de Yafar, Harún olvida su ortodoxia) cuyo vino era delicioso.

Durante este tiempo, Sett Zobeida, la esposa, languidecía. No será nunca una Chirín porque Harún no es un Cosroes.

Pero de pronto Harún, que ha pasado de los cuarenta —y tal vez a la vista del primer cabello blanco—, toma una decisión atroz.

Se ensaña con la familia de los Barmécidas, que, según Scherezade, «fue para el siglo de Harún lo que es un adorno sobre la fren-

te o una corona sobre la cabeza. Todos fueron astros brillantes, vastos océanos de generosidad, torrentes impetuosos de gracias, lluvias bienhechoras. Y fue, sobre todo, gracias a su prestigio, que el nombre y la gloria de Harún al-Rashid resonaron desde las mesetas del Asia central hasta lo profundo de los bosques nómadas y desde el Magreb y Andalucía hasta las últimas fronteras de China y de Tartaria.»

Hace encerrar a Yahia y a Al-Fahd en las mazmorras; destierra a unos mil parientes suyos que ocupaban cargos oficiales y hace decapitar a su protegido Yafar.

Más aún, ordena que su cuerpo decapitado sea crucificado en un extremo del puente de Bagdad y que su cabeza sea expuesta en el otro. Un suplicio que superaba en degradación y en ignominia a los infligidos a los más viles malhechores. Ordena también que al cabo de seis meses los restos de Yafar sean quemados con estiércol y arrojados a las letrinas.

Y el poeta Abu-Nowas, como otros muchos, no hace más que lamentarse aludiendo a la generosidad de los Barmécidas, refugio de los afligidos y auxilio de los desgraciados.

«Desde que el mundo os ha perdido, hijos de Barmak, los caminos, en el crepúsculo de la mañana y en el crepúsculo vespertino, no rebosan ya de viajeros.»

¿Por qué esta súbita crueldad?

Scherezade nos refiere una historia muy extraña:

«La intimidad de Yafar y del califa —dice— era tan grande que el segundo no podía separarse de su favorito y quería tenerlo siempre a su lado. Pero al-Rashid amaba igualmente, con extraordinaria y profunda ternura, a su propia hermana Abbassah, la cual era, entre todas las mujeres de su familia y de su harén, la más grata a su corazón. Y sólo podía vivir junto a ella, como si fuese una Yafar hembra. Estas dos amistades constituyan su dicha, pero las necesitaba unidas, en goce simultáneo, pues la ausencia de una destruía el encanto de la otra. Y si Yafar o Abbassah no estaban con él, su gozo era incompleto, y sufria...»

Pero Yafar no tenía derecho a ver el rostro de Abbassah y no resultaba fácil reunirlos a menudo aunque la joven se cubriese con

velos. Por consiguiente, Harún concibió la sencilla idea de casarlos. Así podrían pasar juntos todo el tiempo que quisieran y en todas las circunstancias y situaciones posibles sin vulnerar el Corán, ya que los dos hombres, el uno como hermano y el otro como marido, tendrían derecho a ver a Abbassah. Pero Harún exigió a Yafar que su matrimonio no se consumase.

Abbassah no pudo soportar este simulacro de matrimonio. Se empeñó en consumarlo, se hizo pasar por una esclava y se deslizó en el lecho de Yafar aprovechando un día en que éste estaba borracho... «La aventura se supo —nos dice Scherezade— y Harún se enfureció tanto que decidió súbitamente la ruina de los Barmécidas.»

Muchos historiadores se burlaron de este motivo. Lo cierto es, nos dicen, que Harún se había cansado sencillamente del poderío de los Barmécidas, de su lujo y de sus «magníficos modales». Actuó con ellos de la misma manera que Luis XIV con Fouquet. Y al hacerse de nuevo con el poder, cortó de raíz, al mismo tiempo, las herejías que protegían los Barmécidas en recuerdo de sus orígenes.

Pero, ¿por qué decidió Harún hacer ejecutar de una manera tan afrentosa precisamente a Yafar y no a Yahia y a Al-Fahd? Por lo que sabemos, el papel político de Yafar no era muy importante y el personaje era bastante inconsistente. La fortuna de los Barmécidas dependía sobre todo de Yahia y Al-Fahd podía mostrarse muy peligroso... Lógicamente, Harún habría debido asesinarles a ellos y salvar a su favorito.

Pero la lógica juega muy poco en lo que se llama corrientemente «cuestiones de costumbres».

17. LA TUMBA DE FIRDUSI

Scherezade no nos dice una palabra de la vejez de Harún porque es demasiado triste. Agriado, prematuramente gastado, Harún, cada vez más intransigente, persiguió despiadadamente todas las

formas de herejía llevando su celo a una verdadera inquisición contra sus súbditos judíos y cristianos (él, que antaño gustaba tanto de ir a beber con los nestorianos).

Vivió solo, como un lobo friolero, en su residencia de verano de Raqqa, en Siria, el hermoso palacio de Qasr-es Salam del que hoy no quedan más que unas ruinas amorfas. Sólo salió de allí para hacer la guerra a Nicéforo, «el perro de los rumíes», y poner sitio a Heraclea con un ejército de ciento treinta y cinco mil hombres.

Murió a los cuarenta y siete años, el 24 de marzo de 809, en Tus, camino de Jorasán, a donde iba a sofocar una rebelión, y tal vez envenenado por sus hijos cuyo odioso comportamiento fue su último tormento.

Actualmente, sólo quedan de Tus las ruinas de una ciudadela y vestigios de murallas. Vemos allí un mausoleo que, según la tradición local, es la tumba del califa, pero es más probable que este monumento fuese levantado en honor del filósofo Al Ghazali, muerto el año 1111.

Y si los turistas actuales toman a veces un taxi en Meched para ir a Tus no lo hacen para visitar la última morada del héroe de *Las mil y una noches*, sino para ver la tumba del autor del *Shanamah* o *Libro de los reyes*, el poeta persa Firdusi, del siglo X, que se eleva en medio de un jardín con un estanque. Así, la tumba de un poeta que murió en la más espantosa miseria ha perdurado a lo largo de los siglos mejor que la del rey más celebrado de la literatura mundial.

REHABILITACION DE «LAS MIL Y UNA NOCHES»

I. «LAS MIL Y UNA NOCHES» EN LA ACTUALIDAD.

Las mil y una noches han sido actualmente traducidas, en todo o en parte, a la mayoría de los idiomas. Algunos de sus cuentos, como *Alí-Babá*, *Simbad*, etc., han entrado en la literatura infantil. Con frecuencia en una forma muy atenuada. Así el célebre cuento de los *Tres deseos*, fábula moralizadora que enseña a los niños la moderación y la humildad, es en su origen un apólogo obsceno. Una mujer tiene la oportunidad de formular tres deseos que se verán cumplidos. Desea, ante todo, que su marido tenga un sexo gigantesco. Como no le sirve de nada, desea después que no lo tenga en absoluto. Por último, desea que recobre su estado primitivo.

El cine se apoderó de los héroes orientales. En Egipto, Samia Gamal se convierte en Scherezade; en América, le toca hacerlo a Mirna Loy; en Francia, Fernandel hace el papel de Alí-Babá, etc. Entre las dos guerras, una supuesta Bagdad del siglo VIII invade Hollywood con sus decorados de fantasía...

Bajo este fárrago de mal gusto, la sal de los mitos originales desapareció prácticamente (salvo, tal vez, en el célebre *Ladrón de Bagdad* de Alexander Korda, donde la calidad de los trucos se acerca a veces al tema original). En términos generales, la civilización occidental ha interpretado de un modo lamentable la aportación de Oriente. Y es casi un milagro que *Las mil y una noches* hayan llegado hasta nosotros. Otras obras, tal vez igualmente importantes

en su campo, han pasado hasta hoy inadvertidas. Tal es el caso de las grandes narraciones persas de la Edad Media, como *Chîrin y Cosroes*, de Nizami, *Yusuf y Zuleija*, de Djami y *Wis y Ramín*, de Gorgani, que son indudablemente las más bellas novelas de amor que se han escrito. Incluso Denis de Rougemont las ignora en su importante libro *El amor y Occidente*, que descifra la historia de *Tristán e Isolda*, aunque *Tristán e Isolda* no es más que una imitación. También los grandes sufies son todavía ignorados o vergonzosamente interpretados. Pensad que Hazif u Omar Khayyam son solamente considerados en Occidente como autores obscenos.

El éxito de *Las mil y una noches* en Occidente se debe a un solo hombre. Un francés que por casualidad se divirtió traduciendo un manuscrito caído milagrosamente en sus manos. De esto hace doscientos sesenta y ocho años...

El año 1704 se inicia, sin embargo, para la intelectualidad francesa bajo un signo triste. Los lectores están harts de los autores teatrales que les presentan a los griegos aderezados con toda clase de salsas. Ya tienen bastante de Racine cuyos protagonistas carecen de fantasía. Sus derivados son los cuentos de hadas —los de Perrault— y los notables Diarios de viajes de la época, entre otros los del mercader de tejidos Chardin, del mercader de perlas Tavernier y del embajador inglés Rhoe, que hablan de la India y de Persia. Pero de pronto estalla una bomba literaria. La editorial de la viuda de Claude Balbin, de París, publica el volumen I de *Las mil y una noches*, traducido por Antoine Galland. Inmediatamente se convierte en un best-seller, en el N.º 1 del box-office. Dos años más tarde han aparecido siete tomos. «El éxito de Galland revela el florecimiento de las ideas inconfesadas del Inconsciente Colectivo de toda sociedad que se aburre...»

El público no se cansa. Los editores se ven negros para abastecer el mercado. Petit de la Croix traduce del persa a toda prisa *Los mil y un días*. Sus cinco volúmenes son arrancados de las manos de los vendedores en cuanto aparecen. Los editores recurren al plagiio, a las falsas traducciones. La viuda Balbin no sabe qué hacer. Encuentra que Galland es demasiado lento. Publica, en el tomo VIII, una mezcla de traducciones de Galland y de Petit de la Croix.

Galland, ofendido, cambia de editor. Pero su éxito no cambia. «En su carroza, a la luz de una vela, volviendo de Versalles —observa—, el abate Brignon, miembro de la "Academia de las Inscripciones", leyó el manuscrito del tomo IX.»

Nadie se libra de esta moda. Ni siquiera en el extranjero. *The Arabian Nights Entertainments* aparecen en Londres en 1710. Y las ediciones se suceden. Se trata de una retraducción pura y simple de Galland. Otras aparecerán, en el propio siglo XVIII, en Alemania, en Italia, en Holanda, en Dinamarca, en Flandes y en Rusia.

La obra de Galland es, después de la Biblia, el primer best-seller europeo. Y esto, a pesar de las imitaciones, de las «continuaciones» y de las ediciones piratas. Sus herederos no se aprovecharán de sus derechos porque no los tiene. Lo ha legado todo al rey.

Este gran escritor, cuya traducción «es el libro del mundo que más ha conmovido la imaginación humana», era picardo, el menor de una modesta familia con siete hijos. Por falta de dinero, tuvo que trabajar como aprendiz en la casa de un artesano antes de estudiar lenguas orientales en el «Colegio Real». En 1670 se le presentó una gran oportunidad: el embajador de Francia en Constantinopla se le llevó como secretario. Y allí, en el Oriente Medio, perfeccionó su cultura y encontró los preciosos manuscritos que trajo después a París.

Este traductor genial es actualmente muy vilipendiado. La opinión moderna puede resumirse en estas palabras del doctor Mardrus: «Ejemplo curioso de lo que puede sufrir un texto al pasar por el cerebro de un literato del siglo de Luis XIV, la adaptación de Galland hecha para la Corte fue sistemáticamente expurgada de toda audacia y privada de su primitiva sal... Los sultanes, los visires y las mujeres de Arabia o de la India se expresan en ella como en Versalles o en Marly. En una palabra, esta anticuada adaptación no tiene absolutamente nada que ver con el texto de los cuentos árabes.»

Yo no comparto esta opinión. El lenguaje «anticuado» de Galland refleja muchas veces el equívoco sexual, mágico y simbólico de *Las mil y una noches*. Sin embargo, durante los siglos XIX y XX se han realizado otras muchas traducciones. Se han publicado unas quince en Europa cada una de las cuales alardea de ser la única exacta y sacada de los «manuscritos originales». Las más conocidas

son las de Hammer (1823) y de Habicht (1925) en Alemania, las de Lane (1839) y de Payne (1882) en Inglaterra y las tres traducciones, muy controvertidas, de Burton (1885), de Mardrus (1889) y de Khanwan (1965-67).

«Palabra por palabra —dice el gran escritor argentino Jorge Luis Borges, experto en la materia—, la versión de Galland es la peor escrita de todas, la más embustera y más débil, pero fue la mejor leída. Quienes intimaron con ella, conocieron la felicidad y el asombro.»

Ninguna traducción coincide con las otras ni en la forma ni en el fondo. Los índices son diferentes. Un cuento que se encuentra en una de ellas no figura necesariamente en otra. Algunas fueron implacablemente suavizadas y sometidas a cortes abusivos. Otras fueron parafraseadas y contienen pasajes enteros inventados por su autor, que tenía siempre el recurso de referirse a un texto desaparecido para siempre después de utilizado.

—Mardrus tradujo un misterioso manuscrito que él mismo había escrito —dijo Burton en son de chanza.

Actualmente no conocemos ningún manuscrito auténtico de *Las mil y una noches*. El fondo que pueden consultar los especialistas se compone de: a) algunos manuscritos fragmentarios del siglo xv desparpamados en las bibliotecas; b) primeras ediciones impresas en árabe conocidas generalmente por el nombre de la ciudad donde fueron editadas (Calcuta I, 1814; Bulak, 1835; Calcuta II, 1839, y Breslau, 1825); c) la versión por el propio Galland de ciertas historias que le fueron contadas verbalmente por un monje de Alepo, Hanna, y cuyo rastro no ha vuelto a encontrarse en parte alguna, y d) ciertos manuscritos redactados en árabe en el siglo xviii, pero en Europa bajo la influencia de Galland. Entre éstos, los hay que tienen gran importancia, como *Aladino o la lámpara maravillosa* y *El durmiente despierto*, en París, y *Alí-Babá*, en Oxford.

Para nuestro trabajo hemos utilizado las traducciones de Galland, de Mardrus y de Burton, así como las de Petit de la Croix (que llevan un nombre diferente: *Los mil y un días*), y hemos acep-

tado indistintamente todas las sugerencias de los traductores aunque fuesen contradictorias. Debemos confesar que no hemos utilizado otro medio de control que el sentido común en cuanto a la autenticidad de los textos que hemos utilizado. No era éste nuestro problema. Nosotros pensamos que ninguna información referente a un mito puede despreciarse *a priori*. Consideramos que *Las mil y una noches* era como un inmenso bosque en el que había que penetrar por la fuerza y no como un bello jardín guardado por las rejas de un análisis literario riguroso. Quisimos abrirmos camino en el gran bosque sombrío y para ello todos los medios nos parecieron buenos.

La traducción de Mardrus conmovió a muchos adolescentes. «Es libre —escribe Elisseeff— en todos los sentidos de la palabra.» Sin duda el doctor Mardrus, marido de una célebre poetisa que escandalizó a veces a sus contemporáneos, «añadió cosas» por su cuenta. Escribió un texto más árabe que el original, transformó algunas alusiones eróticas en pura pornografía y afirmó su propia personalidad poética hasta el punto de hacer palidecer el original. Por otra parte, cortó según su conveniencia los textos tomados de diferentes fuentes y los mezcló. Sin embargo, su traducción es de muy agradable lectura y bastante precisa en todos aquellos pasajes que no son estrictamente poéticos. Además, tiene la ventaja de comprender un número mayor de cuentos que la de Galland.

La traducción inglesa de Burton es más completa y exacta. Burton era un personaje extraordinario. Ex oficial del Ejército de la India, vivió en América del Norte y en África central y fue el primer europeo que, disfrazado de mercader, hizo la peregrinación a La Meca. Su lenguaje, mezcla de *slang* y de arcaísmos, es muy interesante. En su traducción, como Mardrus en la suya, carga el acento sobre el aspecto erótico de algunos cuentos, pero con una alegría de vivir menos evidente que la del doctor francés. El interés que presta a la homosexualidad es un poco perverso. «La edición de Burton —escribe Nikita Elisseeff, uno de los más recientes comentaristas de *Las mil y una noches*—, es interesante por numerosas notas con las que el autor, aficionado a la antropología y al estudio de las costumbres, hace una colección de cosas degradan-

tes y una especie de antología del vicio.» Fijémonos más bien en los comentarios de Jorge Luis Borges: «En Trieste, en 1872, en un palacio con estatuas húmedas y obras de salubridad deficientes, un caballero con la cara historiada por una cicatriz africana —el capitán Richard Francis Burton, cónsul inglés— emprendió una famosa traducción del *Qitab alif laila wa laila*, libro que también los rumíes llaman de las *1001 noches*. *Las mil y una noches...* Soñaba en diecisiete idiomas y cuenta que dominó treinta y cinco: semitas, dravidios, indoeuropeos, etiópicos, etc... A los cincuenta años, el hombre ha acumulado ternuras, ironías, obscenidades y copiosas anécdotas. Burton las descargó en sus notas.»

Muy recientemente ha aparecido una nueva traducción francesa. Su autor, René Khawan, gran especialista en literatura árabe, pretende darnos una versión «auténtica» de *Las mil y una noches* y brindarnos la «integridad literaria» de la obra que, lejos de ser un revoltijo, responde a leyes literarias y narrativas sumamente estrictas. Khawan divide *Las mil y una noches* en cuatro ciclos muy breves: «Damas Insignes y Servidores Galantes», «Los Corazones Inhumanos», «la Epopeya de los Ladrones» y «Relatos Sapienciales». Estos títulos son de Khawan cuya traducción se jacta de ser literal. Pero, ¿qué interés tiene una traducción literal? Si es más fiel al nivel de la sintaxis, lo es con frecuencia menos al nivel del vocabulario. Nos parece ilusorio querer traducir a toda costa palabra por palabra. Por esto no hemos utilizado casi nunca a Khawan, salvo en lo concerniente a sus comentarios sobre las sociedades secretas de la Edad Media árabe que abren ciertos horizontes interesantes.

2. EL MARCO DE «LAS MIL Y UNA NOCHES».

Las mil y una noches fueron redactadas entre los siglos IX y XV, pero el relato que les sirve de marco, la famosa historia de Scherezade y cierto número de cuentos, tienen un origen mucho más antiguo. Remontándonos en el tiempo, podemos consignar las fuentes siguientes:

En el *Kitab al Fihrist*, catálogo razonado de la literatura árabe escrito por Mohammad ben Ishaq an-Nadim, leemos: «Los primeros que compusieron cuentos, que los plasmaron en libros alineados en las bibliotecas, fueron los persas. Los reyes achgánidas multiplicaron estos relatos, que alcanzaron gran predicamento en tiempos de los sasánidas... El primer libro de esta clase es el *Hezar Efsane*, es decir, *Los mil cuentos*. He aquí el origen de esta colección: uno de sus reyes, cuando se casaba con una mujer, sólo pasaba una noche con ella y la mataba al día siguiente. Un día se casó con una esclava de sangre real, inteligente y culta, que se llamaba Scherezade. Cuando ella estuvo con él, empezó a improvisar cuentos y suspendió el relato al terminar la noche, cosa que indujo al rey a dejarla vivir y a pedirle que continuase el relato la noche siguiente. Así pasaron mil noches, durante las cuales compartió Scherezade su lecho hasta que llegó un día en que tuvo un hijo de él y se lo enseñó. Entonces le confesó su estratagema. El rey comprendió su inteligencia, le tomó afecto y le conservó la vida.»

Reconocemos aquí con toda exactitud el marco que sirve de pretexto a *Las mil y una noches*. Desgraciadamente, el *Hezar Efsane* se perdió y no sabemos qué cuentos contenía. Sin embargo, todo induce a creer que éstos se encuentran, al menos en parte, en *Las mil y una noches* actuales. En cuanto al relato que les sirve de

marco, podemos presumir que fue traducido del sánscrito al persa durante el reinado de Cosroes I, llamado Anuchirván.

El principio del relato a base de episodios inconexos parece ser, efectivamente, una especialidad india, y lo encontramos a menudo en textos muy antiguos. En *Los veinticinco cuentos del vampiro*, un personaje amenazado de muerte ve conjurado el peligro y acaba por salvarse contando cuentos a su acompañante. *El libro de los maestros sabios*, que fue traducido del hindi al árabe en el siglo X, refiere la historia de un príncipe a quien siete maestros enseñaron la sabiduría. Uno de estos sabios le dice al joven que, según las indicaciones de los astros, morirá si pronuncia una sola palabra en el curso de los siete días siguientes. Su madrastra lo persigue en vano con sus atenciones. Irritada, aprovecha la circunstancia para acusarse delante de su esposo el cual decide condenarlo a muerte. Uno tras otro, los siete sabios se turnan en la narración de una historia, retrasando de este modo día a día la ejecución. El octavo día, el príncipe podrá hablar y disculparse.

No hay que tomar a la ligera el principio de estas historias sucesivas que salvan de la muerte. Representa, para los narradores, un homenaje preliminar al poder del verbo. Y es muy natural que los utilizasen los de *Las mil y una noches* para quienes este poder era primordial. A partir de Shakespeare (*Words, words!*), cierta filosofía occidental explica a los hombres que las palabras no son nada; sólo un ruido, una música inútil. El primer deseo de los narradores de *Las mil y una noches* es decir todo lo contrario a su público (y de esta manera hacen también su autopropaganda). Las palabras son todopoderosas; pueden salvar de la muerte. Enlazadas unas con otras se convierten en cuentos maravillosos; utilizadas solas pueden ser talismanes, fórmulas mágicas («¡Sésamo, ábrete!»).

En *Las mil y una noches* nadie dice nunca: «¡Bah, esto no son más que historias!», sino que todos los protagonistas —y tal vez por esto se encuentran fácilmente niños entre ellos— muestran un inmenso y arrojado respeto por los cuentos. Sin vacilar, interrumpen todos los actos de su vida para escuchar historias.

Uno de los cuentos más complejos y más hermosos de *Las mil y una noches*, *Las aventuras de Hassán de Basora*, nos muestra la importancia extraordinaria que puede dar un rey a un cuento. Aquí, el rey se aviene a separarse de su visir predilecto durante un año y le envía a recorrer el mundo en busca de un cuento nuevo capaz de encantar sus reales oídos. Si el visir fracasa lo pagará con la cabeza. El placer de escuchar un buen cuento prevalece sobre las funciones de gobierno.

Hay que advertir que la historia de este rey fue tomada del primer capítulo de *Calila y Dimna* que es, según veremos más adelante, otra fuente de *Las mil y una noches*. Aquí es el emperador sasánida Cosroes Anuchirván (1) quien encarga a su médico, un tal Borzuyeh, que vaya a la India a buscar un libro del que ha oído hablar. Son tantas sus ganas de leerlo que no puede conciliar el sueño. El pobre Borzuyeh parte para la India, pero se ve obligado a robar el libro, pues el sultán de las Indias lo guarda celosamente en su biblioteca real. Los bonitos apólogos de animales son considerados como secretos militares. Al regresar Borzuyeh a Ctesifonte, Cosroes está tan satisfecho que hace abrir para él sus tesoros de oro y de plata y le ruega que coja lo que quiera. El rey más grande del Oriente Medio está dispuesto a dar su reino por un cuento. Pero Borzuyeh rehúsa: le basta con que Cosroes ordene a su historiador que escriba su propia historia de un médico modesto pero genial. Rechaza la plata prefiriendo que le paguen sus palabras con palabras.

Después de esto no hay que asombrarse si, arrastrados por los cuentos, los héroes pierden de pronto el apetito y se mueren de amor por una persona del bello sexo que les acaban de describir. Bastan unas pocas palabras para desencadenar una pasión irresistible. Dos o tres adjetivos escuchados son suficientes para transformar una vida. Una frase como «su talle es tan esbelto como la letra aleph» puede enloquecer a los hombres más que, en nuestros días, las fotografías más sugestivas de una revista de cine.

¡El poder de las palabras! Una palabra escuchada a propósito

(1) Vivió desde 531 hasta 578 después de Jesucristo. Cosroes II, el marido de Chirin, vivió desde 590 hasta 627.

de una muchacha puede hacer que el oyente se enamore de ella; una palabra pronunciada delante de una roca puede entregar a quien la pronuncia todos los tesoros del mundo. Cada palabra es una migaja de la fatalidad. Los narradores árabes lo saben mejor que nadie.

«Si te preguntan a qué época se remonta el origen del arte del cuento puedes contestar: "A Adán, paz a su alma —escribió, hace quinientos años, Hoseyn Va' Ez Kashefi, en su manual dedicado a los narradores." Fue cuando enseñaba a los ángeles los noventa y nueve nombres o atributos de Dios. (...) Cuando el Altísimo creó a Adán los ángeles vieron su mísera condición y preguntaron a Dios: "¿Quieres, pues, poner sobre la Tierra, un ser que la corrompa?" (...) Queriendo demostrar a los ángeles su inferioridad, Dios los reunió delante de su trono y les pidió que nombrasen las cosas creadas. No pudieron hacerlo... Entonces, Dios le dijo a Adán que nombrase las criaturas para doblegar el orgullo de los ángeles. Él se levantó y recitó sus nombres y los ángeles se sometieron a él, salvo Iblis (el diablo)... A Adán se remonta, pues, el desafío de la oratoria. Gracias a su capacidad de expresar sus conocimientos, dominó a los ángeles.» Esto revela la importancia primordial del cuento.

El libro robado por Borzuyeh es el *Panchatantra* indio, llamado también *Fábulas de Bidpai*. Fue traducido al árabe por Ibn al-Muqaffa, en la primera mitad del siglo VIII. Refiere los relatos de dos chacales, *Calila y Dimna*, relatos que, como las fábulas de Esopo, influyeron profundamente en las fábulas de La Fontaine. Actualmente han sido traducidos a más de sesenta idiomas. Se presume que fueron traídos a Europa por los cruzados. Según la leyenda, fueron compuestos para edificación del rey de la India que sucedió a Poro, el vencido por Alejandro Magno en el siglo III a. de J.C. Sin embargo, algunos autores hacen remontar sus orígenes a una época mucho más remota. *El león y la rata*, una de las fábulas más célebres de Bidpai, figura ya en un papiro de la época de Ramsés III (1200 a 1166 a. de J.C.) que se conserva en Leyden. Según estos autores, los apólogos de animales, «una de las primeras creaciones del despertar de la Humanidad», fueron escritos en

jeroglíficos y en caracteres cuneiformes antes de pasar a la lengua sánscrita.

Cada uno de los apólogos de *Calila y Dimna* termina diciendo: «No debes hacer esto o aquello si no quieres que te ocurra lo mismo que a X...» —«¿Y qué fue?», pregunta el oyente cayendo en la trampa. También *Las mil y una noches* terminan cada noche, aproximadamente, de la misma manera: «Pero lo que acabo de contarte no es nada comparado con lo que viene a continuación...», susurra Scherezade a su marido en el momento en que despunta el alba.

Este tipo de frase que liga los cuentos entre sí no es exclusiva del *Panchatantra* y de *Las mil y una noches*. La encontramos también en *Las setenta historias del loro*, otra colección indópera, en la que un loro impide que una joven esposa acuda a una cita galante. Cada noche, en el momento en que ella se dispone a salir, la retiene contándole una historia que, casi siempre, tiene el adulterio como tema. He aquí un ejemplo de sus entradas en materia: «¡Oh, ídolo mío! —dice el loro—. Te dejo marchar a condición de que no hagas como aquel rey de Damasco que, habiendo matado por descuido a su halcón predilecto, la buena suerte le volvió la espalda, y aunque se arrepintió, su tardío arrepentimiento no le sirvió de nada.» La joven pregunta: «¡Oh, mi compañero! ¿Cómo sucedió?»

En China, se empleó el mismo procedimiento de un modo menos grave y casi humorístico. En el *Si-Yeu Ki*, famosa y maravillosa novela compuesta por Wu Cheng-en partiendo de datos del siglo VII, cada capítulo termina con una frase como ésta: «Y si ignoráis (o "si queréis saber") cómo... (por ejemplo: "...fue devuelta la vida al emperador"), leed el capítulo siguiente.»

En todas las formas que acabamos de citar, un personaje persuade a otro para que continúe o suspenda una acción despertando su interés por una cosa hablada. Gracias a esta maniobra salvará su vida, el honor de otro o, incluso —en el casi más artificial del libro chino, donde el escritor y el lector sustituyen a los personajes protagonistas—, su propia razón de ser.

Es evidente que este procedimiento adquiere más valor cuando los cuentos a los que se aplica son hablados y no leídos. Así, la

frase mil veces repetida por Scherezade: «Pero lo que acabo de contarte no es nada, comparado con lo que sigue...», acaba por hacerse fastidiosa al lector. Por esta razón, Galland la suprimió a rajatabla a partir del segundo volumen. En cambio, para el oyente, aporta un suplemento de interés. Esto confirma la célebre teoría del escritor contemporáneo Marshall McLuhan, autor de *La galaxia Gutenberg*, de que la invención de la imprenta (antes de ésta, la rareza de los manuscritos provocaba su lectura en voz alta) debilitó todo un sistema de fuerzas vivas y constructivas.

Habida cuenta de su valor oral, este procedimiento no es solamente un «truco» de narrador, sino que afirma de una manera dramática el poder de la palabra. Un poder que constituye uno de los principales temas de asombro de los narradores de *Las Mil y una noches*.

3. EL ADULTERIO PRIMORDIAL.

Otro aspecto del relato que sirve de marco a *Las mil y una noches* puede parecer asombroso. Nos referimos a la misoginia fundamental del marido de Scherezade, el sultán Schariar.

Esta misoginia es, en cierta manera, el mismísimo punto de partida de *Las mil y una noches*. Las primeras páginas de la obra nos cuentan que Schariar, engañado por su mujer, se encuentra con su hermano que también ha sido engañado por la suya. Se consuelan al descubrir que otras personas —en este caso, un djinn— son aún más engañados que ellos. Entonces, Schariar decide casarse cada noche con una nueva mujer y matarla al despuntar el día. Hasta el momento en que encuentra a Scherezade.

La inmensa obra que representan *Las mil y una noches* fue provocada, pues, según nos dicen los narradores árabes, por algunas escenas de costumbres dignas del teatro del Palais-Royal. *Las*

mil y una noches, como *Madame Bovary*, están colocadas bajo el signo del adulterio.

Extraña oriflama que enarbolan nuestros narradores para señalar algunos de los mitos más profundos que conoce la historia de la Humanidad. Hacemos remontar el origen de los cuentos a Adán. ¿Tiene el primero de los mitos relación con el adulterio? ¿Facilitó el adulterio la concepción espiritual del mundo? Sería muy curioso que fuese así.

A pesar de la enorme cantidad de ejemplos ofrecidos, el tema del engaño por parte de las mujeres no es típicamente indio o persa. Es difícil atribuir un origen exacto a su forma recitativa. Los ochocientos mitos americanos que Lévi-Strauss incluye en sus *Mythologiques* guardan a menudo relación con aquel tema. Y también lo trata con frecuencia el antiguo Egipto. Heródoto se refiere a él con su acostumbrado brío. He aquí lo que nos dice acerca de un rey egipcio no identificado:

«El rey Feros se vio atacado por ceguera por haberse portado de este modo. Debido a que la crecida del Nilo era particularmente fuerte aquel año cogió una jabalina y la arrojó contra los remolinos del río. Inmediatamente el mal atacó sus ojos y perdió la vista. Estuvo ciego durante diez años. El año undécimo, un oráculo le dijo que recobraría la vista si se lavaba los ojos con orina de una mujer que no hubiese conocido más hombre que su marido. Se dice que el rey probó, ante todo, con su propia mujer, y después, como su vista no mejoraba, con otras muchas mujeres sucesivamente. Curado al fin, llamó a todas las mujeres a quienes había puesto a prueba, salvo a aquella cuya orina le había devuelto la vista, y las hizo quemar a todas. En cuanto a aquella cuya orina le había curado, la tomó por esposa. Entre las numerosas ofrendas que, una vez librado del mal que tenía en los ojos, hizo en todos los templos de alguna importancia, hay que mencionar principalmente los notables monumentos que elevó en el templo del Sol. Son dos obeliscos de piedra, cada uno de ellos hecho con un solo bloque de cien codos de altura y ocho de anchura (*Encuesta*, Libro II, 111).»

En la edición de Pléiade de *L'Enquête*, una nota de A. Bargnet

aclara esta historia: «La primera parte de la anécdota referida por Heródoto parece encerrar un símbolo sexual, ya que el arma (la jabalina) es un símbolo fálico, y las aguas representan la matriz universal. La curación de la ceguera por la orina de una mujer apunta en el mismo sentido.»

Veamos lo que podemos sacar de la comparación del texto de Heródoto con el marco de *Las mil y una noches*.

De una parte, un rey desdichado, sin duda por haber quebrantado un tabú sexual, busca penosamente una virginidad íntima y salvadora. De otra, un rey feliz, y después engañado, se encuentra con que le imponen el matrimonio por la intimidad de la palabra. La intimidad representa un papel capital en las dos historias. En la de Feros es trivial (la orina). En la de Schariar es romántica (la larga emoción de las claras noches orientales, Scherezade sentada en un diván amarillo, hablando a media voz, con un aliento perfumado... o quién sabe si cargado de especias). A modo de conclusión, Feros hace levantar símbolos fálicos (los obeliscos) y Schariar perdona. Dicho en otras palabras, los dos vuelven a ser como eran al principio: Schariar, magnánimo; Feros, viril.

¿Cuál es la moraleja? Que la intimidad es una cosa peligrosa pero indispensable. Si es causa del adulterio, lo es también de la salvación.

En el caso de *Las mil y una noches* la intimidad de la palabra tiene un valor inmenso. Los egipcios de Heródoto nos dicen que lo que cuenta más es el sustrato más íntimo de un ser, su intimidad exacerbada, la orina. *Las mil y una noches* nos dicen en síntesis que la intimidad entre dos seres es capital, pero lo más íntimo son las palabras. Al poner la historia de Scherezade al principio de *Las mil y una noches*, los narradores árabes quieren tal vez indicarnos simplemente que el primer mito que acude a la mente de los hombres no es relativo a la concepción del mundo, sino el que se refiere a la búsqueda de la intimidad. Intimidad de los cuerpos y también —y quizás más importante aún— intimidad de las palabras. El cuento que sirve de marco a *Las mil y una noches* es algo más que una vulgar historia de adulterio. Nos indica que el poder verbal es muy superior al de la carne. Y que es tal vez

lo primero que comprendieron los hombres cuando despertó su inteligencia...

4. UNA HISTORIA ESCRITA EN EL RABILLO DEL OJO.

Mohamed Ibn Ishaq escribe: «Es cierto, así como hay Dios, que el primero que pasó sus veladas conversando fue Alejandro Magno. Hallábase rodeado de personas que querían complacerle y le contaban cuentos. Él no buscaba diversión, sino que quería aprenderlos y conservarlos en su memoria, y por esta razón los reyes que vinieron después de él encargaron el libro *Hezar Efsan*.»

Es verdad que en el siglo III antes de Jesucristo Alejandro Magno, en el curso de unas conquistas que le llevaron desde los Dardanelos hasta el Indo, trató de asimilar las culturas orientales sin que se perdiese nada. Podemos pensar que por esto fue uno de los pioneros de *Las mil y una noches*. Sin embargo, no todos los cuatrocientos cuentos que componen *Las mil y una noches* actuales se remontan a Alejandro Magno. Hoy en día, los especialistas clasifican estos cuentos en cuatro categorías: a) cuentos indios o persas; b) cuentos procedentes del viejo fondo árabe de antes del Islam; c) cuentos originarios de Bagdad, y d) cuentos cairotas. Esta división es poco satisfactoria, pues, en primer lugar con frecuencia no coinciden el origen y la forma: la materia de un cuento indio pudo ser elaborada en Bagdad, etc., y en segundo lugar existen cuentos aislados, cuentos turcos, armenios y griegos. Por esto, nosotros preferimos la siguiente clasificación: a) cuentos referentes a mitos primitivos cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos; b) cuentos y apólogos morales o poéticos, y c) cuentos de fondo histórico.

Ninguno de estos cuentos ha nacido de la nada. Todos describen a su manera realidades con frecuencia profundas y complejas. Son todos ellos bordados sobre los arquetipos suministrados por nues-

tro inconsciente colectivo. Y para quien sepa leerlos, son fragmentos de una Gran Enseñanza.

—Si esta historia se escribiera con agujas en la comisura interior del ojo, sería una lección para quien la leyese con respeto —dice a menudo Scherezade.

Los narradores de *Las mil y una noches* sólo hablaban de cosas que conocían perfectamente. Sus cuentos más extravagantes no son nunca fantasías gratuitas, sino visiones de nosotros mismos.

La Edad Media europea tuvo en gran predicamento las «extrañezas» del mundo. Sus pintores ilustraron de buen grado a Plinio y Heródoto que, al hablar del misterioso Oriente, describían hormigas buscadoras de oro que eran grandes como perros, grifos, unicornios, hombres que tenían el dedo gordo del pie en el talón y esos famosos «esciápodos» que tenían un solo pie que les servía de sombrilla cuando hacían la siesta. No hacían más que adornar lo desconocido. Los narradores árabes tuvieron buen cuidado en no caer en este exceso que injustamente se les ha reprochado. Al hablar de los djinns, de los Rochos y de los cofres voladores, lo único que hicieron fue adornar lo conocido.

Grandeza del verbo. Pocos textos la confirmaron tanto como *Las mil y una noches*. Cada palabra es una migaja de fatalidad y nuestros narradores lo sabían mejor que nadie.

De la nada, han hecho surgir los djinns.

De una estructura mental, una concepción del mundo.

De una palabra, Dios.

Extraordinario poder del pensamiento árabe que pudo hacer de la *nada* un refinamiento. T. E. Lawrence expresó perfectamente la calidad de este refinamiento, en *Los siete pilares de la Sabiduría*. Terminaremos este libro con una cita de su obra:

«Habíamos cabalgado hasta muy lejos por las móviles llanuras del norte de Siria cuando llegamos a unas ruinas del período romano. Mis compañeros me dijeron que eran los restos de un palacio construido en el desierto por una reina para su esposo y añadieron que, para mayor riqueza, la arcilla de aquella construc-

ción había sido amasada no con agua, sino con preciosas esencias de flores. Husmeando como perros, mis guías me condujeron de una arruinada sala a otra diciendo: «Aquí, jazmín; aquí, violeta; aquí, rosa.»

»Finalmente, Dahum me llevó: «Venga y olerá el perfume más suave.» Entramos en el cuerpo principal del edificio y allí, asomándonos a las ventanas abiertas en la fachada, pudimos aspirar a pleno pulmón el aire que sin furia ni remolinos palpitaba rozando los muros...

»—He aquí el mejor perfume —dijeron mis guías—, pues no huele a nada.

»Los aromas y el lujo no valían para ellos lo que la pureza de algo en lo que el hombre no tenía ninguna participación.»

París, 1972.

Peter Kolosimo
CIUDADANOS DE LAS
TINIEBLAS

Voces del pasado. Imágenes del futuro. Poderes invisibles capaces de mover objetos a distancia... Los fenómenos más desconcertantes, explicados por primera vez a la luz de la Ciencia.

Belline
EL TERCER OÍDO

Impresionantes experiencias de comunicación de un padre con su hijo... desde el más allá. Edición Ilustrada.

Rainer Erler
LA DELEGACIÓN

Aquel corresponsal de Televisión, ¿sucumbió a causa de algún accidente, o fue víctima de unos seres extraterrestres?

Jacques Sadoul
EL GRAN ARTE DE LA
ALQUIMIA

Desde la alquimia china, egipcia, alejandrina y árabe, hasta la contemporánea. El simbolismo hermético. Edición Ilustrada.

Pierre Carnac
LA HISTORIA EMPIEZA
EN BIMINI
(La Atlántida de
Cristóbal Colón)

La Historia, ¿empezó en Bimini? Es posible. Mas, por lo menos, una cosa es cierta: no se inició en Sumer. Edición Ilustrada.

Philipp Vandenberg
LA Maldición de los
FARAONES

El milenario mito, a la luz de la Ciencia. Una nueva aventura de la Arqueología.

Alan y Sally Landsburg
EN BUSCA DE ANTIGUOS
MISTERIOS

¿Tuvo el hombre su origen en la Tierra, o fue enviado aquí desde otros mundos? Edición Ilustrada.

Daniel Ruzo
EL TESTAMENTO AUTÉNTICO
DE NOSTRADAMUS

Conciencia de investigación del testamento de Nostradamus en su texto auténtico y literal, deslindando lo apócrifo de lo verdadero. Edición Ilustrada.

Patrice Gaston
DESAPARICIONES
MISTERIOSAS

Inexplicables desapariciones de barcos, aviones individuos e incluso destacamentos militares enteros... ¿Acaso somos gobernados por seres extraterrestres?

Hadès
EL UNIVERSO DE LA
ASTROLOGÍA

Las bases de la Astrología y las relaciones entre microcosmos y macrocosmos.

Marcel Moreau
LAS CIVILIZACIONES
DE LAS ESTRELLAS

Los megalitos reproducen el sistema de las constelaciones, para establecer las relaciones entre el Cielo y la Tierra.

Julius Evola
EL MISTERIO
DEL GRIAL

Profundo y documentado estudio del significado que tuvo la aparición de las leyendas del Grial en el Medievo de Occidente.

Este libro se imprimió en los talleres
de **GRÁFICAS GUADA, S. A.**
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat.
Barcelona